

GALERÍA HISTÓRICA
DE
MUJERES CÉLEBRES

THE GUILD OF ST. PETER

1840-1841

B-3124

6793

GALERIA HISTÓRICA

DE

MUJERES CÉLEBRES

POR

DON EMILIO CASTELAR

TOMO SÉPTIMO

MADRID

ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS

15—Ronda de Atocha—15

1888

Esta obra es propiedad absoluta del editor don José María Faquinetto, quien perseguirá al que la reimprima ó traduzca sin su previo consentimiento. Queda hecho el depósito que marca la ley.

FULVIA

Esta mujer significa y representa la demagogia en Roma. Para formarse una idea, más ó menos clara, de su poder é influjo, hay que remitirse al estudio de tantas como brotan hoy mismo en los clubs de la política y perturban los extremos de nuestros partidos. La crueldad en las mujeres, por lo mismo que tanto contraría y se opone á su naturaleza, excede con mucho á la crueldad en los hombres. Esas furias, que bien al revés de las hermanas de la Caridad, siguen á los ejércitos en busca de los despojos; las calceteras, por ejemplo, en la revolución francesa; las incendiarias en el partido comunista; tantas y tantas criminales coronadas de culebras como aparecen sobre todas las catástrofes históricas ¡ay! responden al tipo de Fulvia, quien vive y muere desordenada en las orgías postreras del régimen republicano y en los comien-

zos ó asomos del régimen imperial. Imposible comprenderla sin comprender la política romana en los adversos y siniestros días de su terrible aparición. El nombre de Fulvia está unido con el nombre de Clodio y con el nombre de Antonio. Al unirlos diríase que había intentado la sociedad enseñarnos una historia moral viva, la relación estrecha entre la demagogia y el cesarismo. Prostituída Fulvia, como las tristes sociedades que se desprenden de su derecho y se dan al despotismo, corrió fases iguales con las fases corridas por su Roma en aquel tiempo. Todos cuantos pueblos adolecen de frenesí ó embriaguez en la libertad se rinden tarde ó temprano al sueño de una deshonrosa servidumbre. Fulvia parece, pues, una enseñanza viva. Empieza con los catilenarios y concluye con los pretorianos. La usura, como una lepra, se había comido hasta el tuétano de la Ciudad Eterna. El dinero, exagerando su poder, se había expuesto á todas las contingencias de una revolución social. La mayor parte de los propietarios se alimentaban de los expropiados. Veíanse por aquí las víctimas de las guerras civiles con la escualidez propia del hambre; por allí los veteranos de Sila completamente arruinados, á pesar de haber á todo el mundo empobrecido; por allá los nobles triturados en su fortuna y venidos á la mendicidad entre las facciones desen-

cadenadas y combatientes; dentro de la ciudad mil mártires de todos los principios heridos por todos los desastres; en torno de la ciudad las tribus de italiotas demacradas y miserables; por los desfiladeros el pastor salvaje y nómada que cuida rebaños sin dueño y acecha el viandante para secuestrarlo, formando verdadera nube de bandidos; y allá, en lo más hondo y más terrible de los abismos sociales, el gladiador, cazado como una bestia feroz, adscrito como un cliente necesario á todos los jefes de facción y dispuesto á matar sin saber por qué ni á quién, pues harto le constaba cómo él solamente debía pensar en morir divirtiendo los ocios del pueblo romano é inmolándose á sus menores caprichos.

Saturnino, tribuno, había hecho lo mismo que los Gracos, proponer la ley agraria para ocurrir á tantos males. Pero Mario, en su inexperiencia política, le dejó inmolar tristemente por mano de los caballeros. La cólera de sus enemigos le persiguió allende la muerte, y guardar su busto fué considerado como un delito de lesa Roma. Naturalmente, las injusticias de los ricos engendraron las violencias de los pobres. Todos los arruinados buscaron una personificación, y esta personificación se llamó Catilina. Naturaleza de combate, no busquéis en ella la conciencia, buscad la fuerza. Vida manchada por todos los vicios, no busquéis en él sino todos

los reptiles que anidan en todas las ruinas. Empobrecido, parte por una fatalidad inevitable, parte por sus desórdenes personales, cayó en el desprecio universal, y este desprecio le precipitó en la irreparable infamia. Todos los infames le siguieron, y como todos los infames le siguieron, acabaron por generar en torno suyo una leyenda tal de horrores, que ha trascendido á la historia y ha llenado todos los tiempos. Beberíase mucho vino en sus nocturnas orgías: las gentes, sin embargo, aseguraban á una que dentro de humano cráneo, en aquellos conciliábulos misteriosísimos, se bebía, danzando, mucha sangre. Los propietarios le veían ya despojándolos de su hacienda, los logreros de sus rentas. El senador se lo figuraba invadiendo el Senado y la mayor parte de las gentes quemando por sus cuatro extremos la ciudad. Quién decía que los conjurados asesinaban por no perder la costumbre del asesinato; quién que había Catilina por sí mismo degollado, para obtener la mano de una dama que no quería hijastros, á su propio hijo. El terror puso á Cicerón en el consulado. Este cónsul elocuentísimo no creyó escudo bastante fuerte su elocuencia, ni arma de harto alcance, y se ciñó una coraza y armó á todos sus partidarios. Catilina, perseguido y acosado, se fué diciendo que alimentaban contra él un incendio, mas que, de seguro, extinguiríalo él bajo es-

combros. Cicerón, á quien había faltado ánimo para enconar la guerra, lo recibió prestado por su esposa Terencia. Los partidarios de Catilina fueron estrangulados todos en las gemonias romanas. Terencia, cual Fulvia, demostró una vez más cómo pierde la mujer sus virtudes cuando se adscribe á una fracción cualquiera y entra en los torbellinos de la política y de la guerra. Catilina se refugió en Etruria, y allí le buscaron las legiones de Roma. Cayó vencido, pero cayó combatiendo. Aunque sólo pudo armar la cuarta parte de sus partidarios, con ellos alcanzó la honra difícil de una heroica muerte. Cicerón se creyó un héroe por su fácil victoria é hizo decir á la poesía que desde aquel entonces las armas, hasta en la guerra, se habían visto sustituidas por las togas. Un rebujo del partido de Catilina fué Clodio, y digna esposa de Clodio fué Fulvia.

Muchas mujeres pertenecieron á la facción de Catilina; todas aquellas que se habían precipitado en el vicio. Las matronas, faltas de hermosura juvenil y constreñidas á ganarse amantes por dinero; las muy á la moda y lujosas, que gastaran en cosméticos sus fortunas; las de vida libre y reputación perdida tocando en la prostitución, constituyeron junto á la torpe legión de aviesos demagogos otra legión femenil no menos disipada, no menos guerrera, no menos cruel, no menos vengativa. Por

tanto, aquellas mujeres instigaban á sus correligionarios y cofrades para que persiguiesen terriblemente y con crueldad, no solamente las ideas y las pasiones públicas á sus ideas y á sus pasiones opuestas, sino también los hechos particulares y privados, más en la vida y más en la jurisdicción de una mujer. Fulvia estaba entre todas ellas, y como estaba entre todas ellas tenía naturalmente adquirido un odio á Cicerón, llamado por los caballeros á la defensa de Roma contra Catilina. En la noche siniestra del castigo dado á los catilinaros, inmolados con una indiferencia semejante á la que usa y emplea el carnicero en sus matanzas, Fulvia sufrió mucho, no solamente viendo perdidas las esperanzas que suelen librarse á la exaltación y victoria de un partido, sino viendo soberbias y orgullosas las matronas romanas en coro y en concierto subir á las alturas de sus casas con luminarias de regocijo en las manos para celebrar el triunfo de Cicerón. Desde aquel día data la inquina de tan hermosa mujer contra el retórico de los Rostros. En los conciliábulos catilinaros debió conocer á Clodio Fulvia. Este Clodio no pertenecía ciertamente á la plebe, ni mucho menos estaba, como el jefe de su partido, pobre y arruinado. Ilustre nombre le distinguía entre los demagogos y rica fortuna le daba medios sobradísimos de alle-

garlos y tenerlos completamente á su merced y arbitrio. Había, pues, aborrecimiento político en Clodio á Cicerón, que representaba los mayores enemigos de la demagogia, los caballeros ó burgueses. Pero había más que odio aún político, había odio particular. Su hermana Clodia se prendó perdida-mente de Cicerón, y quiso que la reconocieran y la llamaran su esposa. Sabido esto por la mujer de Cicerón, Terencia, movió á su esposo contra los Clodios, y caído el tribuno entre las redes múltiples de los compromisos naturales en su situación y de las supersticiones anticiceronianas que las mujeres de su partido le imbuían, consagró un odio implacable al gran orador. La vida entonces no se distinguía, cual suele suceder hoy entre nosotros, en privada y pública. Cicerón, que recibía como buen orador en sus nervios todas las impresiones del mundo exterior y que no estaba muy acostumbrado á callárselas, arremetía contra Clodio por sus ideas y también por sus mujeres. Imaginaos la cólera de Fulvia y Clodia, tan susceptibles y nerviosas como en todas las mujeres, al verse por la lengua del orador mordidas en su corazón. Eran dos furias de cólera y de venganza.

La vanidad propia de Cicerón, que no quería reconocer superioridades ni privilegios de ningún género en los dos gobernadores romanos por aque-

lla sazón, en los dos que le habían sustituido tras su consulado, en César y en Pompeyo, generó el odio de ambos al orador y les llevó á soltarle sin piedad la persona de Clodio como se suelta el perro y el halcón contra la caza. Quisieron erigirlo tribuno del pueblo, mas era patricio y el tribunado perteneció siempre á la clase plebeya. En tal apuro hiciéronle adoptar por un plebeyo. Clodio acusó á Cicerón. El objeto de sus acusaciones insidiosas no era tanto la defensa de leyes más ó menos respetadas entonces como la perdición del cónsul su enemigo. En efecto, la ley sempronia daba garantías al ciudadano para que no fuese cosa fácil inmolarlo impunemente con crueldad en aquellos cambios de la política y en aquellos flujos y reflujos de las pasiones. Cicerón, arrastrado por el vértigo de la defensa contra Catilina y los suyos, había hecho matar á varios hijos de Roma sin más autoridad que una vaga y simple autorización del Senado. Clodio se creyó en el caso de acusarlo y de perderlo. Su acusación alcanzó tales efectos, que Cicerón, la inteligencia y la palabra de Roma, se vió por fuerza obligado á dejar la ciudad y á partirse triste, proscrito. La mayor anarquía reinaba en las costumbres. Pompeyo habíase propuesto gobernar á Roma sin soldados y con leones. En su estrechez de miras creía que le bastaba para licenciar muchos vete-

ranos traer muchas fieras. El pueblo deliraba viendo en el circo los leones africanos con las guedejas doradas y ofrecía en cambio aplausos al general, pero pidiéndole que no le molestase de ningún modo en sus gustos y le dejara vivir á su grado. El gran Pompeyo, como se llamaba él á sí mismo soberbiamente, podía dominar en los últimos límites de los dominios romanos, pero no en las calles de Roma. Hervían por todas ellas las pasiones más anárquicas. Los circos, los teatros henchíanse de gentes ociosas acostumbradas á los regocijos y á los espectáculos. Entre los coros, entre los címbalos, entre los actores, en medio de las fiestas más orgiásticas, deslizábanse demagogos siniestros con aire amenazador, la barba y la cabellera en desorden, la voz siniestra, seguidos por gréculos y por judíos que los acompañaban á todas partes y se ofrecían á morir, y sobre todo á matar, por ellos. Inmediatamente que se formaba una facción de tal género formábase otra contraria y opuesta. Ellos habían de luchar por todo y por todos: por la política, por la moda, por los actores, por los cónsules, por los poetas, por los retóricos. El caso era combatir sin saber á quién y sin saber por qué. La calumnia, el secuestro, el incendio, el asesinato, el exterminio entraban como factores principales en este desorden universal. Clodio había dado pan y

circo á la ciudad, impedido á la magistratura su tradicional privilegio de interrumpir los comicios con señales religiosas, limitado el derecho de los censores contra los ciudadanos de malas costumbres, reunido una especie de milicia peor que la milicia de Catilina en torno suyo, tolerado á las muchedumbres el derecho de reunirse y asociarse por las encrucijadas al aire libre, propuesto el privilegio de ciudadanía para los libertos y aun para los esclavos y ofrecido prerrogativas á los reyes extraños, como si la demagogia fuese una religión y el demagogo un Dios.

Acompañábanle mucho en todo esto Fulvia y Clodia. Ellas tenían salones políticos y literarios á la usanza del París moderno. En las largas filas de sepulcros, levantados paralelamente á los sendos hordes de la vía Apia, paseaban las hermosuras del tiempo y se distinguían en estos paseos las mujeres de Clodio. El afecto cariñoso á sus hermanas en éste había llegado á extremos tales que lo acusaban las gentes de incesto. Fulvia y Clodia parecían unas verdaderas bacantes. Sus excursiones á la vecina riente Albano, donde se levantaba el templo de Diana nemorense, á orillas del lago Nemi, constituían una especie de procesión entre religiosa y mundana, capaz de recordar las antiguas festividades babilónicas. Colgaban de las ra-

mas exvotos recordatorios de sus voluptuosidades. Encendían por las noches antorchas sacras destinadas á poner en fuga los pájaros nocturnos y convertían las praderas en lechos de su prostitución, inventando toda suerte de refinamientos para excitar las sensaciones y recrudecer los placeres. No había extravagancia que aquellas mujeres no idearan ni aventura que aquellas mujeres no corrieran. Un día, seguramente para divertir las y mostrarlas adónde podían llegar las calaveradas, propúsose Clodio nada menos que profanar el tá-lamo de un pontífice máximo, como Julio César, penetrando en la parte de habitación reservada por el rito á su mujer y defendida por las leyes con apercibimientos cuyo criminal olvido llevaba en sí aparejadas penas horribles. Celebrábase la fiesta consagrada por los romanos en varios días á la buena diosa. Esta festividad litúrgica no podía celebrarse jamás en los ritos tradicionales sino por mujeres. Tomábanse, para que los cánones religiosos no quedaran incumplimentados, las mayores precauciones en todas partes, y con especialidad en casa de los pontífices. A mayor abundamiento, César, el pontífice máximo á la sazón, como ya hemos recordado, tenía junto á la mujer propia su madre, la suegra, que velaba por el honor de su hija con porfiada vigilancia. Imposible

saltar las vallas de una liturgia tan rigurosa, desobedecer el imperio de una voluntad como la voluntad cesárea, burlar la vigilancia de una suegra que nunca se dormía. Pues á todo se atrevió Clodio. Disfrazado con el traje de una tañedora de cítara entró hasta el gineceo prohibido á los profanos. Por su mal, bien pronto lo reconocieron. Al reconocerlo, el pudor y la fe de las mujeres heridas al desacato armaron un verdadero escándalo, cual si hubiese ardido el palacio pontificio. La suegra de César, en su ira de vieja devota, quiso arrancar los ojos al fementido joven, que osaba profanar el santuario de un pontífice y desconocer el imperio de las leyes religiosas. Clodio tuvo que refugiarse aturdido en el cuarto de una esclava. Enterada Roma, todos los adictos á las viejas tradiciones pidieron la pena de tan criminal audacia, mas todos los innovadores se rieron del hecho y celebraron la gracia. El tribunal se reunió, sin embargo, á juzgarlo, y Clodio, para eximirse á la pena, tuvo que darles parte de su fortuna, y aun hay quien dice que parte de sus mujeres. A tal estado de corrupción llegó Roma en estos tristísimos tiempos.

Tal aventurero protegían los dos amos de la ciudad. A sus caprichos, á sus venganzas, ¡parece imposible!, sacrificaron el mismo Cicerón. Pero Clodio,

inquieto, después de haber conseguido su ruidosísima victoria sobre aquel gran orador de la República, se atrevió á mayores y se indispuso con Pompeyo. El demagogo romano caricaturaba los gestos, los dichos, los actos de César. Y como éste mezclara de continuo las cuestiones exteriores de Roma con las cuestiones interiores, hacía lo mismo Clodio. Tomó, pues, á empeño la libertad de un rey armenio, cautivo en la prisión mamertina. Nególa Pompeyo, y desde tal punto no quiso perdonarlo Clodio. Así le armó al general toda suerte de tumultos. Habíase por tal suerte dilatado la demagogia en Roma, que cada hogar de los grandes ciudadanos parecía una sitiada fortaleza y cada jardín un campo de continuos combates. No se respetaba ni la misma casa de Catón el austero, tenuta por todos como sacro santuario del honor y del nombre romano. Mil veces se veían en la necesidad imprescindible de reunir sus clientes y sus esclavos contra los esclavos y los clientes de Clodio. Imaginaos en el aquellarre de las calles romanas, teñidas con el reverbeo siniestro de todas las cóleras por las pasiones de una demagogia sin freno, cuánto haría Clodio en daño de Pompeyo. Hay quien dice que intentó matarlo. Pompeyo no ideó desquite mayor que traerse á Roma Cicerón. Y efectivamente, la presencia del orador, odioso á su persona y á toda

su familia, desconcertaba la demagogia de Clodio, tantas veces herida por las frases fulminantes que lanzaba la tribuna de los Rostros. Fulvia y Clodia, dos musas del demagogo, su mujer la una, su hermana la otra, soplaban nuevas y más encendidas cóleras con sus labios de rosa en aquel espíritu de grandes tempestades. A Clodio no se le ocurrió por el pronto más que burlarse de Cicerón y de Pompeyo en el teatro. Cicerón volvió, como ya hemos dicho, y su presencia irritó más y más á las dos mujeres, por ende, al demagogo. Necesitó un general como Pompeyo suscitar á su enemigo un aventurero como el que ha pasado á la historia por virtud de la elocuencia ciceroniana con el célebre nombre de Milón. Este reunió gréculos de los que manejaban con destreza el puñal, judíos de los que servían para espiar y corromper á todo el mundos libertos de cuyas condiciones dan idea las lengua, modernas con la palabra vulgar *libertino*, esclavos tracios de una fuerza inmensa, gladiadores tan fáciles en morir como en matar, y todos se congregaron á una contra Clodio y le persiguieron de muerte. La rudeza y crueldad de aquellos tiempos consentía que un hombre como Cicerón señalase á su amigo el corazón de su enemigo y aun mezclara los arúspices y los auspicios en estas viles venganzas. El gran orador llegó á decir que Clodio era una

víctima destinada en designios superiores al puñal de Milón. En efecto, encontráronse una tarde los dos rivales en la vía Apia y se arremetieron sin piedad. El combate parecía una fiesta de gladiadores, según lo contemplaban desde sus literas las damas y desde sus monumentos y sepulcros tendidos en aquellos sublimes sitios la indiferente plebe. Clodio salió herido de la refriega é intentó huir al golpe último y á la muerte segura. Mas, dispersos los que le acompañaban y sostenían, Milón expidió varios de sus bravos á perseguirlo y rematarlo. En efecto, sin piedad alguna lo cosieron á puñaladas y le dejaron exánime sobre aquel ensangrentado suelo. Fulvia se lanzó desalada sobre su cuerpo en cuanto supo la noticia de su muerte. Jamás el dolor tuvo gritos tan agudos ni palabras tan horribles. Aquella mujer parecía una imagen de la venganza. Destrozado el traje, descompuesta la faz, espumosos los labios, relampagueantes los ojos, destrenzada la cabellera, ya besaba el frío cadáver, ya metía las manos en los surcos de sus hondas heridas para rociar con aquella sangre como con agua litúrgica sus partidarios é impelerlos al desquite, ya golpeaba la tierra pidiendo tener un mismo sepulcro junto aquel con quien había tenido un mismo tálamo, ya pronunciaba terribles arengas inspiradas por la rabia más ciega é impulsoras del más vergonzoso des-

quite. Por tal suerte irritó al pueblo su irritación, que las turbas, movidas á la presencia suya, encendieron teas y quemaron el Senado. Pero Fulvia juró por los manes de Clodio que había de pagárselas irremisiblemente Cicerón. Y éste, conociendo la inquina que Fulvia le profesaba, mantúvola con frases terribles y alusiones sangrientas toda la vida, sin presentir cómo debía traerle al cabo la muerte.

Así permaneció encendido el fuego de la intensa pasión en que ardía Fulvia. Imaginaos la cabeza de Medusa, que hiela, en cuantos llegan á contemplar sus gestos, de horror la sangre; imaginaos esas Gorgonas cinceladas por los buriles del Renacimiento en los escudos y timbres del ejército; imaginaos esas furias transmitidas hasta nosotros, cuyos ojos airados, cuyos labios vibrantes de odios, no alteran la olímpica gracia; imaginaos Medea en el momento de trucidar á sus hijos y arrojarlos disyectos á los pies de su padre Jasón: quizás con estas imaginaciones adivinéis toda la reconcentrada ira de Fulvia, en su furor adscrita, desde la muerte del esposo, á procurarle una cruentísima venganza. Para ella no lo mató la banda informe y tumultuosa de Milón, su rival; no lo mató la cólera de Pompeyo, apenas consistente y duradera en ánimo sujeto á continuas alteraciones, si encrespadas, fugaces; lo mató el destierro de Cicerón, quien, muy envane-

cido por sus luchas con la demagogia y muy pagado en su vanidad femenil de que nunca levantaría la cabeza quebrantada por sus plantas, encontró el espíritu de Catilina transmigrado á Clodio y el puñal de los catilenarios en manos de tan excelso tribuno, rico, elocuente y hermoso. Los dioses domésticos, los dioses patrios, los dioses infernales invocó Fulvia en su odio, después de haber acumulado el oro que pudo granjearse y las armas y los partidarios contra el orador aborrecido. Esta Catilina con faldas, tan aviesa como su modelo, acariciaba el propósito de vengar á su Clodio con una vehemencia y lo ponía por obra con una tenacidad sin ejemplo. Figuraos un partido sensual compuesto de muy exaltados epicúreos, con semejante mujer á la cabeza, mujer sin más entrañas que las necesarias al sustento de sus placeres, y os formaréis idea del monstruo á quien Cicerón había pisado en la segunda mitad de su vida. El hado le persiguió bien trágicamente y le llevó á bien horrible desastre. Él no supo, no, conjurarlo; por lo contrario, provocólo con terribles retos. Milón, el asesino de Clodio, alcanzó la defensa de su inmortal palabra. Proscrito en Marsella por las acusaciones públicas, Cicerón lo defendió en el tribunal con todos sus recursos, y en tal defensa no perdonó medio ninguno de presentar á Clodio como

un demagogo, como un ladrón, como un asesino, como un terrible incendiario sustentado en sus crímenes por su mujer, de quien nunca se apartaba, cual si fuera su alma. El majestuosísimo sitio donde lo inmolaran, aquella vía triunfal de sepulcros magníficos y de monumentos maravillosos que iba desde las puertas meridionales de Roma hasta las aguas marinas de Ostia, vía por un predecesor de Clodio abierta, sirvióle á motejarlo más y más de indigno, y á echar, como nefastas maldiciones de la conciencia humana, sobre su cadáver y sobre su memoria los manes de tanta ilustre ascendencia y la grandeza y esplendor de su nombre. La ira de Fulvia no conoció límites, viendo á Cicerón defender el asesino de su esposo, y, para defenderlo, vejar á éste, muerto y enterrado, con todos los vejámenes que podían ocurrirse á su abundante y amplísima elocuencia.

En Enero de 701 mató Milón á Clodio; en 25 de Febrero acusaron al uno las gentes partidarias de la persona y de la política del otro, y en 8 de Abril ¡ah! pronunció el gran orador la defensa de su asesino. Herida profunda indudablemente abrió en su alma el día y el resultado nefastos de aquel discurso. Fulvia se las compuso de manera que la palabra más alta de Roma encontró en los jueces y en las muchedumbres un irreparable fracaso. No

pudo Cicerón hacerse oír. Colocados los partidarios de Clodio frente á la tribuna, llenas las galerías circundantes de gladiadores en armas, no logró su elocuencia incomparable abrirse paso hasta el corazón de su enemigo auditorio, que opuso la burla, el escarnio, el estruendo, el insulto, al más avasallador de todos los poderes intelectuales. Más acompasada, mucho más música la elocuencia de griegos y romanos que nuestra elocuencia moderna, el desconcierto aquel desconcertó completamente á Cicerón. El discurso no llegó á su término. La plebe clodiana fué con él tan terrible como la plebe catilinaria. El tribunal confirmó la sentencia de destierro contra Milón. Habíase recogido el discurso pronunciado, que menciona en sus instituciones oratorias nuestro ilustre Quintiliano, y todos unánimes lo declaraban inferior á la fama y alteza del maestro. Conviniendo en ello éste, no quiso legar á la posteridad aquel esbozo borrado por la inquina de sus enemigos, y compuso muy reflexiva y cuidadosamente otra mejor arenga. Cuando, terminada, se la remitió á Milón, éste, muy chusco y muy escéptico, le dijo que, si como escribiera tal defensa después del juicio la pronunciara en el juicio mismo, no se hallaría, no, su defendido comiendo las ostras de Marsella. Tal oración, escrita y no hablada, en que las violencias de pa-

labra jamás se cohonestaran con el pretexto de la improvisación y con las sugerencias de los exaltados apasionamientos, prueba cómo reinaban la ira y la venganza en aquellos duros tiempos. Milón, un asesino al cabo, siquier asesinara persona tan perversa como Clodio, es denominado héroe de la patria. Las tropas, que rodean la tribuna, son denunciadas por una sabia perífrasis, no de auxilio y seguro para el orador, sino de auxilio y seguro para sus enemigos, colocadas allí, so pretexto de rechazar la violencia, con el propósito de ofender y perturbar la defensa. Los clamores del pueblo no van, según el texto de la defensa, tanto contra el defensor como contra los jueces. El asesino verdadero no resulta en aquel texto suyo Milón, matador, no, resulta Clodio, muerto. Un jefe de banda, tan vulgar como su cliente, aparece allí puesto junto á Escévola y Escipión. El asesinado parece un reo. Sus voluptuosidades, sus juegos, sus orgías, las mujeres á quienes amara, su Fulvia, semejante á la musa del odio, todo va pasando en aquellos inmortales períodos tan rotundos con la marca de perdurable infamia. Pero el defendido salió condenado. Cincuenta y un jueces lo juzgaron, y de los cincuenta y uno sólo trece votaron en su favor. Los bienes fueron vendidos en almoneda pública, y, á pesar de sumar sesenta millones de pesetas, no

bastaron á cubrir sus deudas. Tres sentencias condenatorias cayeron sobre su persona tras la sentencia que no pudo impedir Cicerón. Sin embargo, Fulvia no se creía vengada todavía. Su cólera no buscaba tanto al reo como á su defensor y vocero. Éste debió temblar cuando supo que se hallaba entre los acusadores de Milón un hombre como Antonio, en quien hizo presa Fulvia para procurarse la terrible venganza.

Este Antonio, por lo mismo que había sido toda su vida un soldadote, se daba sin escrúpulo ni freno á las mujeres. Descendiente se creía del divino Hércules, y, en efecto, no supo apartarse ni un momento de su respectiva Onfala. Con ella, por ella, para ella vivió siempre. No importa que haya tomado en su vida tal compañera diversos aspectos. Lo enorme de su dominación queda siempre. Fulvia debió seducirlo y avasallarlo, no para satisfacción de su amor, para satisfacción de su venganza. Máquina de guerra, ninguno como él podía con sus fuerzas brutales aplastar á Cicerón. Fulvia lo tomó como pudiera tomar una espada, sin más propósito ni más fin que cortar una lengua. La naturaleza del pretoriano y la naturaleza de su dama se completaban grandemente. Fulvia no parecía la mujer, sino el compañero de Antonio. Forzuda como éste, alta, enérgica, cruel, de voz llena, de mús-

culos vigorosísimos, era como un verdadero centurión. Erguidísimo Antonio de cuerpo, robusto de temperamento, sordo y ciego de conciencia, ancho de frente y espaldas, barbudo, muy barbudo, incansable al combate y al placer, merecía y justificaba su descendencia del divino Hércules. Un milite, un bárbaro, el pretorianismo hecho carne, y hueso, y sangre; tal era el nuevo esposo de Fulvia. General, se le hallaba más en la cantina que en el Pretorio; ciudadano, más en la taberna que en el comicio. Aquel hombre había de acostarse todas las noches con su mujer y con su espada. El pretoriano le quería, porque jugaba con la gente militar á los dados, con la gente militar se reía y trincaba. Ebrio siempre, no perdía el seso nunca si de cosas guerreras se trataba. El cielo habíale concedido un dón suyo tan precioso como el dón de la elocuencia, ruidosa, fastuosísima, oriental, en sus labios. Crecido entre asaltos, despojos, sacos, incendios, matanzas, no conocía el precio de la vida humana ni el valor de la propiedad particular. Él mataba las personas como si fueran moscas y entregaba los tesoros de otros á quien le parecía como si fueran suyos. Robó mucho, pero también repartió más que robara. Su odio á Pompeyo provino de haberle pedido el precio de una casa que le vendiera. Dos cualidades tenía, la de retórico y la de actor. Hablaba profu-

samente, con mucha copia de imágenes. Representaba todos los papeles, pero con la inmensa distancia de sus modelos que hay desde el teatro al mundo. Caricaturaba perfectamente á César, pero no hacía más que caricaturarlo. El dictador le amaba mucho, porque le parecía la fuerza material necesaria para cumplir sus ideas. Cuando entró en Roma tras el triunfo en España, llevólo consigo sobre su carro. Calpurnia le dió el testamento y el tesoro de César, pero no pudo, no, darle su genio y su espíritu. Hombre tan extraordinario se llamó con razón la espada de Fulvia. Ésta, no solamente sabía esgrimir sus fuerzas en la política, sino en la guerra también. Cien veces combatió á su lado, cien veces compartió sus peligros y cien veces holgóse creyendo suyas las victorias de Antonio. Amazona cruel y bárbara, no conocía las dos más hermosas cualidades que Dios ha puesto en su hermosísimo sexo, el pudor y la piedad. Antonio fué su perro de caza y le llevó las víctimas que demandaban su codicia, su venganza y su lujuria.

Imaginaos el desvarío de aquella mujer al creerse ama de Roma por su marido. Éste parecía César en el momento que sobrevino la muerte de César. Cuatro propicios factores entraron en su rápida fortuna, el testamento, el tesoro, el archivo de Cé-

sar y el discurso que pronunciara contra los asesinos de César en los horrorosos funerales de éste. Tal discurso pasa con razón por uno de los más bellos monumentos que ha dejado en el mundo y en el tiempo la palabra humana. Dicho en hora suprema, no concuerdan los historiadores múltiples de tal hora en su autenticidad. Mientras unos dicen que habló muy largo y muy bien, dicen otros que redujo todo aquel acto á la simple lectura del testamento de César comentada por varias oportunas palabras. Quien más, entre los primeros ingenios del mundo, ha extendido la fama del discurso de Antonio, es el inmortal Shakespeare en sus tragedias romanas. Prodigio verdadero de oratoria persuasiva, quedará como perdurable tipo de las gradaciones pérfidas y sabias. Asombra ver el arte con que se ha sustituido el dramaturgo al personaje y ha llegado por transiciones de un matiz apenas perceptible desde los elogios mayores á los asesinatos hasta la indignación más asoladora contra ellos. En muy poco tiempo y en serie muy ligada y sistemática pasa desde el tono apologético á las acusaciones, y no sentís ni la brusquedad ni el sacudimiento de tan extraño cambio. Cierto que la primera arenga de Antonio, la considerada universalmente por auténtica, se halla en Apiano, que la pone con suma oportunidad en su libro histórico

de las guerras civiles, fuente copiosa de todas estas narraciones. Pero la existencia del discurso en tamaño libro y su indudable semejanza con el trazado por dramático tan sublime como Shakespeare, no quita ni un ápice al mérito de la obra de éste. ¡Cuán humilde Antonio en los comienzos, antes de llegar al estallido de su soberbia! Proponiéndose como fin del discurso la inmolación de los conjurados, inícialo por sus alabanzas. Hay tal arte, que la hipocresía parece allí sinceridad, buena fe la terrible astucia y el odio puro candor. Antepone la honra de Bruto á todo; y, por lo mismo, insinúa que acaso acertó llamando ambiciosísimo al dictador. Y, sin embargo, César lloraba cuando el pueblo gemía, César emprentaba dinero y contraía deudas para que comiera el pueblo. César rehusaba la corona real ofrecida por la mano misma de Antonio en las fiestas lupercales y consagrada por las aclamaciones del pueblo. Cuando se oye decir de hombre tal que fuese ambicioso, cree uno la razón humana fugitiva de nuestra especie y refugiada en las bestias. Aquel hombre divino, que tronaba en la tierra como Júpiter en el cielo, cuyo aliento movía las vencedoras águilas que llevaban en sus garras naciones al Capitolio, no mueve muerto ni una hierbecilla que pudiera mover el soplo de cualquier niño. Reyes perdonados por él, patricios por él he-

chos reyes, cansados de arrastrarse cuando vivía, se han erguido á una sobre los escombros del coloso y lo han insultado porque no podía responderles. Tras este dardo venenoso lanzado al corazón de sus enemigos, Antonio invoca el testamento, donde se hallaban uno por uno con sus legados correspondientes y sus provincias adscritas los bravos asesinos. Y no solamente se hallaban ellos, Casio, Casca, Bruto, Címbre, cuantos le hirieran, sino también todos los ciudadanos de Roma, herederos suyos y dotados con parte considerable de su fortuna. El alma se le salió del cuerpo para ver, sin mediación de los sentidos, ¡oh!, si era verdad que Bruto, á quien había amado, no como ama un padre, como ama una madre, si era verdad que Bruto lo mataba. Y cuando á estas consideraciones el pueblo vociferaba, cual si le cayesen gotas de plomo derretido encima, retornaba con arte sumo Antonio á las atenuaciones y decía no querer continuar, conociendo que los ciudadanos de Roma, como no hechos de leña ó piedra, sino de carne y hueso, apenas podían contener la emoción causada por el horroroso espectáculo de tanta ingratitud. Añadid á todo esto la figura del general, vaciada en cera y cubierta con las heridas que parecen bocas hablando; los nombres de sus victorias escritas en letras fulgurantes; los trofeos de

mil batallas colocados teatralmente; coros de varoniles voces entonando versos heroicos de merecidas alabanzas; el pueblo necesitado por completo de un dueño, ya que no comprendía la libertad; los veteranos rabiosísimos y delirantes, y comprenderéis cuánto pasó tras de aquel discurso fúnebre y aquella festividad religiosa; comprenderéis que los ciudadanos echaran ofrendas á millares en su pira voraz; que las damas se desprendieran de sus joyas y hasta los niños de sus juguetes para desvanecerlo todo en las llamaradas siniestras de aquel holocausto; que los fanáticos recogieran los tizones de la hoguera y se marcharan desalados á incendiar las casas de los tiranicidas; que cien y cien supersticiosos, al ver un cometa en los aires, lo tomaran por el espíritu divinizado de César, y creyéndole ya sobrenatural, olímpico, puesto por mandato de los dioses mismos entre todos ellos, se arrojaran al suelo con la esclavitud en el alma pidiéndole á voces y á una su amparo y su Providencia. Pero en realidad quien se creyó desde aquel entonces la Providencia de Roma y de los romanos fué sin duda de ningún género el insensato Antonio.

Fulvia reinaba sobre Antonio y le impelía con furor á la dominación para el desquite apetecido. Pero Antonio, comprendiendo la complicación en aquel momento de los factores que componían

la suma llamada pueblo rey, no quiso llevarlo todo á la fuerza y dejó una parte de las satisfacciones deseadas al ministerio del tiempo y al poder de las circunstancias. Así adulaba de continuo á los senadores, en cuyas filas iba de nuevo rehaciéndose con su palabra Cicerón; complacía, en cuanto le era dable, á los pompeyanos; llamaba en torno de sí á los demagogos y procedía con tino y tacto para ver de predominar sobre todos sus rivales, y cuando ya hubiera predominado, sojuzgar tiránicamente al pueblo. Mas le perdieron dos hechos: primero su largueza, que dispendió los tesoros del dictador sin provecho para nadie, y después la llegada de Octavio. Era éste sobrino de César. Pero el dictador, siguiendo las conocidas adopciones romanas, le llamó su hijo. Y un hijo de César, siquier de adopción, parece imposible que tomara encarnación y forma en Octavio. Ni la muchacha más tímida llegó á su timidez. Apenas contaba diez y ocho años y parecía, por lo débil, por lo enteco, por lo desmedrado, un fruto que no maduraba. Se había pasado la vida en una enfermedad continua. Cojo, ni fuerzas tenía para moverse con desembarazo. Su voz extinta se asemejaba de suyo al resoplido siniestro de un moribundo. Para decir algo á su mujer tenía que escribirlo. Para dirigirse al pueblo hablábale por medio de un heraldo. Así que oía un trueno se ocul-

taba horrorizado bajo sillas y camas. Como todos los cobardes era cruel. Este hombre debió haberse las con el fuerte Antonio. Pero tenía en su favor que Antonio disipara los tesoros de César. Murmuraban de tal disipación las legiones y no hacía gran cosa el pretoriano para contrastarlas. Mas Fulvia, su demonio, le daba en rostro con tanta debilidad, y entonces el bárbaro, fuera de sí, diezmaba las legiones y sacrificaba los murmuradores en presencia de Fulvia. Esta hiena, que iba oliendo siempre la sangre humana y su hedor, no se contentaba con cabezas de soldados, quería lenguas de oradores, la sublime lengua de Cicerón sobre todo. Pero Antonio no estaba en el caso de tomarlas por la tremenda, y á la hora misma de arribar Octavio y pedirle nada menos que los tesoros de su padre César, Cicerón seguidamente se puso de parte de Octavio, creyéndole bastante fuerte para combatir al pretoriano y bastante sabio para restaurar la República. Cicerón se hizo con su natural facilidad y ligereza octaviano. Al verlo en tal partido Fulvia le aconsejó la sublevación á su Antonio. Y Antonio, so pretexto de combatir á Décimo en las Galias, partióse de la Ciudad Eterna en busca de legiones con que procurarse á sí mismo la dictadura y á su mujer la venganza. En tal estado las cosas, la cabeza de Cicerón estalló y el genio maravilloso de su elo-

cuencia produjo las filípicas enderezadas contra el pretoriano. En tamañas arengas el cargo principal asestado sobre la cabeza de Antonio era su esclavitud bajo una mujer dolosa, cruel, vengativa, sensual, causa quizá de todos sus crímenes. El furor de Fulvia contra Cicerón redoblaba naturalmente á medida que la elocuencia del gran orador se redoblaba contra su Antonio. Sesenta y tres años tenía Cicerón cuando pronunció la primera filípica. En ésta no se descubre aún todo cuanto debía estallar en las otras sucesivas, pero ya se adivina lo irreconciliable de su odio al pretoriano y su resolución de sostener á Octavio. La parte principal está consagrada con empeño á discurrir sobre las causas de un viaje que intentó á Grecia por sospechas de la dictadura antoniana y por culto á la república y á la libertad de Roma. Pronunció el orador este discurso el 2 de Septiembre, y Antonio, irritadísimo, reunió el Senado á los pocos días, y allí, sueltos ya todos los frenos, olvidadas todas las consideraciones, movido por su propia rabia sumada con la rabia sugerida por Fulvia, le injurió, le acusó de complicidad con Bruto, de carteos con Casio, de conspiraciones en su contra con los veteranos. Entonces el gran orador produjo la segunda filípica, nunca pronunciada, hecha en sus jardines de Nápoles, y sin embargo considerada por el univer-

sal sentir como la primera entre todas sus arengas y propuesta de modelo al estudio y admiración de la posteridad. Cicerón habla de sus templanzas en la primera filípica, donde trataba con todo respeto á su enemigo, no obstante haber sacado á pública subasta el palacio de los senadores, y establecido leyes no presentadas al pueblo, y abolido los auspicios siendo augur, así como la oposición tribunicia siendo cónsul, y rodeádose de odiosos sicarios, y herido entre los vapores del vino y los espasmos del vicio una familia, templo en otro tiempo de la virtud y del honor. Vil gladiador, grosero, falsario, asesino, le llama, y aun le parece muy escasa y muy pálida la sarta horrible de sus crueles adjetivos. Atribúyele con testimonios fehacientes el proyecto de quemar á Roma, destruir la república y degollar todos los ciudadanos. Cicerón se creía de tal modo, tras la ruptura entre Antonio y Octavio, seguro de la república y de la libertad, que defiende la muerte de César diciendo cómo todas las gentes honradas le habrían inmolado, porque si á unos les faltaron los medios, á otros las resoluciones, á muchos la ocasión, á nadie le faltó la voluntad.

En este maravilloso monumento de la palabra humana nos describe al pretoriano en sus relaciones con las mujeres y nos recuerda mil curiosida-

des interesantísimas. Es de ver Antonio en su carreta gala, precedido, como un dios, de lictores coronados, llevando consigo en abierta y despejada litera una cómica, delante de la cual debían postarse los ciudadanos más honestos, entre las bur-las de una juventud epicúrea, que, borracha, sensual, devorada por todos los vicios, llenaba los aires de dicharachos y de blasfemias. En su horrible ligereza tal hombre no podía ejercer ni siquiera la virtud sino dándole aspecto de aventura. En sus regresos al hogar legítimo, en sus aproximaciones al tálamo que leyes y liturgias consagran, en su comercio y trato con la mujer propia, debe haber algo de teatral, algo de bufón, algo de ridículo que revele al consumado comediante. Vuelve de la guerra y corre á su casa, como si, en vez de habitarla, quisiera conspirarla. Una mañana muy espléndida, en punto de las diez muy dadas, llega por las cercanías de la ciudad al sitio llamado Rocas Coloradas, y se oculta en miserable garito, bebiendo vinos ordinarios, hasta muy entrada la noche. Cuando las tinieblas lo envuelven todo, enmascara su rostro con cuidado, transviste su traje con afectación cómica, toma un carricoche cualquiera y corre á su hogar. Desconocido naturalmente del portero, por inesperado, se vende á su inocencia como correo y emisario de Marco Anto-

nio. Tiempo le faltó al doméstico para franquearle completamente la puerta y conducirlo al gineceo de su ama. Cualquiera que, tras largas ausencias, hubiese visto á la mujer legítima y amada, se arrojará en sus brazos impaciente y le pidiera mil perdones por la treta y el disfraz. Pero este cómico redomado, que tomó la tierra siempre por vastísimo teatro y la vida por complicada comedia, y todos cuantos en la vida encontraba por cómicos y por bufones como él, continúa impávido hasta el fin su bien urdida comedia, y no se delata ni por un gesto, ni por una palabra en su artificioso proceder á los que le querían y no le aguardaban. En su frialdad incomprensible y en su carácter cómico irremediable tiende á la esposa una carta, como "pu-
diera cualquier galán joven allá en el teatro de Pompeyo. La carta está escrita por él, es de su puño y letra y dice toda clase de ternuras y hace toda clase de promesas. La esposa lee aquellas frases, y solloza, y vierte lágrimas, y hace votos por el próximo regreso y por la continua salud, tanto más cuanto que le asegura olvido completo de sus antiguos devaneos y renuncia total á la cómica soez que le acompañaba en aquellas correrías. Cuando la esposa quiere bajarse del tálamo para escribir la respuesta, se descubre Antonio como en cualquier tragedia y se arroja teatralmente á sus pies. Fácil

de imaginar la irritación movida en Fulvia por estas revelaciones comunicadas con aquella elocuencia incomparable á todo el universo. Y si á esto se añade que Cicerón observaba cuánto sufrían la dignidad majestuosa de Roma y la paz general de Italia por semejantes nimiedades domésticas, veránse claras y palpables las causas del horror que á Cicerón tenía Fulvia.

El estado espiritual y social de Roma ofreció nueva ocasión muy pronto á los deseos vivísimos de la dama impúdica. Estudiando las oraciones de Cicerón descúbrese á primera ojeada en ellas cómo la corrupción de su tiempo gangrenaba el pensamiento y el ánimo mismo de un estadista, en quien debían revelarse fuerzas tan espirituales de suyo como la idea y como la palabra, careciendo por completo de fe viva en las virtudes y autoridad de las leyes tan respetadas antes, ó en la fuerza moral de instituciones tan impersonales como las instituciones republicanas. En su combate con el pretoriano Antonio, con aquel fundador de la monarquía militar, no contaba el estadista parlamentario y republicano con el pueblo, idólatra en otro tiempo de la república, ni con el Senado, dispuesto en otro tiempo á contrastar todas las disminuciones de su poder soberano. El pueblo había querido abrasar con las teas desprendidas del brasero donde ardieran los

despojos del dictador la casa de los libertadores, y el Senado había ofrecido á César aras y altares como á Dios, inmolando en ellas algo menos cruento, pero más significativo que las víctimas humanas, los propios poderes y los antiguos derechos. Cicerón, el orador, fiaba, durante su combate con el brutal Antonio, la resurrección de su república y de su libertad nada menos que al hijo de César, al enteco y cruel Octavio. Para vencer á su enemigo divinizaba sin medida, en frases encomiásticas propias de cualquier viejo cortesano retórico, á su amigo, hasta ponerlo en los celajes de una increíble apoteosis, y no se le ocurría en su imprevisión ciega ninguna de estas dos fáciles contingencias: primera, que Octavio le destruyese á él después de haber destruído al pretoriano infame; segunda, que Octavio se pusiese de acuerdo con Antonio para perderlo á él y perder con él todas las instituciones republicanas, tan molestas á la postre para el esposo de Fulvia como para el hijo de César. Y esta última contingencia, fácil de prever, sobrevino. Mientras Cicerón, al ver que Antonio se iba en correrías continuas de Brindis á Módena, recogiendo allí veteranos contra Octavio y peleando aquí en contra de senatoriales como Décimo, en quien libraban sus esperanzas muchos respecto de lo futuro; al ver que Octavio le visitaba

en sus quintas y le requería para que defendiese la vieja tribuna contra el aspirante á la monarquía militar, creyó restaurada la república; y como viera Casio, republicano, en Siria; Bruto, republicano, en Macedonia; Sexto, republicano, en Sicilia; Décimo, republicano, en las Galias cisalpinas; los senadores volviendo por sus derechos; el pueblo aparentemente resucitado por el relámpago de una electricidad fugaz que lo movía y no lo avivaba, se dió con todo su espíritu, y con todo su ánimo, y con todas sus fuerzas, al restablecimiento del régimen republicano, que tomaba en sus últimos días las apariencias de vida tomada por casi todos los moribundos poco antes de su extinción total y muerte definitiva é irremediable. Pero al escuchar ó leer Octavio en la segunda filípica de Cicerón todas las frases referentes á su regreso hacia la forma republicana y todos los loores elocuentísimos al acto de Bruto y Casio, le asaltaron escrúpulos y empezó á propender hacia quienes representaban la tiranía y á huir de quienes representaban la libertad. Y en efecto, mientras Cicerón, á los sesenta y cinco años ya, consumía los últimos esplendores de su elocuencia inextinguible, loando á Octavio y á Lépido, estos caudillos, acompañados por sus respectivos partidarios, veteranos y gladiadores, iban-se á una isla fluvial, cerca de Bolonia, y allí se re-

partían el mundo y el ejército romano, alzándose con el Gobierno de la república bajo una forma y una denominación como la forma y la denominación de triunvirato. Pocas escenas históricas tan curiosas, cual aquella representada por los tres infames histriones al avistarse unos con otros en medio del río. Sus respectivos ingenieros habían fabricado los puentes para el paso, no fuera que descuidos ó traiciones los echaran al agua. Las huestes de cada cual ocupaban las vecinas líneas, ignorando si debían ofenderse ó abrazarse. Cuando pasaban por el puente los jefes, dirigióse cada cual á sus sendos amigos recientes, preguntándoles si llevaban ó no armas ó cortes guardados entre los pliegues de sus túnicas. Por fin pasaron los tres sin recelo y se repartieron la tierra en una solemne conferencia, decidiendo vender los amigos que fueran enemigos de los demás y extirpar definitivamente la libertad con la república.

Y mientras tanto Cicerón fulminaba sus frases contra los antonianos todos, no sólo por enemigos de su causa y de sus ideas, sino por enemigos de Octavio. Especialmente con Fulvia estuvo implacable. No puede llevarse más allá la elocuencia humana, y por lo mismo no puede, no, abrirse una más profunda herida en el alma que doliera con tanta intensidad y provocara la sed natural de una pronta

venganza. En la segunda filípica deduce los horrores que caerían sobre Roma con la dominación antoniana del espectáculo dado por el general y su mujer en Brindis, al degollar bajo un techo amigo y hospitalario la gente más valerosa del ejército y la más honrada entre los ciudadanos, gozándose con los estremecimientos de su agonía y recibiendo como una lluvia benéfica en sus rostros el salpiqueo de aquella noble y encendida sangre. Tras llamar á Fulvia y Antonio asesinos los llama también mercaderes, pues dice que salían los privilegios para los reyes y entraban los precios varios de tales dones en las bandejas y en las canastillas de Fulvia. Y no solamente la insulta en su vida de aquellos días, se revuelve contra sus mayores y concluye por cebarse hasta en los huesos de sus muertos. So pretexto de volver por la madre de Octavio, ensaña-se con el padre de aquella Fulvia, «tan excelente, dice, por lo menos, tan rica y potentada,» con cruel ironía. Cuenta que se llamaba el padre de Fulvia Bambaleón, debiendo tan ridículo apodo á la tartamudez de su lengua y á la cortedad de su inteligencia. Por último, en la quinta de sus arengas contra Marco Antonio llama vil mercado á su hogar, y funda su juicio en que su mujer, más afortunada con los pueblos que con los maridos, saca las provincias para los procónsules y los reinos para los reyes en

almoneda y subastada. No hay para qué decir cómo todas estas acusaciones habrían emponzoñado el ánimo y el pensamiento de Fulvia, resueltos con resolución indeclinable á procurarse por todos los medios el holocausto á sus personas de semejante deslenguado. Y aun estaban tales palabras en los aires cuando ya se habían repartido los triunviros el mundo como tahullas de predio y sus enemigos como cabezas de ganado. ¡Cuán horrible la crueldad concentrada y sistemática de aquellos triunviros! Para borrar sus deudas mataban á los acreedores; para sumar propiedades al propio peculio mataban á los propietarios. Lo más cruel era que, dirigiendo cada cual un partido propio, tenían amigos y deudos, y hasta padres y hermanos en los partidos contrarios. Antonio entregó un tío carnal á Octavio, y Lépido entregó un hermano de padre y madre. Octavio, por su parte, dió á Cicerón, al orador excelso que había puesto los últimos arreboles de aquella elocuencia maravillosa en torno de sus sienes. Hecho esto, como necesitaban pelear con sus tres enemigos, Bruto, Casio y Sexto, en Oriente, resolvieron unánimes no consentir ningún enemigo en Occidente, degollarlos á todos. ¡Oh! Los historiadores cuentan cómo, al darse las sentencias de proscripción, se abrieron las tumbas cual si bostezaran, se oyeron aullar los perros cual

si plañeran con anticipación las agonías de sus amos, se metieron los lobos del Apenino y de la Sabina en el recinto de la Ciudad Eterna husmeando la carnicería, los cuervos ennegrecieron en grandes bandadas con sus siniestros cuerpos las techumbres del templo de la Concordia. Un adivino etrusco, á quien llamaron para interpretar tamaños presagios, columbró venganzas de tal género, que, reteniendo el aliento para no vivir y verlas, cayó muerto de asfixia en el sitio adscrito á los augurios. Un cierto Pedio llevaba las terribles listas de proscripción consigo, y al saber que habían llegado, las gentes sollozaban por las calles y gemían como los habitantes de las laderas del Etna cuando el volcán amaga con sus devastaciones y sus asolamientos. Cuál intensidad no tomaría el terror, que Pedio, joven, muy joven, murió el día posterior al de su llegada, presa de su fatiga y de su remordimiento. Señaláronse las cabezas que debían caer y se dieron salarios previamente presupuestados á los degolladores. Todas las salidas por donde podían los designados escaparse quedaron cerradas; todos los caminos en aquella inmensa planicie quedaron guardados cual si Roma estuviese asediada por un sitio. Imaginaos el perro que husmea la presa y rasca en la madriguera desasosegado por los efluvios que llegan á su olfato; ima-

ginaos la hiena escarbando en los osarios para machacar entre sus dientes los cadáveres; pues peor aspecto presentaban aún por aquellos días esbirros, sicarios, espías y asesinos.

Ruedan por doquier las cabezas segadas del tronco, y por doquier yacen los troncos separados de las cabezas. Hay quien desesperanzado y suicida corre á clavarse con mucho ánimo en el puñal de los innoladores; pero también hay quien se recata y se refugia en los pozos, en los graneros, en los desvanes, huyendo de la muerte. No hay nada sacro para los proscriptores y los verdugos á la proscripción adscritos. Penetran á bandadas en los aposentos y parecen los venenosos insectos producidos por la corrupción universal. Tras el asesino va el saqueador, tras el saqueador va el incendiario. Imaginaos las noches de aquellos á quienes les dicen conciencia ó memoria que deben aguardar una irrupción de tal género en su casa inscrita sobre los terribles registros de los triunviros. ¡Cómo el instinto de conservación lucharía en ellos con todos los demás instintos, infundiéndoles repugnancia invencible al dolor inminente y á la muerte cierta! ¡Cómo se despedirían de su familia, de su mujer, de sus hijos al anegarse, como una inerte piedra, en el abismo de la eternidad, teniendo que separarse y dividirse tanto sus corazones como sus

vidas! Varios, al saber que llegan los asesinos, se matan; otros los miran llegar con la indiferencia que un buey al carnicero. Muchos cadáveres tienen junto á sí amigos ó deudos que los riegan con sus lágrimas; pero la mayor parte sólo tienen perros y buitres, cual si yacieran tendidos en el desierto y no en las calles de Roma. Un tribuno ha querido reunir la familia en cena de santa despedida, confortándola con palabras de consuelo é infundiéndole su propia serenidad en aquel supremo trance. Pues bien, los centuriones llegan con su faz lívida y su espada en el puño vertiendo sangre. Como todos los allí reunidos se alzarán á una con terror, el jefe de los sicarios mándales reasentarse con prontitud y les dice que no embarecen su oficio y no le desobliguen impidiéndole su deber. Seguidamente coge al padre de familia por el cabello, coloca la cabeza con cuidado sobre los manteles, la siega de un golpe, y llevándosela, déjalos inmóviles, inertes, petrificados en tal manera, que se pasan la noche junto al descabezado cadáver sin atreverse ni á huir ni á respirar siquiera. El buen Apiano consagra páginas y más páginas de sus guerras civiles á contar estos hechos, que compiten por su tristeza y por su miseria con todo cuanto de más horrible y siniestro guarda la pobre humanidad en sus ensangrentados anales. La naturaleza humana parece

haberse perdido y la conciencia universal parece haberse apagado. El corazón, hecho para los afectos que sustentan el fuego de la vida y lo transmiten á cien generaciones, parecía trastocado en órgano de odio y de muerte. Cuando la sangre humeaba por todas partes, cuando los cadáveres insepultos y podridos envenenaban los aires, cuando se veían tan sólo por las calles de Roma perros y buitres llegados al festín que les diera la corruptora y asoladora tiranía, Lépido inventa una fiesta pública y dispone un regocijo universal, declarando reos de muerte á los entristecidos y llorosos. Imaginaos los huérfanos, las viudas, los padres destituídos de su prole y los muchos amenazados de muerte cuán alegres irían á estas festividades invenidas en los refinamientos de una civilización que iba tocando ya en la más desatentada barbarie. Los niños, en su inocencia, en su candor, parecen á todos los tiempos y á todas las generaciones como seres sagrados. Pues en sus listas los pusieron aquellos déspotas, y á muerte los condenaron implacablemente sin piedad alguna. Uno entre tantos celebraba el día de su toga pretexta señalado con familiares alegrías, realizadas con los recursos de la religión y del arte. De pronto, cuando en procesión solemne con sus parientes, y amigos, y familiares, y siervos iba, le anuncian que se halla inscrito en

las listas de proscripción y de muerte. A tal noticia los acompañantes huyen, la procesión se dispersa, el niño apela, como cuando le amenazaban con pegarle, á sus pies y llama con presteza y estruendo á su casa. ¡Horror! La madre no quiere abrirle su puerta. El pobre muchacho corre á los montes, y sufre tal hambre, que baja desalado á los caminos. Aquí unos bandidos lo secuestran, y pasa tales penas, que vuelve á Roma y se rinde á los centuriones. Pues bien, un centurión lo degüella. Hubo quien se metió en los sudarios de los muertos y se dejó quemar vivo. Diéronse tales ejemplos, que no quisiéramos recordarlos por honra del humano linaje. Un joven, que perdiera á su hermano, se arrojó al Tíber, y habiéndolo salvado los pescadores tres veces contra su voluntad, los sicarios, delante de aquellas mismas almas piadosas y caritativas, lo descabezan. Algunas esposas, cansadas de su matrimonio, delataron á sus esposos. Cierta patricia, viendo llegar su mujer á la cabeza de una turba de asesinos para matarle, se suicidó, maldiciéndola y rompiéndose el cráneo contra las piedras mismas de aquel hogar maldito. Otra delatora, como quiera que su marido estuviese á punto de irse y de salvarse, retúvolo con sus caricias para que llegasen los sicarios. ¡Ah! El papel representado por Fulvia en estas tristísimas tragedias no

puede tener excusa, como no tiene quizá ejemplo y nombre. Las clases ricas padecieron más aún que las clases pobres; primero por senatoriales y amigas del Senado, después por pudientes que dejaban oro en aquellas manos tintas de sangre. A las proscripciones, á las matanzas, acompañaron la confiscación universal. Pero había tantas propiedades en el mercado y tan pocos adquirentes ó compradores, que tierras y casas cayeron á una en precio vil. Así arbitraron, como buenos arbitristas, citar las mil trescientas matronas más ricas de la ciudad para investigar y traer al acervo común de la tiranía sus riquezas. Viéndose amenazadas de tal despojo apelaron á las postreras prácticas del derecho de reunión que aun quedaban en la república espirante y expidieron comisiones á la madre de Octavio y á la esposa de Antonio. La madre de Octavio las recibió, pero Fulvia no quiso recibirlas, sedienta, como su esposo, de oro y sangre. Un rayo de caridad iluminaba con tal motivo esta carnicería, probando cómo el pueblo hubiera salvado su libertad y su república de haberlo querido. Congregados los triunviros en tribunal fueron á ellos las mil trescientas damas en procesión. Y aquellos avaros asesinos, que saqueaban y mataban con implacable indiferencia, no querían oírlas; pero se movió el pueblo á compasión hacia las mujeres y

á ira contra los tiranos hasta el punto de obligarles á desistir en su empeño. Así, con toda esta podre al pie, brotó la tiranía en el mundo.

Pero Fulvia no creía su victoria completa mientras la palabra de Cicerón pudiese vibrar en los aires. Todas cuantas satisfacciones podía en su furor apetecer, todas le procurara la fortuna. Dominaba con dominio imperiosísimo sobre Antonio y le movía según su arbitrio, soberana por completo de aquel cambiante albedrío. Así colmó á un tiempo su ambición política y su codicia casera. Para mayor felicidad suya, los veteranos de Antonio, de Lépido y Octavio, acordándose cómo la muerte prematura de Julia, hija de César, trajera la enemistad irreparable de este gran general con su yerno Pompeyo, proclamaron la necesidad imprescindible de reunir á los triunviros en familia por medio de matrimonios é impusieron á voces con amenazas, blandiendo los instrumentos de combate y exterminio, el enlace de la hija engendrada por Clodio en Fulvia con Octavio; y bien ó mal de su grado tuvo que casarse Octavio, hijo y heredero de César, con la esposa que le impusieron á gritos las legiones. Pero nada, nada quería Fulvia como su venganza de Cicerón. Conociéndolo el miserable Octavio, que se hallaba por tantos deberes obligado á la defensa del orador, no intentó ninguna

resistencia. Cicerón se hallaba por estos momentos en su casa de Túsculo. Pocos espacios tan hermosos por la solemnidad y por la grandeza. Los montes Apeninos á la espalda, Tíbur á un lado con sus templos y sus cataratas, á otro lado Albano con sus lagos y con sus jardines, al pie aquel campo de Aníbal, ungido por tantos recuerdos y poblado de tantas sombras; en los lejos, en las amplias perspectivas, la campiña romana; y nadando entre los arreboles de un aire multicolor, cargado siempre de tintas varias y hermosísimas, Roma, la inmensa Roma, con sus varios monumentos y su diadema de glorias. Allí, allí pensara Cicerón sus altas concepciones académicas y escribiera libros espiritualistas en que todavía se aprende hoy la elocuencia del alma y la sobrehumana religión del pensamiento. Estaba con su hermano Quinto, que traicionó la república y fué amigo de César. Pero ¿quién se acordaba en estos instantes últimos de tamaños hechos, y quién podía castigar una corrupción que llegaba con sus cánceres al seno de la propia familia? Ya en Roma estaba perdida la libertad, y Cicerón y Quinto salían de Túsculo requiriendo la costa para encontrar amiga nave que los condujese, ó bien á Siria, ó bien á Macedonia, ó bien á Sicilia, donde se hallaban los últimos republicanos. Escogieron, pues, para embarcarse ambos, el sitio denominado Astu-

ra, donde Cicerón tenía otra quinta. Iban de camino en dos literas, departiendo acerca de su propia desgracia y de las desgracias patrias. Pero en esto se acuerdan de que no llevaban dinero alguno para la travesía. Tuvo que volverse Quinto á Roma en busca de los recursos. ¡Infeliz! Nunca lo hubiera hecho. Reteniéndolo allí la necesidad algunos días, encontróse con su hijo mayor, y sorprendidos ambos por los sicarios, no hay para qué decir cómo lo pasarían cuando Antonio y Fulvia acababan en sus furores de condenar y demoler hasta la casa misma del orador en Roma. Quinto quiso morir por su hijo y el hijo morir por su padre. Pedía éste que le ahorraran el dolor de ver morir á quien destinó en su amor para cerrarle los ojos, y aquél pidió que le ahorraran la orfandad. Los crueles asesinos declararon riendo y burlándose que los pondrían de acuerdo. Y, en efecto, piadosamente mataron á los dos. ¡Horrible crimen para la tiranía pertenecer á una familia tan ilustrada en los anales de la libertad y llevar nombre tan imperecedero como el nombre de Cicerón!

Éste llegó á la orilla del mar y hasta pudo embarcarse. Favorable brisa le llevó, bajo aquel cielo y sobre aquellas aguas azules, hasta el hermosísimo cabo Circeo, como convidándole á vivir con la intensidad infinita de luz y con la exube-

rancia increíble de rebosante y extraordinaria vida. Pero la soledad completa, cuando tan habituado estaba en el movimiento de los años á la comunicación pública y privada con todo el mundo, le aterró. La ilusión de que no podían atreverse á tanta grandeza y á tanta gloria como llevaba consigo; el deseo aun de mover al traidor Octavio, como si las entrañas de un tirano á ninguna persuasión pura pudieran moverse ni mucho menos rendirse bajo ninguna grandeza intelectual ó moral; hasta los mareos mismos causados por los ayunos de su cuerpo y las tribulaciones de su alma en mar tranquilo y sereno le impelieron al regreso y le granjearon el martirio. Anocheceía cuando desembarcó para volverse á la quinta. En aquellos días atravesaban las delaciones, como siniestros fuegos fatuos, todas las campiñas y todas las costas romanas. Plutarco, en su artístico afán de relacionar los hechos humanos con los hechos naturales y la sociedad con el universo, cuenta cómo los buitres, husmeando ya el cadáver de Cicerón, iban al palo de su buque, al techo de su casa, castañeteando en sus picos resonantes muy adversos y muy siniestros augurios. Desesperanzado ya de todo, rendido irremisiblemente al peso de la fatalidad, conforme con acabar como le anunciaran siniestras sombras y terribles amagos, respondió su-

plicando al destino le prestara indiferencia por todo, á fin de morir tranquilo sobre la tierra por él en otro tiempo salvada y que solamente le ofrecía tristes desengaños. Los domésticos no quisieron oír estas insistentes súplicas; noticiosos de cuanto pasaba en las cercanías, atisbando todos los objetos, oliendo y husmeando todos los presagios, juramentáronse para salvarlo y redimirlo á la sentencia que pesaba sobre su cabeza, llevándolo como quien lleva un objeto inerte y expidiéndole á Grecia, con lo cual imaginaban guardar su vida, suspensa con majestad no usada sobre los ocasos de su gloria. Pero equivocábanse tristemente.

Un proscrito del mundo romano era un proscrito del mundo universal. No había más que Roma en la tierra. Durante aquella noche, devorada en su triste hogar, debió Cicerón revolver allá por su mente, cuasi encendida en la fiebre, mil extraños proyectos. Ya pensó en irse á casa de Antonio y retarle para que se atreviera con él, como si Antonio, acompañado del diablo de Fulvia, tuviera en su alma conciencia y en su corazón capacidad para ningún movimiento generoso. Luego pensó en irse ante Octavio y allí matarse, como si Octavio no fuera capaz de mirár en su muerte voluntaria el suicidio artístico de cualquier buen actor en el teatro público, y después de muerto apartarlo

con el pie para que no le oliese mal. Los sicarios y centuriones iban acercándose á la madriguera. El ojeo de aquella caza de hombres lo exploraba todo y todo lo descubría. La servidumbre del orador no quiso entregarlo. Por honor suyo lo recogió de nuevo, lo metió mal de su grado en litera y lo condujo á la costa. Mientras ellos huían acercábanse á la puerta los malvados centuriones. Para que todo resulte aborrecible de suyo en estas trágicas incidencias, dirigía la turba de sicarios un oficial á quien Cicerón salvara la vida con su elocuencia. Llamaron y no abrieron los pocos servidores allí restantes. Viendo la resistencia, rompieron la puerta y penetraron. Pero no hubo medio de arrancar á la fidelidad religiosa de la gente aquella doméstica el camino de su amo. ¡Ay! La naturaleza humana debía ofrecer otro ejemplo más en esta edad horrorosa de perversión profunda. Un joven liberto, á quien redimiera Quinto de la esclavitud y educara con amor y cuidado Cicerón, señaló á los infames sicarios el camino que tomara su presa. Próximo á la ribera, casi en las arenas ya, á vista del mar, Cicerón advirtió que le seguían, y tras tal advertencia decidióse á morir. Los esclavos bajaron la triste litera del orador á tierra y se pusieron en línea para defenderlo con su cuerpo y ofrecerle todos á una la vida en evitación de su muerte. Mas

no quiso el orador combatir ya más tiempo con la fatalidad. Prohibióles toda tentativa de ataque y defensa. Sentado en su litera con serenidad imperturbable levantó el brazo, y poniendo la barba sobre su mano como al meditar en sus largos estudios y reflexiones, miró frente á frente la historia que tenía tras de sí, la eternidad que tenía delante. Después de haber visto con la escudriñadora mirada penetrante del espíritu su fugaz pasado y su perdurable porvenir, tendió á los asesinos el cuello y aguardó el golpe. Aquellas gentes perversas no se contentaron con el asesinato, infligían también las burlas. Así chacotearon mucho, como si estuvieran en vil taberna, delante del armatoste donde agonizaba la mayor gloria romana, y se rieron del traje descompuesto, del rostro sucio, del cabello desgrefñado que llevaba el orador en su fuga. Inmóvil éste, sin género alguno de impaciencia por morir, pero sin temor á la muerte, opuso indiferencias estoicas á los preparativos del suplicio y á las burlas del sicario, como si tuviera cerrados los ojos y los oídos á la vida y abierto el pensamiento lleno de ideas á la inmortalidad. Al acercarse á tanta grandeza el verdugo, varios de sus ayudantes retrocedieron con horror y ocultaron la cara entre las manos. El oficial se puso por tal manera nervioso, que no acertaba con su obra. El instrumento

de su oficio se le caía de las manos. Tres veces puso el filo de su espada en aquel cuello y tres veces lo apartó. Las torturas que infligieron á Cicerón y las ansias que le causaron en su agonía no son para dichas. Mas él no lanzó una queja. La espada se melló en huesos y nervios, convirtiéndose como en una especie de sierra. Al fin y postre, después de muchos esfuerzos, consiguieron degollarlo, y degollado, lo trucidaron como á una bestia en el matadero. Y se repartieron los despojos cual si fuesen aprovechables. Cabeza y manos pasaron á poder del capitán, que debía regalárselos á Fulvia. En efecto, presentados á ésta, reabrió la boca de donde saliera la mayor elocuencia oída por los romanos y picó furiosa con su alfiler de oro la incomparable lengua que había vibrado en los aires las filípicas. Antonio colmó de dinero aquellas manos infames del inmundo esbirro que le trajeran las manos creadoras y divinas del inmortal orador. La cabeza que había resplandecido con tantas ideas; los restos que debían flotar eternos en el naufragio de aquella Roma, cancerada por el despotismo é invadida por los bárbaros en castigo á sus crímenes, ¡ay! la cabeza y los restos permanecieron colgados en la tribuna de los Rostros, á la vista del pueblo, sin que llegaran á conmover al pueblo; tan bajos y perversos hace á los hombres el conformarse con la tira-

nía. Arrancaron á Cicerón su lengua y á Roma su libertad; pero le arrancaron el alma. Todo cuanto había nacido en la república fué grande; pero todo cuanto nació en el imperio, fuera de las almas valerosas que protestaban contra la tiranía, fué miserable y pequeño. Ya no hubo tribuna, ya no hubo las agitaciones consiguientes á la libertad; pero tampoco hubo artes, ni ciencias, ni letras, ni heroísmo, ni grandeza, porque todo quedó, todo, marcado con el sello de la decadencia. En cuanto á Fulvia, casada primero con Clodio, muerto á manos de las facciones romanas; casada luego con Curión, vencido en Africa por Juba; casada luego con el infame Antonio, sufre bien pronto un inesperado castigo. El esposo, hastiado de su imperio, se precipita en brazos de Cleopatra; y el yerno, aquel Octavio que ya se juzgaba dictador absoluto, quiere para sí todo el imperio. Fulvia entonces, para impeler de nuevo su marido al tálamo y á la casa, para deponer á Augusto del trono y del altar, emperador y dios, ciñe un casco, blande una espada y se pone al frente de unos veteranos, consiguiendo tan sólo morir de fiebre y desesperación en Sicione.

CLEOPATRA

El mundo romano había cumplido sus ideales al terminarse la república y sobrevenir el cesarismo sin dificultades internas de primer orden ni obstáculos externos de invencible resistencia. Como quiera que un pueblo, esclarecido por la estrella de su idea y asentado sobre la base de sus instituciones, gobernaba y regía la tierra, no era cosa fácil seducirlo y extraviarlo, cual se pudo más tarde seducir y extraviar á un hombre, reemplazado el Gobierno de todos por el Gobierno absoluto y personal tristemente. Roma, en sus altos destinos, compendiaaba por medio de fórmulas prácticas las fórmulas abstrusas del pensamiento griego; y constituyendo así el derecho construía desde nuestro Estado moderno hasta nuestra familia, para preparar las vías con su imperio universal á la universal religión. Frente á este sistema de ideas, que podría-

mos llamar occidental, brillaba en el mundo otro sistema de ideas que podríamos llamar oriental. Así como Roma tendía por su municipio, por sus pretores á extender el derecho, este otro mundo distinto elaboraba una especie de religión semi-asiática y semigriega conocida con un nombre muy claro y comprensivo, con el nombre de helenismo. La característica del mundo romano estaba en su derecho; la característica del mundo heleno estaba en su metafísica. Roma, que caracterizaba lo que podríamos llamar el sistema latino, se asentaba en el Occidente, á la desembocadura del Tíber; y Alejandría, que caracterizaba lo que podríamos llamar el mundo heleno, se asentaba en Oriente, á la desembocadura del Nilo. Las dos ciudades se identificaban en una obra común, en la obra de formar la síntesis necesaria para extraer de sus términos así la unidad del mundo como la unidad del espíritu, reconciliando la Naturaleza con la Humanidad, la Humanidad con Dios en su maravilloso sincretismo. Sin entenderse unas y otras y sin comunicarse más que por la guerra y por la conquista ¡oh! tres ciudades, por aquel entonces, por los últimos días de la república, guardaban las tres unidades indispensables á formar la trilogia ó trinidad del espíritu moderno. Eran estas tres ciudades Jerusalén, Alejandría y Roma. Jerusalén guardaba la

unidad de Dios, Alejandría guardaba la unidad del hombre, Roma guardaba la unidad del mundo. De Jerusalén arrancaba el cristianismo, de Alejandría el helenismo, de Roma el derecho romano. Con estos tres términos la sociedad y el espíritu moderno quedaban formados. Aunque con ellos más tarde llegó á sumarse por fuerza el germanismo traía éste bien pocos elementos espirituales que añadir á los muchos traídos por aquellos superiores sistemas. Autoras de una misma obra Jerusalén, Alejandría y Roma, debían identificarse á una en la misma existencia, viviendo en paz y en armonía. Pues no, mil contingencias naturales de nuestra pobre humanidad se oponían á ello. En primer lugar ninguna sabía que cooperaba la otra por su parte y con su ministerio especialísimo á un fin común de todas. En segundo lugar cada cual tendía, por una propensión invencible de suyo en todas las entidades sociales, á que predominara la facultad por ella ejercida principalmente, la idea por ella principalmente representada. Jerusalén quería su religión exclusiva, Alejandría su metafísica, Roma su jurisprudencia. Cada cual imaginaba que su idea no había menester de la idea complementaria que representaba y sostenía en el mundo. Así pugnanban Alejandría, Jerusalén y Roma, respectivamente, contra sus mismas cooperadoras cada una, cum-

pliando leyes providenciales é históricas. Jerusalén, para difundir su idea de Dios, no necesitaba más que la irradiación desde su templo á todos los templos; Alejandría, para difundir su idea del Verbo, no necesitaba más que la comunicación libre de todos los pueblos por los mares y por los continentes; Roma, para difundir su derecho y sus Estados, factores menos ideales y más orgánicos, necesitaba la dominación universal. Y como necesitaba la dominación universal, debía dominar á sus dos ilustres rivales, debía dominar á Jerusalén y Alejandría. Pues Jerusalén y Alejandría debían resistirse á Roma, y no sólo resistirse, debían imaginarse llamadas á dominar en Roma y sobre Roma. Jerusalén aun se contentaba con que la dejaran adorar en paz el Dios de sus padres en cualquier sacro rincón de los desiertos y de los arenales palestinos. Como lo condujera nómada desde la tierra de los iraníes á la tierra de los sirios y pudo sacarlo del cautiverio egipcio hasta ponerlo bajo los cedros del Líbano entallados con estrellas de Tiro dentro de templo magnífico sobre Sión, pedía que la dejaran tranquila su adoración egoísta. Pero Alejandría no se resignaba con esto, no podía resignarse de ningún modo. El alma de Alejandro se había cristalizado en su recinto. Y el alma de Alejandro vino, cuando terminado el ciclo metafísico

de Grecia, se necesitaba con suprema necesidad aplicar sus términos capitales al mundo y á la vida. Por eso el nombre de Alejandro quiere decir conquista de la tierra para una idea y por una idea. Su espada, parece un rayo de luz. La carrera militar por el Asia una procesión hierática y artística. Sus victorias una lluvia de ideas que así empapan el suelo como el espíritu de Asia. No se diría que le lleva el odio al combate; se diría que lo lleva el amor á celebrar nupcias entre las almas al són de las cítaras, que acompañan banquetes donde celebran otros tantos sacerdotes del ideal una misteriosa comunión de pensamientos metafísicos. Y esta obra se vinculaba en Alejandría. Y querían los romanos dominar tal ciudad. Para defenderse generó á Cleopatra. Y Cleopatra representa en la historia todos los esclavos del Oriente.

Nadie ha podido explicarse todavía el misterio en que se halla como envuelto ese prestigio de una mujer, ejercido no solamente por sus gracias y hechizos personales, por sus gracias y hechizos intelectuales. En aquella república decadente, donde las pervertidas costumbres sugerían ese afecto ligero de volubilidad, versatilidad, mariposeo en los amores ¿cómo dos hombres de tan opuestos caracteres, cual Antonio y César, se fijaron hasta el fin de sus días en esta mujer y se unieron á ella

con lazos sólo cortados por la muerte? Ningún romano en tal edad se contentaba con una sola mujer. Aquel amor místico de Sempronio á la madre de los Gracos y de la madre de los Gracos á Sempronio, por el cual éste se llamaba marido de una sola mujer y aquélla mujer de un solo marido, había pasado como tantos sabrosísimos frutos de la república unida con la libertad. Un hombre como Catón, el representante último de las virtudes republicanas en Roma, cedía su mujer á Hortensio, quien se la lleva delgada, joven, hermosa, y la devuelve gorda, vieja, fea, pero muy rica. Matrimonios como el matrimonio entre Cicerón y Terencia se descomponían por ambiciones políticas con la mayor facilidad, tomando por su lado cada cual. Una hermana de Catón, como Servilia, se prostituye á dictadores como César. Cuando Antonio se casó con su Fulvia ya era viudo, y viuda Fulvia cuando se casó con su Antonio. Este, además de sus dos primeras mujeres, tuvo á Octavia y á Cleopatra. No hablemos de César. Sus matrimonios cambiaban como pudieran cambiar las fases de su política. Si hubiera César sido más tiempo suegro de Pompeyo, no fuera su enemigo. La sangre del corazón humano se movía mucho entonces al golpe del interés egoísta ó del empuje sensualísimo. Y una de las calidades más intrínsecas del amor puramente carnal se halla en

su inconsistencia y movilidad. Cuando se mariposea mucho sobre múltiples emociones ¡ah! se siente poco. Y, sin embargo, Cleopatra lograba fijar sus amantes con una fijeza inconmovible. Todos vivían de su vida y aspiraban á morir de su muerte. La serpiente del Nilo gozaba de una fascinación tan sobrenatural, que las almas de los más rebeldes concluían por avasallarse á sus ojos como humildes avецillas. Aunque hablaba muchas lenguas, discurría sobre innumerables ciencias, practicaba tantas artes, dirigía con la misma facilidad un baile que una batalla, compasaba con igual cuidado las estrofas de un coro y las disposiciones de un rescripto, hablaba de religión y ejercía de maga, las cualidades intelectuales y morales no entraban como ingrediente principal en el amor que sugería, entraban las embriagueces de los sentidos, la voluptuosidad puramente animal, y esta voluptuosidad fugaz, aunque intensa, cambiante de suyo, se fijaba en Cleopatra por tal modo, que suspendía la vida de sus labios y en sus labios presentaba la muerte. Parecía devolver las mismas fuerzas que quitaba, invenir placeres desconocidos, ejercer sobrenaturales fascinaciones, imperar sobre los sentidos de sus adoradores como no había nadie antes imperado. Plutarco explica esto de una manera muy cómoda y muy sencilla. Viéndose ante

una débil mujer dominadora en absoluto y un hombre indómito dominado absolutamente, sale del paso diciendo poco más ó menos una frase como ésta: le había dado hierbas. Y dar hierbas quiere decir que había combinado para él ciertas mixturas, á cuya eficacia se trastornaban las cabezas tanto como los corazones, y se caía en una enajenación de sí mismo tan completa, que transmigraba de un cuerpo á otro cuerpo el alma individual en el curso de la vida como puede transfundirse de un pecho á otro pecho el aliento y el suspiro en las efusiones del amor. A la verdad todo esto prueba cómo el espíritu de Cleopatra esplende á manera de una condensación del alma de Asia en los cielos vecinos al ocaso del antiguo mundo. Decaída la república y vencedor el cesarismo, Asia, Africa, el Oriente debían un supremo esfuerzo hacer para subyugar á Roma.

La condensación del espíritu de Oriente contra el Occidente: ahí tenéis el simbolismo de Cleopatra. Oriente quiere decir imperio guerrero y casta social. En su astronomía, en la observación y lectura de aquellos esplendentes cielos, no predominarán las matemáticas, cual sucede por lógica natural en la reveladora y útil astronomía de Occidente, predominará un carácter astrológico, merced al cual dejará de investigar el as-

trónomo lo que sean las estrellas por sí ó en sí para fantasear lo que digan respecto del humano destino en sus centelleos y en sus eclipses. Astrología en Oriente, astronomía en Occidente. Cleopatra representará contra la astronomía la astrología. Para ella los astros innumerables aparecerán en el espacio como dados que juega el destino á su árbitro, en los cuales va impreso el horóscopo supremo de cada mortal. Pero no está sólo en el cielo, en sus resplandores y líneas grabada la suerte de los individuos, está descrita en el mapa y lineamiento de sus manos. Por eso Cleopatra será la quiromancia. Pero no basta, no, con estas ciencias para comprender y estudiar el destino de los mortales; hay otros augurios y otros presagios que anuncian consciente ó inconscientemente las cosas más privadas de animación y de vida. No ya el vuelo de un ave, no ya el pétalo de un vegetal, no ya el chirrido de un insecto, no ya el balanceo de un pez, la simple mota de tierra levantada por un soplo del aire dice algo en su dirección y en su movimiento. Por consecuencia, Cleopatra representará las agorerías asiáticas. Para el Asia la divinidad no está separada, no, del mundo. Aquellos dioses helenolatinos, cuyas efigies, individualizadas en una personalidad y compuestas de armoniosísimas líneas, á una se alzan sobre pedestales aislados en templos de pro-

porciones matemáticas, no se compadecen de ninguna suerte con el panteísmo asiático. Cleopatra será, pues, tal panteísmo. ¿Y en qué tiempo se levantará esta diosa de la casta, de la fatalidad, de la quiromancia, de la magia, de la astrología, del dios animal, del panteísmo materialista, frente á frente de los dioses individuales y humanos? Cuando el frío de la muerte penetra por todas las venas del paganismo, y el fuego de los altares muere, y los creyentes desertan de las ceremonias y enmudecen la pitonisa de Delfos, y la cuerda sonora del arpa clásica estalla en manos de las musas. Mientras este ocaso iba tragándose los dioses paganos en sus sombras, un coro de sibilas por Occidente y un coro de profetas por Oriente anunciaban la esencia misteriosa de un Dios espiritual, igualmente opuesto al Océano de la sustancia panteísta y al coro de los dioses helénicos.

¿Cómo el Oriente podía dejarse destronar sin protesta y sin esfuerzo? En la hora solemne y suprema de concentrarse dentro de sí mismo el genio antiguo para escribir su testamento y salvar su teogonía estaba en el caso Asia de defenderse, volviendo por sus antiguas ideas y resucitando su antiguo genio, á fin de que sustituyese al paganismo espirante, no la idea espiritualista de profetas como los de Jerusalén ó de sibilas como las de Cu-

mas, sino una idea suya, el panteísmo materialista, en el cual se levantarán los templos gigantes, los colosos enormes, las esfinges titánicas, las pirámides maravillosas, las minerales selvas de monolitos soberbios, en cuyas fases, aristas y cúspides centelleaban los viejos indescifrables jeroglíficos. La teocracia oriental debía reunir sus astrólogos para demandar socorro á las estrellas, sus alquimistas para componer filtros y bebidas enloquecedoras, sus quiromantas para conocer el destino y contrastarlo, sus magos para recurrir en último término al hechizo y al sortilegio en busca de cualquier agente sobrenatural que pudiese conservar su vida y destruir á su contrario. En todas las antiguas teogonías simboliza la serpiente algo muy extraordinario. A los comienzos del mundo, tal como la tradición india, y la tradición irania, y la tradición helena, y la tradición bíblica nos lo presentan, aparece una serpiente misteriosa, que ora puede, benéfica, enroscarse al brazo de Minerva y Esculapio para dar de sí la ciencia con todas sus aplicaciones; ora puede, tras el diluvio de Pirra y Deucalión, infestar el Ática, en los asedios de Troya destrozar entre sus anillos el cuerpo de Leconte y en el Paraíso bíblico tentar á nuestros primeros padres y arrastrarles desde la inocencia y el candor al pecado. Pues he ahí lo que será Cleopa-

tra, una tentadora serpiente del Asia. Todas las ponzoñas de aquellos reptiles que se arrastran por las orillas del Ganges y del Éufrates ó que defien- den á una con sus áspides el desierto inmenso; to- dos los venenos destilados por aquellas plantas bajo cuyas ramas late la muerte con sus sombras; todas las hechicerías de tanto sortilegio como ani- dan, cual aves nocturnas y sombríos murciélagos, en los templos y en los santuarios hieráticos; todo se condensa en tal mujer, que parece un misterio, sin orígenes, como las aguas del Nilo, y sin término ni fin, como las graníticas pirámides. Es el eterno atractivo, es la seducción eterna, la esfinge que llama en el desierto al viajero para devorarlo y la sirena que atisba sonriente bajo el agua celeste y las espumas albas el navegante para precipitarlo consigo en los abismos. Sólo considerándola de tal suerte, como una serpiente mágica y tentadora, podéis comprender y explicar el misterio de Cleo- patra en los antiguos tiempos.

¿Habéis visto y observado alguna vez en las ciu- dades andaluzas cualquier gitana, que podríamos llamar ingenua y clásica? En el primer momento lo bronceado de su piel pugna de suyo, hasta en las mismas regiones meridionales, con el sentimiento y el concepto de la hermosura por un europeo alle- gada. Os placen poco los reverbeos de una piel

oscura en la cual no se nota esa fácil circulación de la sangre que advertís á primera vista en toda tez blanca y sonrosada. Luego la cabellera sobrado negra y un tanto al cráneo pegada, el moño caído sobre la nuca, las cejas espesísimas, las pestañas de una extensión extraordinaria, los labios gruesos y la nariz achatada contrastan toda vuestra liturgia estética. Pero deteneos un poco, atendedla, estudiadla, ved todo aquel conjunto singular, oid la música y el eco de su voz melodiosa, sumergíos en los hondos abismos de aquel profundo mirar verdaderamente oceánico y os persuadiréis bien pronto de que mientras otras bellezas más asequibles á primera vista os desciñen de su lado y os sueltan de su imperio pronto, estas gitanas, á quienes habéis visto con verdadera indiferencia, cuando no con repugnancia, se os enseñorean, pareciéndose á la serpiente antigua en que, una vez cogidos entre los enroscamientos de su cuerpo seductor y embriagados por el ponzoñoso aliento de sus fauces viperinas, ya no podéis desasiros de ella, ni siquiera por la muerte. Imaginaos que os lee á su antojo, en serena y voluptuosa noche, las letras expresivas de vuestra suerte y destino por su interpretación de las estrellas; que os abre la mano y pasa las afiladas uñas cosquilleando por los entronques de las líneas trazadas en vuestras palmas; que os refiere

luego por apólogos en prosa ó verso viejas narraciones asiáticas, en las cuales entra el hechizo y el sortilegio; que os echa las cartas á los pies ó los dados junto al plato y la copa de vuestra mesa; que castañetea los viejos crótalos al són melodioso de la guzla, cuyos acentos elegíacos impregnan los aires con sus melodiosas elegías; que luego canta esa canción de amor, en cuyas estancias el deliquio sube tanto, que os inspira por su voluptuosidad hasta el deseo de libar la muerte toda en un beso y enterraros en unos brazos; vedla bailar cuando sus ojos relampaguean, y con los brazos arriba y atrás la cabeza parece como irse del mundo nuestro á otro superior, en el cual no tengan los amores ni nuestras desdichas ni nuestros desengaños, y decidme si no comprenderéis la voluntaria esclavitud proverbial de César y de Antonio á la incomprendible Cleopatra.

Difícilmente se comprenderá el carácter de Cleopatra sin estudiar el carácter de sus antecesoras. Este carácter, por tal modo se arraiga en ellos y á todos por misteriosa ley se dilata y extiende sin desmentirlo una sola generación, que la idea de mezclar el Asia y Grecia persiste, perdura, sin vacilaciones, hasta la extinción completa de tan extraordinaria familia. Toda ella está comprendida en Alejandro, toda ella queda por Alejandro explica-

da. El gran conquistador se propone que la vida exuberante griega rebose del mundo heleno y recaiga en todo el Oriente. Con este fin los dioses patrios y los dioses extraños llegan á erguirse juntos en los mismos altares; las ciencias filosóficas helenas y las teologías asiáticas llegan á componer un sincretismo confuso; desde los templos del Ática, tan armoniosos, hasta los templos del Egipto, tan indescifrables; desde los templos del Egipto hasta el arca divina de Jerusalén; desde el arca divina de Jerusalén hasta la pagoda pagana del Indo y del Ganges, Alejandro trazará triángulos esplendentes, los cuales brillarán en lo porvenir sobre las trilogías alejandrinas y sobre la cristiana Trinidad. El fundador de la familia ilustre á que pertenece Cleopatra, el inmortal Ptolomeo, está entre los generales de Alejandro. Siguióle por las montañas del Epiro, por las aguas del Bósforo, sobre la tumba de Aquiles y las ruinas de Troya, en el asedio de Tiro y en el ingreso á Jerusalén, lo mismo cuando celebró en el seno de la Bactriana el enlace de sus soldados con las princesas bárbaras que cuando consultó los oráculos de Júpiter Ammón en el desierto de Libia, lo mismo cuando reprodujo los imperios ninivitas y babilónicos entre las aguas del Tigris y las aguas del Éufrates que cuando sorprendió la cuna de los dioses suyos entre las aguas

del Indo y del Ganges, recibiendo en su alma el soplo de las ideas orientales y dejando como á manera de cambio la estela del pensamiento griego sobre toda la superficie del Asia. Observad las dinastías nacidas y brotadas á una del sepulcro de Alejandro. Han roto entre sí en guerra y han fraccionado el maravilloso imperio, levantándose airadísimos unos contra otros sobre los despedazados fragmentos. Y, sin embargo, no han podido, no, romper y fraccionar el espíritu de Alejandro, uno en todos ellos, en los Antígonos de Grecia y Macedonia, en los Seleucidas de Siria, en los Ptolomeos de Alejandría. Estos últimos parécenme los más fieles al testamento de Alejandro. Residentes los Antígonos en Grecia, sobrepónese al espíritu oriental el espíritu griego en ellos, y residentes los Seleucidas en Siria, sobrepónese al espíritu griego el espíritu oriental en ellos. La verdadera síntesis entre la idea helénica y la idea ingenuamente oriental resplandece con vivos resplandores sobre los Ptolomeos. No se hallan éstos en Grecia, la tierra del individualismo antiguo; no se hallan tampoco en Asia, la tierra del antiguo panteísmo; así no son sobrado griegos, como los Antígonos, ni sobrado asiáticos á la manera de los Seleucidas; alzados en Africa, frente á frente de Grecia, cerca, muy cerca de Siria, en la desembocadura del Nilo, que lame

tantos templos y acarrea tantos pensamientos, equilibran fuerzas contrarias en la mecánica de su imperio, sintetizan pensamientos opuestos en el sistema de su filosofía é irradian desde sus observatorios astronómicos, desde sus faros ribereños, desde sus museos científicos tal éter, que así como el derecho romano regula y organiza en sus códigos el mundo social, Alejandría lo envuelve y lo circunda con el aire vivificador de sus ideas. Dioses de todas las teogonías, estatuas de todos los altares, libros de todas las bibliotecas, pensadores de todas las escuelas, emisarios de todos los pueblos congrénganse allí á continuar la obra de Alejandro; sus nupcias entre todas las razas del mundo; sus comuniones místicas al pie de los altares, que representan todas las iris del cielo; sus esfuerzos épicos, rematados siempre por un sincretismo universal, en cuyos senos generaciones enteras se confunden como las cenizas de los muertos en las entrañas del planeta y como las irradiaciones de los astros en la infinitad del espacio. ¿Comprendéis así ahora el espíritu de Cleopatra?

Fué hija de Ptolomeo Auleta, precedido por innumerables Ptolomeos en una dinastía que reinó cerca de cuatrocientos años. Cuando leemos Plutarco y sus Vidas, Plutarco, cuyo abuelo conociera gente que había estado en las cocinas mismas de

Cleopatra y referídoles todo lo extraordinario generalmente contado de ellas; cuando leemos los versos de Ovidio, de Virgilio y de Lucano que le conciernen; cuando repasamos las cartas de Cicerón sobre su persona, con la cual departiera varias veces y á la cual varias veces visitara; cuando meditamos sobre las observaciones del naturalista Plinio, creemos leer un romance, una epopeya, un drama, todo menos una historia verdadera narrando hechos realísimos. Así las letras, las artes, la filosofía, la fisiología misma se han dado de ojo para estudiar el tipo extraño de una mujer extravagante, reina, sacerdotisa, bayadera, general, filósofa, jugadora de dados, astróloga, matemática, diosa, comedianta, prostituta, en quien, sobre todos estos aspectos, reina con absoluto imperio el amor con su desenfrenado cortejo de propensiones invencibles á los más ardientes y más desatentados placeres. Tipo extraño, tipo extravagante, que diríais invención de un poeta en delirio y no copia de un original tomada en la realidad misma por historiador veraz y profundo. Medio siglo antes de Jesucristo murió el padre de Cleopatra, dejando su trono á sus dos hijos, á ella misma y á su hermano Ptolomeo Dionisio, con la condición expresa de casarse, cual acostumbraban los hijos de rey en aquellos tiempos y pueblos. Cleopatra, con tal de reinar,

accede á todo cuanto manda su padre; pero no así Dionisio, quien apetece reinar solo. Y á fin de conseguir su deseo destierra sin consideración á la hermana del reino. Dado el cruel temperamento de tan extraordinarias edades maravillémonos de que Ptolomeo Dionisio desterrase á su hermana tan sólo, pues bien pudo concluir con ella, según la universal usanza, hecha ya tradición, de rematar á los enemigos entonces. Para fortalecerse más y más Dionisio acudió á Pompeyo. Y no hay sino decir explícitamente que acudió á Pompeyo para decir implícitamente que su hermana y mujer acudió á César. El mundo romano empleaba una muy varia política en la organización de sus dominios. Donde podía ejercer la conquista con todo su imperio y con toda su fuerza ejercíala sin reparo; pero donde ó el enemigo no provocaba bastante sus cóleras ó ella no se reconocía con hartas fuerzas para ejercer la violencia y constituir el imperio directo, contentábase con una especie de protectorado como el ejercido en aquella sazón sobre todo el Egipto. Concluída en Farsalia la fortuna de Pompeyo, corrió hacia el amigo á quien protegiera con la sombra de su autoridad y ayudara contra la competencia de su hermana. Pero Dionisio, cobarde, muy cobarde, y como todos los cobardes malvado, muy malvado, abandonó su protector sin empacho y dejó á los

misimos soldados suyos descabazarlo sin piedad. Persiguiendo César á su aborrecido rival, dió en Egipto; y dando en Egipto, sobre cuyo imperio reinaba un tan acerbo adversario suyo como el hermano de Cleopatra, demostró una vez más todo el temple de su alma, en la cual se reunían y sumaban con todas las habilidades propias del más consumado y sabio repúblico todos los atrevimientos, y todos los arrojos, y todos los arrestos, y todas las temeridades naturales á un audaz y consumadísimo soldado. Así la residencia de César en Alejandría con Cleopatra y ante Dionisio se encuentra entre los rasgos más salientes de su vida.

César llevaba consigo muy poca gente á una ciudad tan desconocida para él como Alejandría y tan babilónica por su abigarrada confusa población. Combatían en sus senos, como en campo de batalla, los partidos contrarios; además de aquellos que se traducían de Roma, como los partidarios de César y su rival, aquellos que brotaban allí de sus circunstancias particulares, como los partidarios de Dionisio y su hermana. Por tanto le aconsejaban muchos que no cometiese la temeridad increíble de ir solo, pues necesitaba para conjurar los muchos peligros allí amontonados de una gran fuerza sumada con una gran prudencia. Mas no había temeridad que le pareciese

difícil á un hombre como aquel, confiado en su fortuna y en su estrella. Tan sabio escritor como perfecto general debía tentarle semejante suelo de los misterios y de las revelaciones, en que aprendieron su ciencia todos los sabios mayores de la vieja Grecia. Estar en los mares helenos y no ir á los mares egipcios cosa incomprensible á quien contemplaba con atención tan reconcentrada todos los problemas humanos y vivía de la vida universal. Luego, voluptuoso, muy voluptuoso, el renombre de Cleopatra llegaba con prestigios indecibles á unos oídos como los suyos, á unos oídos abiertos al reclamo y requerimiento de todos los placeres. ¿Qué podía temer? En mísero esquife atravesó millares de barcas enemigas, librándolo todo á la propia fortuna que llevaba dentro de su esfuerzo y á la estrella de su propicio sino que veía brillar en el cielo. Con sólo una mirada sometió piratas, muchos en número, y á quienes amenazó de muerte al acometerlos y rendirlos. Casio, su enemigo más implacable, le había entregado sin pestañear una escuadra. Por consecuencia bien podía él ir á Egipto. Llegado allí, una fúnebre impresión le asaltó, la vista de los despojos de Pompeyo. Aquella cabeza, que rematara un día el mundo, rodó á sus pies. Al recibir su anillo, que llevaba grabado un león sosteniendo una espada, lloró amargamente.

Al fin tuvo que desembarcar, no obstante los consejos de sus amigos más fieles. Dos legiones de á pie y ochocientos milites de á caballo llevaba consigo. Pocas fuerzas, en verdad, para sus temerarias aventuras. La guerra civil de Roma prendió por Alejandría, y en las calles de ciudad tan babilónica se representaban todas las noches al vivo Dirraquios y Farsalias. Para mayor confusión habíase propuesto reconciliar á los dos hermanos en el testamento de su padre llamados al trono, Dionisio y Cleopatra. Aquél se hallaba muy precavido en Alejandría y ésta impacientísima en el destierro. Ambos á dos habíanse propuesto prescindir cada cual de los derechos del otro y reinar enteramente solos. César entró con sus lictores, con todo el aparato de la dictadura, y esta entrada temeraria é irrespetuosa le indispuso á un tiempo con el rey Dionisio y con el pueblo alejandrino.

El rey, sin embargo, reclamaba que lo reconociera César, y se negaba éste, primero por haber peleado en el partido de Pompeyo, después por haberse puesto á usurpar la parte de imperio poseída por Cleopatra. Instalado en el palacio de los Ptolomeos estaba por completo á su merced el reino, pero no estaba la reina. Su fantasía encontraba nutrición indudable allí en los innumerables monumentos donde se veían volar con las estrellas.

descendidas á los conjuros científicos las ideas evocadas de los abismos del tiempo que constituyen la misteriosa eternidad. César oía con suma complacencia los rumores del Nilo sacro y los rumores del espíritu asiático al pie de los obeliscos y al amor del fuego centelleante sobre los sacrificios. Mas no satisfacía su alma con sed hidrópica de múltiples emociones aquejada esta pura contemplación intelectual. Necesitaba ver la magia y todos sus espejismos orientales; por las venas sentir el calor de todos los hechizos; conjurar con fórmulas cabalísticas los genios infernales ó divinos latentes en el seno de las cosas; oír los misterios guardados por las estrellas para quienes aciertan á deletrear tantos luminosos jeroglíficos por las varias constelaciones compuestos; contemplar el enlace de lo real y lo ideal en los augurios y en los presagios; á los resplandores alquímicos de cualquier vieja retorta con mixturas endiabladas, en combustión extraña, descubrir el baile vertiginoso de los seres sobrenaturales; asistir al trasiego de los espíritus desde un cuerpo á otro cuerpo en las transmigraciones pitagóricas allí acreditadas; escuchar el concierto de los seres vivos con las ideas abstractas y puras en los delirios platónicos; resucitar del seno de las tumbas, talladas en pórfido y cubiertas de signos, los muertos; participar de la

teurgia reinante por aquel entonces al abrigo de los obeliscos y de las palmas. Ninguna de tamañas satisfacciones podía conseguir el dictador, aburrido por completo de la regularidad occidental, sin Cleopatra. Por consiguiente, necesitaba de Cleopatra, la funestísima helena egipcia, como la llamaba Lucano, capaz de adormecer con sus besos el cuerpo en la voluptuosidad y con sus brujerías el espíritu en la magia. Como ella sabía tal estado de su ánimo, le busca sin escrúpulo, desafiando en frágil trirreme las cóleras del mar y en temerario desembarque las cóleras del monarca. Sigilosamente penetra en el faro, que no esclarece un escollo tal como ella, y conmina ferozmente al guardián, que cae temblando á sus pies, temeroso del monarca y sus cóleras. Mas ella no teme nada. Su industria le sugiere meterse dentro del fardo de alfombras apercebido para el cuarto de César, y así penetra sin empacho y sin dificultad hasta el gabinete mismo donde no podía esperarla ni siquiera la creadora y audaz fantasía del dictador romano. Imaginaos el asombro suyo al ver desplegarse los tapices para el servicio suyo hacinados y surgir como por arte de mágico encantamiento la hechicera con todas sus gracias, con todos sus artes, con todas sus provocaciones, ofreciendo besos, fulminando miradas, los brazos tendidos á él, mal encubiertos entre gasas, armo-

niosas las líneas de su cuerpo como una estatua clásica, centelleando en sus sienes el nimbo invisible de las ideas teúrgicas, tan dispuesta para los excesos del placer y del sentido como para los deliquios del misticismo contemplativo y de la ciencia teúrgica. La emoción causada por la presencia de Cleopatra en César debió resultar de las más hondas, pues fué de las más tenaces y más duraderas, tanto, que le acompañó hasta la hora de su muerte.

Lucano consagra el canto décimo de su epopeya inmortal á la entrevista de César con Cleopatra. Y como primera observación se le ocurre la más evidente á una sola ojeada, lo imposible de condenar al sensual Antonio por sus desenfrenados amores, cuando un estadista y soldado tan señor de sí como César, se rinde sin resistencias y avasalla espíritu, ánimo, entendimiento, voluntad, albedrío, á la hechicera gitana. Con el bronceo sistro egipcio y sus vibraciones metálicas, muy semejantes al sonido agudo y estridente de bélicos clarines, sacude Cleopatra los cimientos del alto y sublime Capitolio, que parecían radicar en la columna sobre que, según los antiguos, descansaba el mundo. Las gallinas de su corral aterraron á las águilas de Roma. Los afeminadísimos canopios, que parecían mujeres adobadas por amorosos cosméticos, se burlaron

del valeroso legionario romano. El pueblo rey con la Ciudad Eterna estuvieron á pique de caer ¡oh mengua! bajo las abigarradas sandalias de una hembra extranjera. Todo se lo creyó permitido y posible la temeraria desde que yaciera una larga noche sobre la cama de los Ptolomeos en brazos de César. Y mientras así éste olvida su propia dignidad y su poder sobre los hombres abandonados á una maga, en los arenales de Libia la sombra del último romano se levanta con Catón, rodeada misteriosamente de aquellas tenaces legiones que, huídas á tantos desastres y salvadas de tantos naufragios, aun pelean por la libertad y por la república. Mas ¿qué importa de todo esto á quien pugna por erigir un trono y en ese trono alzar á su querida? Ésta, serena por no afear con el dolor la mágica belleza de su extraño semblante; pero desordenada la cabellera y desordenada la palabra, fingiendo emociones por su pecho no experimentadas, échase de hinojos ante César, le abraza con efusión las rodillas, le oscula con amor los pies y le pide una corona por su hermano repartida entre los favoritos y los siervos en aquella tierra de los imperios despóticos y de las esclavitudes eternas. Los romanos, que apenas han salido en aquellos días de la república, no pueden comprender los esplendores de tantos babilónicos palacios, donde los Ptolomeos

han amontonado los despojos del Oriente. Paredes solidísimas de pórfido con bellas incrustaciones de ágatas; pavimentos de piedra ónix; pilastras de negro ébano; planchas de oro en el techo; marfil en moles á los pórticos; concha cortada en tortugas de la India por las puertas engarzando oscuras y desmedidas esmeraldas; tapices persas con todos los colores de la cola del pavo real y púrpura de Tiro con flecos de perlas rematada; esclavos negros de Libia junto á esclavos blancos del Danubio; todo esto y otras mil fantasías ofrece la diosa del Oriente á quienes llegan de dormir al raso en Farsalia y de rumiar como los brutos hierbas en las hambres verdaderamente célebres de Dirraquio. El Oriente sobrepujaba con las riquezas de sus incomparables pedrerías todo cuanto de él había mentido la imaginación humana en el transcurso de los siglos.

Cleopatra iba, por su parte, cargada como un ídolo de riquezas sin cuento. Los zafiros con que sostenía su manto en los hombros, la diadema que brillaba en su negra cabeza, los carbunclos resplandecientes como astros de luz propia en la oscuridad, las esmeraldas varias de todas aguas y de todos matices, las pedrerías, costaban conquistas y valían imperios. El lino de Sidón, hilado por Seres, envuelve, como nube opalada en el ocaso por las

reverberaciones del desierto, su hermosísima figura. Cáele de los hombres un manto como no han teñido ningún otro las múrices encontradas en los arenales de Sidón y de Tiro. Sobre trípodes talladas en colmillos de viejos elefantes descansan mesas hechas con árboles del Atlas. En platos de oro humean todos los más exquisitos alimentos que pueden dar los mares, los aires y las tierras. En esmeraldas vaciadas con arte brillan los vinos dulcificados al sol de Merú. Los convidados, vestidos todos á la usanza oriental y cargados con piedras preciosas que cuestan reinos y con perlas adquiridas en los combates y los triunfos marinos, llevan la frente coronada por nardos olorosísimos del Nilo y por bellas rosas de Alejandría, así como los cabellos destilando cinamomo que perfuma los aires y embriaga los sentidos. Entre tantas riquezas los citareros tañen, los siervos bailan, los sacerdotes cuentan el origen de la divinidad, los filósofos el origen de la tierra, el domador hace saltar al bruto feroz domesticado por su destreza, el astrólogo hace hablar á las estrellas revelando secretos de lo porvenir, muestra el fascinador la culebra ponzoñosa pendiente de su mirar, y el teúrgo, entre nubes de mirra é iluminaciones de colores, obra milagros, los cuales muestran cómo lo sobrenatural con sus virtudes mágicas obedece á la voz de

Cleopatra y se ilumina en el brillo y en el calor de sus ojos. Roma no había visto jamás un esplendor semejante; ni Pompeyo al combatir con Mitrídates, ni César al combatir con Juba, ni los viejos vencedores de Masinisa y de Iugurta se habían hallado nunca en palacios como aquellos de los Ptolomeos, henchidos con los tesoros naturales á tierra tal como el viejo Egipto y con los cuantiosísimos despojos de toda el Asia. César, cansado, entre tantos goces y placeres, de ver maravillas, de oír melodías, de gustar manjares delicadísimos, de sentir voluptuosidades no soñadas en el amor con Cleopatra, quiso nutrir con algo su inteligencia y propuso que le revelaran aquel secreto guardado tan avaramente por Africa, el secreto de las fuentes misteriosas que han fluído un río como aquel río singular; de las crecidas que llegan á punto, no en las primaveras cuando los demás ríos crecen por el deshielo, en los solsticios de verano, cuando tiene mayor sed la encendida tierra, secreto inquirido por Sesostri y por Cambises, no encontrado por ningún mortal, ni siquiera por el divino Alejandro.

En medio de tales fiestas llegó el rey, marido y hermano de Cleopatra, quien, al ver ésta en su trono resplandeciente, como una diosa en su altar hierático, declaró que le habían traicionado, pidiendo seguidamente la expulsión de aquella usurpado-

ra y la obediencia de César con palabras henchidas en su claro sentido y significación de apremiantes conminaciones. César comprendió entonces toda su temeridad al llegar con cuatro mil hombres á una ciudad populosa, que sumaba en su población trescientos mil ciudadanos, y que reunía en la guarnición de su radio y en los grupos destacados por las próximas cercanías más de veinte mil milites, en su mayor parte aguerridos y disciplinados pues muchos eran legionarios de Pompeyo, discípulos de Catón, viejos republicanos idos allí tras Farsalia en busca de refugio para sus vidas amenazadas y de consuelo para sus atribulados espíritus. Ni cuando conminaba con ardor á los marinos sublevados; ni cuando corría en débil esquife con zozobra entre los buques enemigos; ni cuando en Dirraquio desesperara de su fortuna y de su estrella, se vió César tan perdido como en el seno de la irritada y cruel Alejandría, asediado por enemigos que aullaban á una, en guisa de fieras hambrientas, y sin defensa válida contra tal insurrección. Lo que había en su genio de soldado ¡ahl! debió recurrir á lo que había en su genio de diplomático. Así propuso medios de conciliación amistosa entre los hermanos y no se arrestó á ninguna temeridad inverosímil de aquellas que le habían valido las mejores victorias en los peores eventos. Ptolomeo,

débil de suyo, cediera de grado, conformándose con la cooparticipación forzosa de Cleopatra en el trono, que de mal grado recibida mientras César estuviese allí, podría revocarla en cuanto César se partiera. Mas en todo palacio asiático dominan é imperan los eunucos, acostumbrados á desquitarse de su impotencia, de su vergüenza, de su esclavitud, mandando sobre los reyes mismos que los degradaran. Y estos eunucos, reunidos en consejo, después de haber contado las fuerzas habidas á su disposición y visto la irremediable debilidad de César, propusieron unánimes con soberbia la entrega de Cleopatra. Imaginaos cómo había el dictador de permitir que la mujer á quien debía goces no gustados jamás cayera de sus manos imperiales en manos de los eunucos. Más le valiera entregarla como pasto á los leones y á los tigres hambrientos de las jaulas regias. Así negó la demanda y defendió con toda su autoridad á Cleopatra. Pero la defensa rayaba en suicidio dementísimo, por no haber á mano fuerzas militares con que sostenerla. Cleopatra tendió los brazos al cuello del dictador, diciéndole que moriría con él y á su lado. Tal grupo del general y de la gitana debía parecer el grupo de Venus y Marte griegos, perdidos en templos del Asia, entre laberintos de pilares enormes, legiones de colosos desmedidos, coros de divi-

nidades bestiales. El mundo asiático se levantó como por una fuerza extraña y sobrenatural, movido contra el César que le oprimía y la hechicera que lo traicionaba. Salían enemigos de todas partes, semejantes á los ratones en nave rota y encajada y á los gusanos en podrida sepultura. Alejandría toda se levantó en armas. El asedio al rincón de palacio donde César y Cleopatra se habían refugiado, resultó verdaderamente horroroso. Los cuatro mil cesarianos vendieron caras sus vidas y espiraron combatiendo. César vió la muerte frente á frente. Su rostro lívido no le aterró tanto por sí mismo, como por el mundo. En qué aprieto no se vería, cuando tuvo que lanzarse al agua con sus memorias en la mano siniestra, reducido á nadar, valiéndose tan sólo de la diestra. El incendio de Alejandría se asemejó mucho al incendio de Troya. La pez, la resina, los fuegos devastadores de sitio usados por los antiguos alimentaron las llamas voraces. Baste decir que ardió la biblioteca de Ptolomeo con sus cuatrocientos mil volúmenes. César hubiera perecido si alrededor del faro no superaran sus barcos la resistencia de los barcos egipcios y no viniera de Palestina y Siria un ejército guiado por Antipáter y compuesto de una población verdaderamente nómada, tan extraña y confusa como Alejandría.

Por fin César pudo volver á Cleopatra su trono, casándola con otro hermano menor, á fin de que nunca se vieran desconocidos ó vulnerados los antiguos usos del viejo Egipto y los antiguos timbres del trono alejandrino. Constreñido por los desafíos y retos de los últimos republicanos que se congregaban á la sombra del alma de Catón en Utica, César abandonó el Egipto, y se fué, aunque tardo y pesarosísimo, en busca de los postreros y más tenaces enemigos. Vuelto de Utica vencedor á Roma, vióse precisado también á dirigirse hacia España por los enemigos que comandaban los célebres y valerosos hijos de Pompeyo, con quienes mantuvo aquella guerra tan temible coronada por su victoria de Munda, en que no perdió, no, la vida, cual hubo de temer por algunos momentos, pero perdió algo más precioso que la vida, perdió casi la razón y la conciencia. Lo cierto es que aquel hombre de tanta madurez política, carácter puramente occidental si los había en Roma, cayó tras el estrecho comercio con Cleopatra en todas las molicies y en todas las corrupciones del vicio asiático. Sus triunfos reprodujeron las cenas babilónicas del palacio de los Ptolomeos. Para que la mujer sugestora de tales desvaríos pudiese admirar el espectáculo á su lado hízola ir al seno de la Ciudad Eterna y la colocó, demente, á su altura; ¿qué decimos á su

altura?, la colocó entre las divinidades mismas de su patria y de su raza. Muy escéptico César, no creía ni en los dioses helénicos ni en los dioses romanos. Las almas mayores del viejo mundo se habían apartado poco á poco del paganismo, y César no podía exentarse de un estado semejante ni eximirse de un tributo universal. Su mente parecía como vasto cementerio de los antiguos dioses. Pero una divinidad se había exceptuado por completo de tal común destino. Esta divinidad era Venus. Descendiente César del troyano Eneas é hijo Eneas de la diosa, ya puede comprenderse por qué razones genealógicas prestaba el dictador excepcionales homenajes á la hermosa madre de Cupido. Cuando para lisonjear al pueblo construyó un Foro magnífico, no lejos del Capitolio, al Norte de la prisión mamertina, con baños, aulas, basílicas, escuelas, construyó un templo allí consagrado á Venus. El templo de Jano tan sólo se levantaba entre los espacios espléndidos que componían el Foro de César y los espacios espléndidos que componían el Foro de Roma. ¡Qué pórticos, intercolumnios, bajos-relieves, frescos, estatuas! El agua corría por aquel sitio á torrentes, conducida desde los Apeninos en colosales acueductos y en fuentes maravillosas por las ninfas apiades coronadas, corría para salud, recreo y limpieza de todos. Pues allí alzó el templo

de Venus y dentro del templo colocó la estatua de Cleopatra. Algesilao había esculpido la diosa y Timomaco la Medea y el Ajax que se alzaban radiantes acompañando en el templo á la diosa. No se dice quién esculpió la efigie de Cleopatra, pero se dice que la tallaron en oro macizo. Después de haber puesto á la querida en el templo puso al caballo en el vestíbulo. La montura que le había servido en tantos combates quedó consagrada por su gratitud á la puerta del templo. Todas estas apoteosis, delirios del orgullo, consentidas por la viveza de los romanos siervos, en las cuales deificaba un déspota dictador, no sólo su persona, sino también sus vicios, muestran cómo los filtros propinados al general heroico de la Ciudad Eterna por su amante oriental se le subían á la cabeza y lo trastornaban, dándole vértigos de locura y propensiones de insania. Aunque los celos de César tenían muy recatada por necesidad á Cleopatra, no dejaba de verla en ciertas ocasiones algún que otro romano. Antonio la vió. Mas, ya fuera que lo dominasen por tal sazón las extraordinarias fascinaciones de Fulvia, ya fuera que temiese la ira de César, no levantó los ojos para mirarla y no dió indicio alguno de sospechar siquiera que tal reina debía corromper su vida y causar su muerte. Cicerón la vió también, pero no le agradó. Muy poco debía compren-

derse la hermosura fascinadora de Cleopatra entre los romanos, cuando ponían sobre sus gracias las gracias de mujeres que han pasado á la posteridad como adocenadas y vulgares. No fué con el sexo hermoso afortunado Cicerón. Terencia, su esposa, jamás lo estimó nunca en todo cuanto valía; la hermana de Clodio, que se prendara de sus talentos y de su oratoria, sin hallar correspondencia, le azuzó Catilina, el demagogo destinado á inquietar con sus terribles asonadas el Gobierno suyo, y luego le azuzó todos los demagogos de la ciudad, que concluyeron por proscribirlo vergonzosamente; Fulvia le hizo tales entrañas contraer á su Antonio, que no paró el brutal triunviro hasta descabezarlo; Cleopatra no gustó de Cicerón cuando lo viera en Roma ni Cicerón de Cleopatra. Desde la batalla de Farsalia y de Dirraquio hasta la muerte de César en el Senado Cleopatra dos veces había ido á Roma. Pues bien, siempre que Cicerón topa con su recuerdo en las cartas familiares le dirige saetas agudísimas emponzoñadas en el más acerbo sarcasmo. Parece que le había pedido en una de sus visitas el gran orador ciertos volúmenes ó rollos de las bibliotecas alejandrinas, y Cleopatra, después de ofrecérselos, no se los enviara jamás. De aquí su ira, mostrada en varios pasajes. Lo cierto es que la reina se hallaba en Roma el día de los Idus de

Marzo, en que mataron á César. Y como Atico le contara su brusca partida, Cicerón se huelga mucho con ella. Pero la reina comprendió mejor la situación de Roma que su gran orador y consumado político. Ella no creyó que renaciese, como lo creyó Cicerón, la muerta libertad. Y viendo que desaparecía el dictador César se abrazó al pretoriano Antonio.

La presencia de Cleopatra en Roma determinó los afectos ambiciosos y las ideas utópicas por largo tiempo hirvientes en su corazón y en su inteligencia. El amor á la tierra natal, y á los dioses lares, y á la familia propia, suele centuplicarse al abordar el suelo extraño. Cleopatra, que absorbiera por todos los poros de su alma aquellas ideas de sincretismo alejandrino, cuyo conjunto formaba como una especie de intelectual atmósfera, creíase á sí misma producto de dos civilizaciones tan seculares como la civilización oriental y la civilización helena, condensación de dos almas tan vivaces como el alma de Asia y el alma de Grecia. Imaginaos el menosprecio con que desde las alturas hieráticas de una tradición perdurable, casi eterna, contemplaría ella los rudos romanos nacidos ayer, apenas criados, pobres discípulos y pálidos imitadores de Grecia, bárbaros por naturaleza y vencedores tan sólo por los caprichos de la fortuna y

por los empeños de la fuerza. La historia egipcia ya estaba perdida casi en su tiempo. El desierto se habia tragado, no solo á Menfis, la más vieja y más sacra ciudad histórica del Egipto, sino tambien á Tebas, montón de ruinas donde anidaban las aves rapaces y tenían sus madrigueras los brutos carniceros. Aunque habían pasado treinta dinastías, que duraron cuatro mil años, por aquel su trono, atendida completamente Cleopatra en sus propios saberes á lo que decían del Egipto los filósofos é historiadores helénicos, no sospechaba siquiera cuánto suponían aquella Menfis, especie de abuela hierática y guardadora fiel de las más primitivas ideas egipcias; aquella Tebas,alzada más al Mediodía, cuyo recinto iba poco á poco dominando el desierto y atrayéndose las razas etiópicas y nubias; aquella Sais ya más al Norte y más atenta de suyo al río creador que fecunda y anima los arenales cuasi metálicos de Libia. El egipcio con sus ideas respecto de la muerte y de la supervivencia eternal no sabía cosa del tiempo, perdido por completo en el océano de la eternidad. Esos ríos, compuestos de días y de años, que nosotros llamamos siglos, no entraban en su mente. Apenas el egipcio, destinado á darnos la numeración por medio de los árabes, apenas conocía el arte de contar. Adscritos á su monarquía, iban dividiendo las épo-

cas y sus fases por la vida tan sólo de sus monarcas. Éstos pasaban por divinos. Los predecesores de Cleopatra gozaron todos ellos de un carácter sacerdotal que les permitió divinizarse á sí mismos. El rey venía de los dioses por su nacimiento y se iba con los dioses á su muerte. Una mujer como Cleopatra, descendiente de todas estas dinastías prehistóricas, anegada por todas partes en la eternidad, sobre un trono cuyas gradas formaban innumerables ataúdes llenas de sacratísimos recuerdos, coronada por una diadema en que resplandecían piedras arrancadas á la diadema de los dioses, creyendo ante aquel prosaico positivismo de los romanos en el poder de su magia y de su teúrgia, descendiente de tres genealogías tan ilustres como la genealogía de los Faraones y la genealogía de los Psamméticos y la genealogía de los Ptolomeos, debía creer que no estaba el mundo por los cielos destinado á presa de la vil espada latina, sino de la idea sobrenatural, de la inspiración teológica, de la incomparable antigüedad secular, de la fuerza que hay en el misterio y en el milagro, de todas las maravillas por su persona y por su estirpe reunidas en el santuario de Alejandría. Nada, pues, tan propio y natural de su índole aventurera como el pensamiento que llenó toda su alma y que determinó toda su vida, el pensamiento de sustituir á

Roma con Alejandría. Casualmente había llegado á la Ciudad Eterna en tiempos admirablemente calificados por Tácito, cuando consideraba que, tras perder los romanos aquellas aptitudes necesarias para el ejercicio de la libertad, no adquirirían resignación y conformidad con la obediencia y con la servidumbre.

Cleopatra debía naturalmente acariciar la idea de infundir en los romanos, anhelosos por aquel entonces de servir y obedecer, los extraños sentimientos sobre cuya base habían alzado los Farao-nes y sus descendientes y herederos tan extraordinaria y grande autoridad. En comparación de los edificios erigidos por Egipto parecían juguetes los edificios erigidos por Roma. No había en la Ciudad Eterna entonces monolito ninguno arrancado á los fundamentos del planeta y esculpido con profundos entallamientos que guardaban misteriosas leyendas en sus intrincados jeroglíficos. Los palacios, los cuarteles, los templos del Egipto parecían montañas, no por su elevación, por su estabilidad, solidez y volumen. Una ciudad egipcia se asemejaba de suyo á extensa cordillera, como si la hubiesen hecho las fuerzas del universo, perdurables é intensísimas, y no las débiles fuerzas del hombre. Pues todas aquellas ciudades, llenas de maravillas, las al-
zaban y construían pobres jornaleros, congregados

por las levas y constreñidos al trabajo y á sus cór-
veas por el hierro que les ligaba los pies y el látigo
que les mordía las espaldas. A Cleopatra debía pa-
recerle un sueño ridículo el esfuerzo de César, su
amante, por conquistar el mundo, y después de con-
quistado retenerlo en su poder, cuando no podía
medirse con los colosos del desierto ni consagrarse
en los templos complicados y laberínticos del Nilo,
y no tenía por estirpe aquellas familias divinas en-
troncadas con los dioses eternos, y por origen aque-
llas leyendas escritas con astros en el azul de los cie-
los y con jeroglíficos en las piedras del santuario.
Un imperio debía tallarse por manos misteriosas en
el pórvido egipcio; un emperador debía tener la esta-
tura del coloso de Mennón en Tebas; el despotismo
necesitaba los sacerdocios inmóviles y respetados y
las castas y las corporaciones sociales heredadas,
los ejércitos de simbólicos animales que llevaran
desde Osiris hasta Sesostris los reyes del Egipto en
sus combates, las raíces de tumbas arraigadas en
las entrañas del planeta que tenía su trono, el re-
velado libro de los muertos como certificación á
sus títulos, un pueblo devoto y de rodillas, la ofren-
da eterna, la unión del panteísmo asiático y el po-
liteísmo heleno como teología, la esfinge por guar-
dia de su cuerpo, el amuleto como seguro medio de
fascinación y poderío, el augurio en sus labios, la

esclavitud á sus plantas, el misterio y el milagro. Con todas estas ideas ¡cuán rebelde, levantisco é indócil debía parecer el pueblo romano á la tiranía de Cleopatra! Aunque la república ya estaba de muerte por completo herida y luchando con el hado y el destino en sus tremendas agonías, conservaba, cuando en Roma estuvo Cleopatra, todas sus apariencias externas, todas sus instituciones de pie. Acostumbrados nosotros al oleaje y al viento de la libertad como al balanceo del mar los marinos, apenas alcanzamos á comprender la emoción de un asiático déspota, de una reina oriental y caprichosa en medio de un pueblo todavía libre. Aquellos cónsules de uno y dos años como jefes del Estado, aquellas tumultuosas asambleas del pueblo gárrulo, aquellos tribunales de tantos jueces compuestos, el comicio votando, el Senado proponiendo, la tribuna de los Rostros alzada como un pedestal de la elocuencia libérrima, el tribunado frente á frente de todas las magistraturas, el voto de las leyes en los ciudadanos, un conquistador tan grande como César obligado á esperar la confirmación del poder de los mismos á quienes con sus fuerzas y su genio sometiera y esclavizara, todo esto, contrario á su fe, á su educación, á su estirpe, á su arte, á su ciencia, á su política, todo esto debía sugerirle aquel pensamiento de sustituir á

Roma en la dirección del mundo, porque para dirigir al mundo se necesitaba un poder en quien manda y una conformidad á este poder en quien obedece, que sólo podía hallarse ya en Egipto y entre los egipcios.

Alejandro era una ciudad idónea para sugerir tales ensueños magnéticos. Sus piedras despedían supersticiones. Sus flotas, al mismo tiempo que desembarcaban fardos en los muelles para el comercio, desembarcaban fábulas en el pueblo para las leyendas y las imaginaciones. Allí se reunía todo el Oriente. Los astrólogos del Éufrates interpretaban desde sus observatorios las estrellas; los mercaderes fenicios comerciaban como si Alejandro no hubiese arrasado á Tiro ni á Cartago Roma; los judíos vertían á la lengua helena sus libros sagrados; los filósofos griegos bañaban sus dioses allí en la vida del Oriente y sumaban sus conceptos racionalistas con los genios prehistóricos; el sirio hacía evocaciones y magias como en los tiempos más clásicos de su historia; el macedón dominaba en las guarniciones y en las fortalezas; los jonios del Asia Menor y los mismos griegos del Ática sostenían frente á frente del África y frente á frente de Roma, entre dos abismos, la religión helena, que aspiraba, como en la mente de Alejandro, á religión de la humanidad; y con todos

estos elementos extraños juntábanse los elementos continentales africanos, los nubios, los etíopes, los libios, los cirenaicos, los restos de Fenicia inmolada y aquella eternal base de todo el mundo egipcio, aquel pueblo nacido como las palmas regadas por las lustrales aguas del río, los cop-tos sumisos y silenciosos, siempre agraviados, pero de suyo resignadísimos, sin fuerzas para vengarse de sus agravios ni para sacudir el despotismo. Con esta ciudad tan extraña debía parecerle á Cleopatra cosa fácil dominar la Ciudad Eterna, restablecer el panteísmo asiático por las ideas politeístas completado, anegar al hombre libre y redimido en el Asia restaurada, devolver su imperio á la Naturaleza rehecha y centuplicada por la magia, aplastar un pueblo de soldados rudos y de leguleyos sofistas que se habían apoderado de la humanidad, imponer á todos el sincretismo alejandrino en sentir suyo muy superior al derecho romano, restablecer las castas y sobre las castas fundar un imperio no disputado como el imperio de César, obedecido servilmente del mundo: la reacción más colosal que habían visto los siglos intentada con las fuerzas más extrañas, con el sortilegio, con el augurio, con el embrujamiento, con la hechicería, con el bebedizo, con el filtro, con todo cuanto de milagroso y sobrenatural guardaba todavía el Asia.

En su fácil imaginación, en sus rápidas emociones, en el ardor de sus voluptuosidades, en lo arbitrario de su pensamiento, en la movilidad y fantaseo de sus ideas nada le parecía imposible y á todo se arriesgaba sin cálculo y sin previsión, midiendo por las ilusiones del deseo la seguridad matemática del resultado.

La presencia en Roma de Cleopatra le había quitado seguramente mucho del respeto que le tuviera en otro tiempo. Estas gentes, dominadas por la imaginación, suelen perder toda idea de la realidad y despreciarla y desconocerla tontamente, midiendo su fuerza y su poder por los desengaños producidos en el alma. Roma, si bien muy crecida y hermosa, no alcanzaba todavía entonces los esplendores cuasi orientales que le diera el imperio. Augusto mismo nos certifica esto al decir que recibiera una Roma de ladrillo y dejara una Roma de mármol. Todos los monumentos que hoy maravillan y asombran al mundo no existían por aquel entonces. Ni el sólido panteón de Agripa, ni el maravilloso coliseo, ni los arcos de Trajano y de Tito, ni las termas de Caracalla alzadas por siglos posteriores, mucho más tarde, resplandecían en la Roma conocida por Cleopatra. ¡Qué desencanto sería el suyo viendo que la ciudad primitiva ocupaba en el Palatino por todo espacio mucho menos lugar que

cualquier salón ó cualquier patio de su casa imperial! ¡Con qué desprecio miraría una reina del Nilo aquellas pesadas y amarillas aguas del Tíber! El Aventino, donde se congregaban los oriundos del viejo Lacio y se oían retumbar siempre las tempestades propias de aquel pueblo, ¡cuántas iras no levantaría en su alma de reina! ¡Cómo se reiría ella, que tuviera por palacio una ciudad, viendo al dueño de la tierra, viendo á César, alojado en la casa regia, modestísima y humilde como litúrgica mansión de los antiguos pontífices romanos, todos austerísimos y severos! Un déspota cree siempre que las ciudades fundadas en el derecho, tan vividas al calor de su libertad, se arruinan sin remedio y aplastan el poder bajo sus escombros. Y, sin embargo, si hubiese tenido un poco de reflexión Cleopatra, meditara sobre sus relaciones con Roma, y viera en ellas cómo la idea domina por fin y postre á la fuerza y cómo eran imposibles cuantas reacciones meditaba para retrotraer al mundo en el camino de sus progresos. Los Ptolomeos reinaban por merced y gracia de aquellos rudos romanos. Alejandría era una esclava de Roma. Su propia hermana, princesa de su imperial sangre, descendiente de cien reyes ilustres, hija de Grecia y del mundo asiático, iba por la vía Sacra, entre los despojos del pueblo rey, testimoniando con las cade-

nas de oro atadas á sus regias manos el triunfo de César sobre Alejandría y los alejandrinos. El primogénito de Ptolomeo, Auleta, había muerto, cual mísero escarabajo del Nilo, aplastado so los pies del milite romano. Ella misma no podía reinar sin el consentimiento y sin el auxilio de Roma. Por consecuencia, el Occidente debía dominar al Oriente por la misma fuerza y por la misma razón que había dado al conquistador Alejandro, de quien Cleopatra provenía, el Egipto y el Nilo. Pero muy difícilmente podían penetrar estas reflexiones en aquel ánimo fascinador, fascinado á su vez por la idea de su propia grandeza. No sabemos lo que César le prometiera, no sabemos lo que recabara de César. Enloquecido por los terrores que le asaltaran en la batalla de Munda y por la práctica del despotismo, no sabemos, no, si en aquella demencia entregara el mundo romano á la tentadora serpiente, como lo entregó más tarde Antonio. Lo cierto es que, teniendo á César en la estimación merecida por su genio, encontróse con que una mañana, en aquel Senado tan aborrecible para los déspotas, el César, el conquistador, el dios omnipotente había caído muerto al puñal de los primeros romanos. Desde aquel entonces debió creer gente perdida para la dominación y para el imperio á la romana gente. Y ya que no pudo vencerla y sojuzgarla, hízola

temblar en el cenit de su poder y de su gloria.

Lo cierto es que huyó Cleopatra de Roma precipitadamente y se instaló en Alejandría con los propósitos más firmes y con los proyectos más ambiciosos. Suetonio nos cuenta en la biografía de César que había éste pensado en trasladar la capital del imperio, bien á la vivaz Alejandría, bien á las ruinas de Troya, como había pensado en reconstruir Corinto y Cartago. Estos ensueños y fantaseos, que distinguieron las postrimerías y ocaso de su vida, señalan bien claramente la influencia de Cleopatra sobre su genio, sobre aquel vastísimo genio de César, en quien parecía condensarse con sublime condensación el genio de la humanidad. Al sorprenderle una muerte violenta en medio de todas estas fantasías, y caer, estando Cleopatra en comunicación estrecha con él, debía naturalmente sentir una compasión muy grande por la fragilidad tan deleznable de aquel poder inmenso y pensar en sustituirlo. La república no se levantó del cadáver de César. El puñal de Bruto mató al tirano, pero no mató la tiranía. Un poder nuevo, tan arbitrario como el suyo, y mucho más bárbaro, se levantó sobre sus despojos. Un soldado se calzó el imperio con la misma facilidad que se podía calzar todas las mañanas sus sandalias. Este soldado se llamó Antonio. Ni la idea del derecho, ni los conceptos

de la propiedad habían jamás penetrado en su espíritu. Creyéndose hijo del semidiós Hércules, pensaba vivir como los antiguos semidioses, de todo cuanto encontrara en su paso. Del Pretorio pasaba diariamente á la cantina, en la cantina comía el rancho peor y con el vino más ordinario se emborrachaba. El destino lo había señalado para el Oriente. Allí, donde había de morir emperador, nació como soldado. El Egipto fué su escuela militar. Tenía un alma y una elocuencia oriental. El desprecio á las leyes y la propensión al despotismo eran puramente orientales. Su palabra iba cargada de imágenes, como el cielo asiático de astros. Jamás comprendió la severidad romana. Gustaba del fausto esplendoroso, tanto en la elocuencia como en la vida. Codiciaba el dinero, mas para repartirlo. Robaba sin escrúpulo á unos para enriquecer á otros sin medida. Privaba el vicioso lujo en su ánimo, porque privaban en su ánimo todos los vicios. Mas el vicio que le absorbió á la continua fué la sensualidad. Él hizo de las mujeres sus diosas y las mujeres hicieron del pretoriano su juguete. No bajaba del carro de guerra sino para caer en los horrores de la prostitución. Una cómica desenfrenada iba con él en los viajes de su juventud, cuando ejercía el tribunado popular. Sus esposas dominaron á una en su ánimo como él po-

día dominar en su ejército. Fulvia enseñó á Cleopatra el arte de rendirlo y esclavizarlo. Para tenerlo consigo, muerta Fulvia, casóle Octavio con su hermana Octavia. En unos cuantos días disipó toda la herencia de César. El dinero que legara el dictador al pueblo y al ejército se perdió por completo en las manos de Antonio. Hemos dicho que le dominaban todos los vicios y debimos exceptuar uno solamente: la hipocresía. Iba desnudo por el mundo. La franqueza, que con el valor y la esplendidez eran sus cualidades singularísimas, provenía en él de la desnudez de su alma. Pero esta franqueza compensábase con el escándalo. No le gustaba sólo el placer, gustábale también el placer ostentoso. Tenía sus cenas orgiásticas y sus burdas embriagueces ante las muchedumbres. En las ciudades le gustaban los burdeles, como en los campamentos las cantinas. Por las noches se daba en compañía de prostitutas y mancebos á correr desenfrenado aventuras. Hasta del culto sacaba orgías. Y á todos estos ejercicios de sus apetitos desordenados, á todas estas corrupciones en acción, les llamaba la vida inimitable. Menos cruel que Octavio, era, ya lo hemos dicho, más bárbaro. Aunque perpetró muchas matanzas, no le gustaban, no, en el grado que las rapiñas y saqueos. En sus gustos entraba tanto como el combatir el talar.

Y á un hombre de semejante laya le tocó el Asia en aquellas distribuciones de tierras que hacían los triunviros triunfantes. Y en cuanto vió Cleopatra que le tocaba el Asia, propúsose dominarlo para dominar con tal instrumento el mundo asiático todo y aplastar bajo el mundo asiático la Ciudad Eterna.

No puede comprenderse la historia de Antonio sin estudiar la naturaleza de Antonio. Dominaba la fuerza en él, y sobre la fuerza dominaba el sentimiento. Soldado tan indómito había menester siempre un amo. En el cielo hubiera sido satélite y entre los vegetales parásito. Adscribióse á César en sus amistades y le siguió á todas partes, incluso al despotismo. Inscribióse á Fulvia y Cleopatra en sus amores, y siguiólas también á todas partes, incluso al crimen. El sensualismo dominaba todos los afectos en él, y el naturalismo era su moral, su religión, su filosofía. No necesitaba Cleopatra ciertamente moverlo á la voluptuosidad y al vicio. Estaban la voluptuosidad y el vicio en sus instintos de tal suerte, que ha pasado por uno de los más viciosos tipos dejados por el mundo clásico á la humana historia. El Oriente y la Grecia lo embriagaron á una con sus mostos. Ido á Efeso, entró, general romano, en traje de Baco. Negros y rizados bucles, parecidos á la cabellera de una mu-

jer, caían sobre sus espaldas; sedas multicolores del Asia envolvían su cuerpo; coronas de pámpanos y de hiedra urdidas artísticamente ornaban sus sienes; un carro de marfil, tirado por albos corceles, servíale como de altar; rebosaba el vino en la copa empuñada por su nerviosa febril mano; coros de bacantes desnudos danzando en torno suyo al són de los panderos y de las cítaras, seguidos por acróbatas que iban haciendo toda clase de funambulescos ejercicios le acompañaban; hierofantas que iban á una cantando voluptuosos himnos, y actores que hacían desenfrenadísimas farsas, y prostitutas de todas procedencias le circuían, componiendo una escena tal, que pudieron aquellos pueblos creerse dominados, no por los milites soberbios de la vieja Roma conquistadores del mundo, por la farsa, la música y el baile. Cleopatra, que lo sabía, decidió tomar aquella fortaleza por la brecha de sus vicios, excitando en él apetitos por él no sospechados siquiera en su voluptuosidad y satisfaciéndole con satisfacciones por él no imaginadas. Como despojara los honestos habitantes de sus haciendas y de sus ajuares para distribuirlos entre la corte y la cohorte de rufianes, tahures, borrachos, bandidos y gente perdida numerosa de todas condiciones y de todas procedencias, comprendió que podía muy bien arrastrarlo donde quisiera y

hacerlo su mísero juguete. El general romano era un hombre sin medida. Excesivo en el odio hasta llegar á la barbarie más cruel, era excesivo en las recompensas y en los favores hasta llegar á la prodigalidad más absurda. Chanceábase mucho y con muchos, no pudiendo así en él separarse con verdad las burlas y las veras. Lisonjero con aquellos á quienes amaba, quería que aquellos á quienes amaba le adulasen y lisonjeasen también á él. Después de haber desempeñado tantas magistraturas en Roma, combatido en todos los campos de batalla donde se debatía la suerte del mundo, acompañado á César en sus ambiciones y en sus aventuras, no había dado aún la verdadera medida de sus vicios, y estaba expuesto, muy expuesto, á tenerlos mayores con el contacto de tantos y tantos viciosos como podía encontrar en su carrera desenfrenada por Asia y por Grecia.

El caso es que, recibida en el reparto Asia, llegó á sus puertas, á las islas jónicas, Antonio, con ánimo de castigar en Cleopatra sus defecciones con las defecciones de otros muchos y saquear el Egipto. La reina en Roma no impresionó el sentido ni dominó el corazón de Antonio como en los años últimos de su existencia. Favorita de César, imposible que pusiera los ojos en su faz el teniente de César. Así pasó junto á Cleopatra, cuando el dictador se

tendía como un tigre domesticado á sus plantas, sin comprenderla, ni sentirla, ni siquiera mirarla. Sobre todo esto hay que reconocer una particularidad excepcional: en su belleza tenía la serpiente del Nilo tantos aspectos, y fases, y formas, y engaños, y cambios, que se necesitaba frecuentarla mucho para conocerla de veras. Lo cierto es que los primeros impulsos de Antonio fueron impulsos de odio á Cleopatra, y el primer mandamiento á ella dirigido fué un mandamiento dictado por el propósito firme de castigarla y corregirla. En el combate á muerte por los triunviros empeñado con los asesinos de César, combate que concluyó con la batalla de Filipos y la muerte de Bruto, Cleopatra no había tenido respecto de los herederos y sucesores del dictador aquella corrección en el proceder demandada por los más vulgares afectos de lealtad. Profundamente política la mujer aquella, en vez de reprimir con su influjo y con su fuerza la guerra civil, como sabía que la guerra civil acababa con Roma, recrudecía todo cuanto podía recrudecerla. Así es que Antonio, airadísimo, la conminó con acerbos conminaciones á que fuera y se presentara en Cilicia. Sabíalo codicioso y sabíase á sí rica. La prodigalidad le arrastraba impetuosamente á quedarse con lo ajeno, y entre los mayores tesoros del mundo se contaban á la sazón aquella los tesoros

del Egipto. Pero ni ambición ni codicia dominaban en él como dominaba la sensualidad. Por consecuencia, Cleopatra fió en la seducción de las gracias propias sobre las propensiones de Antonio. Si Fulvia, una especie de hombrote, Fulvia soldadesca, Fulvia codiciosa, Fulvia sin los atractivos suyos había imperado en él y conducídole adonde le pluguiera, cuánto mayor motivo no tenía Cleopatra para enredarlo, como un pez del Nilo, en las mallas complicadísimas de sus redes amorosas, y ya enredado, para someterlo, sojuzgarlo, y, si era preciso, conducirlo de la mano embriagado por sus filtros, enloquecido por su amor, á herir con el puñal asiático envenenado en todas las ponzoñas mágicas á su Roma, contra la cual se dirigían todas las tumultuadas y tormentosas pasiones de aquella singular mujer.

Plutarco describe la primera entrevista de Antonio y Cleopatra con colores verdaderamente poéticos. La diosa del Nilo escoge para escenario de tal drama el Asia Menor, aquella Cilicia conquistada por Alejandro, regida por sus congéneres los antiguos seleucidas, puesta en tiempos de Pompeyo con sus guerras á los piratas entre los dominios de Roma; por sirios habitada, por sirios cantores, magos, astrólogos, hechiceros, teúrgos como ella; tierra capaz de todos los brebajes que ascienden á

la cabeza y trastornan al hombre. Antonio no presumía lo que iba de seguro á sucederle; no contaba con caer en los brazos de Cleopatra como cayó. Su codicia y su ambición la llamaron, pero el amor no había entrado para nada en este llamamiento. Ya estaba Cleopatra cerca, y él distribuía la justicia en su tribunal público, sobre su silla curul, á la luz del día y al aire libre, indiferente por completo entre los rumores que subían hasta sus oídos y que anunciaban una maga y una magia nunca vistas. Apelando á sus recuerdos, no hallaba fea, en verdad, á Cleopatra, pero tampoco tal que hubiese de mover así á las gentes y animarlas en tales fervores de admiración insensata. Mientras tanto Cleopatra subía por las aguas del Cidno. Su galera semejaba un palacio flotante de los Ptolomeos y de los Faraones. Bajo cierto aspecto parecía un santuario, según los dioses que la poblaban; bajo otros aspectos un museo y un teatro, según las obras de arte que la ornaban y los festejos que allí hervían. Un solio de oro se levantaba sobre su cabeza; cojines de púrpura se tendían bajo sus pies; el traje de Venus con todos los atributos propios de la incomparable Afrodites envolvía su cuerpo; velámenes de sederías tomaban en sus pliegues el viento; remos de plata movidos á compás empujaban la marina fábrica; orquestas en que iban concerta-

dos todos los instrumentos conocidos levantaban armoniosas y dulces sinfonías; grupos de niños con arcos y flechas recordaban los amores; coros de muchachas, las nereidas y las gracias; todo ello envuelto en azuladas nubes de perfumes, quemados sobre pebeteros de pedrería, las cuales nubes daban á la nave un aire de misterio que suspendía los ánimos y al ambiente un olor de mirra é incienso que trastornaba los sentidos. Mientras las gentes corrían á ver el espectáculo unas, á oír otras el concierto, maravillándose con el asiático lujo, con la incalculable riqueza, con el arte perfecto, con la hermosura voluptuosísima, con todos aquellos milagros, Antonio habíase quedado inmóvil y solo en su curul sede, pronunciando sentencias, cual si estuviese asistido por completo de los magistrados y del pueblo, idos todos á presenciar la llegada increíble de aquella omnipotente diosa. Buena hora de legislar, sentenciar, echárselas de leguleyo, ejercer la más útil pero la más prosaica entre todas las facultades romanas, aquella hora, en la cual venía, para contrastar tanta prosa, flotando sobre las aguas, encendiendo con llamaradas de pebeteros los aires, exhalando sinfonías, el genio teúrgico del Asia, con ánimo de vencer al genio positivo y práctico de Occidente. Como allí en Asia todo cuanto al suelo toca se trastrueca en algo divino

y fabuloso, los fantaseadores sirios gritaban que Baco se uniese á Venus, procreando, á la orilla de los ríos y á la sombra de los templos, donde tantos milagros se habían obrado y tantas maravillas se habían visto, una raza de semidioses, la cual pudiese volver al mundo los siglos edénicos, las armonías paradisiacas, las tierras bienhadadas, los cielos eternamente serenos, la florecencia universal, el concierto suave con que todas las teogonías en toda la historia enaltecieran el origen y cuna de los hombres.

Antonio fué movido por la gritería pública desde su tribunal severo á la voluptuosa nave, y durante aquel trayecto cortísimo no pensaba en la hermosura, pensaba en la riqueza de Cleopatra. Pero alma sensual, á la vista sólo del espectáculo tan sabiamente preparado, empezó á hervir en sus venas la sangre y á sobreponerse con suma rapidez y facilidad lo fundamental de su temperamento á todas sus otras propensiones, la sensualidad. Entrábanle por todos los sentidos, por todos aquellos también apercibidos y aparejados, llamamientos á los groseros apetitos suyos. El perfume con mixturas á propósito para despertar la naturaleza menos erótica; el concierto adormecedor de la voluntad y sensualísimo por sí; la vista de aquellas mujeres desnudas que parecían venir brindando amo-

res de la cercana Chipre, donde naciera Venus; Cleopatra, con todas las seducciones propias suyas aumentadas por el arte consumadísimo y el oriental lujo; todas estas provocaciones hubieran seguramente cautivado y rendido el ánimo y el espíritu menos dispuestos á la rendición y al cautiverio. Pero poned todos estos refinamientos como redes y trampas dispuestas á cazar alma sensual y viciósima de suyo como el alma de Antonio, y veréis cuán pronto cae desplomada sin remedio, en guisa de las aves engañadas por los reclamos de un amor fingido, por los reverbeos de una luz aparejada para deslumbrarla y atraerla. Cuando Antonio se acercó al purpúreo lecho donde se hallaba tendida Cleopatra ya subía loco, fuera de sí, presa de todo el sensualismo artificialmente diluído en aquellos aires, y no obstante todo esto, se defendió aún. Quiso que Cleopatra fuese á visitarle y se presentase de grado en su casa, con lo cual pagaba ella, reina, tributo de obediencia y humildad al soldado. De aquel minuto supremo pendía todo el drama. Si Antonio llevaba su resistencia personal á los encantos y á los hechizos de aquella mujer hasta el punto de mandarla en vez de servirla, todo estaba perdido para la reina, para el Egipto, para el Asia, y todo ganado en tan supremo instante por la odiada Roma. La marina fortaleza se derrumbaba;

los aparatos de sitio puestos en aquellas tablas á una se deshacían; marraba todo el poder de las seducciones femeniles sobre aquel hombre de la fuerza y de la naturaleza, convirtiéndose desde los comienzos el combate y el triunfo con que había soñado la maga, merced á sus atractivos y á sus gracias, en irreparable derrota. Las coqueterías de sus posturas, los juegos de sus palabras, los fulminantes rayos de sus ojos, las vibraciones de sus labios, las aposturas de su flexible cuerpo, la música engañosa de su voz, las insinuaciones y hechicerías de su alma, sirviéronle á una para vencer y dominar al general romano sin larga lucha y sin muchísima porfía.

El triunfo de Cleopatra resultó decisivo y completo. Pero las precauciones que tomara y el aparato de que acertó á rodear su visita muestran cuánto, allá en el fondo y secreto de su alma, desconfiaba del prestigio y del poder de su propia hermosura. Cuando joven rindió y encadenó á jóvenes como el hijo de Pompeyo, á hombres madurísimos como César en persona; mas á la sazón aquella, pasados los treinta, venido el primer cierzo de otoño, amarilleando ya y cayéndose las ilusiones y las esperanzas, necesitaba de perfidias que no había usado en sus primeros amores. Antonio, en el momento de su entrevista con Cleopatra, no estaba

todavía viudo de Fulvia. Ésta, más ambiciosa que amante, le hostigaba, queriendo se personase pronto en Roma y viese por sí cómo en Roma los políticos andaban á la sazón aquella. El pilluelo de Octavio, como le llamaban marido y mujer en sus conversaciones íntimas, con toda su poquedad en el alma, con toda su pequeñez y todas sus enfermedades en el cuerpo, cobarde por temperamento, inhábil en usar las armas, incapaz de comandar un ejército cual en Filipos lo mostrara, iba por muy tortuosas vías arrastrándose con ánimo de llegar al dominio y al poder absoluto en detrimento y mengua de los diunviros sus colegas. Los pretorianos de Antonio andaban sin recompensa ni retribución alguna, desnudos, hambrientos, merodeando por los territorios más ó menos feraces sobre que caían, mientras los pretorianos de Octavio, lisonjeados, ahitos, dueños de las tierras confiscadas y repartidas entre sus manos, andaban de aquí allá injuriando y oprimiendo á todos los que no fueran el sagaz amo y su divina familia. Tan irritada Fulvia solía sentirse á la continua bajo esta malquerencia del heredero de César á los suyos, que reunía legiones, y, poniéndose al frente, como un Marte femenino, escudo al brazo, al cinto espada y á la cabeza casco, provocaba y sostenía la guerra. Juzgaba, pues, necesaria la presencia de Antonio en Roma, si el po-

der aquistado por tan continuos esfuerzos había de conservarse. Y no presentándose por una razón cualquiera en Roma, Fulvia conjuraba con insistencias tenaces á su marido y le pedía un gobierno sabio y pródigo para Grecia y el Asia, excursiones por las montañas de Cilicia todavía rebeldes, la presencia en Armenia necesitada de yugo, la guerra con los parthos cada día más temerarios y más audaces, empeñados en sacudir el gobierno de Roma y en desacreditar á su general. Pero Antonio, que siempre había oído á Fulvia, en aquella ocasión suprema no la escuchaba. De Grecia hizo él una taberna. Como Baco, sensual, grosero y ebrio, se presentaba en las regiones asiáticas. Bajo tal disposición de ánimo y espíritu llegó á tropezar con Cleopatra, y en este tropiezo con Cleopatra se dejó todo su albedrío. La reina, poeta, sabia, política, pugnaba con todas sus fuerzas para elevar Antonio al nivel de su alma. Pero cuando veía que Antonio á ella no llegaba, precipitábase de cabeza en su degradación y en su miseria. Tañía la cítara griega, pulsaba el arpa hebraica, departía largamente con él sobre los negocios interesantes al común de su pueblo, disertaba sobre toda clase de materias, leía filósofos, remembraba versos, sopor-tando sobre las grandes alas de su alma esclarecida é inspirada el sér un tanto rudo y fuerte de aquel

hombre; mas cuando no podía, ó no quería, por algún motivo, allá tan alto sostenerse, y no respiraba el cuitado bien, ella, lejos de arrojarlo al suelo, como á la tortuga el águila, y desprenderse de su cuerpo, se caía, se precipitaba con él á los hondos abismos de la vida, bebiendo y jurando, como un legionario borracho, por las cantinas, por los burdeles, por las zahurdas, por los garitos en correrías nocturnas vergonzosas, donde hubieran sentido náuseas hasta los más corrompidos y viciosos. Ella gustaba de los vinos exquisitos, de las viandas escogidas, de las ocupaciones graves, de las ciencias múltiples, leyendo los astros, paseándose por las edades históricas, así para combinar un sistema científico y religioso como para urdir una verdadera maniobra política; pero cuando Antonio se cansaba de todo lo intelectual, hasta de aquella verbosidad asiática tan por completo conforme con su nativa y propia elocuencia, recurría de súbito á goces materiales y á placeres nunca por él conocidos ni sospechados. Y si de tales placeres concluía por cansarse, fatigado y hastiadísimo, veía en él todas las propensiones de soldado más extravagantes y sosteníalas y acompañábalas en su originalidad y en su extravagancia. Por consiguiente, así que Cleopatra dejó el Cidno por el Nilo y Cilicia por Alejandría, siguióla desatenta-

dísimo, loco, fuera de sí, Antonio, sin atender á ninguna consideración humana, exento de todo escrúpulo, como incapaz de que la conciencia extinguida en su interior le arguyera con los remordimientos, dado á los placeres como el siervo á la cadena, é inviniendo placeres no soñados ni aprendidos en aquella mujer, cuyo breve y graciosísimo cuerpo parecía como un pomo donde se juntaban á una todas las esencias del Asia.

En estas enajenaciones de sí mismo recordaba que no podía perder su naturaleza de soldado, é iba con más ó menos resolución, pero con verdadera continuidad, apercibiendo los materiales destinados á servir la causa romana, ya que tanto con sus vicios y con sus voluptuosidades la deservía tristemente. Así mandó el lugarteniente Ventidio contra los parthos y reprimió con tan heroico legado á estos fuertes montañeses, tenaces irruptores en los campos sirios, desde que por los conflictos interiores de Roma las fronteras se descuidaron y las guarniciones se disminuyeron. Al mismo tiempo sella los litigios y los pactos entre Octavio y Sexto Pompeyo, perseguido éste á veces como un pirata y otras veces colocado casi á nivel de los triunviros en aquella continua inconsistencia del mundo romano y en aquella fluctuación incesante de los ánimos. Al cabo riñeron Octavio y Sexto, vencien-

do este segundo al primero, mas sin aprovecharse de la victoria. Como un viento de verdadera clemencia se había en aquellos días apoderado de muchas gentes, Sexto, viendo las naves de Augusto en fuga y el triunfo naval descendido por el hado á él, volvióse loco, y, proclamándose hijo de Neptuno, arrojó, para satisfacer á su divino padre, caballos y aun hombres vivos á las ondas, envuelto en túnica de color blanco y coronado por algas, perlas y corales, en guisa de cualquier divinidad marinera. Pero en vez de ir directamente á Roma é imponer la dura ley del vencido á Octavio, entretúvose con desembarques rápidos y baladíes por costas lejanas de la Ciudad Eterna, como un ratero y merodeador vulgar. Así Octavio pudo rehacerse de tal rota y afrenta merced á las victorias sobre su nombre y su estrella traídas en el carro de Agripa, dirigido siempre á maravilla por la sabiduría de Mecenas. Antonio, que soñara mil veces con desafiar á Octavio, se detuvo cogido en las redes por éste con tanta destreza urdidas. A fin de tenerlo más cerca de sí, consigo casi, le dió por mujer á su hermana Octavia, virtuosísima dama, en la cual Antonio encontraba una esposa de honor y Octavio una espía de inteligencia. Semejante matrimonio convenía por tal modo á las miras de este último, que se verificó y celebró cuando Antonio acababa

de perder á Fulvia, tan fiel, y Octavia por su parte á Marcelo, tan amado. Estaba en cinta, tenía un póstumo en el vientre cuando la casaron sin escrúpulo con el feroz pretoriano, quien llegó á someterse de nuevo á esta coyunda por complicados razonamientos políticos y no por impulsos del corazón y del ánimo. Alzada entre ambos, entre Octavio y Antonio, lejos de aunarlos, apartábalos á la continua en disensiones sin cuento y sin medida. Octavia, mayor que Octavio, hija de otra madre que éste, contribuyó á su educación y le inspiró un amor filial. A consecuencia de tal amor venerábala y respetábala Octavio con culto supersticioso. Y á consecuencia del culto supersticioso veía mal, muy mal aquellas largas ausencias de Antonio y aquellos horribles despegos á que le movían las propensiones viciosas de su naturaleza y los amores vehementes con Cleopatra. Esta mujer hubiera debido brillar en la vida del bárbaro triunviro como esas lunas plateadas que serenán los mares y los cielos en nuestras noches del Mediodía, si Antonio llegara con el curso de los años á esa madurez en la vida que acalla las pasiones tumultuadas por la juventud y enciende sobre los oleajes del sentimiento tempestuoso y sobre los desvaríos de la imaginación desapoderada el claro sol de una conciencia sometida por completo al imperio de las leyes morales. Pero,

como la edad madura de Antonio fuera una borrasca deshecha, la presencia de Octavia en su hogar sólo sirvió para el acrecentamiento de su intensidad en las incidencias que debía venir por fuerza y para imponer al desvariado Antonio una tremenda responsabilidad.

Por fin Octavio se fué poco á poco desasiendo de todos los rivales que le tenían asido y que participaban de su imperio. Constreñido por la necesidad á dejar un día Sicilia, tan importante, á Sexto, se la toma al día siguiente, entregando el pirata en poder de los antonianos, que le ahorcaron. Luego se deshizo también de Lépido, que, viéndose roto con sus legiones, pidió, desceñido de su púrpura, un perdón, dado á condición de que pasara y consumiera su inútil vida en el destierro de Circea. Ya no tenía, pues, Octavio más rival que Antonio, dueño por esta sazón aún del Oriente. Para combatirlo con empeño y aniquilarlo con seguridad necesitaba largos preparativos y algún transcurso de tiempo. Desligado de Sexto y Lépido, volvióse á Roma en busca de un reconocimiento y un tributo para sus brillantísimos triunfos. El Senado le aguardaba con esa impaciencia por echarse á sus pies que tanto se parece á la propensión de algunos desgraciados al suicidio. Aquel joven de veintiocho años, menudo, bajo, tímido, enfermo,

pasaba por consentimiento universal á padre de la patria. En su afán por arrastrarse y servir el Senado se asemejaba de suyo en todo á un harén del Asia y los senadores á eunucos. Una columna rostrata se levantó en el centro de Roma con la efigie áurea de Octavio en su cima y al pie los nombres y las fechas de sus victorias. Cada fecha pasó á festividad máxima de la ciudad y fué inscrita en los fastos. A su regreso triunfal, cuando por cerca de Roma iba, le recibió el pueblo, componiendo por las vías de su arribo deslumbradoras procesiones. Después le votaron en los comicios del pueblo residencia y casa privilegiadas sobre las alturas del Palatino. No contentos con esto le decernieron la inviolabilidad tribunicia y le designaron una sede personal junto á la sede antigua de los tribunos romanos. Aun les parecía poco á sus aduladores, y concluyeron por divulgar, en la decadencia del sentimiento religioso, aquello mismo proclamado de Numa en los albores del sentimiento religioso, la comunicación y comercio suyos con sobrenaturales númenes. Varios pueblos alzaron templos á su divina figura y establecieron culto litúrgico en su honor. Estos templos y sus altares llenábanse á la continua de ofrendas y exvotos. La fortuna sonrió mucho á este hombre. Junto á sí tuvo sumiso entera y eternamente un militar como Agripa. ¡Él,

tan tímido y perplejo, encontró fuera de sí, pero á su lado, el carácter bélico que le faltaba y la propensión predominante al combate sin la cual no pudiera ejercer su imperio y dominar en Roma. Pues si Agripa era bajo el poder de Octavio la guerra en persona, Mecenas era la política. El uno le llevaba los enemigos atados ó dispuestos á reconocer la supremacía suya, el otro le llevaba los poetas sumisos y dispuestos á cantar su gloria. Hasta en los matrimonios suyos entró por mucho la política. Se casaba con tal ó cual mujer, más que por necesitar de su cariño por necesitar de su familia. No anudaba el matrimonio con ella, lo anudaba con los suyos. Los goces del amor ó de la familia éranle indiferentes. Todos buscan hijos en los matrimonios, él buscaba partidarios. Desposado con Servilia en su primera mocedad, no cumplió esta juvenil promesa, pretextando sus muchos deberes, pero comprendiendo ya cómo el matrimonio y la familia debían tener en él caracteres esencialmente políticos. Cuando le importaba entendérselas con Antonio, escogía por mujer la hija de Fulvia Clodia, engendrada por el infame tribuno, que repitiera las pravedades del demagogo Catilina entre los horrores y los desenfrenos de las guerras civiles. En cuanto su madre se alzó en las vías de Octavio, desenvainando la espada para dirigir los

pretorianos completamente subvertidos y sublevados en su contra, repudió á Clodia sin vacilación y sin escrúpulo. Necesitando un día pactar con Sexto Pompeyo, entró en su familia y se casó con Scribonia. Pero en cuanto de nuevo riñera con su aliado, repudió á la esposa y le robó al patricio Tiberio Claudio, Livia, con quien vivió hasta la muerte y de quien recibió un entenado, un hijo del primer matrimonio de ella, para el trono. Y un hombre así argüía con reconvenciones terribles al cambiante Antonio por sus procederes con Octavia.

Ésta no lograba desasir Antonio de su amada reina. El amor de Cleopatra por Antonio y de Antonio por Cleopatra es un amor casi proverbial. Cantáronlo poetas como Virgilio, Propercio, Horacio, Lucano, Calderón, Shakspeare, y ninguno logró agotar las hipérboles encareciéndolo. Aquella hija del desierto fascinaba como la serpiente, y cuando á un cuerpo solía enroscarse, no lo dejaba sino después de muerto. El vino jamás tuvo las fuerzas embriagadoras que su amor. Los vientos del África no abrasan como abrasó el aliento suyo á los por ella preferidos. En una de sus entrevistas, por encontrarla y verla minutos antes, dejó Antonio muertos en sus campos ocho mil hombres, sin apenarse ni conmoverse siquiera. Tal amor dá bale vértigos de suicidio. No se satisfacía durmiendo con

ella todas las noches en el mismo lecho. Deseaba dormir junto á ella por toda una eternidad en el mismo sepulcro. Al primer mensajero y heraldo de Cleopatra con quien topaba en sus regresos después de alguna expedición ó viaje le solía regalar copas murrinas, almacenadas entre sus despojos, que valían todo un imperio. Antes se hubieran encontrado las arenas del desierto libio que los besos puestos por Antonio en labios de su amada. El sensualismo asiático se había difundido y centuplicado en aquellas venas á la hora misma en que la idea cristiana se acercaba y venía contra toda sensualidad. Antonio juraba muchas veces por execración aquel amor intenso pidiendo que, si olvidaba por un minuto á Cleopatra, le olvidaran los manes de César, le maldijera renaciente la lengua de Cicerón, le abandonaran sus soldados y le vencieran los parthos. Cuando parecía más harto de sus placeres por el uso y el abuso, renacía el deseo y encargaba con cuidado á los cantores de Alejandría que compusiesen y entonasen un epitalamio, como si fuera la noche próxima noche primera de sus bodas. Y los coros invocaban al hijo de Urania, eterno habitante de la risueña colina del Helicón, ceñido con coronas de mejorana, calzado de borceguíes azules, oliente á mirto del Asia para que fuese por la Venus púdica presidido y acompañado de

virgenes y mancebos desde un promontorio á otro promontorio, uniendo aquellos dos seres, como si nunca se hubieran poseído uno á otro, y dejándolos unidos, cual se une al verde olmo la parra y al fuerte roble la hiedra. En vano los milites reconvenían al pretoriano por aquel olvido de la guerra que parecía traición á sí mismo. Unos le acusaban por haber convertido su espartana sobriedad en grosera glotonería; otros por haber trocado la espada de Filipos en rueca de Cleopatra. Sus manos, decían, que tuvieron bastante fuerza para buscar en las viejas ruinas romanas el cetro de los antiguos reyes y elevarlo hasta el puño de César, no tenían en aquel momento fuerzas para sostener las trenzas de su querida. Aquel que vieran en las Galias durmiendo sobre la dura tierra, por míseros racimos alimentado, apagando la sed hasta en agua cenagosa, se vestía en Egipto de seda y oro, se coronaba con guirnaldas de sésamo, se tendía en cojines de púrpura y pasaba sus días en fiestas orgiásticas y sus noches en placeres inmundos. Lo amarillo de sus mejillas, lo morado de sus ojeras, lo lívido de sus labios, lo débil de su cuerpo, delataban á voces el vicio y el placer. Así los mismos partidarios del general temían por su honra y por su vida. Cleopatra para ellos era un Aníbal abortado por el África en la forma de aquella mujer

extraña para concluir con Roma y con el romano, más parecido en fuerza y en coraje al vencedor Escipión. Y como Aníbal se valiera de la fuerza contra Roma, valíase contra Roma de la seducción Cleopatra. Y todos á una deseaban desasirlo de sus brazos y devolverlo al tálamo y al hogar de Octavia.

Antonio quiso un día esclavizar á Cleopatra y Cleopatra lo esclavizó á él. Reina, se fué con los republicanos; querida de César, auxilió á los asesinos de César. ¿Quién, por aquel momento, contuviera la cólera de Antonio? Mientras en Cilicia se iba la serpiente acercando á su presa, el general dudaba si conducirla cautiva entre sus trofeos á Roma para enaltecer más el valor de sus triunfos ó si degollarla en las aras santas como víctima de holocausto para tener propicios á los dioses. Pero todos estos propósitos se frustraron al influjo y poder de aquella su fascinadora mirada. Desde tal punto y hora lo poseyó por completo como ningún amo poseyera sus siervos y ningún propietario sus propiedades. Sus labios le parecían un volcán de amores; sus abrazos le trastornaban hasta enajenarlo del propio sér suyo; sus palabras se le hundían en lo más recóndito del alma, en el sitio donde se determinan las acciones y se alzan las ideas. Cuando la estrechaba entre sus brazos, creía estrechar á todas las mujeres juntas, porque ninguna

de sus caricias nuevas se asemejaba jamás á ninguna de sus caricias anteriores, renovándose los placeres como si tuviera mil formas su sér y palpitara la vida universal en sus senos. Una entrevista y un coloquio entre la egipcia y el romano agotaba todos los aspectos de la vida y todos los modos y maneras del sér. Primero danzaba en baile seductor. Los balanceos de su cuerpo incitaban á todos los apetitos, el centelleo de sus ojos encendía todas las pasiones. Después de haber danzado recitaba versos. Las descripciones de una siesta en compañía de Antonio transcurrida, las cuales descripciones estaban hechas sobre los calcos de la poesía latina y sobre las composiciones de los primeros poetas romanos, enloquecían al cuitado Antonio. Como pintaba una calurosa tarde, durante la cual sólo se oía la cigarra confundiendo el chirrido suyo con los rumores de la trilla y los cánticos del segador, Antonio dormía la siesta fatigado y sudoroso. Las ventanas de su cubículo, á medio cerrar, daban paso por sus hendiduras á dulce luz muy semejante con la que cae á la misteriosa caída del día en brazos de la noche. Podrían compararse aquellos dudosos resplandores al reflejo de los solsticios en los misterios, al tibio reverbeo de la luna en el mar, á la sombra de las selvas por la tarde, á todo cuanto complace al pudor y enardece á los amantes. Sobre los

párpados entreabiertos de Antonio se suspendieron los ensueños que no quitan enteramente la luz y que dan á las ideas y á las ilusiones inciertos contornos de firme realidad y de vaga ficción. Cleopatra fué, viendo á su Antonio así, en busca del amor. Desceñida la vestidura, encendido el rostro, sueltas las trenzas, extendió sus brazos al preferido y amado con aquella embriaguez con que Lais los extendía frecuentemente á sus numerosos adoradores. Antonio quiso desnudar á Cleopatra por completo de su toga, mas resistióse como una virgen pudorosa la reina egipcia, pugnando, no por una victoria de todo punto á sus deseos odiosa, por una placentera derrota. Y como no había ninguna sombra en sus ojos, ni remordimientos en sus conciencias, ni reserva en sus enajenaciones, ni hastío en sus amores, jamás satisfechos, si al cabo, cediendo á la naturaleza y su imperio, concluían por dormirse, preguntábanse uno á otro, en los intervalos, por qué no había de ser aquella siesta una siesta perpetua. Y con estas voluptuosidades, á las que artes y letras quitaban sus aspectos más repugnantes y sus caracteres más bajos, Antonio y Cleopatra vivieron una vida, la cual de seguro no ha tenido antecedentes ni tendrá consiguientes en toda la sucesión de los siglos y en todo el transcurso de la humana historia.

Pues cuando se despertaban de tal sueño y volvían sobre sí, Cleopatra llevaba su amado por la filosofía, por el arte, por la ciencia, por los cielos, á fin de despertar en su sér todo lo superior del espíritu y de la vida. Ya le hablaba de religión y le decía los más guardados secretos teúrgicos. Noticiábale todo el simbolismo de aquel olimpo animal egipcio. Decíale cómo el macho cabrío representa la lujuria, y el cocodrilo de anchas fauces la gula, y la tortuga por su gran pesadez la pereza. Mas también hay animales propicios, que representan virtudes creadoras y divinas como Annubis con cabeza de chacal y Hero con cabeza de gavián. El escarabajo es imagen del dios Ptah. Y es imagen del dios Ptah, porque así como éste hace y rueda los astros del éter, el escarabajo hace y rueda las pelotas del barro y del excremento. Y tras esto ponía una explicación racional del culto prestado por los egipcios al gato y al cuervo, recordando que sin estos animales exterminadores de tanta corrupción como traen consigo los calores del cielo africano y las humedades producidas por el Nilo fecundante, los miasmas extenderían sus venenos por todas partes y el Egipto se convertiría en vasto cementerio. Y dicho todo esto volvíase como un vocero á defender las regiones orientales contra Occidente, las regiones orientales, cuna del sol y cuna de la

religión. En sus bordes se ha dibujado el primer crepúsculo de la primera mañana del mundo y el primer crepúsculo de la primera mañana del espíritu. Todos los dioses llevan una corona oriental en sus sienes, y todos, para ser sagrados, necesitan recibir en sus labios el beso nutritivo de su eterna nodriza, del Asia. Por eso, los dogmas orientales son misteriosos como el crepúsculo, y sus altares duraderos como la eternidad, y sus templos de igual solidez que la tierra ó el sol. Y por todo esto Cleopatra creía que se acababa el mundo, que se perdía la natural trabazón de sus castas, que todo centro de autoridad faltaba, que todas las divinidades á una se iban, que hasta los sepulcros quedaban sin la significación y el misterio de la inmortalidad, si por acaso el Occidente cumplía y realizaba sus ensueños de dominación omnipotente. Y terminadas estas disertaciones teológicas íbase como sin esfuerzo á superiores y altísimas disertaciones filosóficas y morales. Y hablaba con tal motivo de apólogos como aquel de Simón de Atenas, quien, rico, repartió el bien á manos llenas, y empobrecido, no encontró favor en quien auxiliara, y nuevamente rico tras su miseria, volvieron á lisonjearle y seguirle aquellos mismos que le abandonaran, por lo cual se apartó de sus semejantes como de apestados y se recluyó en altísima

torre, donde no quiso ya más oír hablar nuevamente ni de la humanidad ni del hombre. Después hablaba de astronomía y contaba cómo sus padres, los Ptolomeos, habiendo trasladado los ladrillos del Éufrates al Nilo, destruyeron la concepción astronómica, que atribuía los eclipses á gigantesco dragón agarrado de los astros para devorarlos como devoran á las moscas las arañas, sustituyendo todas estas fantasmagorías con los saros, períodos de diez y ocho años, en el transcurso de los cuales se reproducen con uniformidad los eclipses y las demás particularidades celestiales. Y cuando había bastante hablado de astronomía y de los abismos del cielo, hablaba de los abismos del mundo y de los secretos del destino. Y en estas disertaciones la idea que resaltaba era la idea de la transmigración de las almas desde unos cuerpos á otros cuerpos. Y sostenía que antes de volver al cielo, si hemos sido perezosos, vegetaremos en un árbol; si músicos, ascenderemos á las gargantas de melódicas aves; si sublimes, nos perderemos con las águilas en las etéreas alturas; si sociales y buenos, zumbaremos en el enjambre de las abejas y destilaremos mieles para endulzar la vida toda.

En cuanto veía que Antonio se cansaba de volar por tales alturas emprendía ejercicios corporales

como cualquier atleta. Así enganchaba su cuadriga tirada por cuatro caballos nacidos en las riberas del Betis, y se iba seguidamente al Estadio, citando cocheros émulos suyos y alzándose con la corona de triunfo. Luego entraba en las jaulas de su casa de fieras y hacía prodigios en el trabajo de la domesticación. Los tigres saltaban en torno suyo como perros y los leones le lamían los pies tan dulcemente como si fuesen jirafas ó camellos. Antonio, que había visto en su vida tan débiles de complexión á los seres fuertes de inteligencia, como César, maravillase de aquella hembra singularísima, en la cual sumábanse con todas las espirituales aptitudes reconocidas en el dictador que le sojuzgaran en grado altísimo todos los atractivos y todo el natural imperio de su sexo. Como él era una mezcla rarísima de orador y soldado gustaba de los dos polos de la vida é iba desde uno á otro, no por gradaciones y medidas incompatibles con su violencia nativa, por saltos y saltos mortales. Así de los asuntos propios á una escuela más alta íbanse á los asuntos propios de una taberna muy sucia. Hablábale Antonio á lo soldado, y á lo soldado hablaba ella, sobrepujándole con mucho en grosería. Bebía el borracho general, y bebía más aún la reina. Comía él glotonamente con los excesos naturales á todo vicio; excedíase aún más ella.

Empleaba el soldado algunos ratos de ocio en la gimnasia, pues Cleopatra se alzaba con la mayor agilidad al frente de los atletas. Por desgracia estos empeños de su naturaleza física se viciaban y corrumpían en propensiones invencibles á prostituirlo y degradarlo todo. El gimnasio, elevado por los Ptolomeos, á ejemplo de los griegos, para desarrollar las fuerzas de aquellas generaciones y darles energía, entereza, virilidad, convertíase con estas saturnales de Antonio y Cleopatra en verdadera mancebía. Los pórticos, de suma sencillez, trazados para invitar á saludables ejercicios, veíanse llenos de cortesanos vestidos á usanza de mujeres, por lo rozagante de sus trajes de seda y lo deslumbrador de sus joyas de oro. Los peristilos contenían legiones de innumerables sacerdotes que llenaban los aires con las nubes de sus holocaustos, en los cuales quemaban olorosas esencias. Cada templo mandaba á la diosa una ofrenda y cada ofrenda valía un reino. En el efebeón se levantaban los sendos tronos que debía ocupar la demente pareja, tronos airo-sos, de plata y oro, superiores en esplendor á los más ricos altares. Por las demás oficinas, por las palestras, vense los guardias de las regiones del Asia y del África vestidos con sus vistosos trajes y cargados con sus relumbrantes armas; los jóvenes imitadores de los griegos, desnudos como las esta-

tuas del Partenón en los bajorelieves de Fidias, entonando en coro versos de Píndaro y Homero; las vírgenes hermosísimas con sus crótalos hispanenses movidos al compás de la música que dirige sus danzas; los magos diciendo palabras extrañas recogidas por sus oyentes con religiosa veneración, mientras que por las florestas y por los jardines del maravilloso edificio discurren las bacantes ceñidas de hiedra y pámpanos, ebrias de mosto, su tirso áureo en las manos, la piel de tigre sobre los hombros, las palabras más incoherentes en los labios y por todo su ser la fiebre de una voluptuosidad, la cual, á manera de contagiosa epidemia, se pegaba con facilidad á todo el mundo y corría con rapidez por todas partes. Cuando Antonio acudía con la natural movilidad y cambios de una vida como su vida, en algunas ocasiones, al gimnasio, experimentaba deseo vivísimo de combatir ó conquistar, é iba desalado en pos de sus tenientes para departir con ellos respecto de las futuras empresas y de los combates con los parthos. Pero bien pronto caía en el triste olvido de tales propósitos, á guisa y manera del borracho, que, al despertarse de larga modorra, se propone resueltamente no beber en las horas lúcidas, y luego bebe, recayendo bajo la pesadumbre del sueño abrumador.

Bien es verdad que había dos naturalezas en el

buen Antonio, la naturaleza de un héroe y la naturaleza de una manceba. Tal epicúreo voluptuoso era el mismo que devorara gran pedazo de carne, apenas asada, y vistiera burda túnica de tosca lana, sin curarse de otra cosa que de llevar al cinto espada muy larga en defensa de Roma y los romanos. Entonces, ni las abrasadas arenas del Egipto ni el blando lodo de las lagunas serbónidas embarazaban sus triunfales correrías. Todos le habían visto ir de Brindis á Macedonia desafiando las tempestades del aire y las tormentas del mar, como si en una mano tuviera el tridente de Neptuno y en otra mano los odres de Eolo. Su gloria fué tan grande que mereció de César dirigir el ala izquierda en Farsalia, y su poder tan discrecional que lo llevó el dictador junto sí en los carros al celebrarse los nunca iguales triunfos. Así pudo conjurar todas las enemistades y vencer á todos sus enemigos. Así, abandonado al oleaje bravío en una tormenta romana, fugitivo por los campos de Módena, con raíces alimentado, bebiendo por todo licor orines de caballo como los getas, se granjeó un ejército cautivado por su heroísmo y por su fuerza. Pero, al contacto de Alejandría, el héroe maravilloso era inmunda prostituta. Parecíase á esos ídolos egipcios que tienen medio cuerpo de hombre, otro medio de zorro, adorados unas veces como genios

buenos y otras como genios malditos. Hablaba sin medida, reía sin continencia, se emborrachaba como cualquier soldado en la taberna, é iba poniéndose con los ranchos gordo y fatigosísimo como un cerdo. Siervo de sus pasiones propias aun le quedaba tiempo y espacio para servir como alcahuete las pasiones de los demás. Su largueza con su codicia tan sólo podía compararse. Días enteros á la mesa, noches enteras en el vicio; dormido de hastío al presidir los tribunales sin cuidado y luego no dejando á nadie dormir con sus calaveradas nocturnas y sus correrías indecentes, emprendidas tras larguísima velada en fiestas de bufones y juegos de acróbatas; he ahí las verdaderas faenas de Antonio. Mil veces vomitaba en público lo que había comido en secreto. Mil veces condujo la litera de su favorita en procesión como pudiera conducir las andas de una diosa. A un lado llevaba consigo Anaxener porque tañe la cítara, y á otro Xestho porque tañe la lira, y á otro lado el danzarín Metrodoro porque agita brazos y piernas á compás, mientras alrededor suyo, en grandes tropeles, muchachas disfrazadas de bacantes, muchachos de sátiros, grupos de músicos tocando aires eróticos, por todo lo cual, en vez de llamarle Júpiter ó Marte las gentes, le llamaban Baco, y asaz Baco agrión, que quiere decir Baco salvaje. Para cenar él y Cleopa-

tra con diez amigos se asaban una docena de cerdos compuestos por cocineros cuyo número competía ya con el número propio de un ejército. Y á estas comidas iba con rozagantes púrpuras babilónicas vestido, por tiara meda coronado, en pantuflas orientales recamadas de perlas, llevando su verga gimnasiaca, cual un jefe y director de titiriteros miserables. Y mientras tanto el rey de los medas pedía socorros á su protector Antonio contra el rey de los parthos; pero Antonio abandona el carro de guerra por el tálamo de placer; y en vez de dar voces imperiosas con la majestad del trueno, canta como un tiple al resplandor de los banquetes; y en vez de acariciar el pomo de su espada el cuitado, acaricia un pomo de olorosas esencias; y en vez de oler á sangre, huele á vino; y en vez de matar, ama. Él se justificaba diciendo que no le dominaba Cleopatra, le servía; que, fingiendo anhelar su amor, anhelaba su imperio; que con los hombres puede lucharse á golpes, mas con las mujeres á besos; que al abrazar á Cleopatra, no creía tanto abrazar una querida como á un aliado; que Roma tuvo siempre un amigo dentro de los pueblos á conquistar para que le abriesen las puertas, como las abrió Capua para conquistar á los samnitas, Masinisa para conquistar á los africanos, Sagunto para conquistar á los españoles, Etolia

para conquistar á los griegos, Marsella para conquistar á los galos. Pues bien, al abrazar á Cleopatra en la tierra del Egipto, en ese istmo africano que une al Oriente con el Occidente, lo que abrazaba en realidad no era ese brevísimo cuerpo de mujer, sino el gigantesto y colosal continente de Asia. Además, Octavio cometía por su parte respecto de Antonio dos gravísimas faltas, una política y otra militar. La primera consistía en haber despojado á Sexto Pompeyo de su gobierno de Sicilia. La segunda consistía en haberle despojado, empleando naves de Antonio, sin pedirle permiso y sin darle participación en el despojo. Tras la guerra con Sexto Pompeyo fué la deposición de Lépida, con cuyos dominios y legiones habíase Octavio alzado, sin acordarse de que aun estaba en el mundo Antonio, sufrido por amor al muerto César, pero incapaz de soportar mucho tiempo tamañas ofensas. Las tierras dadas á sus veteranos, veteranos de César también, acababa de arrebatárselas Octavio el codicioso; así reclamaba de palabra Marco Antonio, prometiéndose requerir más tarde, y en caso de necesidad, la espada. Y mientras él acusaba de tales entuertos á Octavio, éste le acusaba por su parte á él de haber donado á Cleopatra la biblioteca de Pérgamo, rica en doscientos mil volúmenes; de haberse levantado en ruidoso festín

tras su amada, encerrándose ambos á la vista misma de sus convidados en cercano cubículo para entregarse desenfrenadamente á sus amores; de haber oído con verdadera voluptuosidad que los efesios llamasen á la enemiga de Roma su reina; de haber, en las audiencias públicas, recibido cartas amorosas de su regia manceba, escritas en cristal y cornarina, leyéndolas ante los mismos jueces, no obstante sus escandalosas frases; de haberse dejado la presidencia de un tribunal, hablando el más hábil de los abogados y el más digno de los romanos, Furmo, por seguir la litera de su amada, la cual iba por allí con propósito firme de probar al mundo que su amador la prefiriera siempre á todo, á gloria, riqueza, poder, autoridad y patria. Así, cuando los mensajeros de Octavio llegaban á los sitios donde residían Cleopatra y su amante, aquélla los trataba ya con dureza, ya con menosprecio; designábales en los festines el más lejano y más humilde lugar, ahuyentándolos de aquellos oídos que llenaba ella con su asiática elocuencia. Hallábase ante uno de éstos cierto día medio borracho Antonio, y le dijo que hablara en voz alta del objeto de su venida. «Las cosas en que voy á industriarte, respondió el embajador, deben decirse por la mañana y en ayunas; pero, aun estando harto y bebido, puedo en alta y clara voz anunciarte que todo irá de se-

guro á pedir de boca si en vez de reinar Cleopatra sobre tu corazón reinara sólo sobre su Egipto.» Enfurecióse Antonio, y Cleopatra se irguió hasta crecer como un reptil que se alarga y estira ó para defenderse ó para combatir, y mirándolo con ojos semejantes á los ojos que suele poner una víbora cuando clava su aguijón, le respondió: «Procediste bien; lo que te ha hecho decir el vino de todos modos te lo hubiera hecho decir el tormento.» Y así los varios sucesos iban poco á poco mostrando que no cabían ya en la tierra Cleopatra y Roma, Octavio y Antonio.

En realidad los romanos tenían razón. Cleopatra odiaba tanto á Roma como quería el placer y el amor. En su desvarío pugnaba por poner Alejandría sobre todas las ciudades, los ritos grecosiro-egipcios sobre todas las religiones, el mundo entero á las plantas de sus dioses. Así muchas veces importunaba los mágicos encantos pidiéndoles que pronunciasen palabras incoherentes sobre los escarabajos de piedra dura que llevaba ceñidos en oro al corazón, y con los cuales había ya tenido diálogos en que usaba frases hieráticas ó sacramentales como estas: «corazón mío, tu eres mi madre; corazón mío, tu eres eterno y estarás en todas mis transformaciones y metamorfosis.» Después leía el capítulo místico de Hermópolis trazado con letras

azules sobre un cubo de hematitis, y tras aquella lectura pedía que los dioses la librasen de la serpiente cuyo veneno abrasa; que los cocodrilos se sumergieran espantados en el agua cuando ella pasara; que cerrase la boca de todas las fieras al abrirse alguna vez en su contra como cerraban el sagrado de sus secretos, pues deseaba vivir para vencer y deseaba vencer para devolverles el dominio de la tierra y de la conciencia que les tenía usurpado Roma. De Isis aguardaba las palabras, las fórmulas que habían de darle alas para subir en raudo vuelo desde los conos de las pirámides á las cumbres del Capitolio. Así pedíale su virtud fascinadora para petrificar á los enemigos y su fuego abrasador para consumirlos como secas aristas. Isis debía quitar los ojos para todo lo que no fuera Cleopatra y su amor á cuantos ella con empeño de perderlos llamaba junto á sí. Poseedora de la gnosis transmitida por los Ptolomeos en herencia, sabía llamar á los dioses por su nombre. Y los empleaba en aquel entonces pidiéndoles que Antonio repartiera entre sus hijos los dominios vinculados en su autoridad por la Ciudad Eterna; que Antonio sacara su espada vencedora contra Octavio; que Antonio la llevase á ella en carro triunfal por la vía Sacra y le diese la corona de todos los dioses, cual había dado á César la corona de todos los

reyes. No en vano dirigía Cleopatra estos conjuros; el espíritu humano se hallaba como sediento de nuevas ideas y la tierra se abría en surcos profundísimos para invocar y recibir las revelaciones del cielo. Así los profetas de un lado y las sibilas de otro alzaban á las alturas coros de misteriosos enigmas, que ninguna inteligencia práctica podía en modo alguno descifrar; y el Egipto entraba como pocas regiones en esta especie de magnetismo espiritual diseminado por las conciencias y por los aires. La Grecia, la Siria, la Palestina, el desierto inmenso, todos los focos de la universal revelación le rodeaban. La forma humana, que no se veía con claridad antes, pulverizada en las hogueras indias, abrumada bajo el peso de las moles del Eufrates, la forma humana iba surgiendo como planta nueva en los arenales del Nilo, á la sombra de los obeliscos que señalan la ruta del sol, entre las largas columnas de las multicolores necrópolis, cerca de los colosos inmóviles como los viejos ritos. Así es que allí debía sentirse un viento revelador de lo porvenir no sentido en los hondos valles sociales. Desde la flor del nenúfar, que flota sobre las aguas del Nilo, hasta la palma pétrea que remata el chapitel de la columna, estaba todo allí henchido y saturado de antiguo espíritu profético. Así Plutarco, cercano á estos tiempos, creía oír elegíacas

voces por todas partes, voces á una salidas de las divinidades y exhaladas por los templos. Los bueyes sagrados en Egipto mugían, las serpientes litúrgicas alimentadas en el santuario silbaban, los leones hieráticos rugían, los perros divinos ladraban. Este sentimiento de la muerte del genio antiguo se trasluce con claridad en la epopeya de Lucrecio y en las églogas de Virgilio. Los déspotas iban presintiendo que un Dios nuevo se acercaba y que tal Dios no era de los fuertes, sino de los débiles, no era de los emperadores, sino de los esclavos. Roma no hacía más que prepararle á ese Dios las vías con la espada de sus soldados, con la palabra de sus pretores, con la idea de sus jurisconsultos. Necesitábase, pues, para salvar el viejo Dios naturaleza contra el nuevo Dios espíritu, que Asia se levantara y luchase con la idea misteriosa. Romperíanse, merced á ella, las jerarquías en el cielo y las castas en el mundo. Los humanos entrarían audaces en los santuarios para deletrear los sacros jeroglíficos y expedir las ideas en ellos contenidas á los cuatro vientos. Caerían los ídolos del ara y los reyes del trono. El esclavo se alzaría de sus ergástulas á ser igual con sus señores. Y para no contemplar tales crímenes el sol velaría su faz, y la tierra misma, después de desgarrarse en huracanes y en terremotos, disiparíase por los espacios, haciéndose

tromba de aereolitos y legión de cometas. Así Cleopatra practicaba los ritos, observaba las liturgias, seguía las ceremonias tomando todos los aspectos y formas de la serpiente, todas las hechicerías de la magia, todos los zumos de las hierbas sagradas, todos los bebedizos y todos los filtros orientales, á fin de que Asia se levantara como una llama eterna en la cima del Capitolio. Así podría explicarse, por esta mágica explicación, que apareciese cada vez más hechicera y más hermosa. Y esta hechicería y esta hermosura empleábalas en atraerse al romano Antonio, no tanto por amor de Antonio como por odio á Roma, y tratando de arrancar á esta ciudad aborrecida la corona del mundo, para quitarle piedras á esa corona exigía de Antonio que le regalase Fenicia, donde tiñen la púrpura; Chipre, cuna de Venus; Arabia Nabatea, que toca en los mares externos, y la provincia judía, que produce los más aromáticos bálsamos y los más embriagadores perfumes. Todo lo iba preparando para este fin. Las gentes en Roma no querían creerlo. «¿Será verdad?» preguntaban. «¿Arrancará su Antonio de Roma ciudades tan florecientes, imperios tan ricos, para entregarlo todo á la voracidad de una manceba lujuriosa y al peculio de una prole adulterina?» Los romanos alzaban los brazos al cielo y viendo que no caía un rayo en Egipto, desconfiaban hasta

de la existencia de Júpiter. Alejandría iba levantándose como la luna llena por Oriente al mismo tiempo que se ponía por el ocaso la lumbre diurna de sol tan espléndido como el espíritu romano. Muchos de los pesimistas, muy numerosos por aquel entonces en la Ciudad Eterna, sobre todo los tardos á consolarse del prematuro fin que habían tenido las instituciones republicanas, temblaban, porque creían ver su Roma en descenso hacia el ocaso y Alejandría en ascenso hacia el cenit. Y cuando veían que la miraba estática el cielo africano por los ojos de sus estrellas inextinguibles; que la ceñía y rodeaba el desierto con sus arenas de oro; que decía y murmuraba el Nilo en sus orejas, al deslizarse por lecho ceñido de palmas y habitado por caimanes, palabras divinas; que sus obeliscos señalaban con su sombra el curso de los astros y ostentaban en sus jeroglíficos los arcanos de la inmortalidad; que besaba el Mediterráneo con sus ondas recamadas de blancas espumas aquellas sus sandalias de pórvido; que resplandecía el faro con clara luz en su frente, aun temblaban más, porque veían cómo aquella ciudad misteriosa era el zafiro de la tumbaga con que se unen y enlazan los continentes, así como el santuario en que se identificaban las ideas. Cleopatra se proponía ir poco á poco poniendo en el peculio suyo las mara-

villosas tierras que Roma entregara de grado á las ambiciones de Antonio. Imposible describir los medios tortuosos, los teatros aparatosísimos, los espectáculos verdaderamente singulares que aquella mujer ideaba con el intento firme de someter el mundo romano al dominio de su Egipto. Así, para más enaltecer su conspiración, vistióse de Isis é hizo y aparejó todo cuanto al culto de Isis consagraba su pueblo.

Sobre aquella espaciosa frente veíanse los argénteos cuernos en que descansa el sol de oro. Una túnica blanca como la azucena de los valles ceñíase á su cuerpo tiñéndolo con los reflejos de la luna. Negro manto sembrado de estrellas caía desde sus hombros á los talones en larguísima rózaga, semejándose al manto de la noche. En carro de oro se asentaba rígida, fría, solemne, como una estatua. Seis blancos caballos la arrastraban por las calles, cubiertas de tapices y ceñidas de guirnaldas. Los animales simbólicos la precedían, y acompañábanla devotos de la diosa cuyo simulacro representaba y fingía. Entre tales devotos llevaban, unos, á guisa de soldados, tahalíes; otros, cortas clámides que apenas les llegaban á la rodilla, ligera espada en el cinto, venablos de cazador en los puños; éstos, borceguíes de oro, trajes de seda recamados por deslumbradora pedrería; aquéllos, el casco y el escudo

de los gladiadores. Para divertir al pueblo se disfrazaban varios de magistrados y fingían grave tribunal, en tanto que muchos se calzan las sandalias y se ponen postizas las melenas y las barbas de los filósofos. Pero en cuanto llega la diosa, la maga Cleopatra, todo es grandeza y hermosura; las más graciosas jóvenes griegas, egipcias, nubias, vestidas de blanco y coronadas de primaverales guirnaldas, arrojan pétalos de olorosísimas flores; algunas llevan en sus espaldas bruñidos espejos para que la diosa pueda contemplar á cuantos la rodean y la siguen; otras ostentan blancos peines de marfil y fingen peinar y trenzar los cabellos de Isis; toda suerte de candelabros, lámparas, lucernas, faroles de diversas formas y de riquísimos materiales indican los atributos de aquella divinidad que se asienta sobre los astros. Las sinfonías más dulces repiten la música melodiosa de las estrellas y de sus incomunicables y divinas esferas; solemnes cantatas llegan á las alturas como llevadas en las nubes del incienso; ejércitos de siervas lujosamente vestidas queman perfumes de Arabia; las iniciadas se adelantan con los pies desnudos y las cabezas cubiertas de transparentes gasas; los iniciados tocan platillos de acero, de plata, de oro, produciendo melódicas escalas de varios y concertados sonidos. Luego siguen los pontífices, que llevan sobre su pecho,

cubierto de blanco lino, las respectivas imágenes de los grandes astros á que consagra cada cual su culto, y cierran aquella procesión las vacas, las monas, los dioses con cabeza de perro, el genio que baja del cielo al infierno y sube del infierno al cielo, á veces resplandeciente como el sol, á veces oscuro como la noche, y, por último, la urna de oro, sobre la cual levanta su cabeza de esmeraldas un luciente áspid recamado de deslumbrador escamaje, cada una de cuyas escamas está formada por un solo zafiro. Sonríense los cielos á tanta hermosura y saltan de regocijo los corazones como el cabritillo que trisca entre los arbustos de una espaciosa floresta. Cleopatra, convertida en diosa, inició el espíritu de su amado amador en los misterios egipcios. Impúsole primero una purificación larga en una penitencia severísima regulada por ceremoniales antiguos de un carácter siroegipcio. Elevólo á las Pirámides antiguas donde penetró con la solemnidad que los muertos en el orco y los dioses en el mundo. Ya dentro de las Pirámides bajó sin escala ni cuerdas á hondísimo pozo, y se arrastró por los negros subterráneos. Al fin de aquellas galerías brilló súbito siniestra claridad y en ella se dibujaron tres chacales dotados de palabra que le dijeron algo incoherente y extraño sobre su horóscopo. Otras muchas pruebas tradicionales en todos estos

viejos misterios vinieron luego después de la primera prueba. Pasó por el agua sin ahogarse, por el fuego sin consumirse y vió faltarle bajo los pies la tierra sin conmoverse. Cuando lo colgaron por el brazo de argolla férrea y le suspendieron sobre los abismos insondables, no pestañeó. Y por ende lo elevaron á las mismas alturas donde campeaba Cleopatra, y como á ésta le dieron dictado de Isis, diéronle á él dictado de Osiris. Y convertidos en dioses podían dividirse á su antojo la tierra y distribuir entre los mortales aquellas recompensas y honras que les pluguiesen. A virtud y por obra de tal autoridad, Antonio declaró á Cesarión, el infante habido por Cleopatra de César, heredero del dictador. Esta resolución tenía todos los caracteres de una verdadera temeridad, pues echaba un competidor en las pretensiones de Octavio y ponía en la forma monárquicohereditaria que iban tomando los esbozos de imperio un primogénito con derechos personales directos sobre un pariente que sólo podía en último término aducir los derechos mitigados y secundarios de su afinidad. Promulgadas tales fórmulas respecto de Cesarión, Antonio confirmó en el pleno dominio de su Egipto á Cleopatra y le cedió en cesión solemne las posesiones de antemano prometidas y anunciadas. Chipre, isla de la hermosura y del amor; África, tierra del valor y

de la fortaleza. Seguidamente se curó de sus propios vástagos, de los habidos en su comercio con Cleopatra. Su hijo Alejandro recibió Armenia, Media y el reino de los parthos, un imperio digno por su extensión é importancia de cualquier gran monarca. Su hijo Ptolomeo recibió Fenicia, Siria, Cilicia, sitios en los cuales reinaban tres monarcas. Seguidamente vistió á su Alejandro con la púrpura imperial y lo coronó con la tiara puntiaguda. A Ptolomeo lo vistió con traje blanco de Grecia y le ciñó una diadema jonia. Y concluído todo esto, alzó la voz para que fueran los soldados de Armenia y de Media juntos á circuirles y á prestarles expresos homenajes. Oriundos del Asia y de Grecia, con sangre romana fervorosa en las venas, herederos de las dinastías helenoegipcias, la gloria de los hijos de Antonio debía en dos continentes reflejarse, y sus nombres, ya escritos con letras de astros en los espacios inmensos, escribirse con gloria en los anales del mundo y en la gratitud eterna de los pueblos. Los cortesanos, oídas todas estas declaraciones, alabaron en coro al invencible Antonio y á los seres que Antonio coasociaba con su esplendor y con su gloria. Después de haber decretado y decernido todas estas dignidades, Antonio envió los decretos á Roma para que los registrara en sus anales y los confirmase con su indisputable autoridad.

Verdaderamente había provocado Antonio á Roma. Repartir el imperio de Oriente, á su custodia fiado, como si repartiera un predio; suscitar la vieja dinastía de los Alejandro frente á la nueva dinastía de los Césares; constituir en estados independientes las conquistas y los dominios romanos; hacer de Grecia su mancebía, de África un eje á cuyo alrededor girase todo el mundo romano, de Asia una especie de dispensa destinada en sus desvaríos á proveerle comedor y cocina, de Cleopatra la señora y emperatriz del medio planeta conocido; todas estas insensateces, demostradas y puestas de bulto en las orgías del gimnasio alejandrino y en el testamento enviado á las vestales romanas, debían tarde ó temprano traerle todos los odios de la Ciudad Eterna, venida con las intuiciones, con los instintos, con las aptitudes que traen siempre al mundo aquellas colectividades destinadas á desempeñar un gran ministerio en la sociedad y á dejar un recuerdo imperecedero en la historia. Cuando llegó á saber Octavio las escenas que habían pasado en la ciudad émula de Roma, cuando miró y contó los rivales traídos al imperio por las demencias antonianas, propúsose trazar la debida raya con su cetro recién forjado á tantas increíbles insensateces. La política de unidad imperial, á que prestaba culto, le movió en

sus determinaciones y le impulsó á prescindir de Antonio y alzarse con la parte de imperio cedida por necesidad á su ambición en premio de sus servicios. Pero como necesitaba mover al pueblo por otros móviles menos recónditos y más vulgares que los suyos, le sirvió á este fin muchísimo el proceder brutal de Antonio con su hermana Octavia, patentizado por una serie de vergonzosos hechos á cual más reprobables. Estaba la tercera mujer de Antonio sobre la segunda, sobre Fulvia, muchos codos, por su integridad y por sus virtudes. Lejos de separar y dividir á los dueños del mundo, juntábalos en todas las ocasiones propicias y unía-los en el gobierno y dirección de Roma. Lejos de alzarse, como Fulvia, á la cabeza de legiones medio rebeldes, enderezaba las que tenía por encargo, ya de Octavio, ya de Antonio, á la orden respectivamente de ambos y á la observancia de sus deberes militares. En los meses anteriores á la declaración de guerra entre Antonio y Octavio, la hermana de éste y esposa de aquél supo granjear al dueño de Oriente legiones y riquezas occidentales arrancadas por medio de cariñosas instancias para su enemigo y para su émulo al dueño de Occidente. No satisfecha con esto la solicitud cariñosa de Octavia, fletó una escuadra y se fué á Grecia en busca del descastado Antonio, que acababa en aquellos

mismos días de, sin consideración alguna, hierla, yéndose del hogar en busca del Asia y de Cleopatra. Para el dueño de Roma, para Octavio, los crímenes de Antonio eran condenables por tener un carácter político del todo contrario á sus intereses y á los intereses romanos; mas para el vulgo, se veían de relieve tales crímenes en su aspecto familiar y doméstico; en la regia manceba conducida como una diosa por Africa, y por Grecia, y por Asia; en la prole adulterina sin escrúpulo alguno adoptada contra los derechos de su prole propia y legítima; en el hogar abandonado; en la virtuosa mujer herida y sola; en el atropello y vulneración de todos aquellos afectos que forman la familia y que constituyeron como la base y fundamento del viejo gobierno romano. Así, cuando vieron los habitantes de Roma, los que formaban ese colectivo espíritu de la ciudad, al cual denominamos hoy opinión pública, volverse Octavia sin escuadra, sin tesoro, sin legiones, rechazada por el esposo legítimo á causa de una hechicera y gitana enemiga, levantaron los brazos hacia Octavio y le pidieron á toda prisa y á toda costa la guerra y la guerra inmediata con la inmunda pareja que había convertido la mitad del orbe romano en vergonzoso lecho de sus adúlteros placeres.

Cleopatra y Antonio hubieran podido, en el mo-

mento de arrancar á Octavia los recursos aportados por ella desde Occidente, volverse contra Roma y derrotar á Octavio con el número crecido y la superioridad indudable de sus fuerzas. Pero el combate y la guerra exigían ciertos cuidados al ánimo y ciertos empleos de tiempo incompatibles de todo punto con su afán y anhelo por fiestas y regocijos. La religión entraba en sus orgías tanto como el arte. Los templos á Isis improvisábanse junto á los templos de las antiguas divinidades paganas. Pero el santuario apercebido según las viejas liturgias egipcias; el baño aromático dispuesto en patios misteriosísimos, de los cuales darían idea nuestros patios árabes; los libros sacros en voz alta y por coros cantados; las teatrales decoraciones, en que se fingía la inopinada reaparición del sol á media noche; los descensos á las sombras de la muerte y el despertamiento á la vida beata; los trajes de blanco lino recamados con flores varias y con animales simbólicos; las clámides rozagantes de oro y plata; las antorchas que, al par, despedían reflejos misteriosos y aromas de mirra é incienso; las diademas de palmas; los bailes sacros; la representación del cielo y del infierno en rápidos y bruscos cambios de vistosísimas decoraciones deslumbradoras, no tenían otro objeto sino dar más incentivo al deseo y más intensidad al goce. Parecíanles

á uno y otro que la sangre ardía más en sus venas, que palpitaba en su pecho el corazón suyo con mayores y más voluptuosos latidos, que los espasmos y los sacudimientos de sus nervios, que los transportes y los deliquios de sus sentidos, que la sensualidad infinita de su carne se acrecentaban, asociando á su alcoba y á su tálamo, donde se revolcaban, sedientos y ebrios á un mismo tiempo, exahustos y no satisfechos, el tropel de los dioses cabires cantados por Píndaro, el platillo y la sonaja de los coribantes en coro, el aroma embriagador de los misterios divinos, el crepúsculo voluptuosísimo de liturgias en las cuales buscaban filtros para centuplicar las fuerzas de sus cuerpos y el número de sus goces. Así consultaban los viejos libros y reproducían las viejas fiestas, solamente para que las tradiciones eleusinas, los mistagogos sacros, los videntes estáticos, los profetas vulgares, los sicofantas y los sacerdotes de todo género y de toda procedencia se asociaran á su vida y les trajesen goces no gustados, como extraídos de algo sobrenatural, de sus relaciones con las divinidades creadoras y con los cielos eternos. Y no les parecía bien dominar lo presente y lo pasado tan sólo, querían forzar lo porvenir á prestarles también verdaderos goces. Junto á los tropeles de sacerdotes adscritos á todos los cultos; junto á las orquestas formadas por compañías

de flautistas y citareros; junto á los actores de todas las ciudades traídos y con riquezas cuantiosas estipendiados; junto al ejército de bailarines que danzaban sin término y sin fin, cayendo muchas veces muertos de cansancio al pie del trono imperial; junto á los encantadores y hechiceros, y magos, y brujos de todos los sabidos y aun imaginados sortilegios; junto á los aletas, y á los funámbulos, y á los gladiadores, había siempre adivinos encargados, para que fuese más intenso y seguro el placer, de ahuyentar las sombras con que la incertidumbre de lo futuro circunda y rodea las mayores satisfacciones de nuestra precaria existencia. Las aves mensajeras de los dioses y venidas por el propicio costado derecho; el Norte, á cuyo punto cardinal deben volverse siempre los consultantes; el augurio trazado por las alas así de las aves carniceras como de las aves canoras; los indicios celestes, revelados por el estallido y relampagueo de inesperado aereolito en la noche serena; los jeroglíficos formados por los astros en sus constelaciones y en sus conciertos; la hieroscopia ó adivinación por la consulta de los animales inmolados en los sacrificios religiosos; el dibujo que forman las humaredas místicas de la mirra y del incienso en los templos tan parecidos á los fantásticos formados por las nubes entre los reverbeos y arreboles del ocaso; la

quiromancia y libanomancia, tradicionales artes para extraer secretos y revelaciones á lo porvenir; todo cuanto ofrecían en los antiguos tiempos á la humana curiosidad las adivinaciones, todo servía de oráculo á los dos amantes para decirles que su juventud iba por toda una eternidad á prolongarse y que sus placeres tendrían siempre los dejos de un primer beso tras largos ensueños é impacientísimos deseos.

Antonio y Cleopatra iban del Egipto á Efeso y de Efeso á Samos reuniendo ejércitos y gozando mutuamente de su respectivo amor. Las armadas y las legiones suyas estaban compuestas de todas las razas orientales. Los griegos reproducían, no el valor, pero sí el traje y las insignias con que combatieran en tiempo de Milcíades; los tracios iban como si los convocase la voz misma de Alejandro, al atravesar el Helesponto; los sirios llevaban consigo sus armas y sus encantamientos; el nauta humildísimo, que navegaba por las tranquilas aguas del mar Caspio, y el renombrado marinero de las Sirtes, el armenio y el ilirio, corrían al combate provocado por los restos de Octavio; mas en los preparativos de tal combate Cleopatra y Antonio encontraban medios para continuar sus fiestas perdurables. No se contentaban uno y otro con nada menos que con fingir y caricaturar los viejos dioses rurales en me-

l drama eterno. Disfrazaban á sus cortesanos y á sus damas de faunos y faunas, genios que protegen las campiñas, que riegan los pastos, que presiden las fecundaciones, que aroman las flores, que ayudan á la fecundación universal, y que, por lo mismo, de sus facultades creadoras extraen una lascivia, la cual, degenerando en demencia, trastornaba los sentidos y aumentaba la facultad de gozar. Eran de ver aquellas legiones desnudas encendiendo grandes hogueras compuestas de romeros, olivos y laureles y presentando libaciones á las divinidades ocultas, como si hubiese descendido el Olimpo al llano. Por su parte Antonio no se contentaba con nada menos que con representar á Baco. Una piel de tigre cubría sus hombros; una corona de hiedra y pámpanos sus sienes; el tirso ceñido por mitológicas serpientes servíale de cetro; los címbalos, las flautas, los caramillos le daban música; y en tal traje hacía se traer los odres llenos de vino nuevo y escanciaba su contenido en copas lucientes, hechas y cinceladas por los primeros artistas, bebiendo entre himnos voluptuosos, música sensual, correrías báquicas, fiestas epicúreas, embriagueces divinas; todo representado en aquella especie de teatro erigido en el circuito de una isla como Samos, para que la manceba de Antonio se divirtiera y gozara. Por eso decían las gentes que, mientras el mar se

cubría de homicidas escuadras y la tierra temblaba so el peso de las legiones y guerreros venidos de los cuatro puntos cardinales á un duelo sin fin y forjaban las fraguas instrumentos de matanza y exterminio, una sola isla en el planeta entristecido resonaba con alegres cánticos, despedía voluptuosos regocijos y destilaba por todos sus poros el vino y el placer. En estas los cónsules pertenecientes al partido antoniano desertan de Roma para irse al campo de Cleopatra; dos íntimos del pretoriano divulgan su testamento, que confiere á un bastardo africano la primogenitura de César, y Octavio declara la guerra, no á su émulo y rival, sino á la manceba que lo hechiza y somete, mientras el hechizado repudia solemnemente á su mujer, logrando, en virtud y por obra de las leyes romanas, que desconoce y vulnera, su expulsión del hogar, expulsión hecha con arreglo á jurisprudencia, pero generadora de inextinguibles odios y propia tan sólo para traer y precipitar la catástrofe. A pesar de todo esto, Antonio se apercibía con presteza y con magnitud al combate. Las disipaciones de su vida no empecían el ejercicio de sus extraordinarias aptitudes militares. Si hubiera dado el golpe con la misma celeridad empleada en prepararlo, de seguro vence á Octavio. Pero cerca ya de Italia, tras una muy bien dispuesta navegación, se retiró,

cual si el Occidente le retrajera y le fascinara el Oriente. Después de tal correría inútil, escogió Patrás por cuartel de invierno. Y á pesar del mucho dinero que había, en sus riquezas innumerables, aportado Cleopatra para la manutención del ejército, dividiólo Antonio en cortos destacamentos, creyendo así ocurrir bien y pródicamente á sustentarlo. Cien mil legionarios, mil doscientos jinetes y escuadrones innumerables de Oriente, mandados por sus propios reyes, componían el núcleo de aquellas poderosas fuerzas destinadas, en verdad, contra el mundo romano.

La fascinación de Cleopatra sobre Antonio, lejos de disminuirse con la posesión, y el goce, y el tiempo, se aumentaba. Débil por mar y fuerte por tierra, hubiérale convenido mucho al pretoriano la batalla terrestre. Mas como quiera que la batalla terrestre no entraba en los planes de Cleopatra, ni convenía de ningún modo á sus intereses, por querer arrogarse la victoria con su ejército y pertenecer su ejército á la marina, optóse contra los más sabios consejos y las más prudentes advertencias por el combate naval. Sus galeras, reunidas en el golfo de Ambracia, cerca del promontorio Accio, subían á quinientas, cuya mayor parte, de colosales proporciones, y con diez bancos de remeros por banda, parecían ciudades y fortalezas flotantes. Pero estas ma-

ravillosas fábricas, preparadas de antiguo por los reyes egipcios en previsión de un ataque á su sede capital, á su Alejandría, no estaban de ningún modo tan bien dotadas como bien hechas. Campesinos griegos, felhas del desierto egipcio, muleteros y chalanos, gente de poco mar y mucha tierra, las guardaban, mareándose á una, como puestas fuera de su natural elemento. No tenía la escuadra de Octavio el número de naves que la escuadra de Antonio, ni la mitad siquiera. Sus galeras parecían barquillas frente á frente de las altísimas naves antonianas, pero, muy ligeras de suyo y muy bien equipadas, ofrecían ventajosos medios al dueño de Occidente sobre los allegados por el dueño de Oriente. Ochenta mil romanos legionarios, caballos en proporción, fuerzas auxiliares en crecido número componían el ejército de Octavio. Todo el invierno del año 723 estuvieron uno y otro ejército atisbándose y husmeándose, pero sin atreverse á entrar en línea de batalla. Entre las fortunas y ventajas de Octavio contábanse, como las primeras, un estadista del talento que Mecenas tenía, y un general del esfuerzo con que dotó el cielo á su Agripa. Éste comandaba la marina romana, y comandándola, sabía molestar con toda suerte de molestias al perezoso y descuidado Antonio. Mientras la buena organización de Agripa y su trabajo aumentaban las fuerzas de Oc-

tavio, la deserción y el abandono consiguientes á las malas dotaciones marinas allegadas por su manceba disminuían las fuerzas de Antonio. Con muchos buques, pero con poca matrícula, dejaba éste á su enemigo el paso de los estrechos sin vigilancia y el dominio de las aguas sin lucha. Bien pronto se personó el dueño de Roma con séquito considerable á la entrada de Ambracia, donde tenía su ancladero Antonio. Desde una colina de la ribera llamada Nicópolis más tarde, contemplaba Octavio el enemigo enfrente; á la derecha el azul mar de Jonia, tan bello, y á la izquierda esa incomparable bahía que penetraba por treinta largas millas en tierra y tenía diez millas de ancha. ¡Magnífico teatro! Las playas de aluvión y el círculo de colinas coronábanse al extremo del terrestre horizonte con las nieves perpetuas que ciñen los montes de Tesalia, Epiro y Etolia. Una península diminuta, pero bellísima, se ostentaba en el golfo, á cuyo extremo relucía bellísimo templete de Apolo. Brillante y deslumbradora naturaleza, destinada por el cielo á presenciar una horrible tragedia. En Patrás se hallaba el pretoriano Antonio cuando llegó al ingreso de Ambracia Octavio. Su ardor no se desmintió en este momento supremo. El epicúreo, envenenado por el áspid y el ojo de aquella serpiente africana, esquivóse un minuto á su fascinación y se recono-

ció guerrero. Así se parapetó, partiendo desde su campo de Patrás al promontorio de Accio, frente á las legiones romanas, y dispuso admirablemente sus fuerzas terrestres. Pero no había con igual inteligencia y previsión ocurrido al cuidado y celo de sus fuerzas y de sus gentes marinas. Agripa, tan sabio en mar como en tierra, tocaba en la isla de Leucades y ponía una invencible interceptación entre las dos mitades mayores de la escuadra oriental. Antonio estaba perdido.

Filadelfo, un régulo de Paflagonia, inició la deserción, al ver la desgracia de su amo y superior. Domicio, que presidía la familia más enemiga de Octavio, siguió el ejemplo dado por Filadelfo. Amintas, regalado con dominios extensos y larguezas cuantiosísimas del general, siguió á los precedentes, atraído por el culto á la victoria, que tantas y tan inverosímiles traiciones engendra entre las gentes militares. Luego se fué un rey como Deyótaro. Las fuerzas de Antonio se quedaban en cuadro. Su general Canidio, á quien diera el mando superior de la escuadra, le desaconsejaba la permanencia en aquel sitio y le impelía con oburgaciones apremiantes á que abandonara los marinos á la fuga y salvación segurísimas, yéndose con su ejército íntegro por tierras de Tracia y Macedonia, donde podría bien fácilmente aguardar y

vencer á un ejército más débil en fuerzas y más corto en soldados que su ejército. Antonio desoyó este consejo salvador, perdiendo un tiempo precioso y atomizando sus gentes en diminutísimos grupos. Una serie de batallas parciales, mejor dicho, de parciales combates, ni siquiera combates, de verdaderos encuentros, ponía todas las ventajas, sin excepción, del lado de Octavio. Al ver esto, lo supersticioso que había en la naturaleza de aquel hombre sobrepujó á lo guerrero, y remembróse de que no corriera con Octavio apuesta, ni á los dados jugara, ni dispusiera sus fieras ó sus aves frente á las fieras y á las aves de Octavio en riñas y en porfías sin que le hubiese tocado perder siempre, como si la estrella suya fuese adversa mientras que favorable y propicia la estrella de su rival. Desde que tal superstición le asaltó la mente, y agorerías tales de su voluntad se apoderaron por un sortilógico maleficio, Antonio sólo pensó en lo fatal é inevitable de su próxima derrota. Y tras esta obsesión de la derrota no se ocurrió á su inteligencia oscurecida y á su voluntad embargada ningún género de recurso. Vano, ligerísimo, sintiendo más el aparato de la derrota que la derrota misma, engañándose á sí como niño inocente, corriendo á salvar las apariencias, puso en línea de batalla su escuadra, so color de combatir,

cuando ya tenía resuelto y determinado el ceder. Así, como la mayor parte de los buques aprestados carecían de la dotación indispensable, dejolos á merced y arbitrio de los vientos y de las olas, reuniendo los mejores tan sólo para cargar en ellos sus cortesanos y sus riquezas. Terrible descorazonamiento se apoderó del ejército terrestre al ver cómo se descomponían los equipajes del mar. Teniendo los soldados segura la victoria por tierra, llamaban al fuerte pretoriano para que los guiase y los condujese contra Octavio y los suyos. Un veterano, curtido en los combates, cubierto de cicatrices, camarada de Antonio en mar y en tierra, conocedor de cuánto valía como general, poco menos que llorando al ver pasar su jefe sobre cubierta, fuera de su elemento, le conjuró á no cambiar hierro y acero por leños y maderos. Imposible comprender el experto militar cómo dejaba las legiones seguras que tenía en el sólido promontorio por las inciertas legiones que flotaban sobre las inconstantes olas movedizas como los aires marinos. En los brazos nervudos, en la fuerza muscular, en la tradición guerrera, en la fidelidad religiosa, en el empuje cierto, en el valor heroico de sus legionarios terrestres, hallábase la victoria, y no en aquellos asiáticos y africanos de Fenicia y Egipto, los cuales se asemejaban á las oleadas del mar y á los

simoníes del desierto. Por consecuencia, la salvación de Antonio se hallaba en desembarcar y en sostenerse fuertes y segurísimos sobre la tierra firme, donde siempre le sonrió la victoria y siempre tuvo de su lado como rendida y sierva la fortuna.

Antonio pudo salvar todavía su honra y su renombre históricos de no impedírselo el fatal amor á Cleopatra. La fascinación ejercida sobre su espíritu por la serpiente del Nilo llegaba tristemente á un exceso tal, que viendo sus ojos de soldado la victoria en tierra y la derrota en mar, seguía sobre las naves petrificado por los encantamientos. Y á pesar de tal fascinación, algunas veces volvía en sí el hechizado y sospechaba de la hechicera y de los hechizos. Durante los días críticos anteriores al desastre de Accio, no probó vianda ni bebió licor el pretoriano sin que antes los hubiera gustado Cleopatra. Reíase mucho la egipcia de tal futilidad en sus precauciones, mas pasaba por ella, temerosa de molestarle con cualquier capricho en aquellos instantes angustiosos. Un día ciñó á las sienes de su amante fresquísima corona de rosas, que le refrescaron la cabeza durante la comida. Llegados los postres, invitó á deshojar alguna de las corolas en los vasos y bebérselas con el vino. Hízolo así Antonio, mas al punto de apurarlo tendió Cleopatra su brazo y lo detuvo con violencia. Una vez la

copa en su mano, llamó con imperio á un siervo y se la hizo apurar. Apenas había este infeliz bebido el brebaje, cayó á sus pies muerto. Plinio cuenta en el noveno libro de su historia natural que la ciencia química de la hechicera egipcia componía mixturas venenosas de varios grados y de diversa eficacia, desde aquellas que matan debilitando poco á poco hasta las que matan hiriendo fulminantemente. Una mujer así, devota del placer hasta en el borde mismo de la tumba y en la víspera misma del deshonor, prefirió la fuga cierta que prolongase los días de regocijo al incierto y dudoso combate. No preparó, pues, cosa ninguna para la resistencia y para la guerra, lo preparó todo para la derrota y para la huída. Cada barco inscrito en el proyecto, con grande antelación madurado, á fin de zarpar é irse, recibió velas dobles ó triples. Y cuando los marinos las almacenaban, ignorantes de á qué ni para qué, la vergüenza y el rubor de Antonio todavía excusaban tal maniobra del miedo con pretextos varios de simulado y engañoso coraje. Los labios modulaban palabras de lucha, pero en la franqueza de aquel hombre desmentían sus ojos enrojecidos á su boca gárrula. Y, sin embargo, todas las fuerzas materiales por él estaban; sólo carecía de aquella fuerza que suele menospreciar el vulgo y que constituye el verdadero nervio de la guerra,

sólo carecía de la fuerza moral. Conforme la hora de huir se acercaba, crecían también los fútiles aparatos y apariencias de pelear y vencer. Prolongó el viento los proemios de la vergüenza, soplando por tal modo, que impidió las maniobras por cuatro consecutivos días. Al quinto, habiéndose levantado en la hora meridiana una fresca brisa, dos escuadras, mandada la una por Agripa y la otra por Octavio, se adelantaron hacia el enemigo. Cuenta de bien distinta suerte Veleyo este combate; pero nosotros nos atenemos al texto de Plutarco, muy confirmado por versos de Virgilio, que bebiera sus noticias en las confidencias de Agripa. El enemigo de Roma no se movió á la terrible amenaza. Redoblaron entonces los romanos sus esfuerzos y extendiéronse con rapidez en dos alas, amagando cercar y envolver á los contrarios. Entonces Antonio promulgó la orden de combate. Pero, señalado éste por las maniobras romanas en la entrada misma del puerto donde las aguas no podían ofrecer fondo bastante á los colosales navíos antonianos, apostóse como en són de resistencia, mas para mayor franquía y libertad, Antonio en los altos mares. Entonces pudo conocerse toda la inferioridad que sus mismas colosales proporciones daban á la escuadra oriental. Embarazaban las naves tantos maderos como salían por todas sus cubiertas. Los arsenales de sus calas

y las torres de sus puentes podían servirles para la pasividad del asedio, mas no para la actividad del combate. Lanzaban piedras muy gruesas, pero con escaso acierto y pobre puntería. Así los navíos de Octavio burlaban semejantes masas con hábiles maniobras y con ligerísimos y porfiados ataques. Largo rato estuvieron los colosos de Cleopatra empeñados en rechazar el asalto continuo de aquellos numerosísimos y modestos piqueros, cuando el viento cambió de tal suerte, que impelía con sus ráfagas y sus brisas á la fuga. El cielo de Grecia se acordó con el ánimo de Cleopatra para procurar la deshonra de Antonio y la desgracia de Oriente.

En efecto, los caprichos de su ama y señora perdieron al cuitadísimo romano. El navío donde iba la reina egipcia semejaba un salón flotante, más propio para un baile gozoso que para un militar encuentro; veíanse brillar dorados y argentados sus maderos; las velas eran de púrpura tiria, los cordajes de índica seda; tapices persas alfombraban la cubierta y cojines mullidísimos ofrecían descanso á los cuerpos; todos los útiles se habían labrado en metales preciosos; y mientras á un lado brillaban mesillas de marfil soportando pebeteros de ámbar y copas de pedrería para deleitar el gusto y el olfato, á otro lado, sobre aras de primorosísimas cinceladuras, ídolos de varios aspectos entre nubes de

incienso y mirra que acrecentaban la universal voluptuosidad. Todo aquel aparato frente á frente del severo ejército denotaba los caracteres varios del mundo que se iba. La fuerza humana y militar de un lado, personificándose, por razón de su naturaleza, en consumadísimos guerreros, tan estadistas expertos como hábiles militares, mientras de otro lado la magia, el sortilegio, la hechicería, la quiromancia, los encantamientos asiáticos personificados en una gitana. La fortuna ciega, la religión panteísta, la casta oriental y asiática, el viejo sortilegio, tenían que ser vencidos sin excusa por la razón reflexiva de Occidente y por el derecho superior de la Ciudad Eterna. Entre la teogonía oriental helénica y la teogonía helenolatina, los progresos del mundo naturalmente daban á esta última la victoria y la palma. Sintióse Cleopatra vencida por el destino; sintió descolorarse las ideas que habían apurado como un filtro los dioses de su patria y los reyes de su estirpe; comprendió cómo no tenía piel ninguna nueva que vestirse la culebra oriental para tentar al Occidente; y á la vista de las lejanas cordilleras donde nació su dinastía, la dinastía de los Ptolomeos y de los Lágidas, entre las ondas del mar donde sus dioses patrios, los dioses helenoasiáticos, se transformaran y surgieran, abandonó al derecho romano de los juriscon-

sultos, á la ciudad civil de Occidente, al estoico y moralista práctico, al municipio latino, al mundo moderno, los privilegios del Asia. Fuése como una cubiletera cuyas manipulaciones descubriera el público y como una decidora de la buenaventura cuyos horóscopos y anuncios quirománticos desmintiera el tiempo. Los partidarios de Antonio atribuyeron la fuga increíble al terror y al capricho de Cleopatra; mas la historia dirá siempre que Cleopatra en esto anduvo de acuerdo con su amante, mal de su grado rendido, pero sujeto á las voluntariedades múltiples de su amada. Mientras sólo se trató de preparativos Cleopatra pudo fanfarronear largamente y prometérselas muy felices; pero así que las naves romanas, en guisa de tiburones, la circuyeron, amagando tragársela, no quedó más recurso á su natural cobardía femenil que huir y huir precipitadamente. Quizás contaba con que Octavio iría en requerimiento del Egipto misterioso tras la batalla de Accio, como fuera César tras la batalla de Farsalia, y quisiera obrar sobre las fuerzas de Octavio como había obrado sobre las fuerzas de César y de Antonio, con su magia, con su hechicería, con sus sortilegios. No estaba en el secreto de la diferencia entre los dos tiempos, no sabía que Antonio y César personificaban una edad todavía poética, de verdadero heroísmo, fácil á las

tentaciones, mientras que Octavio representaba una edad madura, positiva, prosaica, de reflexión y de raciocinio, inaccesible á la hechicería y á la magia. Zarpó la gitana con sus sesenta naves egipcias y fugóse. Antonio pensó acabar en aquel momento. Pero los rescoldos últimos de su voluptuosidad le ardieron todavía en las venas, y lanzándose á una galera de cinco bancos por banda, siguió el surco dejado en las celestes aguas mediterráneas por el navío de Cleopatra, quien, al huir, llevábase consigo y en sí el espíritu de Asia. Al ver que Antonio huía, el terror y la desesperación se apoderaron de sus gentes. Una maldición enormísima estalló en todas las legiones. Ya nadie pensó en resistir más que algunos héroes de valor en demencia rayano, y resueltos antes por el suicidio que por el deshonor y la vergüenza. Dióse así un espectáculo bien extraño. Mientras ciertos marinos echaban al agua todo su lastre y todas sus defensas para facilitar la fuga, otros marinos luchaban porfiados y sólo cedían al fuego devastador. Entonces, viendo los efectos de tal elemento, combustibles sobre combustibles fueron lanzados á los batimentos que flotaban aún sobre las aguas, y que dejaron huir á Cleopatra y Antonio, sin acompañarles ni seguirles, sosteniendo la honra suya cual no supieran los dos locos amantes sostenerla. Pero la fatalidad era ya irre-

mediable. Unos á pique se fueron y quedaron consumidos otros por las llamas. Octavio pretendió, á la última hora, salvar algún despojo, no tanto por humanidad como por codicia. Un triunfo sin cautivos y sin botín entonces no parecía un triunfo. Pero, al anochecer de aquel día terrible, no quedaba ni una sola nave oriental sobre las aguas; todas yacían en el fondo. Cinco mil hombres se ahogaron. La poesía romana dió á este triunfo de Octavio sobre Antonio toda su trascendente importancia. Virgilio vió lo exacto más que lo poético y engañoso, cuando vió allí el Oriente vencido por el Occidente y los dioses asiáticos inmolados ante los dioses latinos. Horacio maldijo todo cuanto debía maldecir un romano al Egipto ebrio, que asediaba la gloria y autoridad del Capitolio. Y si Propercio ve los dioses occidentales montando sus arcos para despedir sus flechas sobre los dioses orientales, ve con clarvidencia las dos legiones de ideas invisibles y eternas que batallaban porfiadas sobre los mares de Accio.

Cerca del Peloponeso, la nave de Antonio abordó á la nave de Cleopatra, juntándose los dos amantes. Pero avergonzada, y corrida, y confusa ella, no salió en tres días con tres noches de su cámara. El general, sentado á proa y sumido en meditación profunda, inmóvil como los maderos inertes, ab-

sorto cual si apenas respirase, alternativamente miraba cielo y agua, rodando por lo interior de su espíritu extraños pensamientos. Al cabo de estos tres días, pasados sin verse ni hablarse, la senda compleción sensual de cada uno lo sobrepujó todo en ellos y se juntaron como antes, dándose á sus consuetudinarios transportes y á sus desvariadísimos placeres. Mientras tanto las tropas de tierra permanecieron fieles á su general, hasta que, habiéndolas abandonado los dos principales tenientes de Antonio, primero Domicio pasado al comienzo de la batalla, y luego Canidio huído más tarde, se dispersaron unos y se rindieron otros, acabándose así poderío tan supremo y gloria tan excelsa. Los dos amantes viraron hacia Egipto y fueron á desembarcar en Alejandría nuevamente. A las primeras horas no hablaron del destino y suerte que les cabía; departieron sobre sus respectivos amores y excitaban más y más para ocultar su desgracia la intensísima sensibilidad. Cleopatra, cohonestando su cobardía y su retirada increíbles, chanceábase con la debilidad nativa de Octavio y se prometía largo desquite del valor de Antonio. Pero, agotados los placeres, satisfecha y harta la naturaleza material, venían los dolores morales á revelar la realidad tristísima con todas sus consecuencias lógicas, abatiendo los ánimos y apagando las esperanzas. Lle-

gado á Egipto, Antonio pensó tan sólo en romper las ligaduras de su vida y dejar este mundo trístico. Así repartió los restos de sus riquezas entre los últimos compañeros fieles, y vistas las infamias y las traiciones que rodearan el ocaso de su poder y de su fortuna, ya no pudo vivir. Ayer los reyes le besaban los pies, y al día siguiente los esclavos le tenían por menos que á un siervo; ayer los sacerdotes le alzaban altares como á un dios, y al día siguiente le señalaban por protervo y maldito como á las bestias; ayer temblaban los pueblos en su presencia, y al día siguiente se reían del vencimiento y del deshonor suyos con burla y con chacota; bajo el peso abrumador de tales desengaños no podía quedar sin un refugio, el refugio en brazos de la muerte. Inútilmente algunos amigos le aconsejaban solícitos no desesperase y le decían cómo cambia la fortuna y su rueda, la noche y sus sombras, el invierno y sus hielos. ¡Ah! Los manes de Bruto y de Catón circuían al infeliz Antonio y le provocaban á matarse. Rechazado por el mundo, maldecido de Roma, los reyes, que se hundían serviles en el polvo al pasar su carro de guerra y que le alargaban como en holocausto y ofrenda cetros y coronas, cayeron á los pies del enemigo victorioso y riéronse á una en sus festines de Antonio. Con tal estado de ánimo imposible de todo punto la compañía y la

presencia de gentes. Ya que no alcanzara el silencio de un sepulcro eterno, quiso Antonio alcanzar el retiro de una soledad perdurable. Y buscó una torre altísima en las costas, alzada entre el desierto de las olas y el desierto de las arenas, apellidándola Timón, para que tal nombre recordase á todo el mundo su odio reciente á la humanidad, el cual, desde aquel momento, le prestaba una melancolía misantrópica invencible. Timón era un pesimista griego. Cierta día le preguntaron cómo allá en su corazón apegado al odio tenía un altar de cariño para el atolondrado Alcibiades, y respondió así: «Le quiero porque se halla destinado en los divinos designios á descargar muchos males sobre nuestros compatriotas.» Cenaba cierta noche con otro misántropo, único sér á quien veía, y como éste le hubiese dicho: «excelente cena,» respondió Timón: «excelente á la verdad, si no fuese por tu compañía.» Estaba reunido el pueblo en asamblea, y Timón se puso en la tribuna para decir á los congregados que le oían solícitos: «atenienses, tengo en mi casa un asqueroso corralillo, y en este corralillo una higuera frondosa; muchos compatriotas hanse colgado de sus ramas. Pienso edificar en tal terreno, y os lo aviso, para que si alguno tiene gana de ahorcarse, lo haga súbito y antes que yo arranque la higuera.» Así pusieron sobre la sepultura este tristísimo epitafio:

«Aquí yace Timón el misántropo. Pasa deprisa. Maldícele si quieres, pero pasa.» Tal expresivo apodo Antonio dió á la torre de su refugio. El mar, que brama; el desierto, que levanta, cuando el huracán lo azota, montañas de arena; el cielo implacable y sordo á todo clamor; tres infinitos de insondable amargura le acompañaban en la soledad y en la tristeza. Los dolores difundidos por el universo agolpábanse á una sobre su corazón. Guerrean los peces devorándose implacables entre sí en continuos combates; desgájanse los cielos en diluvios que inundan, en rayos que abrasan y en huracanes que todo lo destruyen; el arenal líbico, uniforme y vacío, resulta, bien mirado, campo de catástrofes sin medida y cementerio de pueblos sin número; nadie sabe cuántos males se desencadenarán allá en los astros que nos confían su luz y nos ocultan sus desgracias. Pero nada tan triste como un corazón humano, infeliz y dolorido. Antonio se recostó en las duras piedras de su fortaleza para morir sereno. Aquel sueño que invocaba y pedía, pudo ser la muerte para él, mas la vida para los mortales, porque si tal como los acontecimientos adversos lo habían puesto, volviese al mundo, los tigres y leones tendrían más compasión de los hombres que su duro pecho. Hubiera querido cebarse por aquellos días en matanza y exterminio sin término y sin tregua,

tras guerra universal é infinita; empuñar en su mano derecha una espada y en su mano izquierda una tea; tener por habitación única el carro de guerra corriendo y rodando sobre los cuerpos palpitantes y calientes; erigir su trono sobre pirámides enormes de huesos; escoger por compañeros los chacales y los cuervos; consagrarse al empeño de la destrucción universal; y unirse, como con su esposa única y eterna, con la muerte.

No estuvo mucho tiempo en la torre. Su desgracia le había prestado una desigualdad tal de ánimo, que bruscamente pasaba del frío á la fiebre y de la fiebre al frío. Unas veces llamaba con redoblados golpes á las losas del sepulcro y otras veces á las puertas del cubículo. Ya se le aparecía su Cleopatra, ya se le aparecía su muerte. Después de haber conjurado todas las potencias del infierno para que lo aniquilasen, volvía nuevamente á suspenderse de sus labios y á desplomarse por propio peso en sus brazos. El aliento de Cleopatra le devolvía el sentido y le daba el deseo de vivir. Mas todo esto no era sino fugaz arranque, rápido relámpago. Pasados los excesos, tan fáciles de pasar, y satisfechos los sentidos, tan dispuestos á satisfacerse, doquier convertía los ojos Antonio, allí estaba la muerte. Dábale tanto morir al placer como al dolor. Éranle, con tal de morir, lo mismo el corte

de la espada ó el anillo de la serpiente. Así las postreras conversaciones de Antonio y de Cleopatra reducíanse á tratar de la muerte. No asemejaba la triste agonía de ambos á la sublime agonía de Catón, pasada en su lectura de los diálogos platónicos. Antonio y Cleopatra, como buenos epicúreos, rehuían el dolor y buscaban el placer hasta en los regazos de la muerte. Los cortesanos contaban que Cleopatra poseía mil medios de matarse y de matar sin que pudieran sentirse los dolores naturales á las agonías últimas y al último paso de este mundo. En su magia existían varios conjuros capaces de asesinar con una palabra, según las consejas, y entre sus brebajes había venenos que daban á las fatigas del moribundo los dejos y los mareos de una completa embriaguez. Antonio le pedía todo esto, pero Cleopatra, esperanzada en sus gracias propias y en sus influjos sobre los demás, aun le llevaba por los caminos del placer, divirtiéndole de todo triste pensamiento. Así le aconsejó acordarse de su prole y prepararla, no para el infortunio y el dolor, para la fuerza y la victoria. En aquellos días vistió Antonio la toga viril á su Aulo con todas las ceremonias propias del antiguo derecho romano. Quitóle así la franja de púrpura en su traje, mostrando cómo su propio valor lo defendía y no las leyes. Hízole dejar la peonza, la pelota, el carrillo

tirado por ratas, el juego de las nueces y de las ánforas. Descolgóle del cuello sus joyeles y colgólos al cuello de sus dioses lares. Tenientes, siervos, cortesanos, amigos le rodearon y subieron en magnífica procesión á los altares para ofrecer los sacrificios de rúbrica. Presentáronlo después por calles y por plazas al pueblo. Las bacantes fueron ceñidas de hiedra y ebrias de vino á encender sacralumbre sobre cada hogar y cocer los panecillos empapados en mil ofrendas gratas á Baco. Celebró Alejandría tales fiestas en regocijo sin fin; ardió en festines por calles y plazas; todos los teatros representaron pantomimas orientales; descendieron los gladiadores al circo; lucharon las fieras entre sí; coros gigantes, en que había cantores de todos los pueblos cultos é instrumentos de todas las orquestas conocidas, entonaron armoniosos himnos; distribuyeron á los cortesanos elefantes cargados de presentes; los convidados, idos á la mesa imperial, si pobres, tornáronse después de la comida ricos, y si ricos, potentados y poderosos. Cleopatra y Antonio embriagáronse á una en el amor y en el vino, hasta perder completamente la memoria. Treinta y nueve años contaba por aquel entonces la hechicera, y sus fuerzas no se habían perdido todavía ni menguado su hermosura. Por tanto, cuando al salir de la embriaguez producida por los delirios

¡oh! sabía que Octavio iba poco á poco acercándose á su sede, aun ella confiaba en la eficacia y en el prestigio de sus innumerables atractivos y de sus eternas seducciones.

Cleopatra y Antonio habían elevado á código de sus mutuas vidas las sendas costumbres y hábitos suyos, consagrandó el desorden como una disciplina y como una ley la carencia de todas las leyes. Distribuían desde la hora de levantarse toda la jornada y señalaban el ejercicio de sus placeres como pudieran señalar el ejercicio de sus obligaciones. Aquellos banquetes orgiásticos, aquellas cenas babilónicas, aquellos cantos voluptuosos, aquellos bailes desordenadísimos, la borrachera extremada, la sensualidad sin límite y sin freno, el continuo correr en desorden por calles y por plazas como deshechos calaveras, el revolcarse toda la noche á una en sus tálamos cual en sus inmundicias los hipopótamos y cerdos, todo esto se organizaba en minucioso código y se dividía en graduados cánones forzosamente obligatorios. Habían llamado á tal manera de pensar, de sentir, de proceder uno y otro la vida incomparable, dando á sus vicios todo el aspecto de virtudes y á la sujeción, que á guisa de viles animales, tomaran, obedeciendo al organismo y al instinto, á todo eso tan brutal, habíanlo decorado con el nombre de filosofía y de filosofía verda-

dera. Una grande asociación, muy parecida en sustancia de suyo á nuestros monasterios, tomaba tales cánones por única regla del ser y del vivir. Pero este ser y este vivir dió los indispensables resultados, la derrota y la vergüenza. Existen leyes morales como existen leyes físicas. La fuerza del universo material se denomina en el universo moral suprema y absoluta inteligencia. Así todas las transgresiones de los tres códigos, material, intelectual, moral, traen aparejadas el correspondiente castigo y la sanción correspondiente. Cleopatra y Antonio expiaban, tras el desastre de Accio, los horrores que idearon y los crímenes que cometieron. Así el pensamiento suyo se concentró en la muerte, que á más andar iba desalada sobre sus cabezas. Y así como antes idearon la orden de vivir mal, en esta suprema crisis idearon la orden de morir bien. Pero morir bien, ya lo hemos dicho, no significaba para ellos coronar y rematar con fin y término verdaderamente honrado y honroso una vida pura y virtuosísima de suyo, significaba esquivarse al dolor, huir el combate, superar todas las leyes del organismo y convertir la muerte con sus redentoras angustias en una especie de sensual placer y voluptuosísimo goce. Y á tal propósito le llamaban muerte beata, y á los asociados en su cumplimiento les llamaban hermanos de la buena muerte. Cleopatra

ensayaba su arte de morir como pudiera cualquier médico su arte de curar. Traía los moribundos á su presencia y les interrogaba sobre sus angustias, dando este dolor más y esta pena más al supremo trance de la postrimer agonía. Los venenos destilados de las plantas más venenosas, las ponzoñas extraídas de los más ponzoñosos animales, el saber químico de su tiempo y las mixturas alquimistas, las evocaciones y hechicerías imaginadas en fantaseos teúrgicos; todo cuanto respecto de la muerte había pensado y hecho la tierra de los sepulcros, y de los panteones, y de los ataúdes, y de los muertos, y de las momias, todo lo ponía por obra y en múltiples ensayos lo experimentaba para ver si como quebrantara las leyes puras de sus obligaciones morales podría quebrantar las leyes físicas del último dolor supremo. Aquellos aromas de inmortalidad que despedían pirámides y obeliscos; aquellas fórmulas respecto de otra vida mejor, encerradas en los jeroglíficos cual en las flores los frutos; aquel incienso de ideas espiritualistas difundido por la tradición egipcia en los templos y en los altares de los dioses; todo aquel poema de la inmortalidad no decía cosa ninguna en término último á Cleopatra, completamente absorbida por el propósito de levantarse omnipotente sobre las leyes de la muerte, cual se había levantado en sus goces y en

sus desórdenes habituales ¡ay! sobre las leyes morales de la vida. Quería caer en la eternidad como sobre un lecho de rosas; convertir las agonías penosísimas, que tanto apenan, afligen, duelen, á los míseros mortales, en una especie de somnolencia voluptuosa; morirse como cuando se durmiera en brazos de su amante, rendida y embriagada por los suspiros y por los besos, harta de sentir y de gozar, sin más acceso que los accesos tranquilos y placenteros de un sueño delicioso.

¡Delirio insano! Podía esquivar más ó menos el dolor; no podía esquivar el remordimiento. Había creído muy durables las obras del vicio, cuando solamente duran y perduran en la historia, para honor del género humano y para comprobación de la inteligencia creadora, el pensamiento purísimo inspirado en la verdad y en la virtud. Los que mataron á Sócrates y á Cristo han muerto; los que sobre las entrañas de Catón palpitantes erigieron la tiranía más grandiosa que vieran los siglos, tan sólo han escuchado maldiciones sobre maldiciones en coro y en concierto, salidas á unísono de todas las páginas que guarda la historia y de todos los períodos en que se dividen los tiempos; mientras el mártir, á quien apenas le concedía el planeta humilde sepultura, impera perpetuamente, reina y reinará por siglos de siglos sobre los hombres, y en

su homicida cicuta va disuelta la idea que impulsa nuestro espíritu, y su cruz, infamado patíbulo de los siervos, se alza todavía sobre la cima de los solios y sobre la corona de los reyes. La perversión del sentido moral llegaba en esta edad á tal extremo, que Augusto diputó un embajador pidiéndole á Cleopatra la muerte por su propia mano de Antonio; y Cleopatra, siquier se negase á semejante infamia, durmió aquella noche con el embajador, para que le congraciase la voluntad altísima de Octavio, trayéndole su perdón. Decíale que, muerta ella, despojada por completo de su oriental diadema, quedaría el Oriente sin sacerdotisa; que un tal nido amoroso de ideas, como la ciudad alejandrina, no podría tener el águila macedona, capaz de preservarla contra las asechanzas del desierto; que Roma perdería, con perderla, el avanzado centinela en las regiones de la barbarie y el escudo segurísimo contra las ráfagas abrasadoras del simoún misterioso, á cuyas fuerzas cayeron Babilonia y Nínive; que sólo su cabeza llevaba so el casco áureo y la diadema de pedrería un espíritu como el espíritu de Alejandro; que contaba entre sus abuelos á los gloriosos reyes dignos de leer los jeroglíficos del tiempo en los monumentos egipcios y los jeroglíficos del espacio en los astros luminosos, y que sus entrañas tan sólo habían merecido llevar

hijos de César en su seno, protegidos por él desde las constelaciones, donde vagará su genio; por todo lo cual prometía hacer del cetro lágida una espada requerida en su defensa eternamente y arrojar su corona, donde resplandecían luminares de Grecia, de Africa y de Asia, como escabel, á los pies de la Ciudad Eterna. Y luego de hablar así tras noche de infamia, Cleopatra le mentía de nuevo al pobre Antonio. Y como éste le reconviniera creyendo ver en los labios descoloridos, en las ojeras moradas, en los ojos extintos, en la palidez mortal de su rostro señales de sus traiciones, ella le aseguraba cómo su amor crecía desmedidamente á medida que se aumentaban los celos y los recelos injustificados en él, pues había ido al pie de la solitaria torre suya y se había pasado noches enteras velando, ignorada y sin agradecimiento, aquel sueño inquietísimo, zaherida por los pasajeros del camino, azotada por los vientos del mar y por los vientos del desierto, amenazada de las serpientes y de los tigres, sin decir siquiera las evocaciones mágicas, porque la muerte misma fuérale grata venida por su bravo león romano. Antonio entonces la reconvenía por su fuga de Accio, y ella le contestaba que huyera del amor impelida, no de bajas y vulgares ambiciones, prefiriendo salvar la persona de su amante á salvar el trono de sus hijos. Así

había celebrado su natalicio modestamente, como si fuera ella simple campesina, mientras el natalicio de Antonio lo celebró con esplendor no usado, como si fuera todavía el general invencible, Osiris del cielo, monarca de la tierra. En tales coloquios departían Antonio y Cleopatra mientras la muerte se acercaba, no sigilosa, patentemente, á ella.

Llega la noticia de que Octavio fuera tras Accio á Pelusa, y el general de Cleopatra, Seleuco, se la entregara sin combate. Así bien pronto estuvo el vencedor á las puertas de Alejandría. En el camino desde Accio á Siria y desde Siria y sus ciudades á Egipto, diputó cien varios embajadores Octavio al vencido. Todos estos embajadores aparecían implacables con el general y lisonjeros con la reina. Pedíales Antonio que le consintiera Octavio habitar como un simple ciudadano Atenas y se lo negó, temiendo que la sombra de su cabeza llegase desde los plátanos del Pireo á los palacios de Alba. En raptó de orgullo y desesperación, Antonio mandó embajadores también al campo de Octavio, mas para desafiarlo á mortal y personalísimo combate. La partida tenía mucho de rara y mucho más de desigual. Cualquiera que sobreviviese, alzaríase con la tierra evitando mucha sangre; pues si rehusaba, temería que la próxima en aquel momento á derramarse inundara, como las aguas del Nilo, todo

Egipto, y el incendio, próximo á encenderse, consumiera en el mismo instante Roma y Alejandría. El vencedor desoyó la proposición del vencido. Naturalmente, más débil como soldado, era más fuerte como César. «Si quiere morir, le contestó al embajador, bien sabe Antonio cómo hay muchos caminos conducentes á la muerte.» Oído esto, Antonio resolvió morir matando. Julio César dijo que había combatido en Munda, no por la victoria, por la vida. Y Antonio añadió que deseaba combatir en Egipto, no por la vida, por la muerte. Hallábase Octavio en el hipódromo, donde acababa de constituir su campamento, y Antonio sale á tal sitio, seguido con verdadero entusiasmo de los suyos. Las armas y las vestiduras militares á una relampaguean cual nube tempestuosa. El caballo de alígeras patas corre como el viento. Antonio combate como en los mejores tiempos, como en Farsalia, como en Filipos. Su entrada en las filas contrarias parece la entrada de la hoz en la mies; tantos caen derribados por tierra y cubiertos de sangre. La caballería enemiga suya corre con pavor en desorden, sin aliento, al vibrar de su espada, al encenderse de sus olímpicos ojos y tiene que encerrarse despavorida en las trincheras. Antonio presenta esta última hoja de laurel en la peana de Cleopatra. Tal victoria parece sobre su frente como los últimos reverbeos del ocaso en la

cumbre de solitaria montaña. Después de ofrecido el homenaje, Antonio presentó á la reina un soldado suyo que rompiera y derrotara en porfías enormes á siete soldados de Octavio. Cleopatra le regaló escudo y casco de oro helénicamente cincelados. Mas ¿lo creeréis? El soldado husmeaba la victoria con sus narices de sabueso á maravilla. No bien aceptado el cuantioso regalo, ya estaba en el campo de Octavio, desertando de las propias enseñas, ingrato á los pródigos bienhechores. Como deseaba conservar el regalo, digno de un rey, se iba donde la victoria pudiese asegurárselo. En la noche de aquella escaramuza decidió Antonio tentar por última vez á la fortuna. El Mediterráneo africano estaba sereno y sereno el desierto líbico. Diríase que los elementos recogían sus fuerzas para presenciar este duelo, como recogemos nosotros la respiración cuando nos interesa mucho un relato. La ciudad calla, entregada, como la Jerusalén del Profeta, por completo al dolor. Conoce que la mano de Octavio se apercibe á castigarla. Viéndose vencida y destronada pierde su lengua. Las estrellas brillan lo mismo que brillaron allá en la noche de Filipos, y por los espacios del campamento se descubren algunas hogueras y se oyen los gritos de los centinelas, los pasos de las patrullas y el ladrido de los perros. Antonio cena. Presintiendo lo nefasto del

amanecer devora en la orgía su postrera velada. ¡Qué diferencia entre la noche última de Catón y la noche última de Antonio! Tanta diferencia como entre la república y el pretorianismo. El pretoriano pide á los soldados buen servicio aquella noche, tal vez la postrera de su existencia. Recuérdales que nunca los ha ofendido; díceles que presientan cómo quizá iban á ser propiedad del vencedor. A esta consideración sollozaban todos, y Antonio les decía que la vida es así, un ascenso y un descenso continuo, una guerra sin tregua, en que los vencedores de ayer aparecen mañana vencidos, hasta que unos y otros caen segados por la segur, en el común surco, en la fosa común del olvido y del silencio. Todo lo dejamos aquí. Los reinos de Antonio, que no cupieran en la tierra, quedarían reducidos á breve sepultura. Sus nombres, numerosos como las estrellas, caerían uno á uno en el triste olvido. Su dueño, cuyo peso no podía soportar el universo, reducido á cenizas, cabría dentro del ánfora que cualquier matrona coloca en su tocador ó que cualquier chicuelo llena en sus juegos de nueces: tan melancólicamente hablaba el moribundo Antonio.

El silencio de los que oían tales reflexiones profundas y amargas uníase al silencio de los mares y al silencio de los desiertos. Cualquiera diría que aquella noche representaba la eternidad sin voz y

sin palabra, la eternidad vacía. Todos callaban. El panteón silencioso y poblado solamente de muertos no podría dar una idea verdadera de aquella orgía callada. En esto una música interrumpe tal silencio. La música era todo lo contrario de la conversación. Mientras en la conversación se habló de la muerte, y tras estas ideas sobre la muerte vino profundo silencio, el concierto músico aquel, invisible de todo punto, más estrepitoso y resonantísimo, evocaba la vida y pedía el placer. Plutarco, en quien además de un historiador hay un dramaturgo y un verdadero novelista, habla, como vais á ver, de tal interrupción: «Cuéntase que aquella noche, como á su comedio, cuando la ciudad estaba sumergida en profundo silencio, no por obra del sueño, de la consternación al temor de todo cuanto le aguardaba, oyéronse de súbito los acordados ecos de músicos instrumentos y la gritería de una gran muchedumbre que cantaba canciones anacreónticas y danzaba danzas báquicas, cual si pasara inquieta turba de sátiros y de bacantes en delirio, la cual turba se movió como del centro de la ciudad hacia las puertas puestas cerca del campo enemigo, y que, saliendo por ellas, se desvaneció tanto tumulto muy notado por haber sido también muy estrepitoso. A los que dan valor á estas cosas les parece fué una señal, en la que se previno al pretoriano

de cómo le abandonaba para siempre aquel dios á quien ostentó imitar ó parecerse y en cuya protección siempre confiara.» Dejemos los escrúpulos del viejo historiador pagano, célebre por los muchos presentimientos que le asaltaron respecto á la muerte del paganismo, y veamos cuáles interpretaciones ha traído á este suceso la historia y su filosofía. Lo cierto es que la música se oyó de muy cerca y no se vió nada, no se vió á nadie. Despedíanla misteriosamente los aires. No se parecía de suyo á ninguna música de las compuestas por los hombres ni á ninguna de las melodías producidas por humanas voces. Los campos, los mares, la ciudad entera callaban á una con profundísimo silencio, escuchando la dulce melodía sacra como un misterio religioso, simple como una canción pastoril, producida por los giros del aire. ¡*Evoe!* ¡*Evoe!* ¡*Evoe!* las bacantes gritaban, y corrían desnudas como la inocencia, ciegas como el amor, olorosas como el vino nuevo, ceñidas de pámpanos, armadas de áureos tirsos, con los rosados labios convidando á besos ardientes, con los negros ojos despidiendo amorosa lumbre, con la suelta cabellera al viento, acompañadas de pastoriles coros que tocan caramillos y flautas en pos del joven divino, cuya infancia se deslizó entre las selvas de India y cuyo cuerpo se tendía entonces sobre blando folla-

je, se perfumaba con embriagadoras esencias y absorbía la vida entera bañándose á la continua en el rocío y en la luz, en el fondo de los lagos y en el fondo de los éteres, á fin de personificar en sí toda la naturaleza. En efecto, Plutarco tenía razón. Los dioses orientales abandonaron al pretoriano y corrieron á refugiarse bajo las enseñas de Octavio. El espíritu de Asia, que flotara sobre los tálamos de amores donde Cleopatra y Antonio durmieran, viértese de su ánfora última, de las pirámides egipcias, para henchir el Capitolio, el cuerpo gigantesco de Roma. No había que aguardar ya la libertad en sus senos. La discípula y pupila de Grecia, la república romana se convertía en asiático imperio, á cuyos pies dormirían los pueblos esclavos y en cuya cima tronaría un César casi dios ó un dios casi bestia. Si hubiera podido despertarse la antigua Grecia con sus bellísimas ciudades, sus legiones de poetas, sus colegios de filósofos, sus coros coronados de mirto, sus héroes que iban al combate como á una fiesta, sus dioses vívidos y sus templos rientes, acaso hubiera podido salvarse la tierra. Pero iban todos á inmolarlas en aras de los dioses orientales, como á la hermosa Ifigenia del poema y del teatro, que no resucitaría jamás, perdiéndose con ella todo cuanto ha esclarecido á la humanidad y ha honrado á la historia. La idea oriental, el judaís-

mo, el helenismo, el judeohelenismo se iba espiritualizado poco á poco para formar un espíritu nuevo de la humanidad sobrepuesto al viejo espíritu, mientras los latinos de Roma y los germanos de Occidente le preparaban otro más fuerte y más robusto cuerpo.

Llegó por fin el día nefasto de la batalla última entre Octavio y Antonio. Éste, aunque roto y deshecho, no quería transigir con la terrible suerte ni cortejar á la victoria. Luchando y reluchando con el poderoso, con el omnipotente, mejor dicho, quería rescatarse de muchas faltas y conjurar muchas maldiciones. El día de la derrota suprema relampagueaba de seguro á los ojos del cuitado Antonio, más como una tempestad nefasta que como una luz perenne. Mientras tanto Cleopatra sólo pensaba en la muerte como estrella que resplandeciera en el total naufragio de sus vívidas esperanzas. Los nacidos en púrpura imperial, y desde su nacimiento acostumbrados á respirar la cortesana lisonja y ver todas las frentes en el polvo y marchar sobre las espaldas de los hombres, no aceptan con vulgar conformidad una irreparable desgracia: desde la omnipotencia se precipitan en la muerte. Así Cleopatra, mientras Antonio apercibía los recursos y medios últimos de contrastar al destino, se consumía buscando los recursos y los medios últimos de huir al mundo sin

dolor extremado. Probó, como tantas veces hemos dicho, en los cuerpos de sus esclavos, la muerte por veneno. Padecieron tanto en su agonía y se afearon por tal modo después de muertos, que renunció á todo tósigo. No quería morir ella en prolongado agonizar entre convulsiones epilépticas, fuera de los labios espumosos la hinchada lengua, fuera de las moradas órbitas los ojos como dos reventados renacuajos, hinchadas las narices, negruzco el rostro; quería morir deshojando rosas de Alejandría en el vino de Chío, rebosante de una copa cincelada y guarnecida con esmeraldas, entre sinfonías tocadas en cítaras de oro y liras de marfil, oyendo sencillos cantares de vírgenes griegas que entonan odas de los antiguos poetas, puestos los ojos en los astros como sus padres los Ptolomeos, en conversación solemne y sublime con los suyos, á fin de que su noche última se pareciese á tranquila noche de luna y su yerto cadáver á radiosa transformación del organismo. Tras la repetición del ensayo de los venenos venía la repetición del ensayo de las mordeduras. Las arenas del desierto engendran muchos animales ponzoñosos. El primero que probaron fué la víbora. Sus glándulas hinchadas; sus dientes acerados; su cabeza que se contrae; su lengua hendida; su cuerpo que se enrosca; su cola flexible como un látigo; sus fuertes madíbulas,

blanquecina la una y verdosa la otra; sus ojos brillantes y parecidos á dos cubos de azabache; su piel entre morena y rojiza, que ya toma un tinte gris, ya un tinte negro; todo aquel su breve cuerpo, tan estrecho y largo como una cinta, os dan los escalofríos de la muerte y os transforman de persona en estatua. Probada la víbora, los dolores que producía resultaron tan agudos, la fiebre tan alta, los espasmos tan convulsos, los delirios tan dementes, el agonizar tan largo, el morir tan horrible, que renunció á la víbora. El destino implacable indudablemente ha rodeado la muerte de tales horrores y la vida de tales halagos para que no caigamos de un golpe y de un salto allá en la eternidad. Los demás seres nacen para vivir. El hombre nace para morir solamente. Entre reflexiones tan lúgubres ensayaba Cleopatra el veneno y mordedura de las serpientes, adormecidas y cazadas por medio de misteriosas fascinaciones. Las cerastes, como difieren poco en forma, difieren también poco en mordedura de las víboras; pero las agonías, que producen, atormentan doce horas seguidas; y la muerte, que dan, concluye por dejar desconocidas de negruzcas y espantosas á todas sus víctimas. Tras las cerastes ensayaron los crótalos, víboras que tienen debajo y detrás de las narices particulares hoyos. Pero promovían los mismos dolores durante las agonías y

el mismo delirio á la tremenda muerte. Por fin ensayaron las najas tan temidas, y por lo mismo tan adoradas en Egipto. ¡Qué animales! En el descanso no se diferencia su cuello de su cabeza, y su cuerpo se confunde casi, por lo sedoso y por lo frío, con las plantas. Pero irritadas, y veréis hincharse desmedidamente su cuello, abrirse su boca, extraer aguda lengua semejante á siniestra flecha, lanzar silbidos, que si no matan como su ponzoña, petrifican de espanto, erguirse en la parte superior de su cuerpo y fortificarse como si fueran de durísimo metal, mientras la cola, fija por un punto en el suelo; y sin embargo flexible y móvil, chasquea en guisa de látigo, y en todas direcciones lanza sus terribles latigazos. Ensayadas habían producido estos efectos: larga enfermedad de doce horas por lo menos, dolores vivos, hinchazón lívida, miembros fríos, aliento cortado y fatigoso, vómitos de sangre, sed abrasadora, piel después de la muerte del mismo amarillo jaspeado que tiene la serpiente. Desesperada ya la reina de hallar la tan apetecida mordedura, cuando le dijeron cómo se había encontrado el áspid; pequeñuelo como la víbora, de color verde como la esmeralda, tachonado por manchas oscuras. Sus dientes se clavan en la piel con tal delicadeza, que apenas producen la picadura de un alfiler. Suave fiebre penetra por las venas y parece aumentar por algunos

instantes la vida y aguzar el sentido. Después cae sobre los párpados tranquilo sueño, que se prolonga y se convierte al cabo en el sueño de la muerte. Las siervas mordidas por el áspid á una, dormían su eterno sueño como pudiera dormir un pobre niño el sueño de la inocencia, ó como pudiera dormir una esposa legítima el sueño de sus castísimos amores. Cleopatra encontró el género de muerte apetecido.

Entre tanto habíase perdido la batalla de Antonio con Octavio. Al rayar el día ya estaba en las alturas que dominan á la ciudad el general romano. Desde allí veía con satisfacción cómo las naves egipcias se adelantaban airoso contra las naves de Octavio. Al verlas requerirse á combate allá en alta mar, esperó confiado las resultas de hábiles resoluciones, que creía fatales á la marina de Octavio. Mas la extrañeza y furor de Antonio no tuvieron límites cuando vió, al acercarse unas á otras las naves, y, en el momento de romper, todo lo contrario á cuanto él esperaba; en vez de piedras, resina, pez, flechas, venablos, los elementos destructores de Octavio, plácemes y saludos mutuos con los remos y la confusión de ambas escuadras en una misma causa, en la causa del vencedor, y bajo una misma enseña, bajo la enseña de Roma. La caballería imitó á la marina seguidamente.

Y los soldados de Octavio rompieron ya con facilidad á la fiel infantería. Antonio entró en la capital, dando gritos, diciendo juramentos, fuera de sí, como herido por esta traición sin ejemplo. Habíase repetido el hecho de Pelusa y el hecho de Accio. Cleopatra y su ejército no pelearan como cumpliera en todos aquellos trances á su obligación. Así Antonio clamaba á voz en grito que le había ella entregado pagando con verdadera defección sus grandes sacrificios. Cuando Cleopatra supo la derrota de Antonio, y la explicación que á esta derrota daba el general romano, invocó los dioses de Grecia y Egipto, pidiéndoles testimonio de su inocencia. Le amó porque su ardor le incendiaba la sangre. Le amó porque la fuerza de un general contrastaba su debilidad de mujer. Le amó porque le creía dócil á sus mandatos y propio para seguir la causa de Oriente. Su ambición única era sentarse á su lado en el trono de Alejandría, teniendo bajo los pies Roma vencida é inmolada. Cleopatra ya sólo pensó en huir de Antonio. Si entendiera que había de penetrar en su estancia con agudo puñal en mano, para cogerla por la cabellera y derribarla exánime á sus plantas, hiriéndola y traspasándole de una puñalada el corazón, aunque luego pateara sus entrañas frías y escupiera sobre su faz amarilla, esperaríalo tranquila y resignada.

Pero temía sus reconvenciones y sus miradas, sus quejas y sus lamentos, más que la misma muerte. Habiendo sonado la última hora, dejó el palacio imperial de los Ptolomeos y huyó al panteón levantado en la vida suya para honor y abrigo de su muerte. Allí estaban sus tesoros, todo cuanto poseía en la tierra; y allí estaban sus dioses, todo cuanto le quedaba en el alma; y allí debían enterrarse, no débiles cuerpos de frágiles mujeres, una eterna teogonía y una civilización también eterna.

Cleopatra guardaba las ideas de Alejandro con la misma fidelidad que pudiera guardar el fuego de sus hogares y el panteón de sus muertos. Estas ideas, bajo un aspecto helénicas y orientales bajo muchos otros aspectos, habíanse cristalizado en Alejandría, síntesis viva del Occidente y del Oriente. Así el carácter de la ciudad egipcia trasciende á todos los siglos venideros y resume todos los siglos pasados. No pudo ella disputar á Roma en las edades positivas, que ya comenzaban para el espíritu humano y para las humanas sociedades, ni el derecho civil, ni el estado político, ni la ciudad municipal y su organismo democrático, ni los principios morales del estoicismo que poco á poco iban formando la voluntad humana y revolviéndola contra la fatalidad ó el destino. Pero si no pudo Alejandría disputar á Roma todo el ministerio que Ro-

ma debía desempeñar en la vida, pudo verdaderamente disputarle, y le disputó, la ciencia con todas sus enseñanzas, la numeración llamada hoy comúnmente arábica y en realidad alejandrina, la numeración, ese alfabeto de las matemáticas, ante todo, sobre todo, esos principios abstractos, esas ideas universales, el neoplatonismo, el neoaristotelismo, transmitidas á las escuelas andaluzas, y desde las escuelas andaluzas al mundo cristiano de la Edad Media, componiendo así la verdadera levadura de nuestra vida y la verdadera substancia de nuestro espíritu. Todas estas obras alejandrinas provienen de la síntesis capital que precedió á la fundación, y á la vida, y á la historia de ciudad tan excelsa. Por eso Cleopatra, sabia, legisladora, política, guerrera, maga, teúrga, quiromanta, fascinadora, seguida por un cortejo de dioses asiáticos y otro cortejo de dioses helenos, presenta el ocaso de Alejandría en el antiguo mundo, un ocaso resplandeciente como el ocaso del día planetario, como el ocaso de nuestro sol, con arreboles de lumbré misteriosísima y centelleos de verdadera poesía. En cuanto supo la derrota de Antonio, Cleopatra mandó conducir al panteón maravilloso de su nombre, construído en competencia con el palacio de los Lágidas, á su vez construído en competencia con el palacio de los Faraones, todo su ajuar y todas

sus riquezas. En esto de levantar maravillosa tumba y reunir como un puerto de la vida en los senos de la muerte los bienes allegados por la fortuna, por la herencia, por las propias actividades, por el propio valor, Cleopatra reaparece como pura é ingenuamente, no griega, no siria, no caldea, como egipcia. El Egipto será siempre la tierra de los muertos. Sus monumentos más altos, las armoniosas pirámides, que compiten con las cordilleras líbicas, tras las cuales el sol se pone, monumentos son de los muertos; las estatuas más duraderas y armoniosas estatuas funerarias destinadas á reproducir y conservar el organismo humano en las regiones oscuras de su descomposición y acabamiento; la esfinge, tendida sobre su ancho y cuadrado zócalo de pórfido, con cabeza humana y cuerpo á las especies inferiores perteneciente, símbolo es de la inmortalidad que sube desde las raíces del mundo animal á los cielos; su libro por excelencia, su Biblia, es libro de la muerte; sus jeroglíficos, expresivos de mil fórmulas y leyendas, parecen como secas hojas del árbol de la vida que un soplo de ideas misteriosísimas impele hacia la eternidad; las ciudades más intrincadas y más espaciosas son allí los panteones, y los seres más visitados y más conocidos allí son los muertos, porque no ha divinizado el egipcio esta sombra impal-

pable y misteriosa, este sueño eterno, el tránsito de nuestro mundo á otro mundo, las transformaciones del sér, sino para sacar de todo esto como una esencia misteriosa el principio de la inmortalidad. Construyendo magnífico panteón, dándole todas las proporciones, no ya de un palacio faraónico, de una ciudad entera y completísima, reuniendo en aquellos profundos y espaciosos senos suyos todas las riquezas allegadas por los Ptolomeos y por los Lágidas, Cleopatra concluía con arreglo á las leyes del tiempo y á las leyes del pensamiento la historia y la civilización egipcias. Ya solamente le restaba reunir sus penates, sintetizar sus ideas, hacer su testamento, allegar los recuerdos históricos juntamente con las esperanzas teúrgicas que vagaban por la mente de su imperio, y encerrándose dentro de un sepulcro, aguardar á que las naturales irradiaciones del pensamiento y del espíritu, la transformación universal, la serie de muertes y resurrecciones que constituyen los metamorfoseos de la historia, inmortalizaran de aquello todo cuanto debiera inmortalizarse para perpetuar nuestra especie, y lo que hay en nuestra especie de más duradero, el pensamiento y el espíritu. Aquella mujer voluptuosísima, toda para la carne, que parecía sentir y gozar con una intensidad no conocida ni adivinada siquiera por el resto de las mujeres ¡oh!

se purificaba preparando y apercibiendo con tanto espacio aquel trance, que á todos nos coge de sorpresa y que á todos nos alcanza de improviso, el trance de su muerte. Al entrar en su panteón, tan espacioso y bello cual magníficos salones de fiesta, Cleopatra demostró que sabía convertir hasta la muerte misma con todos sus horrores y todas sus tristezas en una exaltación del goce y del sentido.

Mientras Cleopatra se dirigía con todas sus riquezas al panteón suyo, Antonio se quejaba en su torre del destino que le había cabido en suerte. La fortuna, el ejército, los dioses y los hombres, los mares y la tierra, sus amores y sus amistades, todo le había faltado, todo, menos el valor. Había peleado hasta el fin, asistido por la fuerza de sus primeros años, por el ardor de sus mayores campañas, seguro de no vencer y resuelto á morir; pero no le había sido dado lanzar el postrimer aliento entre los clamores de la guerra y los estruendos de las armas, bajo las espesas nubes de polvo que levanta el combate, de sangre salpicado y de ira enardecido, en la duda consoladora de si fuera su empeño último derrota ó victoria. Muriera de tal suerte, y poco le importara si todo el ejército contrario hue-lla su cadáver, y le dejan insepulto, y al cabo de tan larga y gloriosa vida sólo encuentren sus restos

el voraz é insaciable vientre de los chacales del desierto. La idea que principalmente le atormentaba en esta situación de su ánimo era la idea del proceder tenido para con él por Cleopatra. Desceñido y separado por completo del mundo, en la ruina de todos los fundamentos sobre cuyas moles su vida se levantara, un solo sér parecía vivo en este fin apocalíptico del universo, Cleopatra, su Cleopatra. El espíritu de tal mujer animaba los últimos restos de su pensamiento y la figura suya se veía y se dibujaba en los ojos de Antonio, como si la proyectasen sobre su retina el mundo interior con sus ideas y el mundo exterior con sus sensaciones. Amóla sobre todo, amóla mucho más que á la misma Ciudad Eterna, inextinguible amor de todos sus hijos; y en cambio, después de lo sucedido en Accio con su fuga, en Pelusa con la entrega del ejército por su general Seleuco, en Alejandría con la deserción definitiva de sus escuadras, Antonio imaginaba que su amante le había vendido y entregado, inmolándolo á las veleidades de sus sentidos y á la voluntariedad de su genio, aborrecible y adorada mujer, hechizo y desencanto de sus procelosas agonías. ¿Qué, se preguntaba él á sí mismo, debía con aquella mujer intentar en tan supremos instantes? ¿Debía perdonarle sus infamias y olvidar sus agravios? La vista del mar y del desierto á

merced y arbitrio de los vencedores; el estruendo tumultuoso de los legionarios regocijados que repercutía en sus oídos, desatinábanle, y se volvía furioso contra la hermosura idolatrada, diciendo ser necesario que cayese á sus pies bajo las maldiciones de su conciencia, muerta por su propia mano, como triste asesina de su poder y de su gloria, como serpiente del Nilo, en su armadura deslizada para devorar su corazón á pedazos. Pero cuando más en tales propósitos el ánimo de Antonio se hallaba por completo anegado, la industria de Cleopatra, que le mandó un emisario con el anuncio de su muerte propia, lo cambió por completo. Al saber que había muerto por su amor, inmoliéndose una vez conocida la desgracia de su amado, renacieron, antes de apagársele por completo la vida, todos los resplandores y todos los fuegos de su amor en el corazón volcanizado de Antonio. Las dudas concebidas y expresadas respecto de Cleopatra se convirtieron todas en contra suya, tomando la forma de remordimientos. Así cayó sobre la dura tierra de hinojos, y plegando las manos y poniendo en blanco las miradas, como quien se reconcentra dentro de sí mismo para dirigir á lo invisible una plegaria, pidió perdón á los sacros manes de la mujer querida, perdón á título de infeliz, porque todo debe temerse de la desgracia

y todo á la desgracia debe perdonarse. Dirigido tal ruego á la sombra de Cleopatra, una perplejidad misteriosa como la del crepúsculo entró en su ánimo. Dolíale que Cleopatra hubiera muerto, y al par se regocijaba. Parecíale imposible que tanto ardor, tanta gracia, dones tan inestimables hubiéranse reducido á un cadáver; y cuando pensaba todo esto, un dolor agudísimo le mordía en el corazón y en las entrañas. Mas al pensar que viva podría de otro haber sido, ¡ah! se holgaba con su muerte como con increíble ventura. ¡Cuánto habría padecido ella tan de suyo sensible! ¡Cómo había penetrado el dolor triunfalmente por aquellos sedosos tejidos de su piel, por aquellas azules venas de su cuerpo y por aquellas divinas formas, obra maestra de los cielos y envidia de la tierra!

Tras estas emociones Antonio no podía vivir mucho tiempo. Parecíale imposible sobrevivir á su derrota y á su Cleopatra. Nada podía esperar de la fortuna cuando le robara el único bien que lo uniera con la tierra. No le dolía tanto hallarse de Cleopatra separado, puesto que pronto en otro mundo mejor debía encontrarla seguramente; lo que le dolía, y al par le avergonzaba, era verse, general invencible, aventajado en magnanimidad y en valor por una débil mujer. Tras esta reflexión no le quedaba ya otro recurso al cuitado sino partirse

de la tierra y abandonar la vida. Mas poco entero y fuerte para matarse á sí mismo, buscó afanoso quien le ayudase y le diese muerte. Efectivamente, Antonio tenía un esclavo, con el cual había departido mil veces acerca del último fin, y del cual había recabado una promesa de matarlo el día en que lo mandara. Llamóle, pues, y le recordó la promesa. Como Eros mostrara en su ademán y en su gesto repugnancia invencible á cumplirla, recordóle Antonio que la compasión y la misericordia consistían en herir con fuerza y matar con rapidez. Así mostróle con empeño la espada que tenía en el cinto: suspenso. Eros la sacó y la tuvo en su puño algunos instantes. Pero cuando Antonio le pidió que lo hiriera, volviola Eros contra si mismo y hundiola en el corazón, cayendo muerto y extinto á los pies de su amo. Imaginaos la emoción de Antonio ante víctima tal, que le daba ejemplo y enseñanza. Eros no había tenido valor para matarlo á él; mas lo tuvo para matarse á sí mismo. No podía ser Antonio menos que su esclavo y su amante favoritos. Así cogió la espada y se traspasó el pecho. Mas acompañándole, como en todas las ocasiones de su vida, el valor, no le acompañó también la destreza. Caído en su lecho, se revolcaba entre dolores agudísimos, pero no iba sobre su sér la deseada muerte. Todo lo contrario, presentábasele bajo sus

peores aspectos la vida y con sus más horribles y más dolorosas sensaciones. Así gritaba con estentórea voz, en la cual no se percibían los estertores del moribundo, que fueran sus guardias y sus domésticos á rematarlo. Guardias y domésticos fueron, mas no lo remataron. Antonio decía que nadie de su estado se apenaba, porfiando para que lo matasen. Así preguntaba si aquellas gentes suyas, que lo amaron, bien podían gozarse viéndole privado del poder, privado del triunfo, privado de Cleopatra y en lucha con la muerte. Aquella mujer, más heroica que todos los ejércitos del mundo, más divina que todos los dioses del cielo, en el sentir y en el pensar de Antonio, aquella mujer, que, de no haber muerto, nadie la creyera mortal, debía bajar desde las alturas donde se hallaba y llevárselo en sus brazos. Los domésticos veían todos estos transportes y lloraban, pero sin decir una palabra.

En esto Domicio, secretario de la reina, llega y anuncia que Cleopatra vive todavía y desea ver á su amado. Al saberlo Antonio, el regocijo se aventaja y sobrepone súbitamente al dolor. Así desea morir aspirando su aliento, recibiendo el resplandor de sus ojos, envuelto en sus brazos, suspenso en beso eterno de sus labios, escuchando las palpitaciones de su corazón al extinguirse la vida. Como no pudieran los pies obedecerle, por faltarle completa-

mente las fuerzas, condujéronlo en brazos al panteón de Cleopatra. Esta se hallaba en aquel pórtico de la eternidad, entre la vida y la muerte. Las ideas egipcias de inmortalidad que, á manera de fuegos fatuos, corrían por las orillas del Nilo, habíanse á su frente refugiado resplandeciendo con resplandor muy nuevo. Su alma se revolvía con la majestad de nave al puerto de llegada, se revolvía sublimemente hacia los eternos enigmas. Seguramente debió ver que la paz, la paz eterna tan sólo reside en el profundo abismo de los perdurables olvidos donde todo concluye por sumergirse y por desvanecerse. Así ya no pensó Cleopatra sino en aquello que la separaba del mundo. Las compañeras que llevara consigo al fúnebre lugar iban recorriendo las puertas y examinando la seguridad suya con el propósito y fin de que nadie llegase á perturbar el acto más solemne de la vida, el juicio que hacen de sí mismas las almas al estertor de la postrimer agonía. El pesimismo, natural á circunstancias tan extremas, brotaba de toda su alma, preguntándole qué genio maléfico le habría regalado este dón funesto de la existencia, que solamente vive y dura para el dolor. Cada uno de sus momentos encierra un verdadero martirio, y luego amamos lo mismo que nos aflige y nos apena. Todo acaba en verdad; pero esas moles sin alma y sin conciencia

que se levantan orgullosas en la inmensidad del desierto, esas pirámides sobrevivirán á las ideas de cuantas generaciones las fabricaron, sobrevivirán á su inteligencia y á su espíritu, á este fuego interior nuestro que imaginamos eterno y en que muchas veces creemos ver iluminarse y enrojecerse hasta los mismos astros. Todo muere, pero la encina que produce una de esas bellotas holladas por la pezuña de los bueyes ó removidas por el hocico de los puercos en los campos; esa encina, pobre germen un día, débil tallo, tierna hoja, dura y dura, crece y crece hasta ver generaciones innumerables, no ya de hombres mortales, de dioses á que llamamos inmortales, pasar y morir bajo sus fuertes ramas. Mientras penetra con el pensamiento suyo en todas estas ideas, anúncianle cómo Antonio llega moribundo, en el supremo trance, cerca ya de la postrimer agonía, ensangrentado, yerto, á despedirse, sin luz en los ojos y sin aliento en el pecho, á despedirse para siempre de lo que más fuera su vida, de su amada y de su amor.

La reina se abalanzó para verle y apenas pudo con claridad verdadera distinguirlo á la impresión terrible producida por su maltrecho cuerpo en la retina y en el corazón. ¡Quién le conocería, cubierto de sangre como un carnicero, cuando resplandeció rutilante de luz como un Júpiter! A Cleopatra

esta emoción debió envejecerla de súbito, por lo menos alterarla con alteraciones profundísimas, dada la irritabilidad natural de su temperamento. Al pobre Antonio solamente le quedaban fuerzas para levantar los brazos á ella y sólo voz para pedirle que le permitiese contemplarla como postrer objeto de este mundo aparecido á sus ojos, y sólo respiración para transmitirle como legado de su voluntad en testamento el suspiro último de su vida. Cleopatra, ya lo hemos dicho, había escogido la sepultura erigida por su previsión, no sólo como palacio de sus postreros momentos, como fortaleza contra el vencedor Octavio. Y para mejor defenderse, preservándose contra toda tentación y resistiéndose á todo sitio, había perdido la llave, lejos de sí arrojada, como un objeto inútil. Así no pudo franquear fácilmente su paso al moribundo Antonio. Tuvieron, pues, que ponerlo como un fardo sobre cuerdas y subirlo por la ventana. Como eran tres mujeres las que tiraban del peso, sus delicadas manos apenas podían soportar aquel cuerpo tan sólido como un mundo. En el aéreo ascenso creyeron que se les caía de las manos, y juraron estrellarse todas con él desde las alturas en el suelo. Por fin, como suele suceder con tanta frecuencia en las mujeres, la pasión impelió al sentimiento, el sentimiento á los nervios, los nervios á los músculos.

los músculos al cuerpo todo, y tantas fuerzas, así materiales cual espirituales, obraron el milagro de subir al moribundo hasta la tumba elevadísima. Consuelo inexplicable para el pretoriano verla. Ya pudo morir. La sangre no quería fluir toda ella de su cuerpo herido; el postrer aliento no quería escaparse de su pecho destrozado, si antes no aseveraba una vez más que la quería, pues, desde que la vió, tan sólo viviera para su amor y por su amor moría. Cleopatra no acertaba, no, á creer lo que veían sus ojos. Pálido y frío el amador como la muerte, su cabeza, que llevó las diademas de cien imperios y las aureolas de cien dioses, caíase, como si la hubiese abrasado el viento de los desiertos. La palabra, que alimentó á millares de pueblos, entrecortábase como un sollozo. Sus brazos, entre los cuales descansaba el Oriente, caíanse yertos. Cleopatra no se cansaba de dar calificativos en letanía inacabable al moribundo. Dueño de su sér, monarca de su corazón, objeto de su deseo, idea de su pensamiento, alma de su alma, general de sus ejércitos, ministro único de sus mandatos, su esclavo y señor al mismo tiempo, su padre y su hijo, su hermano y su esposo, majestuosísimo como un Júpiter, fuerte como un Hércules, regocijante como un Baco, poeta y orador como un Apolo, tierno como una doncella y cándido como un muchacho;

así, así hablaba Cleopatra en sus caricias, en esas caricias que las amantes y las madres expresan á una en frases infinitas cuando las consagran á sus amados y á sus hijos. Diciéndole sol de sus días, lucero de sus noches, baluarte de su defensa, escudo contra todas las asechanzas, nido de todos sus amores, pedía que le permitiera enjugar con su cabello el sudor frío de aquel cuerpo y lamer como un perro con su lengua el cruor rojo de tantas crueles heridas. Así, desciñó sus velos Cleopatra, rasgó sus vestiduras; y yéndose por el salón, como loca, golpeó su cuerpo contra todos los objetos y contra todas las paredes, en términos de herirse y maltratarse la cabeza y el pecho. Las dos siervas, por mandato de Antonio, se vieron obligadas á detenerla y asirla para que no acabase consigo. El general pedía que diese á su dolor tregua, y oyera sus consejos, y se dejara de lamentos, y se aproximase á su lado, y se animase con aquella sonrisa que todo lo penetraba de amor y de esperanza, y abriera bien los párpados tan oscuros, tras los cuales se ocultaban abismos tan hondos, á fin de recoger con ojos, con oídos, con todos los órganos de su cuerpo, el encargo último que le hacía, el encargo de conservarse para ornamento de la tierra y gloria de los reyes. En cuanto á él, Cleopatra no debía por su triste suerte afligirse. Había vivido

mucho, mandado numerosos ejércitos, puesto en fuga innumerables enemigos, alcanzado la dignidad de tribuno y triunviro en Roma, la diadema de monarca en Asia, el ara y el culto de un Dios en Alejandría, el corazón de Cleopatra. Y dicho esto, como si un remordimiento postrero cruzase por su conciencia en el ocaso, juró haber combatido con el dueño de Roma, su émulo; pero no haber hecho traición jamás á Roma, su patria.

Cuando supo César Octavio la muerte de Marco Antonio, su compañero y su enemigo, lloró, cual dicen que lloró César cuando supo la muerte de Pompeyo, su enemigo y su émulo. El sentimiento de César apareció fugaz y superficial; pero el sentimiento de Octavio apareció interior y profundo. En la enorme crueldad antigua no tenía para qué justificarse. Muerto el enemigo, no le tocaba ni siquiera la obligación de procurarle sepultura. Cumplía con abandonarlo á los buitres y á los perros. Pero debió recordar Octavio que sin la resolución de Antonio al recoger los restos de César y suscitar al pueblo contra Casio y Bruto, jamás el imperio se hubiese fundado. Así quiso excusarse ante los romanos de aquella muerte violenta, cuya responsabilidad caía sobre su corazón y sobre su conciencia. Octavio recordaba cómo diera la mitad completa del mundo romano á Marco Antonio y

lo alzara en el interior de su casa y en el regazo de su familia nada menos que á hermano suyo, casándolo con Octavia. Y Antonio, en vez de llevar el imperio romano á Oriente, sobreponiéndolo á sus dioses y á sus reyes, ¡oh! llevó el Asia con todos sus sortilegios á Roma y quiso hacer de Roma una ciudad asiática, postrada, como él, no á los pies de una divinidad, á los pies de una prostituta. Aquella grande Alejandría, en la desembocadura del Nilo trazada por los geómetras de Alejandro para interrogar desde sus observatorios á los cielos y desde sus escuelas á los espíritus, habíase trocado en taberna, en garito, en zahurda, en burdel de Antonio, siguiéndole su millón de habitantes, como ebrios y locos, por las encrucijadas, cuando, vestido de Baco, presidía los juegos sangrientos, los bailes desenfrenados, las orgías lúbricas, representando, él, emperador, farsas como cualquier comediante griego; haciendo gestos y trampolinadas como cualquier acróbata; ya beodo hasta el embrutecimiento, ya rendido hasta la esclavitud; apartándose de los tribunales porque pasaba la reina en su litera, leyendo en las Asambleas, no sus discursos de imperante, las cartas de amor escritas por su manceba; en los jardines hecho un sátiro como los que pudieran correr por los bosques; en el mar caricaturando á Glauco, adobado con mixturas verdes el

rostro, ceñida una corona de juncos á la cabeza, puesta una cola de pescado á la cintura; demencias, demencias increíbles, las cuales no podían consentirse, no, sin riesgo de ver perdido el mundo y el cielo romanos. Luego repudio á Octavia; y cuando le reconvenía como buen hermano de tal repudiación, Antonio le insultaba, le decía cómo él repudiara mayor número de mujeres, cómo repudió á Scribonia y á Claudia, hija de Fulvia, casándose por último con Livia, extraída violentamente del hogar propio y robada casi á su esposo Tiberio; con todo lo cual no se hartaba la voluptuosidad suya inextinguible, haciéndose conducir mujeres, ó casadas ó casaderas, en cueros á su presencia para examinarlas como siervas de su palacio y poseerlas como esposas de una noche. Y Octavio creía que sus fuerzas habían traspasado los límites de toda paciencia, porque no se resolvieron al combate, sino después que Antonio había hecho su persona sierva de Cleopatra, su imperio apéndice de Alejandría y Egipto, sus reyes vasallos una confederación bárbara contra la Ciudad Eterna, convirtiendo el tridente de Neptuno en espada de fuego tendida sobre la cumbre del Capitolio como un siniestro cometa de universal ruina y obligándole á convertir los mares en volcanes para conjurar la soberbia cuasi loca del Asia, envanecida y segura de vencer

para siempre á Roma y extirparla del mundo. Pero los anteriores servicios suyos, los recuerdos que dejara, los enemigos que venciera, sus batallas con tanto empeño mantenidas, sus victorias con tanto brillo alcanzadas, merecían que Roma olvidara los últimos días de Antonio y le consagrara funerales propios de sus viejos ritos y dignos de un general romano. Nada faltó. Vistiéronle como si viviera, y presentaron su faz al pueblo. Toga de púrpura envolvía su cuerpo; diademas de laurel y encina coronaban sus sienes; rico lecho de marfil y oro le contenía; romanas haces le custodiaban; circuíanle numerosísimos pretorianos; voceros egipcios anunciaban las ceremonias; gladiadores de todas las tribus combatían desnudos en su presencia y se inmolaban á sus plantas; plañideras vestidas de azul oscuro lloraban y se dolían públicamente de su muerte, recitando al són de las flautas y de las cítaras melancólicos versos y elegías; devotos innumerables llevaban lucernas y antorchas que despedían suaves aromas; bandas de trompetas producían lastimeros quejidos, y grupos de sátiros trenzaban danzas fúnebres; un archimimo presentaba máscara hecha perfectamente imitando el rostro de Antonio, así como fingía la voz, diciendo sus palabras y discursos habituales; los ascendientes del muerto, esculpidos en cera y envueltos en sus trajes anti-

guos, precedían el cuerpo; camas de ricas materias, de preciosos metales, en que iban todas las insignias de los cargos por el difunto ejercidos lo acompañaban; tras el cuerpo seguían los deudos y amigos sin anillos, y las amigas con sus cabelleras sueltas, y detrás, cerrándolo todo, sus esclavos, á quienes uno principal daba las varias señales de las contorsiones que debían hacer y el tono de los gemidos que debían lanzar; inmensa procesión fúnebre, tendida por calles y por plazas, discurriendo en ostentación inacabable hasta que, llegada por fin á un sitio donde se levantaban altares de ciprés cubiertos de flores, y en cuyo centro había pirámide colossal de secas plantas olorosas, el cadáver fué allí depositado después de haberle abierto los ojos para que viese por última vez los cielos; y ardiendo las ramas secas en pira enorme, una parte de Antonio se disipó como espesa nube de humo en los aires y otra parte de Antonio se quedó en montones de ceniza y polvo sobre la madre tierra.

Cuando Cleopatra vió las consideraciones guardadas por Octavio á la memoria de Antonio, creyó fácil, facilísimo dominar al nuevo dueño del mundo como había dominado á los dos anteriores. Imposible que fuera el nuevo César tan dueño de su voluntad y tan fuerte por su temperamento como el inmortal predecesor, á quien tantas virtudes exi-

mias, genio militar sin ejemplo y sin rival, genio político de primer orden, fuerza física y fuerza moral, inspiraciones de poeta é ideas de filósofo, cual ningún otro, no habían bastado á preservarle de la fascinación por Cleopatra ejercida, no sólo sobre los seres superiores, sobre los seres inanimados, maga y hechicera incomparable con el dón divino de los portentosos milagros. Luego, por tal manera su influjo se había ejercido en el cuitado Antonio, que afeminó aquel Hércules y lo hizo nervioso, neurótico, histérico como cualquier dama de harén oriental ó de gineceo helénico. Por consecuencia, el fulgor de sus ojos, el aliento de sus labios, ese misterio que hoy llamamos en los adelantos de las ciencias naturales magnetismo animal, debía seguramente haberse condensado en Cleopatra como la quinta esencia de cualquier filtro alquímico en áureo y breve pomo. Con esta seguridad Cleopatra pugnaba por una entrevista, en la cual redujese y cautivase á Octavio, como había seducido y cautivado á los embajadores por Octavio expedidos para ofenderla, vejlarla y oprimirla. No era el dictador uno de esos seres abstractos que, como Arquímedes ó Platón, absorben su espíritu en las matemáticas, cual si vivieran á guisa de puros espíritus, contemplando el tiempo y el espacio con sus números y con sus líneas, ó el pensamiento con sus ideales y

con sus revelaciones; la realidad le dominaba como á un buen romano, práctico de suyo en contraste con los griegos y con los asiáticos. Además, los muchos matrimonios que había urdido y las muchas mujeres á quienes había amado indicaban bien claramente su propensión invencible al sexo hermoso y su debilidad por la pasión primera entre todas las pasiones, su debilidad por el amor. Luego el proceder de Augusto engendraba presentimientos faustos en Cleopatra. Después de Accio la misericordia brilló en todos sus actos. Llegado á la ciudad hermosa de Alejandro, no le aquejaron en tan crítico minuto ni los desvanecimientos del triunfo ni los deseos de la venganza. Lejos de tratar aquella población como vencida, la trocó en mercado de los tres continentes y en verdadera intersección ó encrucijada de todas las vías abiertas en nuestro planeta. El desierto palacio de los Ptolomeos, franco á su entrada, le inspiró un religioso respeto. No se asentó bajo el solio en el aula por no profanar la sombra de los reyes egipcios y por no turbar la resonancia del pensamiento alejandrino. Su magnanimidad resultó tan grande, que aquel Egipto misterioso, pagado de sus múltiples números y de sus divinas dinastías, dató del reinado de Augusto una era nueva, la era por excelencia, que todavía se cuenta en los pueblos y en los

relatos nuestros. Aunque los ciudadanos de Alejandría tendieron las espaldas bajo sus pies, no quiso él pisarlas. Aunque armoniosas letanías, subidas á sus orejas en formidables aclamaciones de adulación y de lisonja, le circuyeron, él no quiso embriagarse. Lejos de optar por el carro de los vencedores, ó por el trono de los déspotas, entrando en triunfo, ufanado con humillar la sombra de Alejandro, entró del brazo con Areyo, un filósofo, para decir así cuánto se honraba honrando la ciencia y cómo iba modestamente á pie por las calles aquellas, prefiriendo ser ciudadano que déspota de Alejandría. En el gimnasio, donde Antonio erigiera los tronos de oro y se alzara en guisa de Dios, congregaba los alejandrinos Octavio en forma de asambleas libres, y les decía discursos á modo y manera de orador ateniense. Así pudo explicarles con espacio y con solemnidad las causas que le movieran á una entrada tan humilde, y que fueron el respeto cuasi religioso al inmortal fundador de Alejandría, el gusto artístico por sus calles geométricamente trazadas, el afecto amistosísimo á sus filósofos. Luego se gozó en las honras fúnebres de Antonio; y cuando ya estaban concluídas y perfectas al modo y rito romano, entregó lo que había quedado del general para la tierra, con el fin de que Cleopatra pudiera colocarlo, como lo colocó,

en compañía de los reyes. Concluídas estas ceremonias y cumplidos todos sus deberes con el amante, vista la magnanimidad increíble de Octavio, que no había querido ni entrar en triunfo por Alejandría ni posesionarse como dueño del palacio de los Ptolomeos, Cleopatra volvió de la tumba, donde se había refugiado, á la mansión de sus padres. Seguidamente que supo tal decisión, envió su emisario Proculeyo á requerirla de amistad y ofrecerle tributo de respeto. Cleopatra le dirigió una elocuente acción de gracias por los funerales consagrados á su Antonio y una súplica fervorosa para que guardase á sus hijos la sacra diadema del Egipto. Tras Proculeyo se presentó Galo. Éste le dió aún seguridades mayores, diciéndole cómo el vencedor deseaba su amistad y alianza, no pudiendo en su corazón olvidar que había reinado Cleopatra sobre las pirámides de Egipto, sobre la fuerza de Antonio y sobre la inteligencia de César. Cleopatra debió quedar de todas estas conversaciones muy poco satisfecha cuando se reconcentró en sí misma y se puso á pensar de nuevo en la muerte. La corriente del tiempo y su contemplación le absorbió los minutos entre la ida de los embajadores, que llevaban sus mensajes al vencedor, y la llegada del vencedor, que se disponía para una suprema entrevista con la reina. Pensaba ésta, en

tan crítico momento, como decimos, que la muerte aparecerá siempre todo lo más triste ó más funesto habido en la naturaleza; y luego nos encontramos en trances donde sólo habemos á mano una salida, la salida del sepulcro. ¡Cuán pocas veces detendríamos la carrera del tiempo! En el deseo hay encerrado un suicidio. Queremos realizarlo y sólo puede realizarse en el tiempo futuro, cuando haya muerto una parte de nuestra existencia. Los dioses no quieren que rompamos la cadena por la cual vivimos atados á la tierra. Es verdad. Pero cuando ellos mismos suministran la fortuna y nos presentan como una piedra rodada al camino de nuestra vida la ocasión de inevitable muerte, hay que aprovechar tal coyuntura y romper la terrena servidumbre para subir al cielo y al sol eternos. Si hemos, para salir del mundo, de aguardar los golpes de la muerte, no somos libres, pues ni disponer podemos de lo que más en propiedad nos pertenece, de la vida. Y pudiendo á nuestro arbitrio dar la vida por los demás, cosa plausible, con razón mayor podremos darla por nosotros mismos. Los dioses no han querido consultar nuestra voluntad para existir, porque si la hubieran de algún modo consultado, ningún mortal nacería. Y han dejado el no envejecer, el no penar, el no vivir á nuestro libre albedrío. Viniendo á diario la muerte hacia nosotros,

también podemos nosotros ir hacia la muerte y acelerar nuestro paso y disminuir su camino. Las religiones todas han colocado entre sus seres capitales á los mártires, esos verdaderos suicidas, y á los ascetas, porque han sabido exentarse y eximirse de vivir en el seno de la vida. Ser no parece cosa tan grande como el común de los mortales cree. Tenemos el ser de idéntico ciertamente con las cosas más ínfimas, con las uñas del buho, con el excremento de las ratas, como tenemos el vivir de idéntico á su vez con los animalejos más diminutos, con el cúmulo inmenso de los innumerables parásitos. Si resulta mayor nuestra vida que la simple vida animal es por ser también más voluntaria nuestra muerte. No hay animales suicidas; pero el hombre puede suicidarse, pues como la victoria mayor está en vencerse á sí mismo, el mayor acto de soberanía está en matarse.

Todos estos pensamientos de una filosofía muy pesimista y muy arraigada en el seno de los tiempos antiguos iba Cleopatra rodando en su ánimo según se iba viendo más vencida en sus combates y más abandonada por el destino fiero. El pensamiento que más lucía en su conciencia, el afecto que más entrañaba en su corazón, el propósito predominante de su vida era seguir y seguir con celeridad al infeliz esposo. Pero madre, no podía irse

del mundo sin curar antes de sus hijos. Aunque á la primera vista de su desgracia y á los primeros asaltos de su dolor cerrara los ojos á la luz y resolviera morir de hambre, las embajadas porfiadísimas de Octavio le despertaron dos sentimientos arraigadísimos: ambiciones de reina y afectos de madre. Así, repuesta un poco de su primera desesperación, deseó la vida para ver si aun dominaba con seducciones y encantos propios de aquel natural suyo á los dueños de la tierra. Octavio mostró deseo de ir á verla mucho antes de mostrar ella el deseo correspondiente de ver á Octavio. Al saber que deseaba verla, sobrepúsose á todos sus afectos el orgullo y negó la entrevista. Pero, como amenazase Octavio con matar á sus hijos, el amor de madre lo venció todo y decidió recibirlo en su palacio. Fué á visitarla, pues. Cleopatra pensó un momento en ceñirse todas sus galas y obrar sobre Octavio como había obrado sobre Antonio, seduciéndolo con sus gracias y deslumbrándolo con su lujo. Pero el dolor en primer término, y después un sentimiento de conveniencia muy fino la obligaron á recibirlo de luto y duelo. Cuando entró, encontrábase recostada en estrechísimo lecho ella; vestida como conviene á la viudez; los cabellos esparcidos, los velos rasgados; mostrando todas las señales del dolor de su alma en la tristeza del rostro y todas las heridas

que los transportes de tal dolor abrieran á una en su breve y hermoso cuerpo. Al verlo entrar, lanzóse del tálamo, corrió á sus pies y abrazóle con efusión las rodillas. Sus cabellos se enredaron en las armaduras de Octavio y sus ojos se convirtieron á los ojos de aquel hombre con el fuego que había deslumbrado al genio de César y derretido el corazón de Antonio. Mas bien pronto advirtió cómo la complexión del dictador perpetuo no correspondía con la complexión de sus ilustres antecesores. ¿Cómo seducirlo? ¿Cómo vencerlo? Imposible de todo punto. ¿Por la elocuencia? La elocuencia no mueve á los sofistas que llevan el pro y el contra de todo en su entendimiento. ¿Por la música? La música, que adormece á una serpiente, no adormece á un tirano. ¿Por la filosofía? Se hubiera reído á mandíbulas batientes de que una mujer la profesara. ¿Por la conmiseración? Era cruel. ¿Por la gracia? Era indiferente. ¿Por el amor y la seducción? Era frío como el mármol. Para sentir pasiones extraordinarias precisa tener facultades extraordinarias también. Sólo el excepcional genio de Julio César y el excepcional valor de Marco Antonio podían consumirse á una en el fuego y en el sentimiento de Cleopatra. Desde que lo columbró, entendió la reina solamente deseaba sus riquezas para despojo y su persona para trofeo. Parecíase

por tal modo aquel hombre á una reconvención viva, que Cleopatra comprendió bien pronto hallarse allí en presencia de un tribunal jurídico y no de un corazón amante. Así, á los pocos minutos, recogió la serie de sus seducciones como pudiera un pavo real asustado recoger el abanico de su cola, y se puso en la resignada y humilde actitud propia de un reo que se defiende á sí mismo con toda clase de ratiocinios ante un severo é implacable magistrado. Así la entrevista se dividió en dos partes: una de súplicas, otra de disculpas.

Los cargos capitales dirigidos por Augusto á Cleopatra se resumían en estos dos: primero, la ingratitud con César, á quien debiera el trono, deuda más tarde acrecida por obsequios y favores innumerables y pagada con la deserción de su bandera y el auxilio á sus asesinos; segundo, el amor interesado hacia Antonio, en el cual no entraban tanto los afectos naturales á un corazón de mujer como las ambiciones propias de una reina. Realmente la escena representada en estos minutos por la tentadora serpiente demostraba que la gloria de su nombre ilustre, los verdes laureles de su dinastía inmortal, el acrecentamiento de un imperio tan vasto, la dominación de razas tan diversas, el deseo de reproducir las grandezas de Alejandro frente á las grandezas de César, aquella nativa emulación del

Oriente con el Occidente que llena toda la historia humana, superaba con mucho al amor de Cleopatra por Antonio. La egipcia representa y personifica la exaltación al trono de una mujer sensual y voluptuosa, de pocos escrúpulos femeniles y de ninguna conciencia moral, tentada siempre por los reclamos del amor y tentadora, que avasalló primero al divino César, exaltando su genio al contacto de su alma, y avasalló luego al pretoriano Antonio, exaltando el sensualismo suyo al contacto de su cuerpo, seducciones guiadas por su ambición de reina y sometidas al interés de su dinastía y de su imperio. Naturalmente, un hombre tan hombre como Antonio, de fuerza y de vigor increíbles, en quien la naturaleza material predominaba con aquel predominio soberano, debía satisfacer los instintos groseros de la hembra mal satisfechos por la hermosura de César, muy olímpica ciertamente, pero afeminada y recordando siempre más la gracia de su inmortal abuela Venus que la fuerza física de Marte, intensamente representada por Antonio. No hay en la historia tipo de mujer caída y viciosa tan femenil como el tipo de Cleopatra. Ella no libra ningún género de proyecto al poder propio de los dueños del mundo, ni á las intrigas de las cortes, ni á la fuerza de las armas; ella lo libra todo á sus fascinaciones y á sus encantos. Cuando Cé-

sar está en Alejandría no espera cosa de su entendimiento político, el cual debía moverle á conjurar la usurpación del hermano que la destronara; esperó todos sus apetecidos logros del encantamento llevado en su cuerpo, y entrando metida dentro de un fardo en el palacio cesáreo, avasalla para siempre al César. Luego, cuando, muerto César, propende al partido estoico de los republicanos últimos, y rotos éstos, Antonio recoge como encargo capital castigarla, no apercibe naves, ni requiere armas, ni junta pertrechos, ni congrega ejércitos; velámenes de púrpura, cordajes de seda, tapices de Persia, pebeteros de ámbar, cojines de tisú, guirnaldas de flores, flautas de oro, danzas de bacantes, y sus propias gracias, aquellas gracias avasalladoras, le sirven para esclavizar al general romano y sobreponer al Occidente prosaico y positivo el hechicero y panteísta Oriente. En Accio los nervios suyos no le permiten presenciar el horror de una batalla, y después de haber puesto en línea escuadras fortísimas como soberana omnipotente, huye avergonzada y confusa como histérica mujer. Y aunque ya raya en los cuarenta, y el exceso ha fatigado su cuerpo, siquiera no haya de ningún modo enflaquecido ni hastiado su alma, todavía libra mucho en el poder perdurable de su sexo propio sobre el sexo opuesto, y de sus gracias personales sobre todo varón. Así per-

mite que su ejército de tierra se rinda en Pelusa y abra las puertas del Egipto al vencedor; permite que los restos de su escuadra se rindan á pesar de su número y de su fortaleza, en la rada misma de Alejandría; para extraer su trono entero de aquel deshecho naufragio y colocar á sus hijos, transmitiéndoles con fortuna la herencia de cien abuelos, basta con repetir los medios empleados en César y Antonio. Como sugirió al primero cambiar la sede capital del mundo, llevándosela en sus bagajes desde las orillas del Tíber á las orillas del Nilo; y como sugirió al segundo el impulso, merced al cual desenvainó su espada contra Roma, creía ejercer el mismo influjo y determinar el movimiento mismo en Octavio, el tercero y último de los dueños del mundo. Pero en Octavio se halló solamente la política de perfidia, el cálculo de un frío matemático, la doblez de un ambicioso débil, la razón de Estado prosaica, la burocracia tradicional completamente falta de nervios y de sangre, sobre cuyas facultades no ejerce poder alguno aquella seducción femenil que usara y ejerciera Cleopatra en César y Antonio, quienes, por lo mismo que tenían pasiones y fuerzas, estaban sujetos á debilidades y caídas.

No cabía poner de ningún modo ni la disculpa ni la justificación. Intentólo Cleopatra después de ver la poca eficacia de sus fascinaciones sobre

aquel cuerpo casi yerto y nada consiguió. Elocuente, muy elocuente, no acertó á explicar en su elocuencia ni sus alianzas con los tribunos ni sus sugerencias á los pretorianos. Apenas decía una frase, Octavio le cerraba el camino, bien con una observación profundísima en que la exactitud rompía ó derrotaba la elocuencia, bien con un recuerdo en que la evocación oportuna recrudecía las acusaciones fiscales. Parecióle así á Cleopatra inútil toda justificación, y se redujo á pedirle muy encarecidamente que la dejara vivir en paz y pusiera en el trono, ya que á ella no, á sus hijos. Hizo, pues, todo lo posible por vivir. Los buques reunidos en sus costas egipcias tras los desastres de Accio, como avecillas vueltas á su nido y reentradas bajo sus alas, fueron por mandato suyo conducidas al istmo de Suez, para ver si podían, pasando en hombros de siervos, caer en el Mar Rojo, y requiriendo desde allí el Oriente, levantar bajo los cielos de Caldea, sobre las arenas del desierto, con los escombros de Babilonia y de Nínive, por la desembocadura del Éufrates y del Tigris, tan semejantes al Nilo, un imperio nuevo de Alejandro, que reprodujera la fuerza y el poder de Semíramis, la voluptuosidad y el ardor de Sardanápalo. Pero frustrada esta empresa, ya no le quedó ningún recurso para salvarse más que la seducción natural de sus gra-

cias y el soberbio poder de sus instintos. Frustrado este medio á su vez en la frialdad congénita con Octavio, ya sólo pensó en comprarle. Todo cuanto se le había ocurrido para moverle aquel día con móvil espiritual é íntimo cualquiera, fué colocar las efigies y simulacros de César en el recinto donde recibió al heredero y sobrino suyo para que le recordasen todo su poder de hembra y toda su autoridad de reina sobre la persona de aquel á quien debía Octavio la posesión de su imperio. Mas agotados todos los recursos recurrió á las riquezas, única cosa que aguijoneaba la curiosidad y exacerbaba el deseo de un dictador tan prosaico. La escena de amor, el diálogo de política, el intento de seducción mezclado con proyectos de glorias y dominaciones, concluyó por manera bien vulgar, concluyó entregando Cleopatra el inventario de sus tesoros y riquezas. Octavio, en quien la codicia ejercía tanto imperio como la voluptuosidad en César y Antonio, miró aquellas tablas cubiertas de números como el avaro contempla su oro, con la misma increíble pasión. Pero en aquella tierra de traiciones y en aquel imperio descompuesto quedábanle á Cleopatra nuevas amarguras que gustar y nuevos contratiempos que sufrir en el contagio de inmoralidad que pudría hasta el aire vital. Seleuco, su tesorero, deseando congraciarse con el tirano,

le reveló en aquel mismo momento que había Cleopatra burlado una porción de joyas y dinero á su codicia. Cuando la reina oyó esto, levantóse del amplio cojín donde yacía tendida, y persiguiéndolo por el salón clavóle sus uñas como una gata en la garganta, con tal furor, que lo estrangulara seguramente á no arrancárselo de las manos. Octavio se desternillaba de risa viendo tal cólera y mirando la metamorfosis en tigre de aquella serpiente. Cleopatra le observó cuán horrible cosa era que mientras él, su enemigo y vencedor, le rendía tantos homenajes y le daba tantas alabanzas, aquel perro se atreviese á morderle y le arguyese y acusase de distraer para sí riquezas separadas, no con ánimo de ornarse á sí misma, con ánimo de regalarlas á Livia, mujer de Octavio, y á la hermana misma de éste, viuda legítima del pretoriano Antonio. Viendo el dictador los recursos empleados por Cleopatra para granjearse la protección suya, creyóla incapaz de todo acto resuelto, y decidida, muy decidida, por vivir y perdurar en este mundo. Así es que, haciéndole reverencias parecidas á muecas, y mofándose allá en su interior del afán que mostraba por vivir, se despidió de Cleopatra Octavio.

¿Cuál fué la causa ocasional de la muerte que, burlando todos sus instintos y venciendo todas sus propensiones, Cleopatra se diera con valor heroico

á sí misma? Dejemos aparte las ideas generales al mundo antiguo. Desconocedor en absoluto de la resignación y conformidad cristianas, el infortunio no se atribuía entonces tan sólo á imposiciones fatales de la naturaleza ó malquerencias acerbadas de los hombres, atribuía también á un abandono de los dioses. El desgraciado veía una orfandad irremediable tanto en la tierra como en el cielo. Extinta su patria, rota su causa, un hombre antiguo no sabía para qué y á qué vivir. Cleopatra, fuera del trono, era tanto como Cleopatra fuera del mundo. Por motivos análogos á los que determinaron el proceder de Catón y de Bruto se determinó su propio proceder. La historia clásica nos muestra en el sitio de Jerusalén, y en el sitio de Sagunto, y en el sitio de Numancia que, no ya los individuos se suicidaban en aquellos tiempos, se suicidaban también las colectividades. Cleopatra supo que Octavio la deseaba viva para presentarla con su corona de soberbia emperatriz en las sienes, pero con su cadena de triste cautiva en las manos, al pueblo rey. Sabido esto, su oficio de reina valió y pudo más que todo en ella, y decidió morir como un héroe en holocausto y sacrificio antes que dejar tal afrenta grabada en los recuerdos y en los huesos de sus padres. Notó que la seguían, y cuidaban, y celaban muchísimo, porque los vencedores, en su orgullo,

destinábanla para trofeo de su victoria como un morrión ó un escudo recogido en el campo. No podía ir como esclava, no, á la capital de Occidente quien fuera soberana, y reina, y diosa del Oriente. La vergüenza le subiría con tanta intensidad al rostro, que veríase allende la tumba su indeleble rubor y sonrojo. Hija del Oriente y Grecia, entroncada con los dioses, inscrita en la más ilustre raza del mundo y del tiempo, descendiente de aquel Alejandro en cuya presencia se pierden y en cuya lumbré se oscurecen todos los genios habidos; con los Ptolomeos, los padres de cien reyes, los intérpretes del cielo y los sacerdotes del pensamiento por progenitores; con las estrellas de mil nombres helenos, á cual más glorioso, en la corona; ella, que había tenido altares en Roma y visto la efigie suya levantarse consagrada y bendecida en templos donde se atropellaban los sacerdotes romanos para idolatrarla; ella, que reinara sobre aquel Egipto á cuyo seno fueran los sabios y los sacerdotes á nutrirse de sus misterios; ella, señora de Libia y sus desiertos, cuyos límites no ha conocido ni señalado todavía la humana ciencia; señora de Cyrene, fundada por la hermosa ninfa que huyó á los besos de Apolo, y rica en floras de ideas; señora de Chipre, donde Venus tuvo su cuna y el amor su Oriente; señora de Creta, que vió la transformación de los dioses

asiáticos, informes como fetos, en dioses griegos, trayendo los resplandores del humano espíritu sobre sus sienes; señora de Siria, el suelo de las magias y de las hechicerías, el patrimonio de los Seleucidas; señora de Fenicia, que mostró á los hombres cómo se fijan las letras del alfabeto y cómo se cambian los productos del trabajo en las relaciones del comercio; la que había visto pasar por su mente todas las ideas paganas, caer de hinojos á sus pies todos los reyes asiáticos, ir en tropel llamados por sus evocaciones á sus altares todos los dioses conocidos; la que compartiera el trono de Julio César y el tálamo de Marco Antonio; la que se alzara junto á la victoria romana en el Capitolio y tuviera en Alejandría santuarios; aquella mujer que hablara con diez embajadores á un tiempo en diez lenguas distintas, que conociera desde los pensamientos hasta los astros, desde las matemáticas hasta la metafísica y desde la historia de los seres criados hasta la historia de los sistemas filosóficos; emperatriz en los palacios, musa en las artes, amazona en la guerra, sibila en el templo, maga en el sacrificio, no podía ir como sierva y cautiva entre despojos y trofeos á la vía Sacra para divertir un momento á los soeces romanos cuya corona estuvo á punto de fundirse al rayo abrasador de su genio. No, jamás. Cleopatra debía morir cien veces antes

que pasar por tal sonrojo. Si no la dejaban envenenarse con ningún tóxico, envenenaríase con su propia hiel; si no la dejaban rasgarse las entrañas con ningún puñal, rasgaríase con sus dientes y con sus uñas, muriendo al dolor, á la desesperación, al odio, á la ira, mas no á la vergüenza de tantas humillaciones como le aparejaba el vencedor y el tirano. ¡Presentarse ahora en su triunfo, quizás atada con cuerdas á su carro, objeto de compasión, ella, objeto eterno de natural envidia! Octavio celebraba con pompa la victoria de una guerra civil que debía celebrar con lágrimas. Y para el triunfo de una guerra civil imponía tributos no pagados jamás desde las espléndidas victorias de Paulo Emilio. Él no necesitaba pedir los honores del triunfo, ni á esa turba de míseros eunucos á que había quedado reducido el Senado de Roma, ni á esa otra turba de siervos viles á que había quedado reducido el pueblo rey. No habría de estar años enteros como Lúculo sin poder ir al viejo recinto de la Ciudad Eterna. Octavio era ya cónsul, tribuno, pretor, pontífice, Roma entera, y, por consiguiente, la tierra entera también. Los astros, los cielos, el aire y las aguas con sus innumerables seres, las sustancias de los campos y las esencias de los espíritus, el fuego del sol y el fuego del hogar, las ideas que discurren por los entendimientos y los dioses

que truenan en los templos, el universo visible y el universo invisible condensábanse como por milagro en el frágil cuerpo de aquel hombre, quien pedía de los mortales, no solamente obediencia servil, adoración idolátrica. Cleopatra creía ver su entrada triunfal en Roma; los árboles doblándose al peso de los curiosos; las orillas de la vía Flaminia llenas por los pueblos rurales; los arcos de ramajes interrumpiendo á cada minuto el paso; los innumerables adúladores con guirnaldas de rosas en las sienes y braserillos de incienso en las manos; delante carrozas sobrecargadas de estatuas, de aras, de simulacros, de dioses, como Cleopatra vencidos y como Cleopatra avergonzados; luego, montones de armas, penachos, escudos, cascos, todos escogidos en el campo de las derrotas egipcias chocando unos con otros en el movimiento de la inmensa procesión y produciendo estridentes sonidos que le desgarrarían sus entrañas de reina; luego los magistrados de sus tribunales sacratísimos, los generales de sus numerosos ejércitos, los ministros de su palacio, los sacerdotes de su culto, reducidos á esclavos y llevando en sus manos ánforas llenas con los tesoros de los Lágidas; luego los tálamos de marfil y oro, las aras de pedrería, el trono altísimo suyo, sus alhajas y sus coronas, y á los pies del vencedor mismo, á los pies de Octavio, ufanado y ensoberbecido con la

corona de laurel en las sienes y alzado sobre la cuadriga de briosos caballos, ella maniatada con cadenas, roja de vergüenza, caída desde los santuarios de los dioses en las ergástulas de los esclavos, con chacota y rechifla señalada por aquellas gentes, quienes después de haber temblado á su nombre y sombra se holgarían de apestarla con el hedor de su aliento y escupirle ponzoñosas salivas á la cara.

Cleopatra, pues, resolvió morir en la mansión de sus padres. Ateneo nos ha dejado la descripción exacta de un salón lágida en Alejandría. Imaginaos columnas de cincuenta codos talladas en maderas olorosas y ricas; arquitecturas cuadrados de áureos bronce, dispuestos para sostener airoas galerías, muy parecidas á las usadas en nuestros patios árabes; toldos de púrpura cruzados por bandas blancas; paredes pintadas con frescos multicolores donde resaltaban figuras egipcias; los peristilos formados por pilastras en forma de palmeras y de tirsos; los suelos alfombrados por pieles de tigre; el aire balsámico al aroma de las rosas alejandrinas y al perfume de los pebeteros asiáticos; efigies de animales verdaderos y simbólicos esculpidos en mármoles preciosos; cuadros de Cicione junto á tapices de Persia, alternativamente; maravillosos escudos de oro y plata; hornacinas con simulacros griegos y delficas trípodas; lechos alzados en pies de miste-

riosas esfinges y cubiertos con tiznes de oro; todo ello rociado por una lluvia de varia pedrería. ¿Puede presentarse un teatro más ajeno á la muerte? Pues antes de dirigirse á la eternidad, Cleopatra se sumergió en su baño de leche. Después se miró en su espejo romano de plata. Untóse luego el cuerpo con la olorosa cocodrilea y con la pasta ródica. Disimuló el surco de las lágrimas en su rostro con pomada de habas y disolvió pastillas de lentisco en su saliva para perfumar el aliento. Caíale blanca estola desde su cuello á las plantas como en las ceremonias de Isis, y se envolvía como la noche serena en el manto de gasa negro todo sembrado con estrellas de oro. Perlas riquísimas de India entrelazábanse á sus trenzas; collares de varias esmeraldas adornaban su pecho; tumbagas de todas las piedras conocidas sus dedos; serpientes de oro sus desnudos brazos; eslabones de oro sus tobillos; sandalias también de perlas sus pies, y sus orejas dos gruesos zafiros, semejante al primer lucero de la tarde el uno y el otro al postrer lucero de la mañana. Luego ciñó á su frente su corona de reina unida con su diadema de diosa. Su figura hermosísima se dibujaba cual nunca bajo esta blanca túnica nupcial de la muerte. El melancólico tinte de sus agonías aumentaba sus gracias. En ninguna de sus bodas apareció tan deslumbrante como en

esta boda final. Aquellos ojos relumbraban más que las piedras preciosas del mundo y las estrellas resplandecientes del cielo. Todo lo preparó y apercibió con femenil coquetería. El tálamo de marfil y oro estaba en su puesto. Había hecho mullir la cabecera de púrpura como para un sueño tranquilo. Ardían los pebeteros de ámbar á los cuatro costados del lecho despidiendo misteriosas esencias. Las enseñas de su familia flameaban en las bóvedas. Los cetros de los reinos, que había regido, se amontonaban en haces á sus plantas. Pendían los exvotos de mil generaciones en las paredes. Erguíanse los dioses domésticos sobre las aras como para una festividad. Relumbraban las lucernas encendidas. Y ya sólo podía restar el tenderse allí Cleopatra y morir, como si en vez de acabarse una reina se durmiera una diosa en su lecho de nubes ó se apagara una idea en la humana conciencia.

Tras los muchos estudios emprendidos y las experiencias atesoradas á fin de procurarse una muerte serena, Cleopatra escogió, como lo menos dañoso y lo más suave, la picadura del áspid. Elegido este animal ponzoñoso precisaba introducirlo á la regia estancia. Los centinelas romanos dábanse hábiles trazas impidiendo la muerte de Cleopatra y conservándola como tributo á la soberbia de Octavio. Mas gracias á su industria de mujer, un labriego lo llevó

en humilde canastillo de mimbres, cubierto de pámpanos y ocupado por una docena de higos. Bajo los pámpanos escondíase la víbora. Cleopatra, como buena griega, debió saludar aquellos melifluos frutos tan gustados en Atenas, que á ellos, á los muchos allí consumidos en todas las estaciones propicias, debieron los atenienses el mote célebre de sicofantas. Todo resplandecía en el universo á la hora de morir Cleopatra. Reverberaba el mar los rayos del sol en su azul superficie y el campo aparecía tranquilo como una égloga. No sabían todos aquellos espacios cuánto iba en aquel minuto á morir. No sabía el Oriente que su alma se disipaba. No sabían las pirámides que los jeroglíficos de su teología iban á caerse como del árbol á los cierzos las hojas heladas. No sabían los dioses egipcios que agonizaban. No sabía el sacerdocio cómo estaban cayéndose á impulsos de un terremoto los templos consagrados al culto. El espíritu de Asia, evaporándose, llevábase consigo todo el espíritu oriental. Los sacerdotes dejaban el mundo entregado á los juriconsultos de Roma, sin misterios, es verdad, pero también sin poesía y sin grandeza, eternos escribas, comentadores eternos, prosaicos testamentarios del alma oriental. Acabábanse los cánticos alegres para oírse las tristes lamentaciones tan sólo. Despoblábase de dioses la tierra y corría el espíritu universal

como viento fortísimo sobre mar encrespado. Moríase la vieja teogonía, y el mundo estaba en la imprescindible necesidad ya de pedir arrodillado sobre las cenizas, comido por la voraz lepra, en perdurable maceración y penitencia, una gota de rocío á los cielos y un rayo de ideas nuevas á la conciencia universal. Sobre aquel mortuorio lecho de Cleopatra se derruía un mundo. Los bueyes egipcios no mugirían de nuevo; no ladrarían los perros vigilantes á las puertas de los templos; no velarían las serpientes astutas, y poblándose de ascetas el desierto aquel por donde corrieran los Cambises y los Sesostris, disiparían el universo en su alma como la víctima en la llama del sacrificio. Adiós, juventud de la tierra, para siempre adiós. Hasta entonces ocultábanse los faunos en el tronco de los árboles y en sus espesos ramajes; corrían los desnudos sátiros ebrios de vida por los campos cubiertos de flores; en cada recodo umbroso de los bosques, un silvano enseñaba sus melodías á los céfiros; iban las ninfas cazadoras siguiendo gozosas el plácido curso de la blanca luna en voluptuosas noches; el arroyo cantaba con la voz de sus náyades tendidas por sus clarísimos cristales; elevábanse del mirto y de las palmas, del aromoso tomillo y de las adelfas amarguísimas cual esencias, cual mariposas en legión hermosísima, risueñas divinidades; cada nube con-

tenía un dios y cada ola una sirena; desde los astros perdidos en el horizonte hasta las arenas perdidas en el desierto, ¡ah! tenía todo un alma, y el gozo de la vida se espaciaba en obras inmortales, y los desposorios de la naturaleza con el espíritu se veían en las perfectas estatuas, siendo todo amor y juventud en la tierra. En lugar de Cleopatra, joven, y voluptuosa, y hermosísima, veráse tan sólo en el más riente y más bello espacio de la tierra, la sibila, no fuerte, no robusta, no sensual, hecha una pobre vieja, cuyos ateridos miembros á duras penas el sol de Partenope sostiene sobre los volcanes apagados, y cuyos ojos endurecidos como el diamante se gastan de atisbar el nuevo tiempo en los abismos de la eternidad. Al arrancar su diadema Roma con tanto empeño á las hieráticas sienes de Cleopatra, se arrancaba la propia corona; y al cautivar los dioses orientales cautivaba y esclavizaba sus dioses; y al hundir el Asia con todas sus teogonías, hundíase con todas sus ideas ella misma. El nuevo espíritu elaborado por su trabajo continuo y enardecido por su vital soplo, debía quebrar como una luz demasiado fuerte la estrecha lámpara que lo encerraba, y derramándose por todas partes en torrentes de fuego, debía derretir sus armas y sus trofeos. La serpiente quedaba vencida. Después de haber tentado á Eva en el Paraíso, á Israel en los desiertos,

una mujer, por el éter coronada, por el sol vestida, envuelta en manto celestial y de la luna calzada, iba sobre coros de ángeles á quebrantarle bajo sus plantas la cabeza. Pero esta mujer ya no era la seductora maga del Oriente, toda hechizos, toda sensualidad, sometiendo con el imperio de sus despiertos y fascinadores sentidos la fuerza y el genio; no era, no, amante gozosa y ebria en lecho de flores tendida, convidando al placer y al goce, no, era otro sér más casto, más ideal, más eterizado por las maceraciones del espíritu y por la revelación del tiempo, todo lo contrario de las orgías alejandrinas, la Virgen Madre traída como un mediador entre la tierra y el cielo por nuevas ideas y nuevas revelaciones.

JULIA

Con esta mujer comienza la serie que podríamos llamar de damas imperiales. Entre los mayores vicios, á la constitución de toda monarquía congénitos, hállase la imprescindible necesidad en sus fundadores de fundar también una casta, remitiendo la suerte de los pueblos al capricho y al acaso de nacimiento y herencia. El monarca debe llevar junto á sí, como una sombra, su heredero, y el heredero por ley natural niño, debe depender, como todos los niños, en absoluto, de su madre. Régimen de casta, de generación, de transmisiones hereditarias, necesita una familia privilegiada, y en esta familia privilegiada ejercen poder inmenso la reina ó emperatriz esposa, la reina ó emperatriz madre, las adjuntas á estos seres privilegiadísimos llamadas en el habla vulgar princesas de la sangre. No puede, no, desconocer un estadista que la humana libertad

se halla de suyo sujeta, como el Océano, á procelas, tormentas y tempestades. Mas no puede tampoco negarse que se halla sujeto el despotismo á la corrupción. Un rey ó emperador absoluto lo pudre todo. Los Neronés del imperio romano, los nombres en las monarquías modernas de Felipe IV, María Luisa, Enrique II, Luis XV, no resultan meros accidentes, resultan consecuencias legítimas y naturales del poder absoluto, cuyo veneno corrosivo pudre tanto á quien lo sufre como á quien lo ejerce. Y esto nótese todavía más claramente allá en el antiguo mundo histórico, donde los monarcas absolutos no hallan el freno que las ideas modernas y el espíritu moderno pusieron á los más poderosos jefes del Estado, hasta en los tiempos menos propicios para la libertad y para el derecho. La corrupción aparece mayor á medida que aparece mayor el despotismo. Toda corte oriental es un harén, y todo harén una sentina de vicios. Los Baltasares y Sardanápalos brotan á una en todos los grandes imperios, ya se llamen asirios, persas, macedónicos, griegos, romanos, bizantinos. Mientras Alejandro recorrió el Oriente, más en guisa de general heleno que de rey macedón, las costumbres republicanas le seguían como un coro de vírgenes invisibles, las cuales, con sus reclamos, le llamaban al cielo de la virtud y le disponían á la castidad, esa fuerza del

cuerpo y del espíritu; mas en cuanto se tornó emperador, los vicios, esos naturales sátrapas del despotismo, se uncieron de su carro y le arrastraron de orgía en orgía, con la copa del festín báquico en las manos y el beso de la prostitución vil en los labios, á prematura desdichada muerte. La corrupción, al despotismo congénita, empieza por corromper siempre lo que hay de más puro y más hermoso en la vida humana, empieza por corromper á las mujeres. La monarquía de los macedones brota con la corrupción de Olimpias y acaba con la corrupción de Cleopatra; nace y muere aquella institución tan grandiosa entre dos prostitutas. En el imperio romano las mujeres imperiales, ó bien aprovechan el despotismo para ejercitar sus ambiciones, ó bien lo aprovechan para satisfacer su voluptuosidad. Las ambiciosas generalmente aparecen castas, las sensuales generalmente aparecen humildes. Pero entre las castas como Livia, la mujer de Augusto, las ambiciones desapoderadas no se detienen jamás ante ningún asesinato que les convenga ó sirva; mientras las no ambiciosas, como Julia, hija de Augusto, las humildes, llegan, allá en su nativa humildad, hasta prostituirse á sus esclavos nubios y á sus gladiadores dálmatas. El cambio de las instituciones romanas en cosa ninguna se conoce tanto como en la mujer. Junto á una larga serie de Césa-

res viciosos y dementes hay otra larga serie de torpes emperatrices prostitutas y asesinas. Con Marco Aurelio duerme la madre de Conmodo. Debemos á la furia desoladora de Agripina el genio diabólico de Nerón. La palabra característica de todas las prostituciones imaginables no se forjó y selló en las mancebías antiguas, no, se forjó y selló en la corte imperial, llamándose Mesalina. Tales mujeres, después de llevar en sus labios la muerte y el crimen, atestan sus cocinas de venenosas mixturas que acaban por violencia con generaciones enteras, nacidas como para devorarse y caer cual flores heladas sin fruto. Apenas muere allí nadie de muerte natural. Tácito y Suetonio registran con cuidado los nobles de Roma que tuvieron bajo Tiberio la increíble dicha de morir en su cama. Junto á cada emperatriz hay su Leusta, es decir, su envenenadora. Pero la que no mata, como Livia, con sus ponzoñas, mata, como Julia, con sus besos.

¿Dónde volveremos á encontrar una romana como Vetulia? La castidad severa de Lucrecia, que fundó la república, no se comprenderá desde las alturas del trono. Los plebeyos tuvieron su Virginia, no la tendrán los Césares. No hay en cinco siglos otra madre de los Gracos. La mujer última de la libertad y de las instituciones republicanas, Porcia, hija de Catón, esposa de Bruto, digna he-

redera de tantos héroes y de tantos mártires como contara la república, no enseñará cosa de provecho á las últimas mujeres del Imperio. Comparad su inmolación y sacrificio, aquel holocausto al derecho, con los ayuntamientos de las últimas emperatrices á los bárbaros; comparadla con aquella Gala Placidia, quien, de púrpura oriental vestida y coronada por su diadema de Bizancio, pasa desde su lecho latino á los lechos bárbaros, legitimando con sus nupcias infames la conquista de Alarico y sosteniendo sobre sus brazos patricios y romanos el trono de Ataúlfo. La corrupción imperial se nota más aún entre las emperatrices que entre los emperadores. La mujer cae de más alto á más hondo; y hay que atribuir esta perversión inexplicable por otros motivos y razones al matrimonio dinástico, cenagosa fuente de las familias imperiales. La vida se pudre allí en su raíz, en el amor. Así que la monarquía empieza, con ella empiezan los matrimonios malditos anudados por los intereses regios y sometidos á las conveniencias del Imperio. La naturaleza y sus vocaciones incontrastables sustitúyese con la misérrima razón de Estado. La política, y no la pasión, mueve los corazones. Cuando en los matrimonios anudados por el mutuo amor y sostenidos en una prole amada y encantadora solemos tropezar á la continua con graves é

insuperables obstáculos, imaginaos lo que habrá de suceder en matrimonios donde los cónyuges, con frecuencia, suelen verse frente á frente por primera vez el día en que se casan. Conócese ya en los últimos años de la república su propensión á trastrocarse en imperio con sólo examinar tantos y tantos matrimonios entre los primates, urdidos á una, sin el conocimiento y anuencia de los cónyuges. César es el suegro de Pompeyo. La muerte de Julia, su hija, mata las instituciones republicanas y provoca el desastre de Farsalia. Se casa con Fulvia un general como Antonio, tan voluntarioso para con las mujeres, por llevar á César el resto de los demagogos que sirvieron á Clodio. Y muerta Fulvia, se casa con Octavia, meramente por entrar en la familia de Octavio. Accio se debe á que Antonio hirió el corazón de su cuñado con la repudiación de Octavia, como se debió Farsalia y sus consecuencias á la herida que abriera el triste acaso de la muerte de Julia en las entrañas de César. Cuando quiere Octavio congraciarse con Antonio, le promete optar por una hija de Fulvia, siquier viva todavía su mujer Escribonia; y cuando riñen, comienza el taimado por despedir á la novia. En todas aquellas guerras hay previos repudios, como en todas aquellas paces hay previas bodas. La razón de Estado triunfa sobre la naturaleza humana.

Estas pobres mujeres, necesitadas por su compleción delicadísima de sentir el amor interior, é inspirarlo, como ellas lo sienten, al novio destinado para esposo, cuando se hallan con hombre tal, que acaso les repugna, carecen de toda fuerza nativa para sostener su virtud, y si no saben las cuitadas contrariarse con imperio á sí mismas, concluyen por al vicio rendirse, vencidas allí donde se halla su resistencia mayor, en los íntimos senos de su propio corazón. Cuando acaso las inclinaciones íntimas hanles dicho ya dónde pusiera el destino aquel sér predilecto á quien desean entregar alma y vida, se interpone un extraño á sus afectos, en cuyos brazos deben caer contra todo el torrente de sus arrebatadas pasiones, ellas, nacidas para el amor. ¿Extrañaréis ya la triste corrupción congénita con las mujeres del régimen imperial?

El imperio romano se funda tras la muerte de Cleopatra. Su fundación definitiva precede á la natiuidad de Cristo en unos setenta años. Octavio, mientras Antonio viviera, fué triunviro; después de muerto Antonio, fué César. El poder compartido con otros dos estadistas queda en sus manos. Al llegar aquí tenemos que guiarnos de Tácito. Este historiador profundísimo nos entrega la clave del enigma de cómo ha perecido la República y cómo ha llegado el Imperio. Pues la república romana

pereció cual antes que ella pereciera la república griega y después que ella pereciera la república francesa. Elido la república española. Pereció la república helena, porque las ciudades griegas, divididas en guerras perpetuas entre sí, no acertaron á robustecer aquella institución anfictiónica, destinada por sus progenitores á darles cohexión y armonía, destruyéndose unas á otras las ciudades republicanas en guerras fratricidas como la guerra del Peloponeso. Pereció la república francesa, porque los republicanos de Francia se devoraron unos á otros, cayendo todos en la voracidad del terror. La república romana cayó porque desaparecieron los republicanos, consumidos en las guerras civiles. Pero dejemos hablar á Tácito. El poder público pasó de Craso y Pompeyo á César en el primer triunvirato; de Lépido y Antonio, á Octavio, en el segundo. Aprovechando éste la fatiga, generada por el cansancio de las discordias civiles, con la denominación de príncipe se alzó al imperio. Muertos Bruto y Casio en Sicilia, roto Sexto Pompeyo, Lépido envilecido, Antonio suicida, disueltas las agrupaciones republicanas, falta de partidarios hasta el mismo César por no haberlos en Roma para nadie, la ciudad sólo podía tener por jefe á Octavio, quien, desciñéndose del dictado de triunviro, llamóse cónsul, á cuya dignidad sumó el tribunado, so color de proteger al

pueblo; y ganados los milites con grados, la plebe con trigo, la nobleza y demás órdenes sociales con la paz pública y sus dulzuras, recogió el dictador en su puño todas las leyes, atrajo á su persona todos los poderes sin que le resistieran, pues inmolados y concluidos los más viejos republicanos en los combates por la libertad y en las proscripciones de la tiranía, el resto de los sobrevivientes, al ver pagadas las serviles complacencias con riquezas y honores, prefirieron su propia seguridad á los antiguos peligros y aceptaron lo establecido como trueque natural de lo ya olvidado. Las guerras civiles y la extinción de los republicanos: he ahí explicada la victoria definitiva del Imperio. En esta situación de la sociedad una palabra tenía verdadera virtud, la palabra paz. Alejandro y Napoleón dieron á Grecia y á Francia la paz interior con la guerra extraña. Mas Octavio dió á Roma la paz interior y exterior. Por consiguiente, Octavio dominó, cual antes dominaran Filipo y Alejandro, cual después dominó Bonaparte. Para esto precisa ver cómo Virgilio representa la poesía del Imperio, no por su Eneas y por su *Eneida*, obra de cortesana educación, por sus églogas y por sus bucólicas. El campo lleno de crasas espigas, el cielo sembrado de luminosas estrellas, los corderos vestidos de sedosos vellones, las tetas ubérrimas de las vacas lle-

nando los campestres odres de blanca leche, las aves faustas que anuncian con sus nidos y con sus gorjeos el amor y el cántico de la primavera, la florecencia y la fructificación, la siembra y la vendimia, el estío que todo lo madura y el otoño en que todo se cosecha inspíranle versos tan armoniosos como el susurro de los arroyos, como el zumbido de las abejas, como el cantar de los ruiseñores, versos á cuyas cadencias el sueño de la servidumbre busca las compensaciones del campo, en que Roma, so las hayas y sobre las hierbas, olvídase por completo de sí misma, cual si, olvidándose, pudiera olvidar tan sólo su antigua y gloriosa libertad. El hijo de Lépido, que intentó una rebelión contra Octavio, en ausencia de éste, vióse vencido y roto, más que por la diligencia de los dos diestros sustitutos del dictador, Agripa y Mecenas, gobernantes á la sazón, por las repulsiones de Roma y sus míseros ciudadanos á todo movimiento incompatible con su inercia servil. Dos años prolongó su ausencia Octavio, á fin de que honores y poderes á su persona reservados por el destino fatal, parecieran, más que conquista de sus ejércitos, concesión de los romanos, pues tanta majestad tenían en su tarde última y en su postrer ocaso la muerta y enterrada república.

Las adulaciones de aquellos voluntarios esclavos

iban á buscarle muy lejos, necesitadísimos de amo. El Senado le permitió llevar á la continua el traje de triunfador, corona de laurel y manto de púrpura, indicativos, no ya del triunfo sobre los extranjeros, del triunfo sobre los romanos. Una fiesta quinquenal, semejante en todo á las fiestas religiosas, fundóse por aquel entonces en honor de su nombre, y hubo reyes, como Herodes, capaces de celebrarla en sitio tan ajeno á toda idolatría, cual Jerusalén y su montaña de Sión. La natividad del dictador se puso al igual de las natividades divinas, celebradas con tantos recocijos en los templos. El día en que llegó á Roma la noticia del triunfo en Accio, quedó en los calendarios romanos como día fausto. Decretóse que, á su vuelta, Senado, pueblo, sacerdocio, vestales, se organizaran en solemne procesión á recibirlo. Su nombre resonó en las preces litúrgicas. Aunque las guerras exteriores de Octavio habíanse reducido á meras correrías militares, declaráronle vencedor de dálmatas y gépides, de germanos y suevos, del mar Caspio y del monte Cáucaso, del Araxo, indócil, como decía Virgilio en sus adulaciones, á todo puente. No hay para qué añadir las ceremonias con que los romanos solemnizarían su triste servidumbre. Ya que no pudo llevar consigo á Cleopatra en persona, llevó su efigie ó simulacro, é hizo que los magistra-

dos, en confusión ignominiosa con la gente pretoriana, tiraran del carro donde iba representada la muerta reina. Cien templos antiguos se restauraron con esta ocasión y se pusieron bajo las advocaciones de viejas divinidades romanas. En la basílica de Julio César tronó la estatua que representaba por antonomasia su victoria. En el sitio donde los funerales del jefe de su familia fueron, le alzó un santuario, y en este santuario suspendió los despojos del Egipto. Una compañía de actores niños representó la toma de Troya. Un viejo senador, Vintelio, peleó en la ferviente arena con los envilecidos gladiadores. A los muchos animales exóticos llevados por César del Oriente á Roma Octavio unió el hipopótamo y el rinoceronte. Suevos y dacios, desconocidos hasta entonces, se mataron unos á otros en el circo para divertimento de aquellos envilecidos esclavos. El ejército recibió mercedes á manos llenas. Agripa, vencedor en Accio, pudo llevar ante sí una bandera de color azul claro, como las ondas en que había vencido. Las larguezas y locuras de Cleopatra dejaron al dictador en Alejandría tales barras de plata y oro, que pudo enriquecer á la milicia y á la plebe. Cada veterano recibió mil sestercios, y se contaban cerca de ciento veinte mil, según atestigua Dión Casio. Cada ciudadano de Roma tuvo cuatrocientos, y no fueron

excluidos ni los muchachos. El saco de Alejandría dió para todo. Sus templos, en realidad bancos y depósitos, proveyeron al dictador de tal copia en verdadero numerario, que bajó el precio de la moneda y subió el precio de todas las cosas. Pero nada enloquece tanto los ánimos y deslumbra tanto los ojos como un manantial aurífero llevado á cualquier pueblo por los descubrimientos ó por las conquistas. La crédula multitud imaginó á Octavio sumando con los bienes de la paz universal otros bienes tan difíciles como los de la universal riqueza. Así los nacidos vieron sin horror que se trocaba el mísero mortal, á tantas debilidades y á tantas miserias sujeto, en verdadero Dios.

Tras tales ofrendas y holocaustos no le faltaba más que la divinización á Octavio. Algunos ánimos de superior temple, como Dión Casio, se corren al contemplar tamaño envilecimiento, y lo imputan sólo á pueblos orientales, ya del Asia Grande ya del Asia Menor. Dión Casio nos engaña y engáñase á sí mismo torpemente. La tristeza, engendrada por los espectáculos tristísimos que da con sus excesos al mundo la tiranía, se aumenta pensando cómo los ánimos de primer orden y los genios cuasi divinos de la historia concluyen por contagiarse del general envilecimiento y ponen su gloria como el mísero indio su vil cerviz bajo las rue-

das pesadísimas del carro donde llevan al ídolo para que los aplaste y los hunda. Horacio perteneció al partido republicano, llevando su fidelidad hasta pelear por la república en los nefastos campos de su rota y de su muerte. Bueno que tirara escudo y lanza en la huída; poeta, naturaleza le dotó del instinto necesario para conservarse largo tiempo y encantar al mundo, que hasta un egoísmo refinado se comprende y excusa en los genios venidos á esclarecer é ilustrar nuestra especie. Pero no debió tirar su nombre y su gloria, escribiendo, por un pedazo de pan, que le procurara Mecenas, aquellas alusiones en el cántico secular á Octavio, confundiéndolo é identificándolo, como quería su desvarío, con Dios tan inspirado y luminoso cual quien representa la poesía y la ciencia en los antiguos Olimpos y entre los pueblos clásicos. Para su desdoro eterno, para su eterno deshonor, los primeros poetas del mundo romano llamaron Dios á Octavio vencedor, como pudieran llamarlo vilmente los gréculos esclavos de la envilecida Efeso. Todavía Catulo, como Tito Livio, salvan sus nombres inspirándose con amor en los sentimientos republicanos el político y satirizando el poeta con fortuna y con empeño á César. Pero Propercio, y Ovidio, y Horacio, y Virgilio, genios inmortales que debían brillar como soles en el cielo de la humana liber-

tad, aparecen atletas encorvados y humildísimos, sustentando sobre sus hercúleas espaldas el patíbulo afrentoso de la humana conciencia, el templo nefasto de la cesarista tiranía. Náuseas provoca Ovidio cuando en aquella cuarta epístola pontina, dictada para consuelo de su mujer desde las sinietras playas del destierro, después de referirle cuánto ha envejecido, no á los años, sino á los desengaños, y cómo las canas blanquean su cabeza, las arrugas surcan su rostro, las ruinas de sus fuerzas rodean su cuerpo y el deshojo de sus ilusiones cae sobre su alma dolorida, libra toda esperanza en César, á quien llama en su envilecimiento un Dios. Los maravillosos hexámetros de Virgilio, que abren é inauguran el tercer libro de sus *Geórgicas*, acrecientan su vileza con su hermosura. ¡Cuál melancolía tan suave y melodiosa como la más tierna y profunda é íntima de nuestros poetas líricos, aquella que siente por la extinción de todos los antiguos ideales poéticos, llorados en lamentaciones y elegías de primer orden! Ni Delos tan hermosa, ni Latona tan idolatrada, ni el niño Helas, ni Pelops célebre por sus ebúrneos hombros, Pelops, el intrépido domador, inspiran ya versos á los poetas, quienes necesitan descender de las cimas del Helicón para llevar á Mantua las palmas del Idumea, erigiendo marmóreo templo en las verdes campiñas, donde

serpentea entre céspedes el Mincio, á la gloria de César. Con cuál complacencia describe luego la pompa del vencedor, vestido con resplandeciente púrpura tiria y en cuya honra dirigiría con su látigo él cien hermosas cuadrigas, obligando con su voz á los griegos en su personal gratitud y haciéndoles abandonar las riberas del Alfeo para ir, la frente coronada de oliva, en busca del premio y en oferta del holocausto, como un sacerdocio del divino y omnipotente vencedor. Y para más realzar todo esto, contrapone las fiestas triunfales que ha presenciado él mismo en la vuelta de Octavio desde Alejandría, la pompa solemne y gozosa, los holocaustos y sacrificios llenos con bueyes inmolados, los cuadros donde se pinta un montón de britanos vencidos que parecen hasta en pinturas avergonzarse de su ignominia, las puertas sacras de marfil y oro donde constan las esculturas representando las victorias conseguidas en el misterioso Nilo, el vistosísimo intercolumnio formado por las proas arrancadas á las naves rotas y puestas ya en forma de pirámides, ya en forma de pilastras, los trofeos traídos por la victoria desde un mar á otro mar, el mármol de Paros avivando en estatuas los descendientes de Júpiter, entre los cuales resalta Octavio alzado sobre la cerviz del género humano como un dios que resplandece y truena sobre las aras de sus

altares en lo más litúrgico y sacro de sus templos. Así, con tales adulaciones los romanos, más vencidos todavía que los extranjeros, pues mientras perdían tan sólo éstos la libertad ellos perdían la libertad y la honra, divinizaban, suicidas del alma, suicidas del honor, al tirano soberbio y omnipotente.

¿Quién podía oponerse á un déspota que daba pan, espectáculos y tranquilidad al pueblo? Él satisfacía su hambre con pan ricamente amasado; apagaba su ardiente sed con agua llamada virgen y con vino pisado en los primeros lagares de Italia. Ciento cincuenta y seis termas levantó su providencia, destinadas no solamente á refresco, y recreo, y limpieza del cuerpo, sino también á recreo, y gozo, y alegría del ánimo. Los juegos duraban meses. Barberos traídos de lejos afeitaban gratis al pueblo. En los circos llovían sobre las manos de los espectadores billetes lotéricos, donde constaban premios consistentes en jamones, trajes y hasta dinero. Así construyó como paseo el pórtico de Octavio. Todavía quedan algunas columnas de pie que asombran al viandante. Allí estaba la Venus de Médicis; allí el Amor de Praxiteles; allí los mejores cuadros de Antifelo. En sus anejos reuníanse bibliotecas para ilustrar al pueblo, salas ó curias para reunir al Senado. Pero lo que principalmente resplandecía en

aquellos instantes era el templo de Apolo, elevado al dios en quien veía Octavio su protector y su modelo. Erigiéndolo creía cumplir un voto de su antecesor Eneas al dios que fuera como escudo fortísimo de Troya y contrastara tantas veces la fuerza del destino y los decretos de Júpiter. Gran pontífice Octavio, había pegado el templo de las vestales á su casa como una especie de harén espiritual ó religioso, y había puesto los dioses mayores en el recinto doméstico cual pudiera poner los gallos y gallinas en su corral propio. Pero sobre todo, el templo de Apolo recordaba su tiranía y su victoria. Espaciosas y numerosísimas gradas á él subían; trofeos guerreros ornaban sus puertas; bajorelieves arcaicos, anteriores á Fidias, resaltaban en su frontón; cien columnas de mármol núcida sustentaban sus bóvedas; entre columna y columna veíase majestuosa y armoniosísima una serie de cincuenta estatuas que representaban las Danaides; cuatro vacas talladas por Mirón en mármol pentélico sostenían ara y altar; el dios llevaba un traje rozagante oriental pegado á hermoso cuerpo y una lira de poeta y músico entre sus manos; en la cela resplandecía un áureo candelabro llevado á Cymo desde la Tebas egipcia por el vencedor Alejandro; por todas partes resplandecían trípodes argéneas, portadoras de cazoletas despidiendo misteriosas

esencias y sartas de pedrería deslumbrando la vista; todo con tal arte y tal esplendor, que semejaba un soberbio y colosal Olimpo como pudiera soñarlo en sus delirios la más exaltada poesía.

Magnífica ceremonia en Roma la dedicatoria de un templo á los dioses. En aquella previsora legislación romana preveníanse las particularidades litúrgicas de tal acto solemnísimos. No todos los romanos eran de suyo aptos para la consagración del templo. Tal honra se vinculaba en generales y cónsules tan sólo. Pero estos mismos generales y estos mismos cónsules, aunque tenían su derecho escrito en los códigos y en las costumbres, dado el carácter parlamentario de Roma, necesitaban para el instante solemne y para la consagración concreta públicas autorizaciones, ya del Senado, ya del pueblo. Julio César consagró en persona el templo de Venus Xenitrix y Octavio consagró en persona el templo de Apolo délfico. Un edicto convocó al pueblo para la ceremonia; una procesión, en la cual iban flamines y pontífices menores, partió del palacio cesáreo al templo divino; el emperador, enteramente sólo, subió la gradería del peristilo llamando á un sacerdote desde allí que le comunicara las viejas fórmulas sacras de una dedicación litúrgica; hasta que, al fin, penetró en lo interior, y tocando antes la puerta en señal de que se abría tan sólo á

empuje de sus manos, y poniéndose luego de rodillas, marchó así hasta el ara, donde prometió con voz entera y clarísima un culto al dios como nunca lo gozaran mayor los tradicionales dioses de Grecia y Roma. Todas estas particularísimas comedias sacras, que representaba con tanto arte y ciencia el nuevo dictador en el magnífico escenario de Roma, tenían por objeto anular los derechos y poderes del pueblo, acrecer los derechos y poderes del imperio. Como las compensaciones al antiguo régimen republicano, tan querido por la ciudad, se hallaban todas en los goces tranquilos de una paz perpetua, Octavio cerró el templo de Jano. Sucede con la religión romana lo mismo que sucede con el arte y la literatura. Transmitida por Grecia, carece de propia originalidad. Pero esta ley tiene varias excepciones, y entre las varias excepciones, hállase la divinidad tradicional de Jano, completa y absolutamente romana. Numa lo llevó á Roma, Numa, el rey sacerdotal por excelencia, el teúrgo maravilloso. Los reyes en persona gozaban el derecho personalísimo de ofrecer sacrificios á Jano; y cuando la monarquía se derrumbó, proscribiéndose por consentimiento unánime la palabra rey hasta en el vulgar lenguaje, quedó, por privilegio excepcional, un rey de los sacrificios, exclusivamente para ofrecer holocaustos á Jano. Este dios masculino correspondía con la

divinidad femenina de Diana. Y cual Diana reina por la noche, Jano reinaba por el día. De aquí su correlación estrecha con las puertas y su carácter litúrgico de portero. El sol abre las puertas de nuestro día. Y también las cierra. El Oriente y el ocaso ¡ah! se corresponden como la muerte y la vida. Por tanto, el dios tiene dos caras, una que se dirige al nacer y otra que se dirige al morir del sol. Nosotros no podemos pasar indiferentes en presencia de todos estos recuerdos, los cuales penetran como tuétanos en los huesos de nuestra vida orgánica y se mezclan como palabras verdaderamente sacramentales en las fórmulas de nuestra lengua vulgar y materna. Jano abre aún nuestras anualidades. De Jano se llama *Januarius*, el primer mes, Enero, como el octavo de Augusto se llama todavía hoy Agosto. Lo cierto es que las puertas de la ciudad y las puertas de los mercados se hallaban consagradas al dios, y, según una tradición, su templo principalísimo, levantado sobre la colina del Janículo, necesitaba tener las puertas de par en par francas, á fin de que penetraran por ellas las oraciones y los votos del guerrero romano perdido en cien hercúleos combates. Desde los tiempos de Numa sólo dos veces las puertas del santuario se habían cerrado. En el año 725 Roma decretó que Octavio podía cerrarlo por la tercera

vez. Aunque aun por las regiones boreales el imperio sostenía escaramuzas con tribus tan bárbaras como la sueva; y en las regiones del Mediodía occidental no acababa por completo de vencer y sojuzgar á nuestros cántabros y nuestros vascones, Octavio se apresuró á cerrar el templo, consiguiendo así un privilegio que sólo dos romanos podían desde los tiempos legendarios é históricos disputarle con algún fundamento.

Así las églogas virgilianas, prometiendo una paz perpetua, descendían á la realidad; y Octavio aprovechaba estas coyunturas propicias para, como decimos de manera gráfica en habla corriente, redondearse y redondear su autoridad suprema. Ninguna hipocresía recuerdan los anales tan fina y redomada como la hipocresía del dictador para quedarse con todos los poderes en absoluto, salvando todas las apariencias con escrupulosidad. Continuaba la República de nombre y hecho. Había cónsules periódicos y dobles, tanto, que Agripa compartía con él esta dignidad. La Cámara senatorial permanecía, y con todas sus prerrogativas y con toda su grandeza; mas, como subiera el número de senadores á novecientos, deseando con anhelo disminuirlos Octavio, redújolos á seiscientos, para lo cual no hubo menester violencia ninguna, pues limitóse á nombrarse á sí con buen acuerdo censor y notificar á

los enemigos del imperio, devotos de la república y de la libertad, cómo cargo tan eximio, cual su senaduría, resultaba en los registros de la censura moral, por él á conciencia vistos, incompatible con sus ligeras costumbres. Purificada ya la tradicional Asamblea, donde sólo quedaron la mitad y alguno más de sus individuos; hecho el recuento de los ciudadanos; y sabedor Octavio de cómo á la sazón cuatro millones había dentro y fuera de Roma; consagrado el nuevo templo de Apolo; repartidas donaciones cuantiosas entre pueblo y ejército, recurrió á la estratagema de resignar poderes aquejados por completo de la amovilidad republicana. No hay para qué decir cuán cierto y seguro se hallaba de la respuesta. Pueblo, Senado, ejército, magistratura, sacerdocio, cayeron á sus plantas y le demandaron la continuación de su gobierno. Entonces Octavio se llamó emperador. Tal título cuadraba sólo al general en jefe con mando de guerra. Y así duraba tanto como el cargo. Pero César se lo abrogó de por vida y Octavio imitó á César. El título, extendido de los militares á los ciudadanos, traía una ventaja grandísima para el ejercicio del poder supremo, dilataba la obligación del juramento militar á todos los ciudadanos. Ya emperador de por vida, necesitaba Octavio apellido nuevo que añadiese prestigio sin-

gular á su autoridad. Rey no podía llamarse, dado el horror de Roma y los romanos á ese nombre. Tampoco podía llamarse dictador, pues implicaba tal título una candorosa confesión, impropia de su habilidad y destreza. Él necesitaba nombre que nadie hubiese llevado y le prestara lustre particularísimo en el espacio y en el tiempo. Como rechazara los dictados, ya dichos, de dictador y rey, rechazó el nombre de Quirino, por demasiado religioso, y el nombre de Rómulo, por demasiado histórico. Además, llamarse Rómulo equivalía de suyo á llamarse rey, cuando pugnaba Octavio porque los romanos aceptaran la monarquía sin perjuicio de rechazar su nombre. Tras mucho buscar, encontró el apellido ya legendario de Augusto. Nadie lo había llevado en Roma. Pero este adjetivo, con el cual jamás calificaran los romanos persona ninguna, sirvió de antiguo para calificar los objetos más excelsos y sacros. El rito se denominaba en su habla clásica y corriente *augusto*; los templos eran *augustos* para el pueblo: derivado tal nombre de augurios y de augures, completaba la divinización del emperador, puesto que confundía sus apellidos y cognómenes propios con el apellido y cognomen de Júpiter. Luego, *augusto* provenía del verbo latino *augere*, que quiere decir aumentar ó aumento. El más castigado y más adúlador de todos los poetas

latinos, Ovidio, nos deja en sus Fastos unos versos explicativos de la palabra y su elección. « Nuestros padres, dice, llamaron augustos á los objetos sacros, augustas llamaron á las aras y á las demás cosas litúrgicas indispensables á las divinidades en los templos: de tal buen agüero depende la virtud originaria de tanto nombre, porque si en Júpiter indica el aumento de su obra divina, en el jefe nuestro indicará el aumento de sus años y de su imperio.» No puede con claridad y exactitud mayor que la exactitud y claridad usadas por Ovidio, clasificarse la etimología de Augusto. Llamóse, pues, César Octavio, augusto emperador ó imperator. Este nombre de César aun resuena en nuestros oídos siniestramente y aun expresa una enfermedad interior de pueblos tan ilustres como alemanes y franceses. César se llamó Carlos V; César se llamó Carlo Magno; César se llamó Napoleón Bonaparte. Aunque allá, en el siglo tercero de nuestra era, lo abrogó un emperador, y aunque solamente lo llevarán con una especie de propio derecho los Césares pertenecientes á la familia del colosal dictador, todavía se llama kaisar el monarca de Austria; todavía se llama czar el monarca de Rusia; y kaisares y czares derivan su nombre de los Césares de Constantinopla, quienes, á su vez, lo derivaron de los Césares de Roma, como los Césares de Roma,

por su parte, lo tomaron de César y de Augusto.

Un imperio, á la verdad, no es tan sólo una persona, es también una familia. Todos los allegados por la sangre y por el apellido al monarca necesitan compartir su majestad y su nobleza. De aquí la inmensa importancia que los problemas familiares, ó sean los problemas dinásticos, alcanzan á una en toda monarquía. Las leyes romanas, escritas para un pueblo republicano, aunque admitían la diferencia esencial entre familias patricias y familias plebeyas, no contenían el caso de una familia cesárea, cuasi divina, en donde hombres y mujeres necesitan de privilegios propios, muy esplendentes, para lucir en derredor del monarca. Octavio, á quien llamaremos Augusto desde ahora, para mejor entendernos, comenzó á pensar en distinciones legales para su familia. El sistema parlamentario arraigaba tanto en las costumbres romanas, y el afán de legislar se compadecía tan bien de suyo con la romana compleción, que Augusto pidió excepciones legales para su familia. No tenía hijos Augusto. En ello fué tan desgraciado como el dictador Julio César. Pero tenía sobrinos, provinientes de su hermana Octavia, como Marcelo; nietos, provinientes de su primogénita Julia, como Agripa; entenados, provinientes de su mujer Livia, como Tiberio. Marcelo había entrado por este tiempo en

sus diez y nueve años. Una ley llamada *de Annalis*, exigía veintinueve años para postular el consulado; Marcelo pudo postularlo y optar á él dos lustros antes que los demás ciudadanos. Para su hijastro Tiberio, que, á la sazón aquella, contaba diez y ocho años, recabó la prerrogativa de optar á los cargos públicos antes de cumplir veintitrés. Así, por estas excepciones, iba poco á poco Augusto fundando la familia imperial y constituyendo una dinastía cesárea. En esta dinastía representaban papel importantísimo las mujeres. Octavia, la hermana mayor de Augusto, determinó ella sola, no solamente una parte considerable de la política interior del Imperio, sino también una parte considerable de la política exterior. Cargada de hijos en los diversos matrimonios á que la constriñeron el emperador y el Imperio para sus necesidades políticas, y hasta cargada de hijastros, al hogar conducidos por su matrimonio con el amante de Cleopatra, pedía honores, cargos, distinciones, riquezas y preeminencias sin tasa para estos príncipes de la sangre. Por su parte Livia no se descuidaba respecto de su hijo Tiberio, á quien creía ver en sueños de ambición desapoderada sobre un trono tan alto como el nuevo trono de Roma. Mas la preferida en aquella familia imperial y cesárea, la verdaderamente amada, era Julia, la princesa Julia, en quien á porfía se

juntaban la inteligencia y la hermosura. Augusto se miraba en ella, designándola para ornamento de su corte, ya que le parecía en su amor paternal hechizo de su vida. Por tales motivos Julia desempeñó durante muchos años, en la Ciudad Eterna, un papel de protagonista, que provocaba muchas envidias, y provocando muchas envidias, la exponía de suyo á muchos y muy temerosos peligros.

Esta víbora de la envidia se hallaba demasiado cerca de Julia para que no le picase á la continua y no concluyera envenenándola. Se personificaba la envidia en su madrastra, la esposa última de Augusto. Esta madrastra, llamémosla por su nombre, Livia, no parecía una mujer de casa, parecía un hombre de Estado. Si á la hombruna Fulvia pudo llamársela un general, un emperador pudo y debió llamársele á Livia, estadista verdaderamente viril. Pero si Livia sólo deseaba regir el mundo, Julia sólo deseaba gozar de la vida. Mientras la mujer de Augusto se perdía en la sirte de todos los problemas políticos, la hija de Augusto se perdía en los abrazos de todos los placeres juntos. A primera vista diríase que les quedaba plaza y lugar á las dos para el sendo ejercicio de sus respectivas inclinaciones, diferenciándose tanto los atractivos en el goce de las tristes asperezas en el mando. Y, efectivamente, Livia y Julia jamás chocaran, jamás entre

si, á no tener una y otra hijos. Por ley natural todas estaban en el caso de fijar su atención y su deseo sobre la herencia de Augusto y apercibirla cuidadosamente y arreglarla con arte para su prole respectiva. Los goces y placeres de la hija, que tanto la separaban de los austeros tratos usuales en la mujer, hubiéranla servido, en caso de infecundidad; pero fecunda, con hijos, la deservían mucho. Echábalas Augusto de moral. A título de sus purísimas costumbres había tomado el cargo de censor purificando la Cámara patricia, y había combatido las orgías de Antonio, vencéndolo en Accio y en Egipto. Nunca le perdonó á éste la ofensa material que le hizo con repudiar á su hermana Octavia, y la ofensa moral que le hizo con retratarle á él mismo como un sátrapa de Oriente rodeado de muchas fáciles mujeres propias y ajenas. Augusto quería en todo eclipsar á la república y merecer el imperio; pero sobre todo en materia de costumbres. No conservaba el título de César, ó sea dictador perpetuo, solamente por su ciencia y por su valor; lo conservaba por aventajarse la naturaleza y complexión suya en virtudes á todos los romanos. Y fundador de un régimen desusado, nuevo, reciente como el régimen monárquico, de carácter imperial y cesáreo, sabía cuánto los prestigios naturales de su familia y de todos sus parientes prestaban de suyo natural auto-

ridad á su imperio. Desde que, tomando el aumentativo nombre de Augusto, se propuso prosperar todos los negocios públicos en Roma, quiso que prosperase también bajo tal advocación la virtud y el brillo moral de su familia. Pero en esta familia ¡oh! había muchas mujeres, y con las mujeres hijos, nietos, entenados, sobrinos, afines varios, los cuales formaban dentro de la familia imperial ejércitos contrarios. Por consecuencia, el emperador acariciaba un sueño. Baste considerar para persuadirse á ello, que junto á Octavia, cuñada; junto á Livia, mujer de segundo lecho, como suele decirse; junto á Julia, hija de Augusto é hijastra de Livia, se hallaba nada menos que la madre de ésta, la primera mujer del emperador, Escribonia. Y caso rarísimo: después de haberla despedido por público repudio y en solemne divorcio, la retenía dentro de la casa y á su lado. Imaginaos una esposa repudiada en compañía de la esposa que le ha sucedido y del esposo que la ha traicionado, y de la vieja cuñada y de la joven prole. Aquella casa debía parecerse, como decimos vulgarmente ahora, debía parecerse al infierno. Y todas las cóleras infernales, de tan diversos puntos partidas ¡oh! debían arremolinar-se á una sobre la frente de Julia y perderla para siempre.

Grande contrariedad al emperador Augusto. Des-

de que mataron á César había consumido la existencia en guerrear con todo el mundo. Cerráronle primero el paso los dos estoicos asesinos de César, y los persiguió hasta exterminarlos en Filipos. Los hijos de Pompeyo, tan valerosos y tan desdichados como su padre, habían querido combatir el poder supremo amortizado en su persona singular y los ahogó, venciendo á Sexto en las aguas de Sicilia. El triunviro Lépido se había creído á su altura por ejercer tal dignidad ó llevar tal título, y lo destronó despiadadamente. Retólo Antonio y tuvo que ir de Brindis á las aguas de Accio, desde las aguas de Accio á las aguas de Alejandría, luchando y reluchando con aquel pretoriano, que fuera general suyo, y con aquella reina que fuera favorita de César; y cuando, superados tantos escollos, vencidas tantas fuerzas, disueltas rebeliones tales, ufánabase con cerrar el templo de Jano y traer paces perpetuas al mundo, un combate mortal surgía en su propia casa y la guerra tronaba devastadora sobre su tálamo nupcial y en los sacros senos de su divina familia. Lloraba Octavia por un lado la muerte de su débil y entequísimo Marcelo, á quien darían inmortal nombre, mas no vida inmortal, los inmortales hexámetros por Virgilio escritos en lamentación de su muerte. Andaban de aquí allá los hijos varios de Julia, por Augusto amados, como

nietos suyos que eran, pero aborrecidos de Livia, quien los designaba para la muerte allá en sus deseos secretos concentrados todos ellos sobre un propósito de recabar el imperio para su hijo de otro matrimonio, para su hijo sobre toda ponderación inteligente y hermoso, para su Tiberio. Luego venía Escribonia, esposa honoraria, desechada para siempre del tálamo, donde había pasado noches muy amargas en la vigilia y en el insomnio durante los tiempos del combate, bien diversos de aquellos en que gozaba otra la múltiple satisfacción del triunfo, envenenándose á sí misma en dolor asesino regado con ponzoñosas lágrimas y envenenando el ánimo de Julia, sobre quien Augusto reconcentraba sus amores y sus esperanzas. Julia pudo compartir, más que persona ninguna, el imperio con Augusto, de tener propensiones políticas; pero Julia era la pasión erótica encarnada. El apetito más desordenado movía su voluntad, concentrada en el placer y en sus goces. Aquel organismo suyo se asemejaba muchísimo al organismo de Cleopatra. En delirio perpetuo, los sentidos aquellos no se hartaban jamás. Su instinto brutal copiaba del deseo puro é idealista lo infinito, lo eterno, lo insaciable. Sobre su organismo, donde parecía el fuego de la vida sólo animado al fuego del placer, sobreponíase una complexión voluptuosa. Llevábanla

sus músculos al inmundo vicio de la más increíble lubricidad, como á cualquier cuerpo inerte le dan sus átomos un sér fatal incontrastable. Los nervios vibrantes sacudíanse como epilépticos al aguijón del deseo. El cerebro sólo concebía ensueños lujuriosos, que dominaban á un tiempo el corazón y el estómago de aquella libidinosa mujer. En vez de apartar el pensamiento de las cosas sensuales, hundíalo en su contemplación. Las ideas, puras de suyo, prestaban al deseo grosero continuo combustible. La vida humana se apropia unos elementos y repele otros, quiere á unas personas y á otras detesta. Julia, en sus vicios, no hacía distinción apenas de clases y personas. Lo mismo le daba un viejo gladiador que un joven patricio. Disgustábase de todo cuanto no fueran sus orgías, y en tal estado terrible de su ánimo y de su conciencia tenía junto á sí una mujer que la celaba como Livia. De igual suerte que los creyentes guardan el temor de Dios, Julia guardaba el temor de su padre. No quería, pues, en modo alguno disgustarlo. Así hacía cuanto estaba en su mano para ocultar á la indagadora mirada suya lo grosero de tantos apetitos como dirigían y afeaban su vida. Las orgías presididas por ella tomaban el carácter de una conjuración. Como placeres anejos á la voluptuosidad, sentía con suma viveza el comer y el beber desor-

denadamente. Las leyes han puesto en las propensiones del individuo á nutrirse la conservación propia suya y en la propensión del individuo á propagarse la conservación de su especie. Pero el placer de la mesa no puede compararse con los placeres del amor, cuya intensidad muestra de cuántos medios y recursos ha necesitado valerse la pródiga naturaleza para imponer á los individuos esa transfusión de sí mismo en otro sér, deseado y querido, transfusión que lleva en sí aparejada la muerte continua y que resulta en último caso una especie de inconsciente suicidio. Y mientras Julia era como encarnación de la más intensa lubricidad, Livia era como encarnación de todas las ambiciones políticas. Y así como la una, en tratándose de sus goces, no tenía escrúpulos, por su parte la otra, en tratándose del inmediato logro de sus ambiciones, tampoco tenía remordimientos. He ahí las dos mujeres que luchaban á brazo partido en la casa y en la familia de Augusto.

A los quince años Julia cácase con Marcelo, joven de veinte, por mandato de Augusto. El novio tenía delicada complexión y la novia complexión ardiente. Así, al poco tiempo de aquella boda, el desdichado muere consumido tras horrible agonía. Escogiólo Augusto para sucederle. No contento con que fuera sobrino carnal suyo, yerno, hízolo también

por adopción hijo. Livia, que contaba dos muy robustos, inteligentes y hermosos, de su primer matrimonio, quería para ellos el imperio y la suprema lugartenencia del imperio. Así miraba con sonrisa y ojos complacientes la poquedad y entenez de Marcelo, cuya vida se interponía como una tenue telaraña entre sus ambiciones y el trono. Dió Casio en su libro desliza la sospecha de que Livia colaboró y cooperó mucho cautelosa y sigilosamente al prematuro fin del malogrado príncipe heredero. Los maldicientes añadían á tales extendidas sospechas alguna indicación más, como la de que un médico imperial intervino allende lo necesario y lo justo en la enfermedad última de Marcelo. Efectivamente, habiendo ido éste á Bayas para cuidar de la preciosísima salud suya, y hallándose muy constipado, le recetó Musas, médico augustal, un baño de agua fría. Los cortesanos murmuraron, como se murmurara de continuo en las cortes, y dijeron unos que había muerto á veneno y otros que á manos del médico. La desesperación de Octavia no tuvo límites. Hermana de Augusto, para el poder supremo nacida, futura emperatriz madre, hallóse con todas sus ilusiones y todas sus esperanzas muertas á la muerte de su hijo. Cuánta natural envidia no debían inspirarle á Octavia su augusta cuñada, feliz con sus dos hijos, á cual más bello y más

robusto. Las historias cuentan que Octavia detestó desde aquel minuto á Livia con odio cruelísimo. «¿Qué mucho, añade Séneca, si concluyó aquella madre infeliz por detestar á todas las madres felices?» Ella, y sólo ella, tuvo la culpa de todo por haber arrojado su endeble criatura, para que ascendiese al imperio, en las voraces llamas del amor de Julia, el cual ¡ay! lo acabó pronto. Los contemporáneos á una se hallan contestes en que perdió toda salud á los pocos días de casado, y fué con lentitud extinguiéndose, pero extinguiéndose sin remedio. Augusto no sabía dónde colocar á Julia ni qué hacer de Julia. «Dos hijas me dan muchas pesadumbres, exclamaba de continuo, dos, la viuda Julia y la república romana.» Pero hay que decirlo, sometió con mayor facilidad á su imperio la Ciudad Eterna que la princesa imperial. Dos mujeres, como Escribonia y Julia, repudiada la una, viuda la otra, debían traer muy mal aquella difícil corte. Augusto creyó indispensable casar de nuevo á su hija. ¿Pero con quién? Livia la pedía para su Tiberio, demanda imposible de satisfacer, dados los celos y los recelos de Octavia. Su hermana y su esposa compartían el influjo sobre Augusto, quien se inclinaba ya del lado de la una, ya del lado de la otra, según lo pedía el reposo de su familia y de su imperio. No casó, pues, á Julia con su entenado por no re-

abrir las profundas heridas que la muerte de Marcelo abriera en el corazón de su hermana. Buscando yerno, interrogó á todos sus consejeros, especialmente al principal de todos, á su amigo y ministro Mecenas. Éste le aconsejó el casamiento con Agripa, su general en jefe, observando cómo no podía existir sin daño del imperio un hombre tan poderoso fuera de la familia imperial y lejos del trono augusto. Pero Agripa estaba casado nada menos que con Marcela, hija también de Octavia. ¡Buena dificultad! El divorcio se había extendido en Roma por esta edad, tanto, que facilitaba todas las combinaciones imperiales. Octavia se prestó á divorciar su Marcela de Agripa por tal de impedir el matrimonio de Julia con Tiberio. La infeliz hija suya, sacrificada por modo tan cruel á la impía razón de Estado, se conformó tristemente, pero se conformó al cabo, con su adverso destino. En cuanto al militar Agripa no había que hablar: general de todos los soldados, era un soldado ante Augusto, de quien tomaba la consigna y cumplía la ordenanza con severa incontrastable obediencia.

Parece imposible que Augusto no comprendiera cómo disolvía la familia romana multiplicando los divorcios en su propia familia. Entre los muchos males anejos al principio monárquico hay uno señalado en verso escultural por Horacio, el poeta re-

publicano de complacencias imperialistas: la facilidad con que al ejemplo de los reyes amolda las costumbres todo el mundo. Se divorciaban las gentes augustales, pues también se divorciaban las gentes de escalera abajo. En China estornudan los cortesanos cuando estornuda el emperador; estornudan los mandarines, cuando estornudan los cortesanos; estornudan los burócratas cuando estornudan los mandarines; á su vez los pueblos estornudan cuando estornudan los burócratas; y un estornudo forzoso recorre todo el imperio, desde la Tartaria hasta el Pacífico. En tiempos imperiales se divorciaban los patricios, porque veían el divorcio en los Césares; y se divorciaban los plebeyos, porque veían el divorcio en los patricios. Éste deja su mujer, porque ha descorrido su velo y mostrado su rostro; aquél porque ha ido sin licencia de su esposo á los juegos; otro porque ha tropezado casualmente con célebre prostituta en la calle. Afligido el emperador á la consideración de tales casos, promulgó las dos leyes Julia y Papia Popea, tan citadas en las aulas universitarias, por dirigidas á robustecer la familia. En ellas castigábase con gruesas multas al cónyuge causa ocasional del divorcio. La mujer liberta, casada con su patrón libre, no podía demandarlo. El celibato era con muchas disposiciones contrariado. Se restable-

cían los medios mejores de restaurar la confarreción, matrimonio religioso abandonado al punto de no haber podido encontrar los pontífices y los flamines mujeres nacidas en tal condición para casarse. Así contrarió también la viudez. Toda viuda, cuya edad no llegase al medio siglo, hallábase incapacitada para poder aceptar las herencias de sus deudos y amigos, si no contraía inmediatamente nuevo matrimonio. El marido sin prole percibía solamente la mitad, y, á veces, el tercio de los legados. En cambio los matrimonios fecundos gozaban el derecho de acrecer en la herencia perdida por los matrimonios infecundos afines suyos. La madre de tres niños no había menester de autorización alguna para testar y no entraba de viuda en la tutela de su antigua familia como entraban las madres sin hijos. Los esposos no podían legarse mutuamente más que la décima parte de sus bienes; pero los padres de muchos hijos tenían mayor latitud. Augusto creyó restaurada la familia de esta suerte, y decíanselo así en muchas ocasiones los primeros poetas. Ciertó que no podía fiar mucho de palabras tan por extremo engañosas como aquellas que atribuían á sus miradas y sonrisas el claro azul de los cielos y el regocijo de las primaveras. Pero á esto añadía Horacio que, gracias á él, pacían seguros los bueyes en las pra-

deras, brotaban las espigas nutrices en los campos, hendían los barcos bien conducidos el mar, la buena fe daba de mano á la sospecha, el adulterio huía de los hogares, ahogábanse al nacer los escandalosos desórdenes, las madres veían á una en sus hijos la semejanza natural con sus verdaderos esposos y recibía la culpa su merecido en tribunales sin tacha. Ovidio, por su parte, no se queda en adulaciones y alabanzas corto así que alguna vez tropieza con Augusto. La magnitud excelsa del personaje le abrumba en términos de no encontrar un verso digno cuando más los pide y más los necesita. Creeríasele un poeta del Asia, quemando incienso en aras de cualquier sátrapa oriental. «¿Oyes, le dice al emperador, esos vivas del pueblo, del Senado y de nosotros mismos, los caballeros, aclamándote padre de la patria? Pues ya eras nuestro padre antes de haber aceptado título tal, ofrecido por nuestros tardíos homenajes; ya eras padre del universo entero.» Como á Júpiter en el Olimpo le denominan eternamente padre de los dioses, á César Augusto le denominarán todas las generaciones padre de los hombres. Y tras todo esto viene una comparación entre Rómulo y el emperador, toda ella en desdoro de aquél y en elogio de éste. Rómulo había fundado una Roma cuadrada, cuyas fortificaciones pudo Remo superar de un

salto; y desde que Augusto manda en Roma, el sol nace y muere dentro del imperio romano. Un rincón apenas poseía Rómulo, mientras todo cuanto hay bajo los cielos pertenece á César. Rómulo se llamó rey, mientras Augusto príncipe; Rómulo mató á su hermano y Augusto ni siquiera mató á sus enemigos; Rómulo recibió por hijo de un dios la divinidad en herencia paterna, mientras Augusto hizo por sus virtudes y por sus grandezas dios á su padre. Pero la diferencia mayor encontrada por Ovidio entre los dos fundadores, el fundador de la ciudad monárquica y el fundador de la ciudad imperial, estriba en que, mientras el uno, para procurar mujeres á los romanos, robaba en raptó infame las sabinas, el otro ha devuelto la castidad á las esposas romanas y su perduración al romano matrimonio. ¡Mal juez Ovidio en estas materias, pero peor profeta! Los escritores del tiempo nos refieren que la frecuencia del divorcio continuó en términos de cambiar las damas sus maridos cada otoño, habiendo celebrado algunas diez y hasta doce matrimonios en su vida. Y mientras Augusto promulgaba, desde lo alto de la tribuna, en los Rostros, por el día, las leyes Julia y Papia Popea, su hija degradaba el sitio aquel por la noche, dándose la infame, borracha y fuera de sí, á nueve gladiadores seguidos.

Pero ¿qué había de suceder, cuando la impía ra-

zón política destrozaba por tal modo el matrimonio en la familia imperial, que semejaban lechos de prostitución sus lechos imperiales? El matrimonio de Julia con Agripa es una falta irreparable. ¿Cuántos extremos no había hecho Augusto por la muerte de su sobrino, y Octavia por la muerte de su hijo, el celebrado Marcelo? Componía por aquella sazón Virgilio su *Eneida*, y precisaba que cantase al malogrado esposo de Julia en sus versos inmortales. Difícil cosa cantar á un joven de veinte años, quien, apenas mozo y nubil, había caído en brazos de una mujer voraz, que lo mató en desórdenes nupciales. Virgilio estaba incapacitado de registrar, no ya hechos de aquel malogrado, ni siquiera virtudes, por desconocido, á causa del apartamiento majestuoso en que vivía por augustales disposiciones la familia imperial. Y, sin embargo, allá en el sexto libro de la *Eneida*, cuando esa epopeya en acción, que se denomina historia de Roma, pasa en profecía desde los labios del viejo Anquises á los oídos del pío Eneas, entre tantos héroes como han cansado á la fama, resuena el nombre de Marcelo y aparece la desvanecida sombra. En los hexámetros que preceden á su aparición, hexámetros dignos de ponerse por inspirados y perfectos junto á lo más bello por la edad antigua transmitido, Virgilio caracteriza en tres palabras la naturaleza y com-

plexión del pueblo rey. Otros le aventajan de seguro en el arte de cincelar los bronce y encender los mármoles, otros verán afluir á sus labios la elocuencia y á su entendimiento descender los misterios del cielo revelados por el curso de los astros; mas á Roma le toca el arte de regir á las gentes, imponiendo la paz á los sumisos y la dominación á los soberbios. Dicho esto, entra en escena Marcelo, conducido por la mano de su padre muerto, primer esposo de Octavia. La incomparable armadura resplandece como una estrella, pero acaba la vida en su espaciosa frente y se pone el sol en los profundos ojos. Su padre, intrépido general de caballería, que mantuviera en estruendoso tumulto la república vacilante y domara los galos y los cartagineses insumisos, colgando trofeos y despojos en el templo de Júpiter feetrio, se le parece del todo, prueba viva de la castidad inviolable y de la virtud inflexible que brillaran desde la cuna en su bella y virtuosa madre. Diríase que, al verlo tan hermoso, tan grande, tan inspirado, los dioses no habían querido en la tierra dejarlo para que no superase á la divinidad ninguna raza mortal, ni la raza latina siquiera. Y Virgilio, encerrado en los estrechos límites de aquella vida sin historia, no teniendo recuerdos que invocar, deja sueltas las riendas á todas las esperanzas imaginables y conjura la romana

gente para que siembre de lises y otras flores pintadas y olorosas sobre aquel brevísimo y malogrado cuerpo. La historia, la pintura, la tradición, leyendas innumerables nos han transmitido la emoción dolorosa producida en la familia imperial por el acto solemne de leer el poeta sus divinos versos. Augusto lloró como un mísero niño y Octavia perdió el sentido, en términos de creerse su desmayo la muerte. Al salir de tan prolongado síncope la princesa, faltóle tiempo, en su agradecimiento, para designar crecido pago á la suma de los treinta y seis versos que componían el episodio. Tras tales extremos, parecía lo más lógico y natural que Octavia se propusiese un respeto religioso á la memoria del hijo, prolongando la viudez de la nuera. Ya que su poeta cortesano conjuraba las gentes de Roma para que llevasen flores á los restos de Marcelo, no había flor ninguna tan propicia y tan bella para él como los recuerdos luctuosos de su familia y la prolongada viudez de aquella mujer en cuyos brazos había muerto. Sin embargo, Augusto necesitaba ocupar pronto el nupcial tálamo de su hija, y á esta consideración lo sacrificó la madre todo. Parece imposible: no solamente prescindió del recuerdo religioso debido á Marcelo, sino que prescindió del respeto debido á la felicidad y á la honra de la pobre hermana de éste, de la infeliz Marcela.

Su tío Augusto, que amaba los hijos de Octavia como á hijos suyos, no sintió escrúpulo ni remordimiento en el sacrificio de aquella infeliz Ifigenia, inmolada sobre los altares de su imperio. Las raíces inseguras del trono habían menester aquella inmolación, y perpetraron, tanto Augusto como su hermana Octavia, el terrible holocausto sin pestañear siquiera. Pero imposible que la conciencia herida no gritase á voces; imposible que la moral desacatada no impusiese las indeclinables sanciones; imposible un buen matrimonio erigido sobre tan escandaloso divorcio; imposible la supresión de tantas consecuencias funestas encerradas en aquellos ejemplos; imposible compadecer la virtud y su felicidad con el crimen.

No hablemos de los combates empeñados entre Livia y Octavia para conseguir aquélla que Julia se casase con su hijo y ésta que Julia se casase con cualquiera que no fuese Tiberio. Ya lo hemos dicho: eligióse, por consejo de Mecenas, Agripa, el vencedor de Accio, sin cuya fidelidad Augusto jamás á tantos enemigos como tenía venciera, ni se alzara con el universo mundo; pues débil de suyo, flaco de fuerzas, tímido y hasta cobarde, no hubiera podido guerrear con gloria ni lucir entre tantos guerreros ilustres, mientras el general aquel, émulo por su fuerza y por su constancia de los primeros ha-

bidos en Roma, le mantuvo todas las campañas marítimas y terrestres; venció en Perusa y en Francia; sumergió la fortuna de Sexto Pompeyo en las aguas de Sicilia y en los arenales de Alejandría la fortuna de Marco Antonio, teniendo por suprema honra el obedecer á Octavio Augusto con tal que le dejase mandar éste sobre sus soldados. El emperador no solamente hacía un acto de familia casando Agripa con Julia, también hacía un acto de política. La gloria de tan excelso general fuera del imperio y lejos de la familia imperial ¡oh! era una sombra nefasta proyectada sobre la familia imperial y el imperio. Asociólo, no solamente á su casa, también á su gobierno, designándolo para la herencia del poder supremo, como designó antes á su predilecto sobrino, el primer esposo de Julia. Su presencia junto al trono le daba una seguridad al trono tan firme, que los romanos creían la paz perpetua un vínculo de Roma si él heredaba su imperio. El único sér, forzado á reprobear la elección de Augusto, fué su esposa Livia, enpeñadísima, como tantas veces hemos dicho, en casar á Julia con su primogénito, el mayor de los entenados imperiales. Pero mujer de sumo talento la emperatriz, industriada en las cosas públicas, apta para ejercer el imperio á igual de su marido, conformóse con lo posible, y á fin de mostrar esta conformidad pidió la mano de una hija

del general para su Tiberio, así como la mano de una hija de Octavia para su Druso, robusteciendo y consolidando la dinastía suya personal apercebida y preparada por ella misma con tiempo y fortuna frente á frente de la dinastía y de los príncipes augustales. Agripa era en toda la extensión de la palabra un soldado. Plebeyo de nacimiento, llevaba consigo la más verdadera de las glorias, no la heredada fatalmente de otros, la por sí mismo adquirida. Tenía cuarenta no cumplidos años al casarse con Julia; mas, joven por la edad, no era joven por su genio y humor. Como criado en los campamentos y su rudeza, desconocía la sociedad romana y sus elegancias. En los maravillosos monumentos construídos á sus expensas, nótese lo grande, no lo exquisito. Plinio nos lo pinta con frase feliz cuando le llama varón bueno para la sencillez de sus costumbres militares, y malo para los recreos de las costumbres cortesanas. Augusto lo amó tanto que hasta en su tumba hizo poner la efigie de aquel hombre. Yo la he visto en Venecia, donde los azares del tiempo la llevarán. Desnudo á la usanza griega, y así fielmente retratado en lo que retrata mejor el cincel que los pinceles, en sus músculos y en su cuerpo, aparece como un verdadero soldado, semejante por su musculatura fuerte á los gladiadores; la espada en su diestra, la clámide á su espalda, el pie derecho

hacia adelante, los hombros anchísimos como para procurar una respiración gigantesca y una fuerza colosal, la nuca de un toro, la cabeza de un Hércules, el ojo muy recogido y la mirada muy escudriñadora, todo en él respirando la guerra, no aquella guerra griega cantada en los versos de Píndaro y Simonides, que parece con todas sus contradicciones y con todos sus combates una melodía, la romana guerra sin gracia ninguna, sin aquellas actitudes que han hecho de los soldados adscritos á Temístocles y Leonidas estatuas de Fidias, la guerra fuerte, y enérgica, y cruel, la romana guerra. Imaginaos un hombre así casado con una mujer como Julia. Nada entre los temperamentos de ambos esposos armónico. Mientras él tenía costumbres de trabajador, ella tenía costumbres de cortesana. Mientras él consagraba todas sus fuerzas á la política y á la guerra, ella consagraba todas sus fuerzas al placer y al devaneo. Hasta en sus sendas relaciones con las bellas artes y su culto disentían los esposos. Mientras ella gustaba de los objetos artísticos para que ornasen la casa propia y movieran sus sentidos, él gustaba de los objetos artísticos para que ornasen al Estado y sirviesen al Imperio. Pocos monumentos guarda la tierra que puedan emular el panteón de Agripa. Yo no he podido nunca pisar aquel mármoreo pavimento sin creerme transportado en alta

mar. Su bóveda os inspira y sugiere la idea de amplios horizontes sensibles en el espacio infinito, fuera de los límites puestos á las frágiles y estrechas humanas obras. Desde nuestra ciclópea Tarragona ideó Agripa 'el monumento que llevará por siglos de siglos, hasta la más remota posteridad, su esclarecido nombre. Como Augusto levantara un maravilloso templo á la familia de Apolo, Agripa levantó un maravilloso templo á la familia de Augusto. En su altar mayor, que diríamos ahora, campeaba Júpiter vengador, castigando á los asesinos de César, y en las otras capillas todos los dioses del Olimpo antiguo, enlazados con la genealogía de los príncipes y emperadores cesáreos. Cuando pisáis el inclinado suelo, esclarecido tan sólo por un tragaluz abierto en lo alto, y veis aquellas columnas estriadas de mármoles egipcios con zócalos de un color y chapiteles de otro, á los cuales ha dado el tiempo esmaltes y reverberaciones de piedras preciosas; cuando convertís los ojos á la rotonda, á la singular maravillosa bóveda arquitectónica, obra ignorada completamente de los griegos y parecida por lo colosal á las enormes construcciones asiáticas, verdaderamente veis y tocáis, aun hoy, la fuerza del Imperio y la majestad augusta de sus gigantescos fundadores, que necesitaron de tantas moles para ver de aplastar la libertad y la república romanas.

Ninguna de las rotondas construídas más tarde iguala sus dimensiones. Todas son más altas, pero ninguna es mayor. No hablemos de la rotonda del Escorial, que al fin sólo es la rotonda de una capilla en un monasterio. Pero la rotonda de San Pablo en Londres tiene de diámetro treinta pies menos; la rotonda de Santa Sofía en Constantinopla tiene veintisiete pies menos; la rotonda de San Pedro en Roma tiene tres pies menos que la rotonda del panteón de Agripa. La majestad y grandeza de aquel hombre no podían compadecerse con las nimiedades y las pequeñeces de Julia.

Imaginaos el navegante y rey Ulises en brazos de Circe: tal aparece Agripa, general y político, en brazos de Julia. Este Marte, que solamente respiraba odios, casado por imposición ajena y no por amor, al poco tiempo de haberse unido con Julia perdíase de loca pasión por ella, hechizado en las artes y maleficios de tal maga. No podía caer sobre su corazón mayor infelicidad. Librar la honra en la manceba de todos, entregar el corazón á quien de nadie se prendaba, cambiando continuamente en sus amores por cambiar en sus emociones, irreparable desgracia para cualquier hombre, desgracia mayor todavía para un hombre como Agripa, quien pronto advirtió dónde pusiera el corazón y el alma. Y en cuanto lo advirtió, empezó á combatir

con ella y empezó á combatir consigo mismo. La historia presenta en cada una de sus páginas escenas más dolorosas que la tragedia misma. Marido particular y privado, bien pronto pusiera con decisión á su mal radicales remedios, extirpándolo de raíz. Pero, general de aquellos ejércitos, heredero de aquella fortuna, coemperador con Augusto, esposo de una princesa imperial, miles de razones públicas le imponían la obligación de no tratar sus asuntos como cosa particular y privada. Mas la herida se ahondaba con profundidad insondable á tal consideración. Luchando con todos los enemigos de Roma jamás lograron vencerlo, y lo vencía mísera mujer. El único alivio que á su dolor intenso podía procurarse, la diversión de ánimo y de pensamiento, procurábaselo en viajes y expediciones militares. Y huía de Augusto por huir de sí mismo, temiendo rebelarse á un arretrato de celos, á un desatentado impulso de su corazón herido, á cualquier llamamiento y reclamo de su vulnerada honra. Iba por gobiernos lejanos y por largas y continuas revistas con propósito de cohonestar así ausencias obligadas y necesarias del hogar y del tálamo. Aunque Julia, comprendiendo toda la trascendencia política de un rompimiento con su esposo, y recordando cómo el nombre de otra Julia y su muerte indispusieran á Pompeyo y César, tomaba

todas las precauciones posibles, no podía ocultar lo tan difícilmente oculto al cariño de un padre, no podía ocultar á su esposo aquellos volcanes de su corazón, tan humeantes de oscuras nubes y tan eruptores de rojas y encendidas lavas. Contaban las historias que toda la juventud viril de Roma podía envanecerse de haber pasado por sus brazos. Un solo joven le resistió, el destinado á ser marido suyo por Livia, Tiberio. Inteligente, robusto, hermosísimo en sus mocedades, Julia lo requirió de amores, movida por un capricho natural en sus sensuales propensiones, y encontró sólo una estatua que la repelía con su frialdad y la miraba indiferente. No así, en verdad, Sempronio Graco, el favorito predilecto; no así Murena, Lépido, Ignacio, Antonio mismo, hijo del célebre triunviro, tantos y tantos otros adscritos á sus amores y presos en sus redes. Bien es verdad que su hermosura incomparable lo explicaba todo. Respecto de Julia no podemos decir lo que decíamos respecto de Cleopatra. La reina egipcia no dejó efigies y simulacros de su belleza, mientras abundan las medallas, los relieves, las estatuas que representan á Julia. En París puede vérsela vestida con el traje de Ceres, en talla mármorea, obra de un escultor heleno. Al traje ha debido presidir la inspección del padre y del esposo, porque nada tan recatado y honesto. Lleva en las

sienes la corona de áureas espigas y en la mano el cesto lleno de frutas. Austero palio envuelve un cuerpo que parece de vestal y de virgen; pero aunque no haya querido retratar el escultor sus vicios, tras la distinción aquella nobilísima, tras el aire honesto y recogido, tras el rostro de una imperial y olímpica soberbia, descúbrense por las finas facciones, por los trazos delicadísimos, por los labios voluptuosos, la natural ligereza de un provocador sensualismo y la carencia completa de voluntad y albedrío para sojuzgar y vencer sus brutales instintos, que dan á toda su figura, y con especialidad al rostro, mucho de inferior animalidad, fiera como una leona, pero descaradísima como una gata. Contemplándola recordaba yo la célebre anécdota, repetida entre todos los escritores, y que velaremos en latín, para quitarle un tanto su insufrible desvergüenza. Julia tuvo en su matrimonio con Agripa cuatro hijos, dos varones y dos hembras, los varones llamados Cayo y Lucio, las hembras llamadas Julia y Agripina. Estos hijos asemejábanse mucho á su padre legal, Agripa. Y como uno de sus amantes le observara cierto día esta particularidad y le pidiera explicaciones, respondióle brutalmente Julia con la desvergüenza que á continuación copiamos, dejándola, según ya hemos dicho, en latín: *Numquam, enim, nisi navi plena tollo vecto-*

rem. Todo esto debía naturalmente contrariar al infeliz Agripa y matarlo de pena y de vergüenza. Quince años vivió con Julia, y por ende acabó á los cincuenta y cinco. Augusto no supo jamás los dolores de su yerno. En las batallas le ofreció su vida, en la corte su honor. El César, que sintiera y llorara mucho la pérdida irreparable de su gran capitán, redobló los cuidados por sus hijos, creyendo cultivar así la memoria suya y recompensarle con creces la devoción tenida por él á su persona. El rico vivero de príncipes, que había dado la boda política y de artificio, le auguraban una dinastía numerosa y segura. Julia resplandecía en el cenit de su poder y de su influencia. El mayor de sus hijos, Cayo César, se congraciaba cada día más con el emperador y con el pueblo. Las princesas recibían una educación digna de su origen cuasi divino y de su ministerio en el mundo. Extraordinario calígrafo Augusto, las enseñaba él mismo á escribir y les dirigía la mano. En la mesa ocupaban la derecha suya sobre los triclinios, y en los viajes ó cabalgaban junto á él ó precedían su persona en litera.

Todo el amor que mostrara un día por Marcelo, mostrábalo por Cayo después, asociado á su imperio y heredero de su trono. Livia contemplaba todo esto con grandísima inquietud; y para des-

hacer la dinastía, volvió á sus antiguos proyectos, casando al fin Julia con Tiberio.

Tres maridos tuvo, cada cual de complexión más diversa. Casóse primero con aquella especie de ligerísimo efebo, que habían dado al mundo los primeros amores de Octavia; casóse después con aquel fuerte y robusto soldado, que había cedido á César Augusto la diadema del mundo conseguida en la victoria de Accio; y luego se casó á la postre con Tiberio, el más hermoso, pero también el más aborrecible de suyo y el más aborrecido por ella. Livia hizo que su hijo entrara en la familia imperial y ocupase aquel sitio altísimo, donde se habían sentado Marcelo y Agripa como herederos presuntos del Imperio. Pero ¿á qué precio entró? Primeramente necesitó divorciar á Tiberio de su tierna esposa, engendrada en el primer matrimonio de Agripa, y desde sus primeros años prometida por Augusto á su lecho y por él amada como si fuese novia de su elección. Puro y aun austero en la mocedad, atribuían las gentes la pureza rayana en austeridad suya, el estoico vigor de su temperamento, la regularidad moral de sus costumbres, al influjo de pasión tan legítima como soberana; y en cambio casábase con la mujer á quien él más aborrecía en este mundo, aborrecimiento mezclado con desprecio. Y confesemos que

tenía motivos bien fundados para odiarla. Julia cambiaba de maridos, pero no cambiaba de complexión. Las propensiones al goce, lejos de calmarse con los años, exacerbábanse á su transcurso. Tiberio aparecía en el matrimonio á sus ojos con esta laca, la de ser el único varón romano que resistiera con resistencia invencible las seducciones de sus atractivos y los mandamientos de su voluntad. En cuanto á él, imaginaos con qué gusto recibiría por mujer á la misma que no había querido por manceba. Mucho asco debía causarle, y no mucho amor, la esposa elegida y designada por los suyos. Pocas veces habránse visto en matrimonios desgraciados tantas mutuas repulsiones invencibles. Julia satisfacía un capricho, avasallaba un despegado y rebelde; mas para ella no tenía encantos el placer legítimo. No satisfacía el deseo sino claudicando ella y corrompiendo á los demás. En tal estado la vida matrimonial se tornaba insufrible de todo punto. Habitando bajo un solo techo, durmiendo en su nupcial tálamo, constreñidos por los mutuos deberes á tener una existencia común, hallábanse apartados por un combate, superior en odios y en crueldades á cuantos vemos en este nuestro desastrado universo, el combate feroz entre dos almas juntadas por la fuerza y discordes y reñidas por sus sendas invencibles propensiones.

Treinta y siete años á lo sumo contaría Tiberio cuando atravesaba tan siniestra fase de su vida. En ella debió adquirir la tristeza degenerada en misantropía, por cuyas criminales sugerencias oprimió la tierra, desangró la humanidad y deshonró la historia. Hijo dócil de Livia, vasallo fiel de Augusto, hecho á servir en el ejército y en la corte, ni un reparo adujo contra su boda; pero allá en lo interior del pensamiento recatado, bajo las dobleces de una voluntad hipócrita, en el seno de un ánimo solitario, aunque le rodeara todo el mundo, los propósitos de resistencia se arraigaron hasta un extremo tal, que nunca fué, nunca, esposo de Julia. Ésta, por su parte, aprovechaba el influjo omnipotente sobre su padre para tenerlo alejado y casi proscripto de la corte. Por consecuencia, todo indicaba el desenlace fatal de semejantes discordias matrimoniales, todo indicaba un divorcio. Tiberio lo quería con su imperiosa voluntad y lo preparaba con su natural astucia. Conociéndolo Julia, procuraba divorciarse, no legal, materialmente. Cooperaban á esto con ella los innumerables cómplices de su amor y de sus favores, pregonando á una la deshonor de Tiberio, sin pensar que pregonaban también los vicios de Julia. Plumas como la de Séneca el filósofo y Plinio el joven, además de las plumas, como tantos verdaderos pu-

ñales por los historiadores de primer orden esgrimidas, han trasladado á la posteridad este divorcio enmascarado con careta de político destierro. Tiberio se fué á Rodas, pero se fué con la resolución irrevocable de resarcirse y de vengarse.

El destierro de Tiberio produjo, como no podía menos, bandos y partidos en la familia imperial. Las guerras civiles ahogadas en la ciudad renacieron feroces en la corte. Así resulta por ley natural con todos los imperios. Matan la oposición franca en los comicios y brota la oposición artera en los harenes. Tiberio no perdonó á su mujer Julia que, para desasirse de su incómoda compañía, le designara en los consejos de Augusto general contra los parthos. A tal cargo impuesto por la perfidia, prefirió un destierro voluntario, en la seguridad y certeza de que resultaría por fin y á la postre destierro definitivo. Augusto y Livia le rogaron de común acuerdo que ofreciera el recibido mando en Asia y renunciase al escandaloso apartamento en Rodas. Tiberio, en su tenaz complexión, rehusó todo género de concesiones á los deseos paternos, con el fin de ver cómo Augusto se las componía sin él y Livia lo echaba de menos. Cuanto se prometía de su ausencia resultó en seguida. Livia se halló sola, y en su triste soledad circuida por las asechanzas de su nuera y de los hijos de su nuera. Ésta, en el

primer parto sufrido bajo la nominal advocación de Tiberio, tuvo un aborto, y el aborto aumentó el horror de su marido á ella y las maniobras de Livia contra la herencia y el influjo de sus hijos. Había, pues, dentro de la corte un partido personalísimo del emperador, otro de la emperatriz, otro de los nietos del emperador, otro de la princesa Julia. Presidía Sempronio Graco el de la princesa. Tal joven, acostumbrado á los combates políticos del antiguo tiempo, combatía en la casa del emperador como si estuviera en la casa del Senado. Así, á fuerza de maniobras políticas, logró, porfiando tres ó cuatro años, convertir el destierro voluntario y temporal de Tiberio en destierro definitivo y forzoso. Semejante victoria nueva, conseguida por la influencia de Julia sobre la influencia de Livia, hirió el corazón de esta última, corazón de madrastra, con herida mortal. Desde aquel minuto propúsose con propósito firme revelar al esposo las maldades increíbles de su hija. Estaba cierta de romper y despedazar su corazón, mas prefería con mucho tamaña extremidad á un odio platónico y secreto, incapaz de pública y ruidosa venganza. En el apego de su marido á renovar las virtudes republicanas, cual si no fuese toda corrupción natural y propia de los imperios, nada podía herirle como un conocimiento claro de lo que su hija era en el mundo.

Teníala por ejemplo de castidad y pureza. Cuando algún rumor á sus oídos iba, lo desechaba, teniendo á su Julia por una especie de Claudia. Fué tal Claudia una buena y casta mujer en tiempo de la República. Perseguida por infames calumniadores á causa de su horror al vicio, supo confundirlos pública y solemnemente. Como colossal nave portadora de la estatua de Juno, al ingreso de Ostia naufragara, y los adivinos anunciasen que solamente la pondría en flote, sacándola del abismo, una mujer honesta, Claudia se avanza, y con religioso conjuro, pidiendo á la divinidad un mentís de las calumnias que desopinaron su persona, la maravilla se cumplió y vino á la superficie del mar la máquina sepultada en lo profundo. Llevaba el emperador su imperial celo por la virtud y pureza de Julia tan allá, que le combatía sus propensiones al excesivo lujo. Ésta, cuando se adornaba con exceso, decía que se adornaba para su esposo, y cuando se adornaba con sobriedad y sencillez decía que se adornaba para su padre. Augusto aprovechaba todas las ocasiones propicias para darle algún advertimiento práctico. Cierta vez que notó en el circo clarísima diferencia entre la recepción dispensada por el pueblo á Livia, que iba en compañía de gentes tan maduras como graves, y la recepción dispensada por el pueblo á Julia, que iba en compañía de gentes

tan jóvenes como ligeras, hízole notar la hija que la juventud resulta siempre un mal corregible á cada minuto. Otro día, como Augusto viera la peinadora de su hija despojándola de algunos cabellos blancos, llamóle su atención sobre cuánto deben preferirse las canas á la calvicie. Julia defendía sus lujos y ostentaciones con estas frases felicísimas: «si mi padre olvida con frecuencia ser César, yo nunca olvidaré que soy la hija de César.»

No convencían tales razones al emperador. Empeñado en guardar de la República todas cuantas ventajas la República tuvo, si no mantenía las instituciones libres y parlamentarias mantenía las viejas y austerísimas costumbres. En el habla usual de los republicanos surgía continuamente, como un tópico indispensable, la rueca y el huso de Lucrecia. Camilo, Cincinato, Curcio, vistieron trajes hilados y urdidos por sus mujeres. Augusto se ufana-
ba de lo mismo, de que sus vestiduras en todo tiempo salieran de los telares caseros, tejidas por mano de sus mujeres. En tal empeño se advertía toda la característica propia de su política. Nunca se habló tanto de libertad, nunca de Senado, nunca de viejas instituciones republicanas como á la fundación del Imperio. Todo lo tristemente nuevo se revestía y enmascaraba con las apariencias de lo antiguo. No acabó la grandiosa Cámara senatorial en su

tiempo; renovóse y purificóse á sus leyes. El tribu-
nado y el consulado no desaparecieron; desempe-
ñaronlos estadistas integérrimos como él y como
Agripa. La censura, tan gloriosamente fundada en
los antiguos tiempos y esclarecida por el celo repu-
blicano, cayó en su poder á fin de que recobrará los
antiguos esplendores.

En la tribuna ociosa no se oyeron los discursos
de Marco Tulio, pero se promulgaron las leyes Ju-
lia y Papia Popea, santificadoras de las costumbres,
pretendiendo así el innovador que restauraba y no
hería la República. De igual suerte organizó la corte.
No busquéis en ella los libertos de más tarde, aque-
llos favoritos griegos que, después de haber pasado
por la ergástula, cooparticipaban del trono, y con
la cadena en el pie, ceñíanse la diadema de Roma
en las envilecidas sienes; el tren de Augusto, el
ajuar, el esplendor, se diferenciaban muy poco de
los usuales en las primeras familias romanas. Re-
domadamente político, sabía, con saber profundo y
perfecto cómo se cambian las instituciones con fa-
cilidad cuando se finge respetar las costumbres con
celo. Su arte y destreza en convertir la casa par-
ticular en palacio demuestra cuán taimado y dolo-
so era. Un príncipe de la república no había me-
nester palacio por alta consideración y autoridad
que tomase; pero un príncipe de la monarquía, un

verdadero emperador como Augusto, necesitábalo de toda necesidad. Pero ¿cómo conservar la sencillez republicana en palacio grandioso, ni ejercer la majestad imperial en casa reducida? Taimadísimo Augusto, escogió un expediente que prueba su perfidia natural. Había vivido en el Foro de simple ciudadano. Mas emperador ó monarca, debía vivir en el Palatino, sacra montaña de las viejas tradiciones realistas, consagrada por la sombra de todos los reyes, adonde abrió Rómulo con la punta de su arado el surco para sembrar las ideas latinas y donde surgió la Roma cuadrata, base y fundamento ciclópeo de la eterna Roma. Como el monte Sacro y el Aventino resultan á una las montañas de los tribunos, el Palatino resulta la montaña de los reyes. Por consecuencia, el César debía vivir en el Palatino á la manera que Júpiter tronaba en el Capitolio. Nada más fácil que apropiárselo á voluntad. Los viles senadores, que habían legalizado todas sus usurpaciones, bien podían legalizar aquella indebida ocupación. Al cederle toda la tierra, no había para qué regatearle una colina. Augusto, escondiendo bajo apariencias engañosas los hondos cambios consumados en la Ciudad Eterna, compró una casa, la casa de un orador antiguo, la casa de Hortensio. Habitación de familia preclara, no tenía las dimensiones indispensables á la vivienda propia.

de una familia imperial. Precisaba ensancharla, extenderla, prestar á sus salones el espacio necesario para que dentro de sus paredes cupieran todas las magistraturas, todas las dignidades, todas las prerrogativas, todas las grandezas, todas las glorias acumuladas en su persona, que al fin había hecho del cielo su dosel, de la tierra su peana, de la humanidad su rebaño. Para el alojamiento de un poder como su poder necesitábase palacio semejante al palacio de Baltasar y Sardanápalo.

¿Cómo hacerlo? Una de las mayores curiosidades que os provocan á largo estudio en aquella tan estudiada Roma, es la excavación emprendida tras el palacio de los Césares. La historia y la naturaleza de consuno con sus voracidades, el tiempo con sus desgastes, la sociedad y los hombres con sus guerras lo han destruído todo en términos y han puesto sobre tal destrucción tantas moles y terrenos tantos, que hallaréis con mayor facilidad los restos de una tribu prehistórica ó la capa plutonia perteneciente á las bases fundamentales y á los terrenos primitivos del planeta que las habitaciones de personajes tan cercanos y tan históricos. Pero, excavada la colina donde tuvo Augusto la mansión, luego adscrita y vinculada en su familia y herederos, aparecen laberintos de piedras; muchas salas, ya circulares, ya cuadradas, ya octógonas; varios

pavimentos de mosaicos; mármoles de rarísimas canteras; alabastros, pórfidos, ágatas, materias todas semejantes á pedrería; estatuas trazadas por el cincel griego; frescos en los cuales campean, ya calles de Roma, ya escenas del teatro antiguo, ya personajes de la mitología, como Ceres en su carreta, como Io libertada por el divino Hermes, como Galatea perseguida por los cíclopes; excesos de magnificencias correspondientes con el exceso de autoridad y de poder. ¿Cómo, pues, todo esto se ha hecho? De un modo muy sencillo. Sucedió primero un voraz incendio, muy oportuno, para la reedificación de aquel hogar modesto. Luego se construyeron los templos de Vesta y de Apolo, ambos espaciosísimos, abiertos á la multitud que los veía deslumbrada, completados por anejos espaciosos; y así, en las dependencias del templo, en las edificaciones indispensables á sus respectivos claros, penetraban las galerías, las despensas, los archivos, las bibliotecas, las salas, en una palabra, las habitaciones de Augusto, sin que nadie lo notase, quedando en apariencia la modesta casa de Octavio, cual aparentemente quedaban también las instituciones republicanas dentro del Imperio.

Un hombre, que procedía por tal manera y suerte respecto de objetos tan externos y tangibles, imaginaos cómo procedería respecto de las costum-

bres. No ya conservar las que habían por tanto extremo enaltecido la forma republicana, mejorarlas: he ahí su capital intento. A este fin había promulgado en la tribuna de los Rostros las leyes Julia y Papia Popea, con ánimo de fomentar el matrimonio al modo antiguo y traer á Roma nuevamente la sacra y vieja virtud republicana. Para modelo de vida no podía ofrecer cosa mejor que su vivienda, y para ejemplos de mujeres castas no podía presentar tipos más propiamente suyos que su Livia y su Julia. Ufano de ambas, especialmente de la hija, más joven y más hermosa, ignoraba que allí, á la misma tribuna donde promulgó él sus códigos morales, iba Julia sigilosamente por las noches á entregar su cuerpo en compañía de locos mancebos y en guisa de las mercenarias prostitutas, al vino y al placer. El orgullo de la familia imperial se concentraba en la incomparable matrona. Las criaturas habidas todas en matrimonio legítimo por ella identificábanse con sus legítimos padres en semejanza y parecido. Alguna vez excedíase Julia de lo prevenido por su padre y monarca en materia de lujo, mas así que le dirigían cualquier advertencia, entraba en orden y regularidad, coadyuvando á los designios del emperador y á la gloria del Imperio. Su distinción le había captado muchos partidarios á la nueva forma de gobierno. La robustez y la hermo-

sura, universalmente reconocidas y admiradas, en honor de la familia cedía. Muy fundadamente se imaginara César descendiente de Venus; la resobrina, engendrada por el sobrino suyo Augusto, resplandecía con todas las gracias naturales á la divinidad incomparable del amor y del placer. Su frente ancha, su nariz helénica, sus ojos grandes, sus labios desdeñosos le daban cierta dureza indispensable á quienes habían de compartir la imperial autoridad y ocupar un trono tan alto. Cuando aparecía vestida para una festividad, calzada con sandalias rojas, envuelta en las atenienses túnicas, la diadema de oro cincelada primorosamente alrededor de las sienes y en la nuca el cabello negro anudado en un moño cubierto por tres hilos de perlas indias, el rumor de admiración provocado por su presencia se asemejaba mucho al rumor producido en los templos por los rezos y oraciones de un pueblo fiel y devoto.

Pero ¡cuántas y cuáles tentaciones increíbles no rodeaban á la mujer entonces! La esclavitud se imposibilitara, no obstante la inspiración de César y la increíble habilidad de Augusto, si la mujer en Roma no generara siervos. Los engendró sin remedio, los engendró en su corrupción. ¿Qué modo era ese de renovar las costumbres, presentando y ofreciendo tales divorcios en la misma familia imperial?

Tenían por tradición los romanos el adornar de ramas verdes los pórticos y puertas de las cámaras nupciales. Pues bien: mucho antes de que tales ramas se hubieran secado, despedían las matronas su marido y tomaban otro. Mujer hubo de ocho maridos en cinco años. Recorred las letras republicanas, y no encontraréis un libro comparable al arte de amar escrito en sus ocios sensuales por un poeta cortesano. Escribir y publicar semejantes libros á ciencia y paciencia del censor severo é imperial, que promulgaba leyes sobre leyes y disponía prevenciones sobre prevenciones en corrección y mejoramiento de las costumbres, indicaba cómo éstas se corrompieran por irremediable modo en el régimen imperial. Julia leía y releía los pornográficos hexámetros de tan asquerosa literatura, procediendo con arreglo á sus consejos elevados. Y á estas perversiones de las letras acompañaban perversiones análogas de los instintos domésticos más fundamentales y sacros. La esclavitud se recrudeció de tal modo en la Roma cesárea, que no parecía una ciudad ilustre de hombres libres, parecía una vil ergástula de misérrimos siervos. Como la naturaleza humana se resarce á la continua de todo lo dispuesto y de todo lo hecho en su mengua, el amor igualaba, saltando sobre los abismos insondables, aquellas criaturas desigualadas por la

sociedad y por las leyes. Grecia daba esclavos más bellos, más inteligentes, más artistas que todos los ciudadanos del viejo Lacio. Y el Africa y el Danubio daban esclavos más robustos y más fuertes que los conquistadores y déspotas del planeta. ¡Cuán fácilmente aquellos hombres, tratados, ya como inertes objetos, ya como animales domésticos, mientras los amos iban, bien á la corte, bien á la curia, se prevalían de la confianza en ellos puesta, y con salto de tigre subían desde sus abismos al tálamo nupcial de las patricias! Julia llevaba consigo una legión de siervos, electos entre los más hermosos que los conquistadores cazaban por las orillas de lejanos ríos. Especialmente un griego, que recordaba las melodiosas estatuas antiguas, y un fuerte nubio de facciones correctísimas muy compatibles con su tez negra y su atlética fuerza, la seguían por todas partes. Cuando un exceso de vigilancia ó un resto de rubor no le permitían salir á la carrera por las noches en busca de fáciles placeres y advenedizos amantes, desquitábase de su forzoso ayuno con estos animales domésticos, á quienes la vileza de su condición social no les quitaba por modo alguno la condición y la fuerza de hombres. El envilecimiento de los caracteres proviene de la profunda corrupción social, generadora también del envilecimiento en las instituciones. La

historia enseña que las formas de gobierno resultan del estado social y no lo causan ciertamente ni originan. Augusto aprendía, bien á su costa, y dentro de la propia familia, por qué nacieran su dictadura y su imperio.

Sustituir el Senado con el circo; levantar estatuas, no á los Gracos, á los cocheros; clasificar los partidos por los colores de las vestimentas titerescas y no por las ideas y por los principios del humano espíritu; hacer de las cuadras comicios y de los caballos dioses; todas estas necesarias acciones de un despotismo corruptor, empeñado en satisfacer con el trigo y el juego las hambres del alma romana, secularmente adscrita por una tradición gloriosísima y por un derecho consuetudinario al bien incomparable de la libertad, había de traer por fuerza una corrupción al mundo entero, de la que nadie podía exentarse y menos la cabeza del mundo, la infame dinastía cesárea. Ya no había oposición sino en los teatros y en los anfiteatros. Aquel pueblo mudo podía desatar su lengua, tirando lejos de sí la mordaza tradicional, con sólo reunirse alrededor de su tirano en las fiestas del circo. La menor observación pasaba por crimen de lesa majestad y traía consigo aparejada la muerte fuera de allí; pero allí dentro, las imprecaciones y los insultos al César pasaban por populares gracias. La plebe romana,

desacostumbrada ya de los comicios por tribus donde había gobernado al mundo y ejercido la sanción soberana, convertía los espectáculos públicos á lo mejor en manifestaciones políticas. Durante un triunvirato de Augusto, cuando éste se llamaba Octavio á secas, deseando el pueblo imponerle pronta paz con el último de los Pompeyos, ilustre marino, al pasar en las procesiones predecesoras de la festividad la imagen de Neptuno, dios protector del héroe apostado á la sazón en Sicilia, el pueblo lo aclamó con tales hurras y vivas, que hubo de comprender el dictador con evidencia incontestable los votos y aspiraciones de la pública opinión. Conforme iba en aumento la obra de rebajar y encadenar á los plebeyos, iban en aumento á su vez los dispendios empleados en divertirlos. Durante un año se consagraron en aquel entonces diez millones de reales contados por nuestra moneda corriente á festejos públicos. Augusto y Livia enviaron á Herodes, rey de Judea, once millones de reales para los gastos de una festividad proyectada en honor de los emperadores y del Imperio. Y todo esto tenía un objeto exclusivo: divertir el pensamiento público de la libertad. Un pueblo completamente ocioso había de estar por fuerza siempre de diversiones; y un pueblo siempre de diversiones había de concluir por envilecerse y por pudrirse. La tercera

parte del año se pasaba en jolgorios. Juegos augustales, plebeyos, de Ceres, de Apolo, de Cibeles, de Flora, de triunfos, de aniversarios, de Venus genítrix, de sus hijos, llenaban por tal modo el año, que llegaron á contarse ¡parece imposible! ciento setenta días feriados. La variedad infinita de juegos no sufre ninguna clasificación y no puede numerarse. Procesiones religiosas encaminadas más á entretener los sentidos que á provocar la devoción; coros con toda suerte de cantores y sinfonías con toda suerte de instrumentos; ejercicios de cuerda y equitación; cuadros vivos; acróbatas diestros en saltar; atletas más diestros todavía en combatir; animales domesticados y dispuestos á toda suerte de pruebas; flautistas del Asia y de la Grecia traídos; mimos y pantomimos; cazadores, juglares, pajare-ros, sin excluir á los retóricos ni olvidar á los gladiadores, formaban una población regocijada y gozosa, enteramente para el placer y el delirio en aquella inmensa mancebía que se llamaba la Roma imperial. Antes de amanecer, trompetas y clarines dirigían saludos al sol próximo, y después de media noche la fiesta duraba todavía. En estos tiempos de Augusto y Tiberio, por la velada primera de una festividad floral, cinco mil esclavos con linternas y antorchas acompañaron al pueblo en calles y por plazas. Daba grima ver tantos siervos de la casa

imperial como ciudadanos de la misma Roma en aquellos circos repletos de gentes, donde se corrompía el cuerpo y se degradaba el espíritu de un pueblo inmortal.

El Imperio, en su arte de corromper y esclavizar, no perdonaba medio ninguno. Podía llamarse la vida romana en aquel tiempo saturnal inextinguible. A tantas y tantas diversiones uníanse los banquetes públicos, donde se juntaban y se confundían todas las clases. Cuentan y no acaban Suetonio en sus *Biografías* y Estacio en sus *Silvas* de los manjares allí regalados, como quesos, dátiles, pasteles, gallinas y hasta faisanes. Á lo mejor echábanse al pueblo billetes de lotería, conteniendo premios con toda clase de objetos, unos artísticos, otros útiles y de valor cuantioso. La gente se arrojaba con tal precipitación y tumulto á recogerlos, que muchos espectadores morían aplastados en el empeño. Guerreros de Tracia, labradores del Epiro, sármatas alimentados con leche de yeguas, negros de la Nubia, colorados y rojos de la Dalmacia, árabes del desierto parecidos por sus majestuosas figuras á sacerdotales castas, sicambros con sus trenzas, sirios diestros en tañer y danzar, negros hotentotes y blancos polares, traídos unos y otros por acaso de regiones aun inexploradas y desconocidas como tipos y ejemplos verdaderamente raros,

pugnaban todos á una en combates y porfía de indescriptible confusión para coger aquellos viles dones, y después de haberse unos á otros insultado con los diccharachos y juramentos propios de sus respectivas lenguas, concluído el tumulto, aclamaban todos sin excepción en unas mismas palabras el nombre y el poder de su tiránico César. Los partidos en tiempo de Coriolano, en tiempo de Camilo, en tiempo de Tiberio y Cayo Graco, en tiempo de Sila y Mario mismo, designados y conocidos por sus ideas, designábanse y conocíanse ahora por sus colores. Primero hubo tan sólo los blancos y los rojos; añadiéronse luego los verdes con los azules; y tras los verdes con los azules ¡ay! los purpúreos con los áureos. Juvenal, en lamentaciones donde la conciencia humana estalla de horror al ver cómo el oro, no empleado en los tiempos republicanos ni siquiera para las estatuas de los dioses, pende ahora del cuello de las prostitutas en joyas riquísimas, nos describe la pasión de Roma, no por las leyes y por las instituciones puestas á discusión pública en sus Rostros, por los combatientes verdes del circo máximo, cuya victoria sobre los blancos, y los azules, y los rojos, le importa más que todas las victorias sobre los getas y los parthos. Para encarecer hasta dónde llegaba la general corrupción entonces, baste decir que Marcial mismo, un poeta exi-

mio nacido en Aragón, cuna de la gravedad natural, se apasionaba y enardecía por los verdes. Dióse un caso entonces que prueba dónde llegan las demencias consiguientes á toda profunda perversión social. Murió por estos días de César y de Augusto un habilísimo cochero denominado Félix. El número de sus admiradores, número incalculable, le consagró magníficas honras fúnebres. Y cuando su cuerpo ardía en la pira, un aficionado á su especial manera de dirigir cuadriga y carroza experimentó dolor tan fuerte, que no quiso vivir más y se lanzó para desaparecer con él en la hoguera donde se consumía su cuerpo. Cuando á tal extremo llegaba la perversión universal, ¿cómo Augusto podía pretender una excepción singularísima en su Julia, necesitada por su cargo de presidir todas estas fiestas y de contagiarse con todas estas corrupciones? Elevado el circo á base fundamental de la gobernación pública; distinguidos los gladiadores combatientes en las férvidas arenas cual antes pudiera distinguirse á los varones públicos y á los tribunos verdaderos por su virtud ó por su elocuencia; reemplazados aquellos partidos que registraran en sus competencias nombres como los de Catón y los de Bruto por esos partidos compuestos de atletas y cocheros que sólo se distinguían en el color de sus trajes y en el esfuerzo de sus músculos; excitados y

aun sobreexcitados los apetitos por aquellas orgías colectivas al aire libre donde se mezclaban gulas y lascivias sin freno y sin tasa, el vapor de la corrupción debía subir hasta las frentes coronadas por las diademas cesáreas, porque toda el alma humana y todo el aire vital eran podredumbre.

En barrio apartadísimo de Roma, lo que nosotros llamamos hoy barrio bajo, estaba entonces la escuela de gladiadores. Por las noches, al resplandor de las antorchas, ensayaban todos ellos los combates usuales y las actitudes que debían guardar hasta en la hora de su muerte. La sensualidad se acrecienta si tiende sus lechos de placer sobre las misteriosas tierras del sepulcro. Como hay una correspondencia entre la electricidad positiva y la electricidad negativa; como hay una correspondencia entre las repulsiones y las atracciones naturales; como hay una correspondencia entre negaciones y afirmaciones, hay una correspondencia entre la muerte y el amor. Los antiguos casaron al exterminio con la generación, á la guerra que mata con el amor que vivifica. El matrimonio de Venus con Marte no quiere decir otra cosa. Lo cierto es que aquellas damas de Roma, tan experimentadas en los goces y en los placeres, preferían á todos los hombres un joven gladiador, en cuyos brazos transportábanse hasta el enloquecimiento, pensando

cómo en la tarde subsiguiente á noche tan llena de vida caería yerto en la muerte. Tal importancia daba la Roma imperial á los ensayos de aquellos juegos cruentísimos, que los celebraba en el templo consagrado á Hércules. Cierto que tal templo, cuya fundación atribuyera el vulgo romano á Numa en persona, desdecía mucho del nombre de su fundador rey, pues mientras las demás instituciones dejadas por él guardaban cierto venerable aspecto, ésta se distinguía por su pésimo renombre. Y, sin embargo, era de una magnificencia increíble. Pavimento de jaspes multicolores, marmóreas columnas dobles de chapiteles jonios, inmensa rotonda construída con verdadero atrevimiento, galerías arriba y abajo de aquel círculo donde se contaban alcobas para el placer y nichos para el descanso, piscinas de aguas claras abiertas en oscuros pórfidos egipcios, estatuas de Fidias como su Hércules domando la hidra, relieves preciosos trazados por escultores helenos: he ahí el sitio donde se preparaban las horribles carnicerías que iban á ensangrentar en loor de César y en obsequio de Roma las arenas del circo. Á este mal famoso templo y á sus terribles ensayos asistía en las altas horas de la noche Julia. Recatada litera la conducía. Su negro esclavo nubio la acompañaba. Un velo tupidísimo la envolvía. Una máscara le ocultaba el rostro. Parecíase así á una

Hécate ó una parca infernal. Augusto, que creía componerlo todo con leyes, recabó de la curia patricia una ordenanza prohibiendo en absoluto la presencia de mujeres en aquel infame sitio. Tal prohibición aumentaba sus atractivos y nunca se vieron tantas allí como después de la ordenanza. Una escalera secreta la conducía sigilosamente á palco encubierto por espesas y misteriosísimas celosías, tras las cuales contemplaba los ensayos, holgándose con la satisfacción de ver á su sabor y á mansalva, sin ser ella por nadie absolutamente vista. El comienzo de todos aquellos ejercicios consistía en fresco baño. Para bañarse desnudábanse los gladiadores, ofreciendo su cuerpo enteramente á las miradas lascivas. Julia, en pos siempre de nuevas emociones, donde sacudir un poco el hastío consiguiente al exceso, acudía con frecuencia y empeño al sitio aquel para excitar apetitos acallados muchas veces por los excesos del abuso extremo tan adormecedores y tan opuestos á toda sensibilidad. Así llegaba exhausta, desesperando de volver al deseo y al goce, como si la capacidad íntima de sentir se le hubiese concluído, y á la vista de aquellos cuerpos tan fuertes, á la contemplación de aquellas actitudes tan voluptuosas, la sangre le reardía en las venas heladas, el deseo en los ojos extintos, cierto calor daba indeliberado movimien-

to á los nervios fatigadísimos, reabriéndose por tal manera y perpetuándose las horrorosas orgías.

El gladiador, ya nadaba en la piscina, ya despedía de sus miradas el terror con que los asaltos de las fieras contrastaba, ya se ponía con actitud y gesto en disposición de aguardar á un compañero émulo y enemigo, ya imitaba las esculturas más bellas del mundo griego y se apercibía en representaciones varias y varios ensayos á repetir en carne y hueso con vida verdadera y sangre caliente los Ganímedes y los Efebos divinos, tallados en péntico mármol y considerados por los pueblos en sus idolatrías verdaderos dioses. Byron ha dejado en sus versos indeleble muestra de la emoción que le causaban estas efigies de gladiadores, perpetuadas no sólo por la estatuaria, por las pinturas y por los mosaicos. El Capitolio, donde campea desnuda la crasa y robusta Venus que parece como ejemplar de las hercúleas sabinas robadas por el heroico Rómulo, guarda una estatua del gladiador moribundo, que sobresale y brilla entre los prodigios del arte clásico. Herido mortalmente; acostado sobre su escudo enorme; agonizando en la postrer agonía; crispada por el dolor y puesta sobre la tierra su mano derecha, de donde la espada se ha caído; aquel mirar concentrado en el misterio de la eternidad que se acerca y aquella frente arrugada por los frunci-

mientos de las postreras crispaciones; aquella cabeza, que se inclina como al desmayo de las fuerzas y al abandono de toda esperanza; el cuidado solícito de no aparecer ni feo ni cobarde al espirar; los labios entreabiertos; el rubor de morir ante tales gentes y la pena hondísima por su patria, por sus penates, por su esposa é hijos á un tiempo; la suma de todos estos dolores físicos y morales, por tal modo allí quedan expresados, que sentís el terror trágico, cual si oyerais un coro del Edipo de Sófocles lamentando la fatalidad ó un hexámetro del Prometeo de Esquilo maldiciendo al cielo. Pero estos gladiadores, recién salidos unos del baño, escultóricamente plantados otros, voluptuosísimos todos á una, despertaban los deseos, ¿qué digo deseos? los apetitos de Julia. El arte antiguo nos ha dejado en sus sátiras descripción fiel de los desórdenes engendrados en las damas de Roma por tan lascivos espectáculos. Leed á Juvenal, leed á Séneca, leed á Tácito, leed todos estos gigantescos vengadores de la conciencia humana, todos estos representantes de la moral pública, y seguidamente advertiréis el horror de las almas honradas á esta perversión increíble. Si el sensual Batilo representa la pantomima de Leda, los ayuntamientos del cisne divino con tan hermosa mujer, ¡ah! Tuccia se agita como fuera de sí, mientras

Appula se transporta y suspira, cual en los brazos de su amante, y Timelec se vuelve rígida, cual muerta de gozo y de placer; si Urbico parodia en el éxodo ridículo de una brutal atelana los gestos de Antonoe, desea Elia conquistarlo; si el histrión más infame representa bien una farsa ó el gladiador más magullado sostiene bien un combate, no importa su parecido con los lobos de puro feos, Ipias, esposa de patricio y senador, le seguirá por tierras y por mares á la continua, sin rendirse ni marearse, mantenida por su deseo y satisfecha con el hartazgo de sus apetitos. Pero nada tan horrible como que, al dormirse la casa imperial, una hija y esposa de Césares, dejando el regio tálamo por los jergones de la prostitución, vuela, augusta cortesana oscuramente vestida, disfrazando su cabellera negra con pelucas blondas, su rostro hermoso con feas máscaras, á palcos, donde se tiende ¡oh! desnuda, con los brazos abiertos para esperar todos los amantes y sufrir todos los asaltos; la primera en llegar exuberante de lujuria y la última en irse ahumada por el humo de las lámparas; hedien- do al vino y á los ajos que han derramado en su boca el aliento pestífero de sus viles y fatigados mancebos. En efecto, Julia se fijaba con escrupulosidad sobre aquellos hombres desde su palco, y los hacía subir según los llamamientos de sus desorde-

nados apetitos. Y cuando alguna vez, ora la castidad que á ella le habían negado los dioses, ora el amor único á otra mujer ausente, ora el orgullo de menospreciar una gran señora romana, le oponían resistencia, íbase por los garitos, por las tabernas, por los burdeles, á sentir emociones, emulando al jugador y al borracho, recibiendo los tratamientos y hasta los dineros recibidos usualmente por las infelices prostitutas.

El estudio somero de los tiempos imperiales basta para convencerse del influjo ejercido por las escuelas de gladiadores en la perversión imperial. No podemos negar que durante la república hubo juegos de tal clase, pero á la verdad rarísimos, y consagrados, en su mayor parte, á honras fúnebres. Tuviéronlos de antiguo las edades republicanas, pero á larguísimos intervalos. Por lo cual no puede, no, asegurarse que llegaran á constituir una verdadera costumbre. La introducción de tales fiestas en la vida regular y ordinaria romana, débese á César y á su heredero Augusto. Hoy sabemos que este último sacrificó hasta diez mil hombres en aquellos holocaustos del circo. Los herederos suyos no le iban á la verdad en zaga. Algunos combates duraron hasta cuatro meses y se vieron hasta mil gladiadores en ellos. Exigíanseles á éstos terribles juramentos, en los cuales debían execrarse á sí mismos con

horribles execraciones para el caso de no aceptar la batalla y la muerte. Consignados á la pelea, empezaban por marcarles con hierro candente la piel y abrasarles del todo las carnes para que tuvieran de su iniciación vergonzosa en aquella especie de orden maldita indeleble recuerdo. Luego les hacían correr lo que llamamos en lengua militar carrera de baquetas, golpeándolos con palos é hiriéndolos con armas á fin de probar y conocer su fortaleza. Después no solamente los curtían y adobaban para el combate, sustentábanlos con alimentos á propósito para que tuviesen mucha sangre por sus venas y la derramaran á torrentes sobre la tierra, enrojeciendo el polvo, que se volvía purpúreo y humeante. El extravío llegó tan lejos, que la Roma imperial vestía con trajes empapados en sustancias combustibles á los infelices destinados para su diversión, y pegándoles fuego adrede, holgábase con ver los gestos y convulsiones producidos por aquella muerte horrible. Para matar á unos los disfrazaban de sacerdotes, para matar á otros repetían las torturas más horrorosas mencionadas por las historias más antiguas. A éste le rompían los huesos con las ruedas célebres de Ión; quemaban á los otros como las llamas del Oeta quemaron á Hércules; tal debía consumir su mano derecha en el brasero como Scévola; tal otro dejarse despedazar por las furias como

el músico y poeta Orfeo. Fingíanse jardines con árboles floridos y rocas tapizadas por verde musgo, donde se oían los caramillos de las églogas y los gorjeos de las aves. Y de súbito, para interrumpir aquel idilio, osos enrabados venían de las hondas jaulas y trucidaban á los felices pastores. Muchas veces un león se comía delante del público al primer esclavo habido para sus garras, porque otro animal de su especie devorara en fábulas y consejas á Deda. Cubríanse las arenas de aguas clarísimas para que un hermoso Leandro y una hermosa Hero se buscasen y se ahogaran como en las antiguas poesías ante los ojos de aquel cruelísimo pueblo. A lo mejor nadaban por las aguas las diosas y los dioses marinos, el tritón coleteaba en sus linfas, las nereidas iban como deslizándose su cuerpo entre las claras ondulaciones; aquí, al són de los remos, movidos por una especie de música, se desplegaban las velas de seda sobre naves cortadas en materias olorosas, sobre cuyas cubiertas iban dióscoros coronados por estrellas deslumbrantes; y cuando el espectáculo parecía más armonioso y sereno, los actores en él ocupados más felices, la contemplación más regocijante, á una señal de los Césares, la muerte, aquella muerte reinante como una diosa implacable sobre la Ciudad Eterna esclavizada, surgía cual inesperado relámpago en cielo sereno y ahogaba en las

rientes aguas hombres, mujeres, hasta niños, para corresponder á la barbarie universal impuesta por la infame servidumbre, pues el Imperio lo había corrompido todo con su corrosiva gangrena.

La tiranía exacerbaba las causas de universal corrupción, cual su historia, y su naturaleza, y todo el sér suyo lo pedían. El espectáculo, única reunión restante ya tras la muerte de los comicios y la prostitución del Senado, indicaba perfectamente dónde cayera, en cuál abismo, la vida romana. Huían aquellos esclavos de todo cuanto pudiera elevarles el espíritu, recelosos de hallar en esta elevación sus antiguas y constantes aspiraciones hacia la libertad. Los circos, los estadios, las arenas, los teatros y los anfiteatros eran como escuelas públicas de prostitución universal. Sus fiestas atizaban y mantenían el envilecimiento y las degradaciones. En realidad no había teatro allí. Desarrolladas con gloria y esplendor las humanas letras bajo todos sus aspectos, las letras dramáticas ó no surgían, ó surgían de la servil imitación que las hace pobres y entecas. Durante la república, en sus tiempos ilustres, dos poetas cómicos del fuste reconocido en Terencio y Plauto prometían lauros mayores á la romana escena. Pero la crítica, propia de las obras dramáticas, transcendentales á toda la sociedad y por ende al sér político suyo, no concordaba con las bases

propias de un imperio cuyo despotismo debía imponer forzoso y profundo silencio á toda manifestación de la humana libertad. Un género literario, exclusivo de la poesía romana, el género satírico, iniciado por Catulo al advenimiento de César, substituyó la poesía dramática. Escrita en el hogar, destinada sólo á una publicidad estrecha, sin aspiraciones á entrar en el aire libre de las asambleas populares, la sátira individual, aislada, solitaria, podía desahogar el ánimo de un hombre, no desahogaba, no, el ánimo de un pueblo. Y, sin embargo, así como en el circo máximo quedó libertad para el insulto público, no regateado por sus siervos al César, en el teatro quedaron libres las alusiones políticas y no se perdieron jamás, á pesar de haber costado su maligno empleo á ciertos actores la libertad y á otros actores la vida. Pero, así como en las carretas báquicas de los vendimiadores helenos el sublime teatro griego naciera, nació el pobre teatro latino en las fiestas atelanas, donde siempre se representaron ciertos pasillos y se dijeron en público ciertos diálogos. Fuera de todo esto, las fiestas escénicas en Roma contribuían al despotismo del emperador y al envilecimiento del ciudadano. Gustaban más que las tragedias el mecanismo brutal de ciertas pantomimas; y más que la comedia, una especie de representación lírica, en la

cual entraban toda suerte de cánticos y la instrumentación y la orquestación posibles de suyo en aquellos tiempos. Nótese bien, cómo el gladiador, el atleta, el mimo, el músico, el cantante y el bailarín triunfaban, porque no había en sus respectivas artes ó industrias asomo alguno de palabra, elemento consustancial de las ideas tan funestas á todos los tiranos. Lo que principalmente degradó á Roma fué su afición á las fiestas donde luchaban y morían animales. Aquellas apoteosis de la fuerza, y aquel derramamiento de sangre, y los combates de la vida inferior, y los fatales triunfos del organismo, predisponían para todo, menos para la libertad. El elefante merecía que se grabaran sus efigies en las monedas. Veinte habían luchado, según referencias de Cicerón y otros, en los decaimientos de la república. Pompeyo se holgaba unciendo á sus carros elefantes y Antonio leones. Dión Casio nos cuenta que había luchas de aquellos animales con los rinocerontes y Marcial que había luchas de aquellos animales con los toros. El fundador de la tiranía romana, Sila, fué de los primeros en soltar leones á las arenas del circo. Julio César y Augusto, al celebrar la fundación del teatro de Marcelo y del templo de Marte vengador, arrojaron más de quinientos á la curiosidad pública. Veíanse por el Foro pajareras ocupadas por papagayos, en el teatro

avestruces teñidos de rojo, en las naumaquias cocodrilos transportados del Egipto, en los jardines girafas tan altas como árboles, en los combates públicos leones con las guedejas doradas y águilas llenas de lazos y divisas, todo cuanto pudiera divertir y reparar el ánimo de altos y redentores pensamientos.

Pero en realidad el espectáculo por excelencia era la fiesta de gladiadores. Inmenso el anfiteatro; elevado al aire libre; profundas las galerías subterráneas, donde se guardaban las fieras que debían soltarse, los combatientes que debían luchar, los cambios de tantas y tantas decoraciones como servían al espectáculo de ornato; en un lado el dios protector de la fiesta con sus altares, con sus aras, con sus sacerdotes, con sus odoríferos perfumes y sus sacrificios delante, y al otro lado César con sus cortesanos y con sus eunucos detrás, cerca de los cuales gallardeaban los príncipes y embajadores de Oriente, cubiertos con sus trajes rozagantes y multicolores, coronados por sus áureas tiaras relucientes de pedrería; en las primeras gradas las curias de senadores, las órdenes de vestales, el esplendor de la corte vestida para divertir el gusto público y realzar la majestad imperial; en todas las escaleras, cuyos escalones de mármoles varios adornados con filetes de oro resplandecían por extraordinaria

suerte, la plebe romana, sola pocas veces, acompañada generalmente de tipos allegados en todas las conquistas y representantes de todos los pueblos; en lo último, como una corona de flores, las damas, envueltas en gasas que dejaban adivinar sus bellezas materiales y abanicándose con plumajes que parecían al desplegar todos los colores del iris, bandadas rarísimas de aves extrañas; en las arenas polvos de oro y minio, expárcidos para disimular la sangre, y en las alturas velos de seda rosa tendidos para teñir con sus arrebolés y agradecer aún más la hermosura; por el estadio las compañías de combatientes, saunitas, griegos, tracios, dálmatas, nubios, en actitudes bien diversas como legiones de animadas estatuas, desnudos los más, cubiertos los otros de brillantísimas armaduras, éstos en carros, aquéllos acompañados por animales, armados todos con tridentes, puñales, dagas, hachas, espadas, según las diversas horribles suertes, y á una señal se atisban, animados por el mutuo instinto de la conservación, se husmean como tigres, para preservarse y defenderse como náufra- gos, agarrados á la vida más de aquello que tal vida merece, se enrabian y mughen cual toros alanceados y heridos, se buscan al fin como leones para matarse sin malquererse, y se golpean, y se machacan, y se hieren, y se asesinan unos á otros,

cayendo en montón los cuerpos que despiden sangre á torrentes y ofrecen el espectáculo de sus convulsas agonías y de sus horrorosas muertes á un pueblo, á un Senado, á unos sacerdotes, á unas vestales, á un César, quienes los siguen con los ojos fuera de las órbitas, gozándose con sus penas, y los aplauden más á medida que aumentan sus horribles actos de crueldad y de barbarie, agravados en la callada noche por la ferocidad atroz de los espoliadores, cuyos brazos los llevan al espoliario, sin que acaben de morir, merced á lo cual muchos espiran sobre las tripas y los cadáveres de sus hermanos, maldiciendo á Roma y al Imperio, maldición que oirá la Providencia y cumplirán los siglos cuando se abran las tierras de los inhumanos viveros y de las inhumanas cacerías, vomitando los bárbaros que, movidos por una sed insaciable de venganza, con las teas arrancadas á sus viejas encinas en las manos, queman el cadáver de la Ciudad Eterna, cadáver tendido por los errores y por los vicios de la tiranía en el mundo, y que, de no haberlo devorado la irrupción vengadora, pudriera con sus ponzoñosos miasmas la tierra y la conciencia. Sustituid al Senado los gladiadores, al comicio el circo, al tribuno el cortesano, al orador el pantomimo, á la libertad el despotismo, á la república el César; y cuando creáis vuestro poder

más fuerte y vuestro imperio más cierto, sucederá lo que á la Roma imperial, abriránse las orillas del Rhin y del Danubio, expidiendo los apocalípticos ángeles exterminadores que Dios tiene apercibidos en el cielo para castigar toda tiranía.

Cuántas y cuán terribles tentaciones aquella sociedad ofrecía de suyo á la nativa perversión de una mujer sensual, aumentada por lo excelso y lo extraordinario de su dignidad y de su rango. La cortesanía en todo tiempo ha impuesto relaciones peligrosas entre los sexos opuestos. La turba de aduladores que circuían el cubículo y el tálamo de Julia estaban allí para servirla, y no era mucho que aprovecharan estos servicios naturales para tentarla y para perderla. Una manada de gladiadores, en la cual se mezclan con todos los extremos de la fuerza todos los atractivos del vicio, todo el horror trágico de la muerte ¡qué gran escuela para la prostitución! Así Julia iba por las noches de una encrucijada á otra encrucijada, circuída por esta nube de aduladores anhelantes por todas las emociones, en busca de cuantos centros infernales podían despertarlas y mantenerlas. Su corte de viciosos, para buscar una emoción más, habíase convertido en cohorte de conspiradores. No contentos con haber acompañado á Julia en sus correrías por los barrios de las mujeres públicas, en sus visiteos al

infame templo de Hércules y al ensayo de las fiestas celebradas por los gladiadores, á la tribuna de los Rostros, á fin de violar con adulterios innumerales el sitio mismo donde se habían promulgado contra tal delito las leyes Julia y Papia Popea; para gozarse con toda suerte de peligrosos daños, gozabanse con las conspiraciones políticas. El suplicio de Tiberio desterrado, el horror sentido por este príncipe á su adúltera esposa, las insinuaciones pertinaces de Livia deslizándose con arte y con gradación sospechas y más sospechas contra Julia, concluyeron por definitivamente perder á esta desgraciada. Cierta noche contrajo responsabilidad merecedora de la pena capital. Castigaban con este supremo castigo las leyes á quien osare coronar la estatua de Marsias. Era éste un sátiro de Frigia que, habiendo por casualidad encontrado la flauta de sí por Minerva ó Atenea lanzada, porque tocarla con sus labios y con sus dedos obligábale á gestos feísimos, desafió con este instrumento al dios Apolo, retándole descaradamente. ¡Crimen indecible desafiar un hombre al dios de los músicos en música porfía! Tocaron los dos, aceptado el certamen, y las musas decernieron el premio al dios. Y como el premio era que debiese hacer aquello mandado por el vencedor el vencido, impúsole Apolo á Marsias la obligación de cederle aquella flauta, y

luego en castigo á su presunción lo despellejó, atándolo á un árbol. Coronar al presuntuoso Marsias era ofender al divino Apolo, y ofender al divino Apolo era injuriar al divino Augusto, su nieto y su devoto. Una corona puesta sobre la cabeza de Marsias equivalía, pues, á un desacato religioso. Y este desacato religioso lo castigaban las leyes con pena de muerte. Ya no le quedaba ningún otro crimen que perpetrar, ningún otro peligro que correr á la viciosa y temeraria Julia. Cierta noche salió ella con sus mancebos, y citando en el Foro á las prostitutas más desenfrenadas y á los jóvenes más perdidos de la Ciudad Eterna, danzaron danzas lúbricas en torno del sátiro y le pusieron la prohibida corona. La policía romana olvidó quitarla en el amanecer, bien por descuido propio, bien por complicidad secreta con los criminales, y apareció la estatua con su guirnalda escandalizando á Roma entera. Todos quisieron saber los reos, todos los coopartícipes del supremo poder, y una persona solamente los conocía. Esta persona era Livia, quien, desde la proscripción infligida por Augusto á Tiberio, perseguía tenazmente á Julia y enviaba espías y esbirros en seguimiento suyo, celándole todos los pasos. El espionaje se organizó muy sabiamente. Aquel escándalo debió presentar á la sagaz esposa de Augusto el medio de soltar sus odios y herir de

muerte á su nuera. Comprendiendo la naturaleza de Augusto, mezcló con todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra las costumbres todas las revelaciones relativas á conspiración escandalosa contra el Imperio. La terrible acusación cayó sobre los reos como una especie de rayo, que vino á sorprenderlos, á herirlos, á matarlos, cuando se creían más en posesión de su poder y estaban más ciertos y seguros de su fuerza.

Augusto era un padre ciego; no veía cuanto delataban los menores actos de su hija. El hado le colmó de favores tan extraordinarios y numerosos, que no podía creer ni sospechar siquiera una desgracia. Muy clara debió la terrible acusación aparecer á su vista cuando tan furioso llegó á revolverse contra la ingrata Julia, en cuyo seno encerrara todas sus esperanzas de sucesión y á cuya castidad libró todos los títulos de legitimidad y de pureza que debía invocar para un dominio perpetuo y para un trono hereditario su gloriosa dinastía. El Oriente con todos los prestigios que brillan en sus altares y en sus templos, el Occidente con todos sus jóvenes é indómitos pueblos, el Senado y sus prerrogativas, la nobleza y sus privilegios, la plebe y sus derechos habíansele dócilmente sometido, y se le sublevaban tan sólo en los comienzos de la vejez las desordenadas pasiones de su hija. Augus-

to creyó morir suicida ó volverse loco al conocimiento de su deshonor. En raptó de ciega demencia cogió un puñal para inmolar á la perversa. Pero temió enaltecerla y honrarla dándole muerte con su propia mano. El terror se dilató en la familia y domesticidad íntima de los Césares con fuerza y celeridad tan grandes al saber la cólera imperial, que Febea, esclava de Julia, se ahorcó, buscando en muerte anticipada un alivio á tormentos presentidos y previstos. «Febea, dijo Augusto, debió ser hija mía.» Penetrado el emperador de que sus actos de familia interesan á Roma como pudieran interesarle trascendentales actos de su política y de su gobernación, solemnemente da parte al Senado y al pueblo de todo lo acaecido. La carta de participación tiene detalles de los escándalos y de los crímenes en su verdad y en su desnudez desgarradoras. De todas las informaciones abiertas y de todas las reseñas aprendidas concluíase una confabulación para forzar á la muerte y heredarlo antes de tiempo. La juventud más brillante de Roma quedó comprometida en el funesto caso. Unos jóvenes salieron para las proscripciones, otros para el cadalso. Oíanse resonar en el proceso los nombres más litúrgicos de la más antigua y mejor aristocracia romana. Quintos Crispinos, Appios Claudios, Gracos, Escipiones, quedaron heridos.

El favorito Sempronio tuvo que desterrarse al Africa. Un hijo de Antonio y de Fulvia, honrado con toda suerte de distinciones y de cargos, tuvo que matarse. La plebe, á pesar de los crímenes y escándalos conocidos y divulgados, intercedió por Julia. «Cuando mal os quiera, les respondió el emperador, os desearé mujer é hijas como ella, con lo cual aprenderéis mi dolor y apreciaréis mi proceder.» Julia salió como una criminal de la casa donde había nacido como una diosa. En oscura noche, á sus altas horas, un grupo de soldados la conducía lejos de Roma en litera más triste que la mortaja de un mendigo. La esponjosa isla Paudataria, verdadero presidio, sin agua, sin vegetación, le sirvió de asilo. Las costas de Campania, tan rientes; el hermosísimo golfo de Gaeta; las azules ondas terrenas aumentaban la desnudez y tristeza de aquellas lavas frías y estériles, donde la enterraron. Julia no sintió los arrebatos de Porcia por su república ni de Cleopatra por su imperio. La idea del suicidio no cruzó por su mente ni los propósitos por su voluntad. Pero el paso de su mansión imperial en el Palatino á la isla Paudataria en el Tirreno, la publicidad escandalosísima de su deshonra, el contraste horroroso entre aquellos lugares de su destierro y los espléndidos lugares de su fortuna, la privación de todo placer, la soledad tras aquellas vo-

lúptuosas compañías de alegres epicúreos, el diálogo perpetuo con su madre la vieja Escribonia, que no la dejó un punto, la falta y ausencia de toda libertad, la muerte de toda esperanza, el abandono sucediendo al poder omnímodo, la consideración de haber bajado desde primera en el mundo á última, torturáronla en términos que la prolongación de su vida resultó al fin y al cabo la prolongación de su castigo y de su infierno. Alguna vez pasaba un relámpago de ilusión por aquella espesísima noche. Antiguos devotos suyos conspiraban á una en su pro con tenacidad sin ejemplo. Pero estas devociones conocíanse tan sólo en lo mucho que aumentaban los torcedores de su prisión y las privaciones de su agonía. Quince largos años pasó así, toda una eternidad seguramente de torcedores y de penas. Murió su padre, y esta muerte acabó con todas sus esperanzas. El implacable César la mentaba en el testamento para decir tan sólo que prohibía el ingreso de las cenizas de Julia en su panteón. Trasladáronla desde su islote á Regio para mejor guardarla, recluyéndola en una fortaleza. Muerto su padre, queda por completo al arbitrio de su rencoroso marido y de su implacable suegra. Durante los años que pasan entre la exaltación de Tiberio y su muerte, Julia sólo recibe golpes mortales. A los pocos meses del nuevo reinado muere Lu-

cio César, su segundogénito, en Marsella, de camino á España. A los diez y ocho meses de muerto el segundogénito, muere allá en Licia el primogénito. Poco después acusan al postrero de sus hijos, al incontinente Agripa, de urdir con Julia su hermana y con Ovidio su poeta la fuga de su madre. Los tres fueron desterrados. Después el marido quita sin piedad la pobre pensión dada por Augusto á Julia, y ¡parece imposible! la hija y la esposa de dos Césares muere á la miseria y al hambre.

LIVIA

Livia fué la enemiga de Julia. ¿Y cómo era Livia? Oídme:

Estamos en plena Campania y por Agosto del año 14 de las edades cristianas. El calor era sofocante, como debía suceder en las regiones meridionales de Italia y sucede en nuestros reinos de Andalucía y de Valencia. El viejo Augusto espiraba á los setenta y seis años de edad, á los cincuenta de próspero y no disputado imperio. Había llevado la paz y el orden sobre Roma, pero arrancándole todas sus libertades. Así dejaba una sociedad y no dejaba hombres para componerla y sustentarla. Cuando el resorte moral de la libertad se pierde, los ciudadanos sólo se mueven, como las masas de materia bruta en los espacios, por el resorte mecánico de la fuerza. Y la tiranía mostraba, en la hora suprema de agonizar el tirano, toda su irremediable impoten-

cia. Mientras el hombre pudiera matarse á sí mismo, quedábale á la libertad de los romanos algún refugio: el supremo y sublime á que habían acudido Bruto y Catón. Mientras el tirano pudiera morir, estaba tocada de muerte también la tiranía. Inútilmente se multiplicaban los templos, y se reunían los sacerdotes, y se quemaban sobre las aras toda suerte de inciensos; el César no era Dios, puesto que no podía superar las olas del tiempo, cuyos torbellinos á todos nos arrastran juntamente, ni vencer á la naturaleza, ni sustraerse á la igualdad implacable de la muerte. Así Augusto, que había visto su divinización universalmente aceptada por aquellos pueblos, pura materia en la cual sólo ejercía su imperio la pura fuerza, dolorido, apenado, exhausto, á la hora de su último trance burlábase un tantico de sí mismo, y mucho, muchísimo de sus devotos, pues nada hay tan despreciable á los ojos de los opresores como la bajeza de los oprimidos.

Mientras Augusto vivió, todo anduvo bien, porque supo satisfacer la universal necesidad de reposo. Pero, en cuanto Augusto se moría, los tímidos temblaban por la incertidumbre de su respectiva suerte; los patriotas advertían cuántos peligros encierra todo despotismo para la patria; volvíanse los agradecidos y no desmemoriados al recuerdo de las

virtudes antiguas y de las instituciones republicanas; experimentaban todos la inclinación universal en nuestra especie hacia el máspreciado de los bienes, hacia la madre libertad. Los jóvenes epicúreos, á quienes el deleite de los sentidos apartara de los goces del alma; y los viejos estoicos, muertos en vida por el hielo moral de la indiferencia; y los sobrevivientes de las guerras civiles, tan anhelosos de paz y tan resignados á tenerla en la servidumbre; y los plebeyos, divertidos por las fiestas del circo y alimentados por los dispendios de la Annona, dignos, aunque pobres ciudadanos de la República en otro tiempo y á la sazón animales domésticos del pródigo César, todos á una sentían en la crisis última y en el último trance de la angusta existencia cuánto daño trae fiar la vida y suerte social á las frágiles manos de un hombre, siervo de las enfermedades y de la muerte.

Augusto, que tanto denostara un tiempo al pretoriano Antonio por la pasión á Cleopatra, cayó á su vez bajo la tutela de una mujer bella, inteligente, animosa; pero no hechicera, ni maga, ni adivina, ni rodeada por los prestigios del trono, ni ardiendo en las llamas del placer, sino fría, rígida, severa, incapaz de amor, ocupada sólo en sus ambiciones y queriendo satisfacerlas con la persona de su hijo, merced á ella adoptado y reconocido como sucesor

en la suprema autoridad, aunque sospechoso y temible para todo el mundo, pues sólo siniestros presentimientos engendraba el glacial y sombrío Tiberio. Cuando, en aquel viaje por Campania, después de haber recorrido Bayas y Puzzoli, habitado Capri, saludado á Parhenope, Augusto entró en la tranquila Nola, sintióse tan mal que hubo necesidad de detenerse y aguardar allí ó el alivio ó la muerte. Nola está hoy unida á Nápoles por un trayecto de vía férrea que cuenta treinta y siete kilómetros. Es ciudad antiquísima y ha conservado, como Capua, su primitivo nombre, según unos etrusco, y griego según otros. En aquel tiempo, los numerosos habitantes de Nola, y los fuertes muros en los cuales se estrellara la cólera de Aníbal, y las magníficas doce puertas, y los preciosísimos vasos cocidos y pintados á la usanza griega, dábanle universal renombre. Para Augusto, en el estado de ánimo á que lo condenaba su estado, tenía una particularidad especialísima, á saber: que allí mismo había muerto su padre, y así que bajó de la litera, dió imperiosa orden de que lo llevaran á la misma habitación y arreglaran el lecho en el mismo sitio donde el autor de sus días pasó de este al otro mundo.

En cuanto Augusto se recluye dentro del cubículo, Livia se sienta á los pies de su cama. Esta ma-

trona es la imagen exacta de las desapoderadas ambiciones devorando espíritu y conciencia. En el creer y sentir suyo, todo podía intentarse para dominar y guardar la dominación, y, sobre todo, el crimen. Los súbditos sirven de alimento al poderoso, cual sirven los animales inferiores de alimento al hombre. Y así como no sentimos ningún remordimiento cuando nos regalamos con sabroso cordero, en cuyo corazón inocente clavamos el cuchillo de la cocina, sin curarnos de los plañideros balidos ni de las tiernas miradas del pobre animal, no debemos sentir tampoco remordimientos al sacrificar los destinados para nutrir con sus despojos las grandes almas y para mover con su sangre las fuertes é imperiosas voluntades. Cuarenta años en aquella sazón hacía que Livia estaba unida con Augusto. Y en el trance de la terrible agonía no se acuerda de conservar el esposo, sino de conservar el poder. Le pasa la mano por la frente, le toma el pulso, le inspecciona la lengua, no por el temor de quedarse viuda y en la tristeza de la viudez, sino por el temor de quedarse sin el imperio y en la humildad de un sencillo hogar. No siente que se vaya el marido, sino que se vaya el emperador. Y siente que se vaya el emperador, porque con él se va también su propio imperio. Así el único pensamiento que la embarga es recoger la superior autoridad.

exhalada con el aliento último de aquella vida y vincularla por algún medio en su persona, dándole á su hijo Tiberio la corona imperial y reteniendo por ende así toda la majestad del Imperio.

Pertenecía Livia á la familia preclara de los Claudios, y estuvo en matrimonio unida con orgulloso patricio. El amor de Augusto fué tan impetuoso, que la tomó en arbitrario divorcio á su primer marido, y se unió con ella por solemne matrimonio, aunque embarazada, y hasta en su embarazo adelantadísima. El padre recibió su hijo tres meses después de haberlo parido una mujer que ya no le pertenecía. En cuanto Livia llegó á la casa imperial, constituyóse oráculo político del emperador. Así copiaba las virtudes austeras de las primitivas matronas romanas para oprimir mejor á sus degenerados descendientes; odiaba el excesivo lujo de su tiempo, vistiendo, por consiguiente, siempre de lana, é hilando con su propia mano los vestidos de su esposo. Ni el lujo podía seducir, ni el amor halagar á mujer embargada por el sentimiento de la más desapoderada ambición. Todo cuanto se apartaba de mandar á los pueblos, dirigirlos, gobernarlos, parecíale indigno de su rango. Los placeres, las fiestas, los vicios, los amores, los desórdenes pasaban á sus pies sin tocar jamás en aquella su frente, coronada, como las alturas del planeta,

por los hielos eternos. Fría é indiferente á todas las seducciones de los sentidos, inaccesible á todas las tempestades del amor, sin más mira que su propio engrandecimiento, sin más fin que mandar, no sólo cerraba los ojos á las infidelidades varias de su marido, sino que las facilitaba, encontrando en ellas medios é instrumentos de poder y de imperio. Los celos acompañan al amor y en su corazón empedernido, cerrado á todo fuego, sólo se deslizaban, como frías serpientes, los recelos de la ambición. Crecer en influencia, subir á las cimas de la tierra, ver desde las alturas vertiginosas el pueblo sometido y encorvado, dominar el planeta: he ahí el blanco de todos sus deseos. Pertenecía tan sólo á su tierno sexo en lo flexible para componerse con las circunstancias y en lo paciente para esperar su hora. Escondía las garras en las preseas de mujer, como la tigre ó la gata en la aterciopelada finura de su piel, y las sacaba cuando podía sin riesgo alguno hundirlas en las entrañas de sus víctimas. Ulises con faldas la llamaba uno de sus nietos. Hábil y diestramente atravesó todos los bajíos y burló todos los escollos sembrados en su posición difícilísima, hasta completamente apoderarse de Augusto, y por Augusto, del mundo. Era ambiciosa con vehemencia, pero también disimulada con estudio, y astuta con perversidad, y artera con destreza, com-

pitiendo en ella la audacia de los fines con la hipocresía de los medios y el súbito golpe de las resoluciones con la tortuosa y larguísima preparación empleada en todos sus atentados.

Por los museos de Roma, de Nápoles, de Viena, de París encontraréis medallas, ó bustos, ó estatuas que la representen; y en todas esas efigies podéis admirar su cabellera ondulada y su peinado majestuoso; la fría impenetrabilidad de su frente serena; la robustez de su cuello, torneado á maravilla; las dos barbas que señalan con cierta crasitud agradable cierta madurez en las ideas y en los sentimientos; sus ojos, aunque algo saltones, de prestigioso poder sobre cuantos los contemplan; la nariz mediana y un poco arremangada, única facción que manifiesta lo siniestro de sus afectos y lo duro de sus resoluciones; los narigales angostos y la boca cerrada firmemente, cual si la contrajera el propósito deliberado del disimulo y del silencio; la apostura gallarda é imperiosa como todos los habitados á ejercer de antiguo la dominación sobre la tierra; en fin, la mezcla de clarísima inteligencia con perversión irremediable: una euménide, roncando sordamente bajo la fría y marmórea majestad de una diosa. Campean, sobre todo, en aquel rostro, facciones que patentizan la fuerza de su temperamento viril y la energía concentrada de su ca-

rácter implacable; los labios delgados y contraídos, antes dispuestos á callarse que á hablar; la nariz, algo semejante al hocico de las hienas abreviado; la barba muy ancha, cuya grande amplitud es una firme base para sustentar aquella espaciosa frente llena de firmeza. ¡Oh! La mujer está destinada de suyo á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de la vida; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillando sobre las sinuosidades oscuras de la inteligencia; su mirar, el casto rayo de luna sin mancha penetrando hasta los abismos de nuestro corazón y ciñendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones. Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; curar con afectos tiernos su corazón, despedazado por exaltadas pasiones; atraer la ambición sin límites al estrecho pero venturoso nido del hogar: tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Esas alas tan bellas se tronchan al viento que vibra por las alturas inaccesibles de las desapoderadas ambiciones y del omnipotente poder. Ese pecho jamás se abrirá fácilmente á la frialdad de la razón de Estado. Lo bello, lo tierno, lo gracioso, forman otros tantos círculos, donde su natural hermosura se engarza como en su centro de gravedad. Mas, por lo mismo que la mujer es así, tan dulce, tan pura, tan deli-

cada, cuando la triste ambición se desliza en su ánimo, tórnase esta pasión en sentimiento más ciego, más impetuoso, más vehemente que la ambición de los hombres. El amor, para que ha nacido, se pierde, y toman los anhelos de poder y de dominación toda la fuerza creadora y toda la ceguera sublime del amor. Así el gran psicólogo de la literatura moderna pintó en lady Macbeth los excesos de la ambición desapoderada y fría. Tal era Livia. Sin mandar no concebía la vida. Cuarenta años de gobierno ¡ah! no la habían hastiado de este peligroso ejercicio, que se presentaba á la vejez con todas las seducciones imaginables. Para ella, pues, vivir equivalía en el fondo á imperar, é imperar á vivir. Fuera del poder, sólo concebía el sepulcro. Mientras Augusto viviera, estaba segura de ejercer sobre Augusto su imperio y de asegurar, por tanto, la propia fortuna. Pero muerto Augusto, los sucesores la condenarían al alejamiento del poder, al destierro de Roma, quizá á la muerte. Mientras esperó sucesión, esperó también que el hijo de la mujer más amada en el hogar sería el adoptado y preferido para el imperio, pues todos cuantos ejercen la tiranía de cerca ó de lejos saben muy bien cómo intentan los tiranos siempre amoldar el mundo y amoldar la humanidad á su propia imagen y semejanza en guisa de dioses. Pero cuan-

do pasaron los años, vino la vejez y se desvanecieron las esperanzas de sucesión directa, Livia sólo tuvo entonces un pensamiento: elevar al trono el hijo de su primer matrimonio, y para realizar este pensamiento, sólo tuvo un propósito: suprimir la familia del segundo marido, suprimir la familia de Augusto. ¡Cuántos crímenes en los santuarios del despotismo! Divinizad al hombre y lo veréis convertido en bestia.

¡Cuántos crímenes, repito, en los palacios del despotismo! Suprimís la libertad que es la luz y viene la noche. Y en el seno de la noche se arrastran aves carniceras, reptiles inmundos, los hijos naturales de las tinieblas. A las competencias del Foro suceden las competencias del salón; á los debates, las intrigas; á los retos en el comicio ó en el Senado, las maniobras cortesanas; á los tribunos del pueblo, los favoritos del tirano; á la vida, tempestuosa muchas veces y agitadísima, la paz, sí, pero la paz de los sepulcros. No hay los peligros de las elecciones, pero hay los peligros todavía mayores de la herencia. No hay aire y, por consiguiente, no hay vientos ni huracanes, pero tampoco respiración posible. En la oscuridad se desliza el crimen. Apenas Augusto funda el despotismo, cuando trae con el despotismo todos los horrores de esa cuestión de las herencias, en cuyo seno se encierra el

nefasto principio y la raíz venenosa de las castas. Livia personificaba todos los peligros de la herencia cesárea, teniendo toda la perversidad de que puede ser capaz la naturaleza humana. Llegar al poder por la herencia y asegurar la herencia por el crimen era todo su pensamiento. Así, como ya hemos dicho, al llegar á la vejez, volvió los ojos la implacable matrona á la familia imperial y se propuso sustituirle su propia familia, aun á riesgo de perpetrar los mayores crímenes. El emperador no tenía hijos varones, pero tenía nietos, muchos nietos. Todos caerán segados por la guadaña de Livia, terrible y glacial como la muerte. Obstáculos á su ambición serán vencidos; muros entre el poder y sus ávidas manos serán fríamente derribados. Los más odiados eran los más cercanos. Así Julia, hija de Augusto, dotada de inteligencia y de gracia, centro de la buena sociedad romana, Julia parecía como el reverso de Livia; sencilla ésta, y aquélla lujosa; austerísima ésta, y aquélla sensual; ésta casera, y aquélla mundana; pensando siempre la esposa del emperador en la política, y la hija en los placeres; la esposa en satisfacer su ambición, y la hija en saciar sus sentidos.

Derribado este primer obstáculo, ya era fácil derribar todos los otros. Pueden los nietos ganar el corazón de su abuelo y hacer olvidar con sus gra-

cias las desgracias de Julia. Pues desaparecerán los nietos también. ¿Qué obstáculo material ni qué remordimiento moral bastaban á impedirlo? Livia había sacrificado al joven Marcelo, sobrino de Augusto, cantado por Virgilio, hijo de la dulce Octavia, aquella mujer que en tiempo del triunvirato se interpusiera en los odios de los triunviros como numen de paz y como genio de reconciliación y de armonía. Marcelo, delicia de su tío, esperanza del Imperio, objeto de culto para toda la sociedad romana, se extinguió á los veinte años, de una manera misteriosa, cuando lo exentaban de la edad exigida para el pontificado y el tribunado, y lo apercibían así á la sucesión inmediata en la suprema autoridad imperial. Durante su enfermedad hay un seguro indicio de su muerte. El médico que curaba á Marcelo era el mismo médico de Livia. Y con la muerte de Marcelo esta furia quita un competidor temible á su hijo en la herencia y se quita ella misma una rival temible en la amistad del César, porque con la muerte del adorado joven aleja á la hermana de Augusto, á la virtuosa Octavia, de la corte y de sus ambiciones, y la lleva á esperar en el dolor y el llanto la hora señalada por el destino para reunirse con el fruto de sus entrañas en los Elíseos Campos. Y así desaparecerán todos cuantos tengan que ver algo con la herencia de Augusto.

Nadie puede explicarse la muerte de Agripa en la flor de la salud y de los años; Agripa, yerno del emperador, su general, su ministro, su heredero. Y nadie tampoco la muerte de los nietos de Augusto. Lucio César se extingue de una enfermedad misteriosa en Marsella. Cayo César recibe una ligera rozadura de débil flecha en las guerras asiáticas, y sucumbe, no al dolor de su herida, á las curas de Lolio, amigo íntimo de Livia. Ya sólo queda Póstumo, único náufrago en aquella tormenta, único sobreviviente de la muerte universal que en los herederos del Imperio muere. Livia emponzoña la voluntad y ánimo del abuelo en tales términos contra el nieto, que lo expide á Sorrento, y luego á una isla desierta, no obstante ser último vástago de la familia cesárea. Por manera que recibir el nombre de César, llevar en la sangre su autoridad y su imperio y tener en las venas el privilegio del gobierno sobre la humanidad, pertenecer á una casta de dioses que contaran súbditos y cortesanos, adoradores y templos, lejos de resultar título para vivir, ¡ah! resulta motivo para sentir perpetuamente la existencia celada por esbirros y la muerte disuelta en los brebajes de los envenenadores y en las arterias de los médicos; horrible compensación á la omnipotencia.

Estas melancólicas reflexiones debieron asaltar

al emperador Augusto cuando al fin de sus días, preservándose de Livia como de siniestra sombra, corre secretamente á la isla donde ha confinado su nieto Póstumo, y lo abraza, y lo besa, y le empapa el rostro de lágrimas, como si con aquella efusión quisiera contrastar todas las flaquezas de su voluntad y borrar la criminal aunque indirecta participación que ha tenido en la muerte de todos los suyos. Mas ¿dónde irá el emperador que no le siga la sombra de su Livia? ¿Dónde se ocultará que no le halle la siniestra mirada de aquella ave nocturna? Livia está á su lado en el gabinete ó cubículo de trabajo; Livia en la litera de paseo; Livia en los consejos del gobierno; Livia en el sueño y en el reposo. No es más que un esclavo de Livia el señor de la tierra. Su esposa lo tendrá en perpetua tutela, y con él tendrá en tutela también á toda la humanidad: que tal es nuestra suerte cuando nos desasimos de las leyes y de las instituciones para entregarnos á la vieja arbitrariedad de los poderosos. Livia sabe que Augusto ha ido á ver á su nieto, y por lo mismo que todo lo sabe, no le pregunta nada en su regreso. El mayor medio de gobierno que tenía la matrona se hallaba en sus muestras de subordinación perdurable al esposo imperial y en su menosprecio de las apariencias del poder, bastándole por completo la satisfactoria

realidad. Así ninguna investigación imprudente sobre los viajes de Augusto. Pero desde que ha llegado á cerciorarse de su objeto, prepárale otro viaje más largo. El único romano que acompañó al emperador muere súbitamente. Y á la mañana del regreso, en los jardines de Nola, su mujer ofrece á Augusto el manjar por excelencia del verano en los campos meridionales, aquellos higos destilando miel que los atenienses ponían sobre todos los frutos de la tierra. Augusto los come con placer, á pesar del estado de su vientre, y Livia le acompaña. Mas cualquier observador hubiera podido distinguir fácilmente que ésta cogía los higos para el emperador de unas ramas y los higos para sí de otras ramas en la fatal higuera.

Cuando Augusto sintió que se moría llamó á los cortesanos y á los amigos presentes. En ningún sér nacido se cumplió como en él aquella sentencia, la vida como la muerte, y tal la muerte como la vida. Viéndose pálido y demacrado, se compuso el rostro y se arregló los cabellos al espejo, como una cortesana, fingiendo benévola y fina sonrisa. Hipócrita, y artero, y doble, y astuto reveló á la posteridad y á la historia el juicio definitivo sobre su vida, que le pesaba en la conciencia. Republicano de nombre, dictador de veras; con todas las apariencias de la libertad en su gobierno y todas

las fuerzas del despotismo en su persona; falsificando el tribunado, y el consulado, y la censura en una falsificación gigantesca para que Roma pasara de la república á la tiranía sin advertir su paso, la vida de Augusto fué una prolongada comedia. Así lo confesó públicamente y así concluyó pidiendo, á guisa de consumado actor, el consabido aplauso á su consumada habilidad en la representación de aquella farsa.

Cuando hubo despedido á sus amigos quedóse completamente sólo con Livia, con su mujer y su verdugo. La obra de cuarenta años podía perderse para la matrona romana en cuarenta minutos. El ministro de su ambición era la muerte. Decretóla y expidióla inmediatamente al desterrado Póstumo, que espiró el día 19 de Agosto del año 14 de nuestra era, es decir, el día mismo que Augusto. Luego Tiberio estaba en Grecia cuando su predecesor iba dejando la vida. En el intermedio de uno á otro reinado podía renacer la república, que se hallaba como guardada en todos los corazones; despertarse la libertad, que estaba dormida y no muerta; recordar el pueblo romano sus perdidos derechos; rehacerse el Senado y recuperar el gobierno; querer los patricios la ciudadanía y no la esclavitud; salir algún retoño de Bruto por aquellas cenizas tan fecundas en tribunos y en héroes. Livia mandaba

correo tras correo á su ausente hijo, conjurándole para el pronto regreso y diciéndole que el pueblo debía saber á un tiempo la muerte del emperador y la exaltación de su heredero, á fin de que ni un minuto pudiesen respirar libremente Roma y la tierra. Después de haber acelerado la muerte de Augusto, quería detenerla, como si imperase en la naturaleza cual en la sociedad imperaba. Sus ojos se suspendían á los ojos vidriosos, sus labios á los labios cárdenos, su pecho al pecho destrozado, los latidos de su corazón á los resuellos de aquel gran moribundo, como para darle un soplo de vida todavía con su aliento. Augusto, que engañara á la tierra, vivió y murió engañado por una mujer artera. En la suprema hora, en la última agonía, debió sentir, para colmo de su engaño, que se doblaban la solicitud, el cariño, el pródigo cuidado de Livia. Y era porque Livia no había contado bien el tiempo y se encontraba con una muerte algo prematura en la combinación de sus proyectos. Y Augusto perdía por completo el conocimiento, gritando que veía entrar cuarenta jóvenes en su cubículo para llevárselo en hombros. Pero luego recobró el conocimiento, invocó varias veces á Livia, bendijo el recuerdo de esta mujer amada y recibió tranquilamente sobre sus párpados entornados el eterno sueño. Livia recorrió el cuarto en todas direcciones, se aso-

mó á la cerradura de todas las puertas y se dejó caer al pie de su esposo, decidida á no revelar su muerte hasta que no estuviera segura del próximo regreso de su hijo Tiberio. En cuanto su temor se ahuyentó, abrió las puertas de par en par, notificando á los cortesanos que Augusto había espirado y remitiéndoles el cuerpo. Mas habían pasado algunos días entre la muerte y la revelación de la muerte. Así les entregaba un cadáver podrido y pestilente como el Imperio.

Pero no pudiendo tolerar Tiberio la tiranía de su madre, dejó abandonada la Ciudad Eterna y se fué presuroso á su isla. Desde tal resolución reinó Livia como emperatriz absoluta en Roma, sin necesidad de mirar ni á la cara de su esposo ni á la cara de su hijo. Cuarenta años de incontestado poder habían puesto en sus manos resortes desconocidos. El Imperio no tenía para ella secretos, como la conciencia no tenía en ella escrúpulos. Consagrada muy de antiguo á mandar, ningún otro pensamiento ocupaba su inteligencia, ninguna otra pasión su pecho. Creída de que ella era la salud del mundo, creía también justo cuanto á conservarla se dirigiera. El destierro á lejanas tierras, la reclusión perpetua en oscuras cárceles, la muerte ó por los esbirros oficiales ó por los asesinatos domésticos, el veneno en las entrañas y la calumnia en las al-

mas, todo contra sus enemigos le era igual si conspiraba de cualquier modo al fin deseado, á la conservación y robustecimiento de su poder y de su fuerza. Lo que más tenía sobre el alma era la necesidad de divertir al pueblo de los graves pensamientos políticos para sumirlo en las alegres y continuas fiestas orgiásticas. Así lo apartaba de los ejercicios del alma y lo entregaba á las voluptuosidades del cuerpo. Con esto tenía á su arbitrio ánimos apocados y naturalezas pervertidas sin cuento donde arraigar con más vigor su despotismo, fino en la apariencia como de astuta hembra, y en realidad cruelísimo é implacable, porque aquella hembra era fría como una horrible Parca. A los setenta años, la varonil mujer, sin que la pesadumbre de su edad le abrumase las espaldas ni los remordimientos le abrumasen el alma, sosteníase entera y erguida, superior á todos los trabajos, como pendiente de una idea cuya fuerza de atracción era inmensa, como pendiente del convencimiento que tenía de presidir por su genio á la suprema dirección del mundo y de llevarlo con esta dirección inteligente á seguro puerto. Así, cuando su hijo le rogaba que volviese á la vida privada, que se recluyera en su palacio, mirábalo con la mirada de las aves rapaces ó de las bestias carniceras. Y reunía los magistrados, los poetas los senadores

los patricios, los caballeros, á fin de lanzar agudos dardos á la persona de Tiberio en público y recordar indirectamente que Livia lo había engendrado, parido, criado, puesto en el trono, moviendo á su favor el ánimo de Augusto, siempre inclinado á detestarle; libertándole de sus innumerables competidores y rivales en la familia imperial; llamándolo á la cabecera de su antecesor en el instante supremo y único de recoger la herencia. El desacato llegó tan lejos, que se compusieron versos en la tertulia de Livia, diciendo á Tiberio que, general, se embriagaba de vino, y emperador, se embriagaba de sangre.

Cuando el emperador recibía los periódicos de Roma y echaba una ojeada sobre los contertulios de la emperatriz, pomposamente anunciados entre las más curiosas noticias, ya sabía que allí le reservaban una oposición implacable, parapetados sus enemigos tras la majestad de su madre. El senador se quejaba de que, siendo su dignidad más antigua que la dignidad de César, fuese también más despreciada; el tribuno se dolía de que, teniendo un veto para defender al pueblo, después que Tiberio usurpaba sus facultades, no podía inquirir ni dónde acababan sus derechos ni dónde comenzaban sus deberes; los jurisconsultos se reían de que en Roma nadie supiera los hechos vedados ni

los hechos permitidos; el satírico azotaba las malas costumbres alimentadas por los altos ejemplos, y el filósofo discurría sobre las virtudes perdidas con las instituciones antiguas, usando todos de unas libertades de lenguaje más latas ó restrictas, según que la madre estaba de buenas ó de malas con su opresor y oprimido hijo. Pero si, en medio de estos atrevimientos de la palabra, excitados muchas veces por el vino, llegaban á creer que alguno de los presentes podía tener la alta honra de contarse entre los espías tiberianos, quedábanse todos helados y mudos de espanto. Cierta día que Tiberio dirigió algunas palabras duras al Senado, hubo un senador que allí mismo, en su privilegiada silla, se murió del susto. Y, sin embargo, veíanse muchos que no se resignaban fácilmente á perder sus epigramas, aun corriendo seguro riesgo de perder sus cabezas.

Lo cierto es que, alentadas murmuraciones corrientes en casa de Livia, los ciudadanos se asentaban al aire libre en los bancos de piedra circulares erigidos por las encrucijadas, y allí, entre los juegos de titiriteros, los ejercicios de perros, monos y hasta cerdos sabios, las canciones propias de la calle, los versos recitados por los poetas ambulantes, los gritos de los vendedores, los pregones de los anuncios, discurrían de política, pasaban revista á las magistraturas, descomponían la geografía del

Imperio, contaban anécdotas sobre la vida privada del emperador, y vertían las ideas más extrañas y las noticias más raras acerca de los diversos ejércitos diseminados por las fronteras y de sus continuas guerras. De pronto, la gran señora pasaba en su litera conducida por esclavos, y á la portezuela iba, peinado como una mujer, es decir, con la raya partida por mitad de la frente, vestido de ricas pre-seas, oliendo á todos los perfumes de Arabia, mostrando los brazos desnudos y afeitados, el joven epicúreo, galanteador y murmurón y dicharachero, el cual, entre un cantar de Egipto y otro cantar de España, y entre dos cuentecillos verdes y algunas anécdotas escandalosas, después de haber dicho quién era la querida del vecino y cómo se llamaba la manceba del transeunte, solía soltar con miedo, pero con gracia, algunas palabras de oposición al emperador y al Imperio. A lo mejor hacían algo más, deslizaban furtivamente un libelo que no se leía sino cuando el lector estaba expuesto materialmente á la muerte.

Durante algún tiempo Tiberio había resuelto no parar mientes en esta oposición, repitiendo ciertas palabras de Augusto que aconsejaban á los Césares curarse poco del mal que pudieran personalmente hacerles. Pero luego se fué indignando á medida que fué creciendo en autoridad y en poder.

Bien es verdad que le criticaban por mal hijo si reñía con Livia, y por mal emperador si la respetaba; por cruel si iba á los gladiadores, y por misántropo y sombrío si no iba; por vano si oía las adulaciones y aceptaba los honores, y por soberbio si lo desdeñaba todo; por tonto si prohibía la fundación de templos á su nombre, y por insensato si la toleraba; por irreverente con la naturaleza si encauzaba las aguas del Tíber, y por asesino de los romanos si las dejaba fluir á su antojo y diseminar las homicidas fiebres; por cobarde si no acudía al ejército, y por ambicioso si acudía; siempre asaeado de una oposición que le envenenaba hasta el alma. Así daba muestras muy expresivas de que aquella irreverencia no podía continuar, arrojando de lo alto del Capitolio abajo á un murmurador, ahorcando á otro en la cárcel; pero duraba el silencio lo que duraba el miedo, y el miedo, á su vez, lo que el siniestro recuerdo de estos crímenes.

Donde la oposición se avivaba más era en el teatro. Toda tragedia tenía un personaje igual completamente al traidor de nuestros melodramas, y era el tirano. Pasaba la escena en Grecia, á las orillas del Egeo, entre los bosques de Tesalia, bajo los laureles del Pindo, ó al eco de los ruidos de Colonna; pero lo cierto era que aquel hombre, superior á todos los hombres, calzado de coturno, vesti-

do de púrpura, coronado de resplandeciente diadema, puesto en el trono, sobre cuya persona se condensaban todos los crímenes y todos los odios, ebrio de orgullo, largo en palabras resonantes, corto en acciones buenas, manchado de sangre, sordo á toda súplica, blando á toda lisonja, con la muerte por mensajera y la guadaña por cetro, señalado al puñal de un Bruto y de un Casio como la víctima en verdad más agradable á Júpiter, maldecido en versos que recordaban la antigua indignación de los tribunos... ¡ah! ni era ni podía ser otro que el emperador reinante sobre todos y de todos odiado. Llegábase hasta repetir en las tablas frases que Tiberio había dicho como estas: «Solamente los Césares demasiado benévolos matan de un golpe; en Roma los condenados concluirán por agradecerme como un favor la muerte.»

Las injurias llegaban á tal extremo, que el emperador se veía obligado, por su tumulto y por su número, á ir en persona á Roma para refrenarlas. En cuanto el Senado quería apuntar su oposición al emperador, decretaba alguna nueva manera de honrar á Livia. Y en cuanto Livia aceptaba la honra decretada, el emperador prohibía su ejecución. Ordenada una estatua, Tiberio la impidió. Livia, en venganza, elevó por el mismo sitio designado á su efigie, cerca del teatro Marcelo, otra efi-

gie de Augusto, inscribiendo su nombre y su dignidad de emperatriz antes que el nombre y la dignidad de su hijo. Luego, viendo que éste no iba resueltamente á verla, se entró en sus salones con la naturalidad y el imperio de siempre, á imponerle cualquier decreto repugnante para probar todo su poder. Tiberio, que muchas veces acariciaba en secreto la idea de sacrificar á su madre, caía rendido á sus pies, fascinado por el terror, en cuanto la veía aparecer, altiva é imperiosa, como si ella fuese aún joven y él aun fuese niño. La primera vez que le habló después de sus últimos disgustos, herido Tiberio por las tertulias de Livia, y herida Livia por las disposiciones contra su estatua, que sostuviera tan tenazmente Tiberio, empeñóse la emperatriz en que había de dar no sé cuál dignidad altísima á uno de sus libertos. El emperador se resistió tenazmente; pero más tenazmente todavía reclamó la emperatriz. Vencido al fin Tiberio por aquella mirada fascinadora, por aquellas palabras cortadas y breves, por aquel tono imperioso, por aquellos ademanes resueltos, convino en decretar la dignidad demandada, pero á condición de poner en el decreto que cedía á las obsesiones de Livia. Al oír esto la emperatriz se irguió como una serpiente anhelosa de clavar su aguijón y de verter su veneno. Relámpagos de ira cruzaron por sus

ojos de gata. La voz salió de su garganta como el resuello de un volcán comprimido. Los recuerdos de cuánto Tiberio le debía á ella y de cuánto ella le debía á Tiberio brotaron de sus estrechos labios y se agarraron como las célebres culebras de Laoconte al cuerpo del emperador. Ya fuera de sí, como quien busca un puñal para dar un golpe de gracia, buscó en su pecho unos recuerdos de Augusto, unas cartas donde estaba escrito el juicio de Tiberio trazado de mano maestra por su predecesor. Mientras Tiberio se revolvía en su silla, la emperatriz, de pie á su lado, cogiéndole por el brazo como para obligarle á recibir por fuerza los asesinos golpes, leía la sentencia póstuma, palabra por palabra, recalcando las más duras y las más acerbadas, y uniéndolas á relámpagos de ira lanzados por sus ojos, teñidos del color verdoso de la muerte. A semejante lectura, en que salían las palabras de taimado, hipócrita, cruel, traidor, soberbio, vicioso, criminal, cobarde, el emperador temblaba, demostrando sentir un escalofrío homicida que le cogía de los pies á la cabeza, y se agarraba á su madre como en súplica de misericordia y perdón. Pero cuando no pudo ya más, cuando perdió la luz de los ojos, cuando sacudimientos epilépticos atravesaron todo su cuerpo y nubes oscurísimas cayeron sobre su alma, fué al oír que Livia leería, si era preciso, al Senado, esta

opinión de Augusto sobre su infame sucesor, opinión cuyos ecos redundarían en su eterna deshonra. Bajo tal amenaza firmó Tiberio el decreto con presteza, despidió á su madre con amor, llamó una litera con impaciencia, salió de Roma con miedo, y se fué á la isla de Capri, anheloso por ocultar su vergüenza y decidido á ofrecer todos los días un sacrificio á los dioses para que lo libertaran prontamente de su imperiosa y vengativa madre.

Ésta, cada vez más airada contra su hijo, presentábase al circo para complacer al pueblo y para contrastar con sus gracias y con sus larguezas la sombría avaricia y la prolongada ausencia de Tiberio. Desde el día en que los comicios se acabaron crecieron los juegos. No pudiendo ir los pueblos á las asambleas, iban á los anfiteatros. No pudiendo apasionarse por la libertad y por el derecho, se apasionaban por el caballo de España ó por el atleta de Tracia. Los partidarios de Pompeyo, de Catón, de Marco Tulio ya no existían, pero existían los partidarios de los verdes, los azules, los blancos y los rojos. Mucha sangre se derramó por la dignidad de los tribunos, por los votos en curias ó en centurias, pero más sangre, mucha más sangre se derramó por las carreras y por las luchas del circo. En una de estas sangrientas competencias murieron treinta mil ciudadanos. Y no había remedio: el

alma del pueblo necesitaba alimento, su corazón emociones, su sensibilidad motivos de un febril ejercicio, y vinieron estos combates protervos á reemplazar las nobles luchas del pensamiento y de la palabra. Jamás se dió una caída tan profunda desde altura tan eminente como la caída del pueblo romano desde las cimas de la libertad á los profundos abismos del Imperio.

Tiberio no parecía por los juegos. Pero Livia los preside, sabiendo que la presencia en los juegos constituye una parte esencial de su política. Los años pasaban por esta mujer de hierro y no disminuían sus fuerzas. Diríase al verla que personificaba la Ciudad Eterna y que tenía como la misma Roma vinculadas en su persona la inmortalidad y la fuerza. Mas al cabo un día vino, como era natural y necesario, la muerte. En edad bien avanzada, bajo el consulado de los Genuinos, aparatosos apellidos republicanos irrisoriamente conservados á la cabeza del Imperio, espiró la emperatriz, llamada Livia de nombre propio, Julia por su ingreso en la familia de los Césares, Augusta por su dignidad; descendiente de los Claudios, orgullosos patricios que desde los primeros tiempos de la República descollaron por su odio á la plebe; mujer un día del noble Nerón, madre del tirano Tiberio, genio é inspiración de Octavio; superior á los placeres y vo-

luptuosidades de los sentidos como una matrona de la República; criminal y asesina como una furia del Imperio; dama imperiosa en su política; de un disimulo singular y de una maestría sin límites; tan dispuesta á sufrir las fatigas de los soldados como á ejercer las seducciones que la debilidad y la ternura prestan á su sexo; resuelta á todas las maldades necesarias para consolidar su imperio bajo la apariencia de una virtud austerísima; genio verdadero de la dominación, implacable imagen del despotismo.

En cuanto murió la madre respiró el hijo. Así fué su entierro sin aparato, su testamento sin efecto, su apología obra de uno de sus nietos medio loco, pues ya no inspiraban miedo los restos de aquella majestuosísima é imperiosa madre. En su retiro estaba Tiberio al recibir la fausta noticia, y se excusó de asistir á los funerales, so pretexto de ocupación, y borró las honras decretadas por el Senado, y se opuso á la apoteosis, y escribió cartas lanzando finos acerados dardos á los idólatras de las mujeres metidas á pedantear en la política, dardos que iban emponzoñados con un sarcasmo aterrador, puesto que eran próximos é inmediatos mensajeros de la muerte. Lo cierto es que desde este instante no tenía ya ningún freno el despotismo de Tiberio. César y cautivo, con la sombra de su madre des-

aparecía la última sombra de su cautiverio. Era ya dueño y señor de la tierra. Su madre, cuando la luz de los ojos se apagaba; cuando la respiración en el pecho se extinguía; al convertir los ojos á la vida que se le escapaba y á la eternidad que venía; lejos de recogerse en su conciencia para examinar los hechos de su vida y el juicio de la historia, se volvió hacia uno de sus libertos y le dijo que encargaba á Tiberio con resolución la muerte de sus últimos competidores todavía supervivientes á tantas emboscadas, á tantas traiciones, á tantos crímenes. Y aquellos competidores eran sus propios nietos. ¡Cuán desoladora es la tiranía!

Si tratáramos de calificar á Tiberio, en pocas palabras le llamaríamos la siniestra y torva personificación del odio. Hay naturalezas que sienten amor purísimo por todas las cosas, como si la virtud creadora, como si la atracción amante del universo hubiera en su seno refluído; y hay naturalezas, por el contrario, tocadas del odio, que aborrecen desde la materia hasta el espíritu, desde la tierra hasta la humanidad, como si las fuerzas de repulsión, de guerra que hay esparcidas en el planeta se hubieran agarrado á su pecho. Acordaos del pobre penitente de la Edad Media que recibía en las faldas de su hábito las liebres por los cazadores perseguidas; que departía en coloquios suaves con

las avecillas del cielo; que curaba la pata de los lobos estropeados, reduciéndolos á su obediencia por la humana virtud de ardiente caridad; acordaos de ese pobre cenobita, y comparadlo con Tiberio, todo cólera, todo odio, todo saña; amarillento como la bilis, siniestro como el cuervo, carnice-ro como el tigre, que se gozaba en ver el dolor, la desesperación, los estertores de la agonía, las angustias de la muerte, lo mismo entre los animales que entre los hombres; sombrío genio de la destrucción, semejante á los genios del mal en las antiguas teogonías.

El odio al género humano le tenía en continua irritación y exacerbamiento. Y no era este odio la cólera ciega que estalla y pasa como el relámpago y el trueno, sino la cólera condensada, permanente, semejándose su alma á esos terrenos pestilenciales y malditos en cuyas emanaciones va disuelto el hálito de la muerte. Nunca dormía en él esta pasión del odio, ni siquiera durante el sueño. ¡Cuántas veces se despertaba en las altas horas de la noche, y lejos de ver el brillo de la propia conciencia en la oscuridad, como se ve en las tinieblas el brillo de los astros, veía la necesidad de nuevas inmola-ciones, de nuevos sacrificios, de nuevas muertes! Así se aislaba del mundo, y en este aislamiento crecía su pasión dominante, esa pasión llamada en

el usual lenguaje negra misantropía. Omnipotente, y por ende con harta fuerza para herir á sus enemigos de un golpe, tomaba tortuosos senderos en el acecho y ataque, cual si, á semejanza de la serpiente, gozase en arrastrarse. ¡Cuántas veces su cabeza se le caía sobre el pecho como al peso de un gran pensamiento, arrugábasele la frente por cuyos surcos corrían espesas nubes de odio, frunciéndose sus cejas cual dos arcos que lanzaran ponzoñosos invisibles dardos; chispeaban sus ojos como los ojos del gato en la oscuridad, sacudíanse á estremecimientos nerviosos sus párpados y sus labios, se abrían sus narices y su boca como para respirar con fuerza y una siniestra sonrisa se dibujaba en su rostro, la sonrisa de quien ha concebido algo horrible y en el horror encuentra una satisfacción voluptuosa! Pero otras veces, después de haber pasado por estas gradaciones, tendía sus brazos y sus ojos á todas partes como en señal de alejar algún objeto, de combatir algún asalto, de torcer alguna amenaza, y echaba á correr huyendo quizá de quien jamás podía escaparse, huyendo de sí mismo.

Un fisiólogo entendido no atribuyera las enfermedades de Tiberio al mediar la vida, aquella lividez de su rostro y de sus labios, aquellas pústulas que eran como la erupción de su volcánica sangre, solamente á sus vicios y á sus placeres, sino tam-

bién á la contracción continua de su pecho y de su estómago, á las comprensiones de su corazón y de sus entrañas, al incendio que la cólera eterna alimentaba en sus venas, á la hiel mezclada de continuo á su saliva y al terror que esparcía como un frío irradiante henchido de muerte, al revés del sol que irradia un calor henchido de alegría y de vida. La crueldad de Calígula y de Nerón, por ejemplo, era una crueldad ciega, irreflexiva, loca, algo mecánico y fatal, obra en su mayor parte del temperamento; mas la crueldad de Tiberio era una crueldad concentrada, razonadísima, íntima, á la cual ponía un comentario perpetuo su profunda razón y una perpetua excusa su perversa conciencia. Quizá en aquella su refinadísima inteligencia nació esa teoría luego aprovechada por el cesarismo contemporáneo, la teoría de que un tirano se sostiene sobre los hombros del pueblo, y que para satisfacer al pueblo es necesario echarle, como al león enjaulado se le echa carne chorreando sangre humeante, los cuerpos disyectos de los aristócratas y de los patricios.

Lo más horrible que en la crueldad de Tiberio había era la razón de esa crueldad. Me parece menos culpado quien mata por instinto de complexión que quien eleva en las regiones de lo ideal un asesinato á las alturas de una teoría de justi-

cia. Prefiero la crueldad ebria de Marat á la fría y razonada crueldad de Robespierre.

El mirar de la serpiente petrifica á un animal tan móvil, tan nervioso, tan ligero como los pajarillos del aire. Pues la mirada de Tiberio petrificaba á sus víctimas. Sus ojos eran un abismo de odio, como su saliva un Océano de veneno. Diríase que su cabeza había sido forjada como un ariete para destruir la humanidad. Diríase que sus huesosas manos eran arañas tejiendo perpetuamente fríos sudarios. Sus palabras cortadas semejaban á las sentencias de un juez implacable y sus gestos á los ademanes de un verdugo increíble. En cuanto alguien se aparecía á sus ojos, solamente le miraba por el lado odioso ó por el lado ridículo que llevamos en nuestra naturaleza, como llevamos el triste engarce del límite y la amarga levadura del mal. No quería ver nada bueno en el género humano para excusarse de amar y de admirar. Ciego al brillo de todas las cualidades, era perspicaz en la observación de todos los defectos. Pueda ser que en una comunicación perpetua con el mundo, necesitado de los demás ó necesitándolos, en el encuentro con las pasiones buenas y con los sacrificios austeros, hubiera reformado su sentir; pero no podía reformarlo un hombre nacido en las alturas de la sociedad, desde cuyas cimas todo se ve pequeño, y

luego allá arriba, recluso en vida cerrada al amor, en una vida concéntrica. Su trono parecía una isla desierta, donde tenía el infeliz para alimentarse que comerse sus propias carnes. Así, en cuanto veía algún sér extraño, se le erizaban los ralos cabellos á fuerte escalofrío, como se le eriza al gato la piel cuando ve á un perro. Hay en la naturaleza especies contrarias de otras especies, como las aves de rapina son contrarias á las aves inocentes y las mismas aves inocentes contrarias á los insectillos; pero Tiberio parecía pertenecer á una especie contraria á todo el universo. Los seres á quienes acercaba á su seno, á su compañía, los manchaba con sus vicios, y los seres alejados de él... ¡ah! los perseguía con su odio. En algunos de sus ensueños quizá aspiraba á quedarse solo sobre la tierra como sobre su pedestal está sola una estatua. El primer hombre de su tiempo, si no por el mérito, por la posición social de jefe del Imperio, envidiaba á todo el mundo. El único que entonces podía hablar con franqueza y proceder con resolución se encerraba en la hipocresía de los oprimidos y de los débiles, sin duda para que no le faltase ningún vicio, ni siquiera aquellos pocos que son al cabo por la tiranía contrastables. Hasta debilidades modernas, apenas conocidas en los tiempos del equilibrio entre la naturaleza y el espíritu, se deslizaban por aquel es-

pectro del mal como cierto disgusto de la vida, cierta nostalgia espiritualista, cierta tristeza, cierta desconfianza de sí mismo, pues aquejaban al monstruo todas las enfermedades de lo pasado y todas las enfermedades de lo porvenir concentradas en su perversa naturaleza.

Mas la pasión que sobre todo le dominaba era el miedo. Como tenía urdida una conjuración profunda contra la humanidad entera, creía que la humanidad entera acechaba la hora de su venganza. Como había cometido tantos crímenes, prestaba homenaje á la justicia universal, viendo á todas horas aquellos crímenes caer en espesa lluvia sobre su maldecida cabeza para anegarlo y confundirlo. Sus largas separaciones de Roma, su voluntario confinamiento en la isla de Capri, sus dobles guardias ante fuertes muros en este mismo asilo, mostraban bien cómo le perseguía el terror levantado en las tinieblas de su conciencia por la siniestra fosforescencia de todas sus infamias. ¡Cuántas veces, al ruido de una puerta ó al paso de una sombra, la sangre le reflúa al corazón, que estallaba, y los nervios le sacudían todos los miembros como si los hubiera atravesado un rayo, después de habersele crispado y enfriado las manos como á un muerto y quedándosele fija é inmóvil la vista como á un espectro! En el mundo se debe huir

siempre de los que tienen miedo. Y si esto es verdad, imaginaos cómo se deberá huir del miedo cuando el miedo reina, cuando ocupa la cima del planeta, cuando dirige á la humanidad á su antojo, cuando penetra hasta en el cielo y se declara un Dios. El terror que difundía Tiberio en el mundo lo experimentaba primeramente sobre sí mismo. Era un muerto que mataba. Y aunque su interior parecía oscurecido por espesísimas tinieblas, sus víctimas le rodeaban como furias invisibles de continuo y le pedían cuenta estrechísima de sus crímenes á gritos agudos de asesinos remordimientos. Mas estos gritos, lejos de avasallarle, empujaban su ánimo á nuevas inmolaciones, dictadas casi siempre por los escalofríos del miedo y por los vértigos del terror. No sabía que mientras quedase un sér viviente en la tierra le quedaba con él un enemigo. Así, en cuanto veía de improvviso un sér humano, íbase á ocultar como el perro que teme un castigo, ó se detenía helado, rígido, como un caballo que se encabrita de espanto. Así de todo el mundo sospechaba, y muchas veces se cogía la cabeza entre las manos, sospechando de sí mismo, á lo menos, temiendo, con razón, que se volvería loco.

El infeliz cosechaba los frutos amarguísimos de su educación y de su temperamento. Su familia, la

familia de los Claudios, había sido siempre una familia robusta, como hijos de las agrias montañas sabinas, pero también una familia violenta como engendrada por los fuertes patricios romanos. La ternura maternal no dulcificó nunca ni con sus caricias ni con su previsión esta natural rudeza vinculada en Tiberio, porque Livia pasaba con razón por una antigua matrona, pero no por una verdadera madre. Ocupada en los asuntos de Estado, que exigen atención tan múltiple, no se curaba en manera alguna de sus hijos. Cuando se volvía hacia ellos, no los miraba como pedazos queridos de sus entrañas necesarios á la vida, sino como peldaños de la escalera ó piedras de la base por donde podía subir al trono y en el trono afirmarse. Tiberio crecía solo y abandonado en la cima del monte Palatino, en aquel estercolero de ambiciones. Su padrastro Augusto se burlaba mucho de él, y no hay cosa que agrie el carácter y lo pervierta como las burlas á la infancia, que tanto ha menester de las caricias. Siendo muy niño, como le viera siempre taciturno, triste, ensimismado, llamábale el emperador viejecillo. Siendo joven, al volver de las guerras cantábricas, supo con pena y resentimiento que el emperador conocía y criticaba acerbamente los estragos causados en la naturaleza de su hijastro por el ardiente vino de España y los motes lanzados contra

sus borracheras por los soldados, los cuales alteraban los nombres y apellidos de su joven general, llamándole en vez de Tiberius, Biberius, ó sea bebedor; en vez de Claudius, Caldius, ó sea vino caliente, y en vez de Nero, Mero, ó sea vino puro. Estas pesadas bromas engendraban naturalmente horrible infierno en las entrañas de aquel joven llamado á la herencia de tan grande imperio. El amor podía haber dulcificado un poco sus heridas; pero en el amor fué también desgraciadísimo. Casado con la hija de Agripa, con la bella Agripina, por la cual sentía una verdadera pasión, las implacables razones de Estado que jugaban con el corazón de los Césares le descasaron para unirle á Julia, la voluptuosa hija de Augusto, á la cual sólo tuvo un momento apego carnalísimo, que se sació con el tiempo y se tornó en repugnante hastío. Los dos únicos amigos de su vida, que fueron Marcelo y Druso, murieron también muy jóvenes y dejaron un vacío muy grande en su pecho. Luego vino el largo destierro de Rodas, en el cual comenzó á sentir ese odio al género humano, rasgo distintivo de su funesto imperio. Tras el destierro de Rodas vinieron los crímenes necesarios para apartar todos los obstáculos interpuestos en su camino al trono, crímenes que mancharon de manchas cancerosas su conciencia. Llegado al trono y en edad ya avan-

zada se lo encontró ocupado por su madre, y la amargura de aquella humillación aumentó la ignominia interior á sus propios ojos, exacerbó de una manera horrible su sed ardiente de venganza y enconó su odio á la humanidad.

Tiberio no era de ninguna manera feo ni repugnante. Después que el exceso de vino y el exceso de placer mancharon su rostro, se volvió asqueroso. En esto semejábase á Felipe II, hermosísimo en la juventud, y á la vejez consumido por las supersticiones de su turbada conciencia y los cuidados de su ciclópea corona. Uno y otro se han helado á la sombra de colosales montañas de hielo, es decir, á la sombra de los tronos mayores que ha visto la tierra. Estudiando el retrato legado por Suetonio, y los bustos y los simulacros reunidos en los diversos museos, échase de ver bien claramente que era Tiberio robusto de complexión, sano de natural, erguido y alto de estatura; en sus articulaciones tan acerado, en sus movimientos tan ágil, en sus puños tan fuerte, en su constitución tan fornido, en sus músculos tan resistente como un gladiador de las fiestas del circo, ó un soldado de los campos de Germania, ó un jornalero de las montañas de Sabina. Tenía la tez finísima y digna de una dama; la color entre sonrosada y blanca; los ojos muy grandes y con la facultad de ver y de

lucir en la oscuridad, como los ojos del tigre; la frente más ancha que alta y atravesada por profundas arrugas, surcos del pensamiento; el cuello rígido como si fuera la estatua de la autoridad y del poder; los pómulos salientes y las quijadas desproporcionadísimas; aire de general, ademán de emperador, nariz de griego, entrecejo de filósofo, barba de atleta, mirada de lechuza, boca de esbirro y algo siniestro en todo su sér, como el asesino y el verdugo. A la verdad, se confirmaba en Tiberio una ley que puede aplicarse á todos los grandes tipos de Césares en toda la sucesión de los siglos. Allá abajo, entre los ciudadanos, quizá un hombre de mérito; allá arriba, entre los dioses, un monstruo. No se puede llegar á la tiranía sin romper las leyes de la naturaleza, y no se pueden romper las leyes de la naturaleza sin recibir un tremendo castigo. En cuanto se vió libre de todos sus rivales, libre de la tutela de su madre, emperador, no de nombre, emperador de veras, comenzó á moverse siniestramente, á la manera del caimán, que en cuanto experimenta el primer asomo de la vida en su nido de lobo rechina los dientes. Tal hijo pariera y educara Livia.
